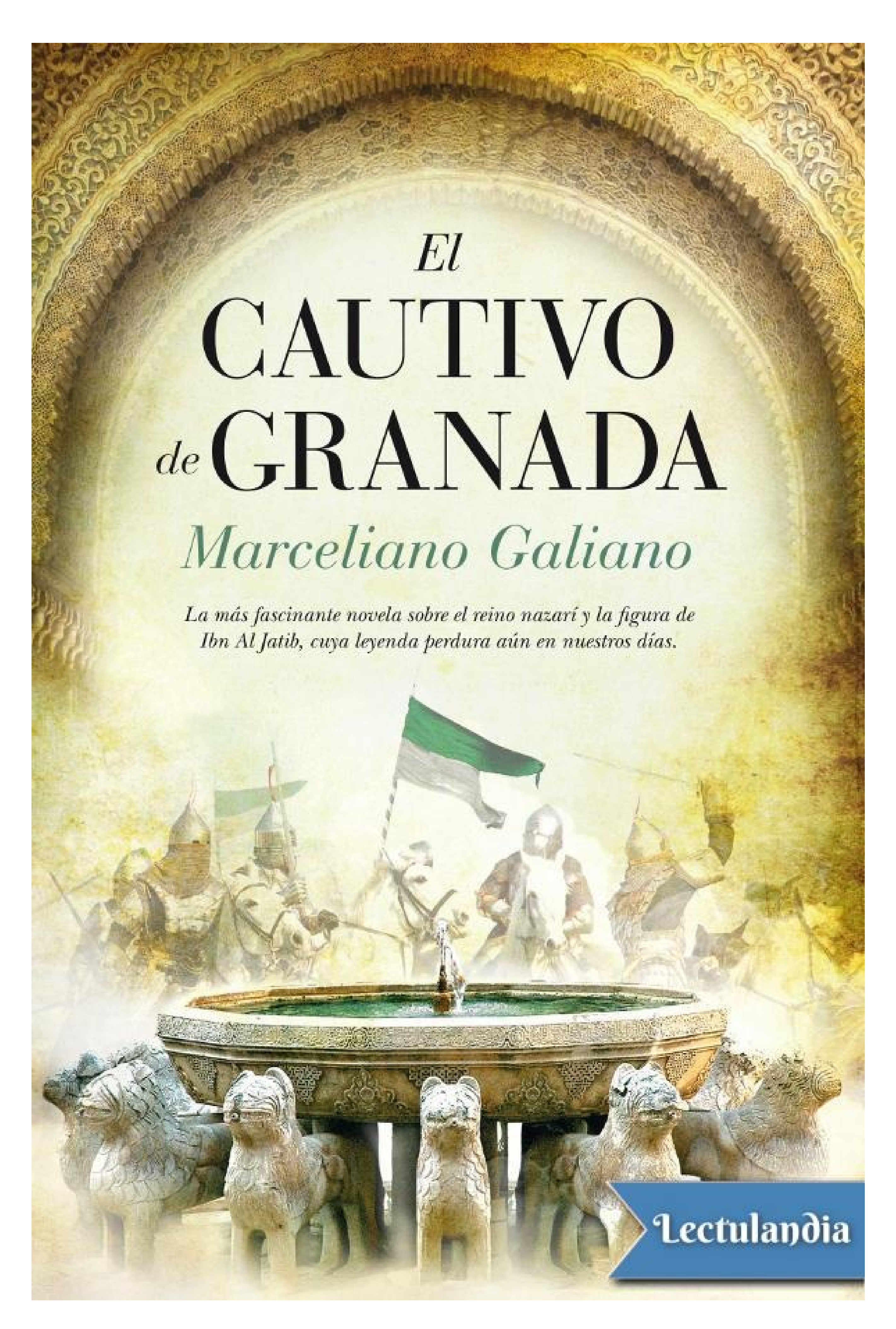

El
CAUTIVO
de GRANADA
Marceliano Galiano
La más fascinante novela sobre el reino nazarí y la figura de
Ibn Al Jatib, cuya leyenda perdura aún en nuestros días.
Lectulandia

En 1374, en Fez, capital del sultanato meriní, un hombre de aspecto noble y distinguido es detenido a las puertas de la mezquita al-Qarawiyyin por orden del sultán y encarcelado en una mazmorra. Durante su cautiverio, el preso narrará su historia al carcelero, Jalid, e irá desgranando los recuerdos de su intensa y controvertida vida como visir del sultán de Granada.

A mediados del siglo XIV, el Reino nazarí gozaba de su máximo esplendor. Los sultanes levantaban en la Alhambra palacios de ensueño. Columnas de mármol adornaban sus patios y las paredes estaban revestidas de panes de oro y lapislázuli. El hombre fuerte en aquella Corte esplendorosa era el visir Ibn al-Jatib; primer ministro, consejero, historiador, poeta y médico. Para sus detractores, un hombre de ambición desmedida, ávido de riquezas, que se disfrazó de místico y traicionó a su rey. Para sus adeptos, un hombre apasionado por la literatura, de desbordante actividad política, sagaz, erudito y dotado de una elocuencia asombrosa. Personaje clave, testigo y protagonista de la época, de su mano conoceremos en esta novela histórica los entresijos de una Corte sembrada de rencores y ambición, donde morir en la cama era un privilegio que pocos alcanzaban.

En la turbulenta política granadina, la violencia y el crimen dominaban la vida cotidiana. Sultanes y visires se sucedían en el cargo, víctimas de conjuras, asesinatos y golpes de estado. Un período en el que se fraguaron grandes cambios políticos y militares: Castilla se desangraba en una guerra fratricida entre Pedro el Cruel y su hermano bastardo; Francia e Inglaterra batallaban en la interminable Guerra de los Cien Años; la Iglesia Católica estaba sumida en el Cisma de Occidente. Un tiempo que conoció el horror de la Peste Negra. Un siglo que constituye una de las épocas de hierro de la historia de la humanidad, y que revivimos con insólita veracidad en esta apasionante obra.

Lectulandia

Marceliano Galiano Rubio

El cautivo de Granada

ePub r1.0
Samarcanda 17.03.14

Título original: *El cautivo de Granada*
Marceliano Galiano Rubio, 2013

Editor digital: Samarcanda
ePub base r1.0

Prólogo

EN el siglo XIV, el reducido reino musulmán de Granada gozaba de su máximo esplendor. Estaba gobernado por emires sagaces que, con pericia e inteligencia, mantenían la estabilidad del emirato en medio de una complicada trama de intereses entre los poderosos y combativos reinos cristianos del norte y los ambiciosos sultanes del Magreb.

Aprovechando la situación estratégica de Granada, sus mandatarios establecieron enlaces y rutas comerciales tanto con sus vecinos cristianos de Castilla y Aragón como con los sultanatos meriníes de Fez, hafsíes de Ifrigiya (Túnez) o los Abd-l-Waddíes de Tremecén. Firmaron pactos, alianzas, rupturas y cuando fue necesario aceptaron vasallaje lo cual, con el tiempo, resultarían provechosos para sus supervivencia.

Durante todo este siglo, en Granada se levantaron magníficos palacios, se concluyeron las obras de la Alhambra, se dotó a la ciudad de edificios públicos: escuelas, baños, el Maristán u hospital y la espléndida Madrasa o universidad. Fue el siglo de Ibn alJatib, Ibn Jaldún, Ibn Zamraq; de la generación de los grandes literatos y poetas granadinos. Una época rica en obras arquitectónicas de inimaginable belleza y personajes que dominaban todas las ramas del saber. Un periodo de extraordinaria creación artística en mitad de graves convulsiones políticas y conflictos bélicos.

La casi totalidad de la centuria estuvo dominada por los brillantes reinados de Yusuf I (1332-1354) y de su hijo Muhammad V (1354-1390).

Abu-l-Hayyay Yusuf, el emir culto, amante de las ciencias y la poesía. Dotado de hermoso rostro y de noble figura, elegante en el vestir, inteligente y diplomático sagaz. Entre sus obras más significativas se encuentra la construcción de la Madrasa, el centro docente «público» más importante del occidente islámico; un foco de cultura que atrajo no sólo a los sabios andalusíes, sino a los más insignes maestros del mundo musulmán que vinieron a Granada a impartir sus enseñanzas. Mucho antes, que las grandes universidades cristianas de Paris, Salamanca, Alcalá o Bolonia, existía la Madrasa en Granada. En el reinado de Yusuf I se fortificaron las fronteras y se levantaron importantes construcciones de carácter castrense. Y sobre todo, amplió y embelleció la Alhambra, el palacio que alzaron los sultanes nazaríes, demasiado refinados para morar en la vieja y austera alcazaba erigida en el Albaycín, en el siglo XI, por los rudos beréberes de la dinastía Zirí. A él le debemos, entre otras, la edificación de la imponente torre de Comares y el impresionante Salón de Embajadores, así como el espléndido Patio de la Alberca, iniciado en su reinado y terminado por su hijo Muhammad V. El sultán Yusuf I concibió el palacio de la

Colina Roja, además de residencia real, como una medina protegida por una formidable muralla que hacían de aquel conjunto de lujosas estancias una auténtica fortaleza.

Muhammad V, hijo del anterior, continuó el florecimiento del reino que le había dejado su padre. Proclamado sultán a los dieciséis años, se rodeó de intelectuales y sabios. Y, emulando a su antecesor, dotó a Granada de importantes obras arquitectónicas de gran belleza, edificó el Maristán para los enfermos más necesitados y completó las obras de la Alhambra, adornándola con sublimes salas y pabellones como el exquisito y suntuoso Patio de los Leones o la deslumbrante Sala de las Dos Hermanas.

Junto a estos dos grandes monarcas, emerge un personaje clave en el desarrollo político de ambos reinados, un estadista de primer orden, poeta, médico, pensador y sobre todo biógrafo e historiador, escritor de prosa difícil aunque rico y agudo en la descripción. Abu Abd Allah Muhammad Ibn alJatib, nacido en la granadina ciudad de Loja y también conocido como Lisan al-Din [la lengua de la religión], fue la primera autoridad del Estado durante los reinados de los dos sultanes a los que sirvió como consejero y primer ministro. Y su ingente obra gubernamental y literaria aún perdura en la memoria histórica de Al-Ándalus.

En la turbulenta política granadina, la Corte estaba sacudida por conjuras y golpes de Estado.

No establecida la transmisión de poderes por orden de primogenitura, la proclamación de sucesor suscitaba en ocasiones luchas fratricidas entre los aspirantes al trono.

Granada se agitaba en conflictos internos entre príncipes herederos, pretendientes y nobles llenos de ambición, envidia y rencor por traiciones y cuentas pendientes. Sin embargo, a la hora de enfrentarse a sus enemigos externos, los sultanes granadinos fueron sumamente hábiles, aplicando diestramente su política de alianzas con los poderosos reinos fronterizos, consiguiendo contener, unas veces, los embates de los castellanos y, otras, las invasiones de los africanos.

El siglo VIII de la Héjira (XIV de la era cristiana), ofrece, en el aspecto histórico y cultural de Al-Ándalus, un interés particular, no sólo por los acontecimientos que tienen lugar en ese territorio, sino por los personajes que en ese escenario se mueven, algunos de ellos, como el polígrafo granadino Ibn alJatib, dignos de atención.

Pocas veces la historia medieval ha dado un personaje de vida tan intensa, controvertida y rica como la del insigne estadista y escritor granadino. Y a él nos aproximaremos ahora con los recursos y las capacidades de la novela histórica.

… ¡oh tú, de muslimes esperanza! La noche, de negruras relucientes…

Poema de las Horas, de Ibn alJatib
Antigua Luz sobre la Alhambra
Traducción de Emilio García Gómez

Fez. Año 1374

1

CUANDO Jalid vio al prisionero descender por las tétricas escaleras de las mazmorras, supo que aquel hombre iba a morir. Percibió el pálpito que nunca le fallaba. Sintió cómo el desasosiego y la zozobra le invadían el estómago. Después de tantos años como carcelero en las mazmorras del sultán, había visto a muchos hombres tras las rejas de la prisión, algunos, figuras eminentes de la Corte. Hombres que habían detentado un inmenso poder y que, habiendo caído en desgracia, eran arrojados a las oscuras mazmorras. A veces, las puertas de sus celdas se abrían y volvían restablecidos en sus funciones, ocupando el lugar de privilegio que habían perdido. Otras, lo hacían para encontrarse con el verdugo. Siempre que cruzó la mirada con éstos, le asaltaba el funesto presagio. Y esta vez, volvió a sentir aquella angustia inexplicable que le sobrevenía, de una forma, incluso, más intensa: aquel hombre iba a morir.

Jalid, el carcelero, procedía de la región de Tafilalt, el gran oasis al sureste del Magreb. Era hijo de un beduino del valle del Uad Ziz; aparentaba unos 30 años, alto, delgado, fibroso, de tez oscura y rostro pensativo y algo melancólico. Su abuela le había trasmitido el don de predecir la presencia de la muerte, y ya en su niñez presagió la tragedia que le costaría la vida a su amigo de la infancia Ziyád, dos días antes de que se despeñara por un barranco. En su adolescencia, cuando su tío Rashid se encontraba realizando un viaje a Marrakús, a Jalid le sobrevino la angustia y la certeza de que su tío moriría, y unos días después llegó la noticia de que Rashid había sido asesinado por unos bandidos en el oasis de Skoura.

Jalid tuvo que abandonar su aldea. Su clarividencia sobre la muerte se convirtió en una maldición y sus amigos y vecinos se apartaban de él como si fuera un apestado. Nadie quería cruzarse con Jalid, pues veían en él al Ángel de la Muerte. En Fez, la ciudad más populosa del Magreb, donde nadie le conocía, se alistó en el ejército y fue destinado a la guarnición de vigilancia de las mazmorras. Cada vez que un prisionero iba a ser condenado a muerte, Jalid se sentía angustiado, se tornaba taciturno y su rostro oscuro adquiría un tono oliváceo.

Desde el primer momento, Jalid se sintió seducido por la atractiva personalidad de aquel prisionero. Pocas veces, había visto a un cautivo tan seguro de sí mismo. Tanto su vestimenta, calzaba botas de cuero negro, vestía una túnica de lana y se cubría la cabeza y los hombros con un taylasán ribeteado de hilos dorados, como su aspecto cuidado y pulcro, denotaban que se trataba de un personaje insigne. Las lívidas ojeras y las arrugas que se insinuaban en su rostro, todavía atractivo, delataban una edad en torno a los 60 años, pero su caminar ágil y erecto parecía desmentirlo. La

firmeza de sus labios trasmitía la fuerza de quien está acostumbrado a mandar y su carácter enérgico y sagaz se detectaba en la mirada altiva y penetrante.

El hombre que iba a morir se sentó en un rincón de la celda con las piernas cruzadas sobre el suelo, apoyó la espalda en la pared, alzó la cabeza y se cubrió la boca y la nariz con un extremo del taylasán, para protegerse del espeso tufo que emanaba del agujero que contenía las aguas fecales.

A media noche, Jalid pasó por delante de la celda, y observó al prisionero que permanecía en la misma postura, el rostro velado al trasluz y los ojos cerrados, pero no dormía, pues su cabeza se mantenía erguida.

Acuciado por la curiosidad, preguntó a su amigo Marwan, jefe de la guardia de la prisión, si conocía a aquel hombre, cuyo nefasto destino le había sido revelado. Jalid había desvelado a Marwan sus poderes sensoriales.

—¿Estás seguro de que has vuelto a tener el presentimiento? —preguntó el jefe de la guardia.

El carcelero afirmó con la cabeza y el guardián exclamó:

—¡Que Allah se apiade de él! En cuanto a tu pregunta, te diré que tan sólo sé que es extranjero, y que fue detenido cuando salía de orar en la mezquita al-Qarawiyyin.

—¿Conoces su procedencia? —inquirió Jalid.

—Me han dicho que es originario de Al-Ándalus.

—¡Al-Ándalus! —al oír aquella palabra, Jalid no pudo reprimir la exclamación.

Desde que oyera a Ahmed, el contador de cuentos, narrar la historia de la «Ciudad de Cobre» estaba fascinado por aquel país mágico.

Fue al atardecer, un viernes, en la plaza Bab Baylud, cuando vio a unos hombres que, sentados en torno al contador de cuentos, se disponían a escucharle. Jalid se acercó al grupo y al oír las primeras palabras del narrador, quedó seducido de aquel relato.

Con voz alta y clara, levantando el dedo índice, Ahmed se dirigió a los asistentes que le miraban extasiados.

—Habéis de saber, Allah os guarde, que esta historia milenaria la oyó un antepasado de mi tatarabuelo, Dios se apiade de él, hace muchísimos años, de labios de un jeque andalusí llamado Abu Hamid Muhammad ibn Abd-l-Rahim al-Garnatí. Y tal como el jeque se la contó a mi bisabuelo, éste a mi abuelo y él a mi padre, que a su vez me la dio a conocer a mí. Así os la cuento a vosotros:

«Sabed que en el transcurso de una edad ya remota, en la ciudad de Damasco, reinaba un califa grande y poderoso cuyos ejércitos habían llegado hasta los países más alejados del Magreb, de los que se había hecho dueño. Todas las ciudades sometidas le obedecían y sus gentes acataban sus órdenes. Cumpliendo así lo que Allah dispuso a través de su Mensajero, que la paz sea

con él, cuando dijo: "Se me han revelado todos los confines de la tierra, desde Oriente hasta Poniente, y el poder de mi nación llegará a abarcar todo lo que a mí se me reveló".

»El califa había enviado emisarios a las fronteras de su vasto impero, a fin de que le tuvieran informado de cuanto acontecía en las tierras conquistadas.

»Cierto día, se presentó ante el monarca un emisario procedente del Occidente Extremo, que le habló de un país en los confines del mundo, allá donde la tierra termina y comienzan los dominios del mar de las Tinieblas, en el que los genios habían construido una ciudad mágica hecha toda ella de cobre, por orden del rey Salomón, ¡Allah esté satisfecho de él! Este país estaba en manos de un pueblo politeísta, cuyo rey, llamado Rudriq, poseía inmensas riquezas.

»Al oír las palabras de su emisario, el califa quedó maravillado y, de inmediato, redactó una carta dirigida al gobernador del Magreb ordenándole que se dirigiese a la costa del mar de las Tinieblas y entrara en el país de los idólatras en busca de la Ciudad de Cobre, informándole de cuantas maravillas encontrase en ella.

»Cuando el gobernador, Musa ibn Nusayr, recibió la misiva de su señor, se puso al frente de un nutrido ejército de valerosos guerreros y se dispuso a conquistar la mítica ciudad. Para llegar a ella, tuvieron que cruzar el estrecho en el que confluyen el gran Océano y el mar de los Rumies. Tras la travesía, Musa y sus hombres descubrieron un montículo donde se levantaba una torre de piedra negra de más de cien codos de altura. En lo más alto de la torre se alzaba una estatua que representaba a un hombre colosal envuelto en una túnica de cobre. El hombro derecho del gigante estaba descubierto y el brazo lo tenía extendido, y con el dedo índice señalaba el océano de las Tinieblas. Una extensión infinita de agua salada y oscura surcada por enormes monstruos que habitan en sus profundidades. En este vasto mar se levantan olas como montañas, y ningún barco se aventura a navegar en sus aguas tenebrosas. Al acercarse al montículo, la estatua giró en su pedestal señalando un sendero que se perdía en un inmenso bosque.

»Los musulmanes siguieron el camino que indicaba el gigante y avanzaron por lugares solitarios de una belleza deslumbrante. La tierra espaciosa y fértil se extendía hasta el infinito, cubierta por una alfombra de hierba, salpicada de manantiales de agua dulce y flores. Por doquier había árboles frutales, plantas aromáticas y frondosos bosques poblados de animales salvajes y pájaros de plumaje multicolor. Los hombres estaban fascinados. Habían llegado a los confines del mundo y descubrieron una

tierra que semejaba al paraíso.

»Cabalgaron durante cuarenta días por parajes selváticos donde las montañas, cual centinelas gigantes, parecían guardar los tesoros de aquella tierra misteriosa. A medida que avanzaban, el paisaje era cada vez más lujuriante. Sus ojos se extasiaron contemplando cascadas de jade. Transitaron por bosques de árboles colosales, cuyas ramas se entrelazaban tres varas por encima de sus cabezas y los troncos semejaban fortalezas. La única nota discordante era la presencia de animales feroces, que se les antojaba amenazadora. Entre la vegetación asomaban las cornamentas de enormes venados; felinos moteados huían entre la espesura esmeralda y en la umbría del bosque, brillaban los ojos dorados de los lobos. Pero aquella tierra parecía bendecida por Dios. Las frutas de los árboles, el agua cristalina y la abundante caza cubrían todas sus necesidades.

»Coronaron cimas y colinas ondulantes, vadearon ríos, algunos turbulentos y otros tranquilos. Atravesaron una ciudad muerta, donde el viento aullaba entre columnas ennegrecidas, devoradas por plantas trepadoras. Sin apenas detenerse, llegaron a una llanura inhóspita y, como una aparición fantasmal, surgieron ante sus ojos las murallas de la Ciudad de Cobre. Su visión les dejó paralizados de asombro, pues aquella ciudad no parecía estar hecha por manos humanas. ¡Sólo Allah, ensalzado sea, conoce la verdad!

»Musa ibn Nusayr ordenó a sus hombres rodear la ciudad pero, por más que circunvalaron las murallas, no encontraron puerta alguna ni ser humano que habitase la fortaleza. Embargados por la quietud y la magia de aquel lugar extraño, advertían presencias que les vigilaban. Sentían miedo. No se oían pájaros ni rastro humano alguno, sólo se oía el ulular del viento en aquel lugar deshabitado, pero sabían que estaban rodeados por fuerzas invisibles que no les deseaban nada bueno.

»Ibn Nusayr se reunió con sus generales y consejeros, a fin de hallar el medio de descubrir lo que había en el interior de la ciudad. Decidieron levantar una torre cuya altura superase las murallas y así observar lo que albergaban.

»Sirviéndose de piedras y argamasa, construyeron una torre de 300 codos, pero las murallas de la ciudad superaban los 500. Con gran esfuerzo, siguieron levantando la construcción 170 codos más y, desde allí, fabricaron una escala con cuerdas que engancharon al borde de la muralla. Musa ibn Nusayr ofreció una recompensa de 500 dinares a quien lograra entrar en la ciudad. Se ofrecieron varios voluntarios; el que se presentó primero exigió que, en caso de que no saliese con vida, la recompensa fuera entregada a su

familia.

»El voluntario subió hasta el adarve del muro; ya en lo alto, todos esperaban expectantes que dijese lo que estaba viendo, pero entonces el hombre se puso a reír como un demente y se arrojó al interior, a la vez que se oían extraños gritos y aullidos que no eran ni humanos ni de animales, entre estruendos espantosos.

»Cuantos esperaban al pie de las murallas, quedaron sobrecogidos.

»Cuando el crepúsculo comenzó a cubrir la tierra con las sombras de la noche, siguieron oyendo unas voces que parecían de ultratumba; los caballos pifiaban nerviosos y un viento gélido les atravesó el cuerpo haciéndoles tiritar, no sabían si de frío o miedo. Las murallas, imperturbables y frías, se proyectaban hacia el cielo envueltas en un halo azul. La luna plateaba el campo y trazaba sombras inquietantes. Movimientos furtivos se insinuaban en el cielo y la tierra.

»Al amanecer, cesaron los gritos en el interior de la ciudad y los soldados llamaron a su compañero, pero no obtuvieron respuesta.

»Musa ibn Nusayr ofreció mil dinares a quien subiera a lo alto de la muralla y descubriera qué había allí dentro. Se presentó un hombre que presumía de no temer a nada ni a nadie. El gobernador le advirtió: No hagas como el anterior. Infórmanos de lo que veas.

»El hombre prometió hacerlo, pero cuando estuvo arriba, se puso a reír con grandes carcajadas, amenazando con lanzarse al interior. Sus compañeros le gritaron: ¡No lo hagas! ¡No lo hagas! ¡Dinos qué ves desde ahí! Pero él los ignoró y desapareció entre gritos, aullidos y estruendos.

»Musa ibn Nusayr dijo dirigiéndose a sus hombres: No nos iremos de aquí sin descubrir el misterio de esta ciudad. ¿Qué le voy a contar al califa cuando me pregunte? Doblaré la recompensa a quien consiga desvelar lo que albergan estas murallas.

»Se presentó un joven valeroso y dijo: Yo subiré pero, para que no me ocurra lo mismo que a mis compañeros, atadme una cuerda a la cintura y cuando sienta el deseo de arrojarme al otro lado, vosotros me sujetáis.

»Así se hizo; el bravo mancebo subió a lo más alto, donde se dominaba toda la ciudad, y entonces comenzó a reír y se arrojó al vacío. Sus compañeros tiraron de la cuerda y ésta se tensó. Los hombres más corpulentos estiraron del cordel, hasta que cedió. Al izar el extremo de la cuerda, observaron con horror que el cuerpo del muchacho se había partido en dos y, de la cuerda, sólo colgaban las piernas del joven.

»Todos quedaron sobrecogidos y Musa ibn Nusayr, convencido de que no lograría entrar en la ciudad, declaró: Alejémonos de este lugar embrujado,

donde los yinnis se apoderan de todo aquél que intenta desvelar el secreto de esta ciudad.

»Amedrentados, se alejaron de allí en dirección norte, pero no lejos divisaron un bosque umbrío. Al penetrar en aquella densa arboleda, se toparon con un lago rodeado de una lujuriosa vegetación, donde reinaba un silencio fantasmal. Musa ordenó acampar. Las aguas cálidas, de un azul intenso, invitaban al baño y un grupo de soldados se introdujo en la laguna y, del fondo, sacaron unas vasijas de cobre, herméticamente cerradas. Destaparon una y el interior de la vasija exhaló un vapor amarillo y, envuelto en una espiral de fuego, salió un gigante que desapareció volando por los aires gritando: ¡Oh Profeta del Señor, no lo volveré a hacer jamás!

»Apenas se recuperaron del susto, abrieron otra vasija de la que surgió una espiral de humo azul en forma de gigante, que desapareció gritando: ¡Oh Profeta del Señor, no lo volveré a hacer jamás!

»Intrigados, destaparon otra, de la que salió una nube negra que se transformó en un gigante cubierto de hierro, que se fue volando y exclamando: ¡Oh Profeta del Señor, no lo volveré a hacer jamás!

»Un sabio consejero de Musa le advirtió: No debemos abrir más vasijas, porque el rey Salomón encerró en ellas a los yinnis en castigo a su rebeldía y, si les damos la libertad, al igual que se apoderaron de la Ciudad de Cobre, pueden adueñarse de nosotros con sus hechizos.

»Decidieron abandonar el bosque encantado y, al cabo de algunas jornadas, llegaron a una aldea cuyos habitantes hablaban una lengua incomprensible, pero hallaron a un hombre que hablaba árabe y éste les informó de que se encontraban en Al-Ándalus, y que más allá del gran río se extendía una tierra de montañas gigantes sobre las que se levantaban castillos de piedra habitados por hombres vestidos de hierro, crueles y bárbaros, cuyo rey poseía inmensas riquezas y un ejército tan numeroso como las arenas del desierto.

»Musa ibn Nusayr escribió al califa de Damasco, informándole de todo lo que había visto.

»El Príncipe de los Creyentes, deslumbrado por la historia de aquel país mágico, ordenó a sus generales conquistar aquellas tierras que llaman Al-Ándalus.

»Los jinetes del Islam cabalgaron noche y día hasta que sus corceles pisaron las tierras de Al-Ándalus. El filo de sus espadas causó pavor y doloroso castigo a los idólatras. Y cuando las lenguas del sol consumieron las tinieblas, el grito de la victoria de los musulmanes resonó en sus valles.

»Así lo cuentan, pero solamente Allah ¡ensalzado sea!, conoce la verdad».

En la mezquita al-Qarawiyyin, nadie sabía quién era el hombre que había sido arrestado por orden del sultán. En el patio de las abluciones Jalid decidió preguntar a un alfaquí y éste dijo haber visto alguna vez a aquel extranjero taciturno y huidizo que frecuentaba la mezquita, y que parecía recelar algo; nunca hablaba con nadie y siempre iba acompañado de un jeque y también de un joven, que bien podía ser su hijo.

Mientras hablaba con el alfaquí, Jalid se percató de un anciano que parecía estar interesado en la conversación. Cuando el alfaquí se alejó, el viejo se acercó a Jalid y le susurró:

Yo conozco al hombre por el que preguntas.

—¿De veras?

—Sí, soy andalusí como él. Es el hijo del Predicador, pero todos le conocen como Lisan al-Din. Y muy grande ha de ser su culpa para ser arrestado, pues en mi país está considerado como un hombre poderoso, de gran saber y grandes méritos. En Granada es reconocido como Du-l-wizaratayn [El de los dos visiratos].

—Y ¿cómo dices que le llaman? —preguntó Jalid intrigado.

—Por su elocuencia y brillante oratoria adquirió el sobrenombre de Lisan al-Din [Lengua de la Religión].

Algún tiempo después, Jalid descubriría que, el prisionero andalusí también sería conocido como Du-lamrayn [El de las dos vidas] y Du-l-Qabrayn [El de las dos tumbas], pero eso sería más adelante; ahora ignoraba quién era aquel enigmático personaje.

Jalid volvió de la mezquita con la cabeza llena de interrogantes: ¿qué delito habría cometido aquel hombre sabio para ser arrestado?

Y, ¿por qué se encontraba en Fez? Si se sentía vigilado, ¿por qué no había regresado a su país, donde, según el anciano andalusí era considerado un hombre tan poderoso?

2

POR segunda noche consecutiva, Jalid observó que el prisionero no dormía. Parecía estar meditando, mantenía los ojos cerrados, ajeno a cuanto ocurría a su alrededor. Ni los chillidos estridentes de las ratas, que se perseguían por la celda y olisqueaban sus ropas, ni las arañas trepando por las paredes, junto a su cabeza, parecían incomodarle. El prisionero permanecía inmóvil, en la misma postura de la noche anterior. Jalid desconocía si comía algo, ya que como vigilante nocturno no estaba presente cuando se repartía la comida. La orza de barro rojo, conteniendo agua, permanecía inalterable en un rincón.

Un sentimiento de compasión y afecto le incitó a acercarse a los barrotes de la celda. Examinó un instante a aquel hombre enjuto, sentado de perfil, con gesto abatido.

—¡Eh! ¡Eh! ¿No puedes dormir?

El prisionero abrió un ojo. Jalid volvió a preguntar:

—¿No puedes dormir?

El andalusí, que parecía meditar, se irguió huraño, giró el rostro y fijó su mirada en el carcelero.

—Prefiero permanecer insomne. El sueño para mí no es un descanso, pues en él me asaltan terribles pesadillas en las que la espada ensangrentada de la muerte me acecha sin cesar. Revivo intrigas y traiciones, revueltas sangrientas. Y los rostros de los muertos se me aparecen; algunos eran amigos míos, que me precedieron en el cargo de ministros del sultán. Veo soldados con espadas que me rodean y no puedo escapar. Una angustia horrible se apodera de mí cuando presiento al Ángel de la Muerte reclamando mi alma.

—Me he enterado de que procedes de las tierras del norte, de Al-Ándalus, y que allí eras un hombre poderoso. ¿Por qué no pides ayuda al sultán de Granada? Para que interceda por ti ante su amigo, el sultán de Fez.

—Esa amistad entre Granada y Fez ha traído mi perdición, ya que mi señor, el sultán de Al-Ándalus, exige mi cabeza y el emir de Fez, en aras de esa amistad, está dispuesto a dársela.

»El resentimiento y los celos llevaron a los que yo tenía por amigos, y a los que quise cual hermanos, a juzgar el contenido de mis obras como impías, argumentando que eran perjudiciales para el Islam. Cuando lo cierto es que, si bien he podido cometer errores, siempre he obrado pensando en el bien de mi religión y de mi país. Pero las serpientes de la envidia y el rencor se arrastraron por los suelos del palacio del sultán de Granada, deslizándose al calor de los braseros que arden en las

camarillas, arrojando el veneno de la insidia contra mi persona.

—Y aquí en Fez, ¿no cuentas con amigos que te puedan ayudar?

—Durante mis numerosas estancias en esta tierra he cultivado amistades que podrían ayudarme pero, como te he dicho, también tengo enemigos muy poderosos. Ya no confío en nadie, pues incluso de los primeros puede venir la puñalada traicionera. Tengo la absoluta certeza de que la orden de mi detención partió de la Corte granadina. El sultán de Fez está en deuda con el de Granada y no puede negarse a las exigencias de éste.

—¿Tan grande es esa deuda?

—El sultán de Fez, Abu-l-Abbas, le debe el trono al granadino —en el rostro del prisionero se dibujó una mueca de tristeza—. Cuando abandoné Granada, hace cuatro años, en Fez reinaba el gran Abd-l-Aziz, un sultán poderoso que logró la unidad del Magreb al proclamarse soberano de Fez y Tremecén. Abd-l-Aziz me acogió en su Corte, prodigándome toda clase de honores. Pero el odio que me profesa el sultán de Al-Ándalus no tiene límites y envió a Tremecén, donde yo residía, al juez supremo de Granada con un espléndido regalo para Abd-l-Aziz y la petición de mi entrega, acusándome de haber cometido impiedad y herejía en uno de mis libros de contenido sufí. Los falsos grandes reyes se envilecen con venganzas miserables. El poder absoluto degrada al hombre y le hace perder la equidad.

»Cuando el juez de Granada, al-Nubahí, se presentó en Tremecén con la orden de extradición, Abd-l-Aziz se negó a violar la sagrada ley de la hospitalidad y respondió que si esto fue así y se sabía, ¿por qué no se me castigó entonces?

»En la Corte de Abd-l-Aziz contaba con la protección de éste, y el respeto de sus cortesanos; Abd-l-Aziz no se fiaba de su homólogo granadino y necesitaba un consejero con experiencia, que conociera bien los asuntos de Al-Ándalus. Y nadie mejor que yo los conocía; así me convertí en su hombre de confianza. Pero todo cambió al morir repentinamente Abd-l-Aziz. Tras su muerte, le sucedió su hijo al-Said, de siete años de edad, bajo la regencia del visir al-Gazi. Y esta circunstancia la aprovechó el sultán de Granada para intervenir en la política del Magreb.

»El monarca andalusí, con la connivencia del gobernador de Ceuta, hizo desembarcar en esta ciudad fuerzas militares granadinas con el fin de cambiar el gobierno, en manos de un niño, por un sultán más proclive a sus intereses. El emir de Granada sobornó al gobernador de Ceuta, prometiéndole toda clase de privilegios y un alto cargo en la Corte. El ambicioso gobernador aceptó y un cuerpo expedicionario de mil arqueros granadinos liberaron al príncipe Abu-l-Abbas, preso en Tánger, y reforzados con cabilas bereberes derrotaron al ejército del sultán niño y, en menos de dos meses, ocuparon todo el país.

»Abu-l-Abbas, al frente de las tropas granadinas, entró triunfante en Fez. Desde entonces, Abu-l-Abbas rinde vasallaje al sultán de Granada.

»Consciente de que mi vida corría peligro, abandoné la Corte y busqué refugio entre los pocos amigos que me quedan.

»Fez es una ciudad populosa y pensé que estaría a salvo engullido por la muchedumbre, amparado en el anonimato. Oraba en la gran mezquita al-Qarawiyyin, mezclado con la multitud de fieles que la visitan. Pero de nada me sirvió. Los sabuesos cobraron su presa.

A Jalid, la soledad de aquel hombre, que él sabía iba a morir, le producía un hondo sentimiento de compasión.

—Verás, yo soy un humilde carcelero, pero si está en mi mano hacer algo por ti, cuenta con ello.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el prisionero.

Jalid, señor.

—Está bien, Jalid. Tal vez hay algo que puedas hacer por mí —el prisionero se puso en pie y se acercó a los barrotes—. Para mitigar las largas horas de insomnio, me sería de gran ayuda que me consiguieras un cálamo y papel, donde poder desahogar la amargura de mi soledad y ahuyentar mis negros presagios.

—Y, ¿dónde consigo eso? Soy un hombre iletrado y nunca he usado tales utensilios…

—Mañana, si vas al mediodía a la mezquita Yami Al-Ándalus, verás a un hombre con un turbante verde junto al *minbar* [púlpito]. Es el predicador de la mezquita de los andalusíes. Su nombre es Abd-l-Salam. Dile que te envía Lisan al-Din. Él te facilitará cuanto necesito para escribir.

—Pierde cuidado —asintió Jalid—, mañana sin falta haré lo que me pides. Pero ahora dime, si como dices eras amigo de esos ministros asesinados, ¿me puedes revelar quién eres?

—Estimado Jalid, voy a cumplir sesenta y dos años y mi vida ha sido fecunda en experiencias afortunadas y nefastas al frente de la administración de mi país. Creo que consumiré varias noches en contarte los avatares de todos esos años, en los que he detentado poder y autoridad; y en los que he tenido que ejecutar con mano firme las órdenes necesarias para mantener sólida la organización de un Estado tan complejo como Al-Ándalus.

—He oído contar historias fantásticas de Al-Ándalus. ¿Podrías hablarme de esas maravillas que, al parecer, se encuentran en tu país?

—La tierra donde nací posee la luz transparente que los rayos del sol reflejan en la nieve de las montañas donde se guarece. En sus valles crece el olivo, la vid, el granado, la caña de azúcar y el algodón. Un lugar que cautiva a quien lo visita. El mundo está lleno de maravillas creadas por el poder del Altísimo. Los viajeros cuentan cosas tan inverosímiles que, al ser relatadas, los que las oyen pueden llegar a tachar de mentiroso al narrador. Pero yo te digo, estimado Jalid, que sólo los necios

harían semejante juicio, pues los viajeros, si bien tienden a la exageración, siempre cuentan lo que sus ojos han visto. Son hombres que buscan el saber y el conocimiento no sólo en los libros, sino también en las experiencias de sus viajes. Siempre envidié la libertad de la que gozaron mis amigos Ibn Jaldún o Ibn Battuta para conocer el mundo. Éste último viajó durante 29 años visitando 44 países. Apenas había acabado sus estudios, con 21 años, cuando partió desde Tánger, su ciudad natal, a través del norte de África hacia la Meca. Uniéndose a diversas caravanas, cruzó Argelia, Túnez y Libia hasta llegar a Alejandría.

»Cuando llegó a Egipto, gobernaba una dinastía esclava de origen circasiano. Ibn Battuta describió El Cairo como una gran urbe de calles angostas por donde fluye un mar de gente de toda condición, de ricos bazares, y con un río inmenso, el gran Nilo, por donde navegan más de treinta mil falúas. Yo soñaba con ver y admirar las maravillas de las que oía hablar. Y ansiaba realizar la peregrinación a los Santos Lugares, visitar la Casa del Señor. Así se lo hice saber y se lo pedí a mi soberano, le rogué y hasta se lo exigí. Pero él, actuando de forma egoísta, me lo denegó alegando que mi presencia era imprescindible en la Corte. Harto de su negativa, me fugué sin su consentimiento y ahora pago las consecuencias.

—Es la primera vez que tengo ocasión de hablar con un hombre de tan alto rango. Debe suponer un gran suplicio verse encerrado en una sucia mazmorra, después de morar en palacios y tratar con reyes y príncipes.

—¿Por qué crees que cuando estoy solo mantengo los ojos cerrados?, si no es para evitar, en lo posible, el sufrimiento que me produce contemplar el escenario de mi desdicha. En este lugar inmundo, cuando amanece se va la alegría y cuando anochece huye el sueño.

—Siempre he sentido curiosidad por saber cómo es la vida en esos palacios, y cómo son las gentes que los habitan.

—Yo que he vivido en esos lugares, te puedo asegurar que entre el lujo y la suntuosidad, habitan la envidia, la tiranía y la ambición.

»Cuando alcancé la cumbre del poder, me encontré rodeado de un ejército de aduladores que se inclinaban a mi paso hasta besarme los pies, pero bajo sus ropajes ocultaban afiladas dagas, con la intención de apuñalarme apenas les diera la espalda. Tenía que mantenerme alerta para escapar de las redes de intrigas y traiciones que se tejían en la Corte. Tuve que servirme de estratagemas y astucias para deshacerme de potenciales enemigos sin escrúpulos, que pretendían mi ruina. Mi alto puesto al mando de la nave del Estado me exigió actuar, sin el menor atisbo de debilidad, a fin de mantener sumisos a individuos propensos a la desobediencia y a la rebelión.

»En la Corte hay gente de toda condición, sirvientes, esclavos y eunucos, individuos vulgares que, favorecidos por las circunstancias y el servilismo que practican, medran hasta alcanzar una buena posición cerca del sultán; no tienen

apetencias políticas, pero son influenciables, corruptos y proclives a la felonía. Luego están los altos funcionarios del Diwan, que gozan de enormes sueldos y llevan una vida regalada y llena de lujos. Y como derrochan a manos llenas, exigen mayores retribuciones y prebendas. Algunos de éstos se dedican al politiqueo subversivo y, en la sombra, conspiran contra el emir. Entre estos personajes vacuos e indolentes, crece la maledicencia y fructifica la envidia. Y para satisfacer su codicia no reparan en emplear los medios ilícitos que hagan falta. Hay también un grupo que se siente agraviado por estar excluido de la dirección de los acontecimientos y asuntos que no les incumbe: se trata de los juristas, muy peligrosos por su palabrería falsa. Verdaderos profesionales del chismorreo y la injuria, que consumen el tiempo en conspirar y en denunciarse entre sí, con la sola intención de enriquecerse y adquirir influencia y poder. Con toda esta gente me las tuve que ver durante los largos años dedicados al servicio del Estado, como visir. Pero, al parecer, toda mi obra ha fracasado.

»El actual sultán de Granada accedió al trono siendo muy joven, casi un niño. Entonces su espíritu era puro y transparente como el agua de un manantial, pero cuando el manantial se convierte en río, no puede evitar que la corriente arrastre fango. Muhammad ibn Yusuf, aquel niño que yo eduqué, aconsejé y serví, se ha convertido en un sátrapa cruel y vengativo, que me persigue con saña, mientras sombras tenebrosas avanzan lentamente sobre Granada, como las que oscurecen los valles al caer el sol. Al-Ándalus agoniza debilitada por la corrupción y la ostentación. Muhammad y su corte de aduladores llevarán la ruina a todo el reino, que ha entrado en una inequívoca decadencia y se desliza inexorable al final de su existencia.

Jalid observaba apenado la amargura con que se expresaba aquel hombre, caído en desgracia, que debió ostentar tanto poder y, ahora, derrotado y traicionado por quienes en otro tiempo le adularon, se encontraba abandonado a su suerte.

—Y ¿cómo fue tu aprendizaje, para llegar a lo más alto del poder?

El prisionero cambió el gesto sombrío de su rostro y sus ojos parecieron buscar, en el infinito, los recuerdos de un tiempo feliz ya lejano.

—Espero que mis palabras sean lo suficientemente esclarecedoras para mostrarte el valor de la enseñanza cuando se inculca desde la niñez.

Mi nombre completo es Abu Abd Allah Muhammad Lisan al-Din ibn alJatib al-Salmaní al-Garnatí. Tuve como mi mejor maestro a mi padre Abd Allah, ¡Dios esté satisfecho de él!, que a su vez aprendió de mi abuelo Said ibn Ahmed al-Salmaní, descendiente de la tribu de los Murad. Los Murad eran originarios de Salmón, una aldea del Yemen. Llegaron a Al-Ándalus procedentes de Siria y se asentaron en Córdoba, capital del califato omega; más tarde, se trasladaron a la imponente ciudad de Toledo y allí permanecieron durante dos siglos, hasta la sublevación popular que

dio lugar a la famosa y sangrienta «Layla tulaytuliyya» [noche Toledana].

Mi abuelo Said, un destacado alfaquí, fue nombrado juez y predicador de la Mezquita Aljama de Loja, y hasta allí se mudó con toda su familia. Como predicador gozaba de una gran autoridad moral y como juez desempeñaba un papel primordial en la administración de la justicia, asumiendo el cargo de mediador en los litigios relativos a las personas y los bienes de la comunidad de Loja. En esta ciudad, próxima a Granada, capital de Al-Ándalus, nací el 25 de Rayab del 713 [15 de noviembre de 1313].

Desde que mi abuelo, ¡Dios lo tenga en el paraíso!, siguiendo la tradición familiar, ejerció el cargo de predicador en la Mezquita Mayor de Loja, se nos conoce con el nombre de Banu al-Jatib [hijos del predicador].

Mi padre era un hombre muy apuesto, de ingenio agudo, gran conversador, excelente jinete y con una desmedida afición por la equitación y la caza. Su entrega a los placeres y a la buena vida no le impidió dedicarse al estudio de diversas materias, alcanzando grandes conocimientos de medicina y literatura; destacando en la prosa y la poesía. Durante toda su vida mi padre llevó una intensa actividad literaria y política. Diestro en equitación y el manejo de las armas, luchó al lado del sultán Abu-l-Walid Ismail para expulsar de la Alhambra al usurpador Nasr.

Yo contaba apenas un año de edad cuando mi progenitor fue llamado por el sultán para desempeñar un elevado cargo en la Corte, como secretario de la Chancillería. Por lo que pronto, toda la familia abandonamos Loja y nos trasladamos a Granada. Allí transcurrió gran parte de mi agitada vida.

Los años de mi niñez y adolescencia coincidieron con el reinado de un gran sultán, Abu-l-Walid Ismail, hombre de gran corazón, de carácter enérgico y aguerrido y, como mi padre, amante de los caballos, las armas y las mujeres. Después de dos emires mediocres, al fin, un sultán fuerte y valeroso tomaba las riendas de Al-Ándalus. Mi padre lo describía como un gran emir, que tuvo la desgracia de que Azrael viniera a buscar su alma cuando gozaba de su máximo esplendor. Era muy alto y apuesto, tenía los brazos y las piernas de un luchador capaz de enfrentarse a un oso, la cadera delgada, los hombros anchos, los dientes blancos y la sonrisa fácil; gran cazador y guerrero y, sobre todo, seductor y mujeriego. Esto último le acarrearía una gran desgracia.

Cuando subió al trono, su primera tarea consistió en impulsar la disciplina y reorganizar el ejército. Como general de las tropas de choque, para hacer frente al ejército del rey cristiano, que había llamado a la Guerra Santa contra los musulmanes, eligió a un aristócrata militar de la tribu zanata, al temible general Utman Abi-l-Ulá. Utman era osado, valiente y despiadado; a sus órdenes estaban los austeros guerreros magrebíes, que practicaban las costumbres beduinas y detestaban las normas burguesas que caracterizan a las milicias andalusíes.

Un caluroso día de verano, unos pastores observaron asombrados cómo una inmensa nube de polvo bajaba por las laderas de la sierra de Elvira. Del interior de la nube salía un ruido aterrador de cascos de caballos mezclado con gritos. Poco después, apareció un numeroso ejército de cristianos gritando como demonios y, con los ojos encendidos de codicia, atacaron a los indefensos pastores, matando a su ganado y degollando a sus cuidadores. Las tropas cristianas, al mando de los infantes don Juan y don Pedro de Castilla, invadieron la Vega dispuestos a entrar a sangre y fuego en Granada y apropiarse de los fabulosos tesoros que guardaba la ciudad. Desde las faldas de Sierra Elvira, se dedicaban a saquear las alquerías, a quemar las cosechas; destruían acequias y huertos, causando un daño inmenso y sembrando el terror entre la población.

Los habitantes de Granada contemplaban con horror cómo un ejército de bárbaros, cubiertos de herrumbrosas armaduras, montando enormes caballos de guerra, destruían con fiereza diabólica cuanto encontraban a su paso.

El corazón guerrero del sultán vibraba de rabia, pero dominó su ímpetu y esperó a que llegaran los efectivos que, a su llamada, acudían de todas las partes del reino. Cuando todos los cuerpos del ejército se encontraban prestos y bien armados para la batalla, una mañana, antes de la salida del sol, un ejército formidable, compuesto de aguerridos jinetes y una infantería enfervorecida por defender la tierra del Islam, cruzó bajo el arco de la puerta de Elvira.

Antes del amanecer, al mando de sus tropas, cubierto con una armadura dorada y sobre un caballo tordo cuya cola relampagueaba en la noche, el sultán Abu-l-Walid Ismail partió de Granada. A su derecha cabalgaba el fiero Utman ibn Abi-l-Ulá, jefe de las milicias africanas. Utman era austero, implacable y con un sentido del deber y el honor que rozaba el fanatismo. Mi padre, que acudió a la llamada del emir, iba a la cabeza de un escuadrón de jinetes granadinos.

Apenas ambos ejércitos estuvieron frente a frente, el sultán ordenó a Utman y sus bereberes cargar contra la hueste de don Pedro. Desde el primer momento se vio claramente que la victoria se inclinaba de parte musulmana. Los granadinos agrupados en torno a su emir, se lanzaron sobre los infantes castellanos, que apenas podían moverse, entorpecidos bajo el peso de sus armaduras. Conocedores del terreno, los musulmanes sabían cómo emboscar y golpear al enemigo. Contra la codicia de los infieles, los granadinos combatían por la supervivencia de su ciudad, sus mujeres y sus hijos. Al medio día, la batalla estaba decidida; los jinetes magrebíes derribaban a sus oponentes con mandobles y golpes de lanza, dejando que los hombres de a pie remataran a cuchillo a los vencidos.

El ejército cristiano, diezmado y en desorden, huía de la carnicería en desbandada, pero la caballería beréber no hacía prisioneros, los perseguían y los que ofrecían rendirse, eran degollados. La matanza fue atroz y las charcas de la Vega se

llenaron de hierro, arneses y cadáveres de los enemigos del Islam. La tropa granadina obtuvo una gran victoria y los infantes castellanos fueron muertos. El cadáver de don Pedro cayó en manos de los hombres de Utman, que lo destriparon, lo rellenaron de paja y, durante semanas, lo mantuvieron colgado sobre las puertas de la Alhambra.

Para conmemorar el triunfo de la Vega, el sultán decidió construir una finca de recreo en las inmediaciones de su palacio.

En la zona oriental de la Alhambra había un huerto, propiedad del sultán, llamado *Yannat-al-arif* [Jardín del alarif], donde se levantaba un pabellón de bellos artificios y jardines. Abu-l-Walid decidió renovarlo y embellecerlo con yeserías policromadas y numerosas fuentes. Ordenó que el cauce fluvial de la acequia corriera por canales hasta el interior de los patios. El campo fue surcado de veredas y el agua se deslizaba serpenteando bajo la umbría de los árboles, llenando el jardín de rumores y sonidos armónicos: un vergel donde se respiraba sensualismo y voluptuosidad convidando al placer. Así consiguió que aquella almunia fuese un lugar idílico para el reposo del guerrero.

El emir mostró el deseo de adornar el pórtico del Generalife con epígrafes alusivos a su triunfo sobre las armas cristianas. Para ello, eligió al mejor poeta de su Corte y secretario del Diwdn al-Insá, que no era otro que mi maestro y mentor Ibn al-Yayyab. De él te hablaré más adelante. Desde entonces, los poetas se convirtieron en cantores de las proezas de los sultanes granadinos y sus versos fueron grabados en las paredes del palacio. Los versos aparecen esculpidos a nivel de los ojos, de tal manera que pareciese que los muros hablaran al visitante de la sala que los alberga. En alguno de ellos se hace referencia a los reyes de Qahtán, pueblo de Arabia, o al linaje de Adnan, antepasado de los habitantes del norte de la península arábiga. Los poetas de la Corte, estimado Jalid, aun sabiendo de la escasa sangre árabe que corre por las venas de los sultanes de Al-Ándalus, echan mano de estas hipérboles para satisfacer los deseos de sus emires, que gustan de buscarse antepasados gloriosos de prosapia árabe.

Abu-l-Walid, valiéndose de la debilidad de los infieles, tras la derrota de éstos, atacó varios enclaves fronterizos. Y quiso Allah, ¡ensalzado sea!, que todas ellas fueran conquistadas, ensanchando los límites de su reino. Mas las hazañas guerreras de este gran sultán no quedaron ahí. Los nuevos territorios ocupados se convirtieron en punta de lanza de la Guerra Santa y en el origen de nuevas conquistas.

Desde allí, el ejército de Abu-l-Walid puso sitio a Martos, sus habitantes salieron a combatir y se entabló una lucha feroz. Al caer la noche, los musulmanes escalaron las murallas, penetrando en la ciudad. Los defensores buscaron refugio en el castillo que, a mitad de la noche, fue asaltado, produciéndose una gran matanza.

Al amanecer, el almuédano llamó a la oración desde lo alto de las murallas, sobre un campo de cadáveres.

Las victorias obtenidas por el sultán de Al-Ándalus se difundieron por todo el mundo islámico, y en Granada Abu-l-Walid era recibido como un héroe. Las calles estaban aromatizadas con romero, cubiertas de pétalos de flores y entoldadas con paños de seda dorada. Pero Allah ¡ensalzado sea! dispuso que el hombre disfrutase de la felicidad suprema solamente en el Paraíso, y el victorioso sultán apenas tuvo tiempo de saborear su triunfo. Cuando todavía llevaba el polvo de la batalla en los pliegues de sus vestidos, le sobrevino la gran desgracia.

Quiso el destino, que Abu-l-Walid se prendase de la bella favorita de su primo, el sahib al-Yazira [señor de Algeciras]. El sultán injurió a su primo arrebatándole a su esclava. Éste escondió su resentimiento y dejó que se enfriara la afrenta. Pero cierto día, el gobernador algecireño, acompañado de sus hermanos y un grupo de sirvientes, solicitó visitar al sultán con el pretexto de felicitarle por su victoria en Martos.

Aquel día, el emir se encontraba paseando plácidamente por el jardín de su palacio, entre el rumor de las fuentes, acompañado de su visir, Abu-l-Hasan al-Muharibi y otros cortesanos, y escoltado por su guardia. Un secretario se acercó al emir y le anunció la llegada del sahib al-Yazira. Al ver a su primo, Abu-l-Walid le dio la bienvenida con una sonrisa en los labios. El de Algeciras, disimulando su rencor, se dirigió al monarca con los brazos abiertos, fundiéndose ambos en un efusivo abrazo. Entonces, el agraviado gobernador extrajo una daga oculta bajo su capa y lo apuñaló en el vientre. El sultán sintiéndose herido, lanzó un grito estremecedor y, cuando se derrumbaba, su primo le asestó otra puñalada en el cuello, cortándole la arteria carótida. Un vómito de sangre, ahogó los gritos del sultán. La agresión fue tan rápida, que cuantos rodeaban al emir no pudieron impedirla. El visir gritó: ¡Guardias! Pero el propio señor de Algeciras le asestó una puñalada en el pecho y el visir se desplomó. Los hermanos del agresor desenvainaron sus espadas. El sonido del acero apagó el rumor de las fuentes. Los escoltas del sultán esgrimieron sus lanzas rodeando a los atacantes. Los hombres del gobernador hicieron frente a los guardias con sus espadas. Uno de los hermanos del señor de Algeciras lanzó un mandoble y tajó el brazo de un lancero. El guardia aulló. Su mano colgaba del antebrazo sujeta por un jirón de piel. La sangre manaba como un surtidor del brazo herido. El lancero se retorcía y el muñón escupía chorros de sangre salpicando a sus compañeros. Se organizó un gran tumulto que los algecireños aprovecharon para huir. Pero los soldados les persiguieron por los jardines y allí donde iban siendo encontrados, eran pasados a cuchillo.

Abu-l-Walid, dejando tras sí un reguero de sangre, fue conducido a sus estancias privadas. Por el camino, un médico, sirviéndose de su turbante taponó la herida del cuello; mas todo fue inútil y el sultán murió. ¡Allah santifique su alma y vierta sobre él la lluvia benéfica de su misericordia!

Abu-l-Walid Ismail fue enterrado en la Rauda de su palacio. Y los cadáveres de

los conjurados colgados de las murallas. La plebe, encolerizada por la muerte de su emir, apedreó los cuerpos de los asesinos. Yo tenía once años y todos los días, junto con mis amigos, subíamos a la Alhambra a lanzar piedras a los ajusticiados. Durante muchos días, el hedor de la carne putrefacta invadió las calles de Granada y los ardientes rayos del sol descomponían los cadáveres, mientras hordas de cuervos extraían los ojos y las vísceras de los ejecutados.

Por el tragaluz de la celda se filtró la claridad del alba y el prisionero interrumpió su relato. Jalid murmuró:

—¡Qué final tan terrible, el del sultán!

El hombre que iba a morir comentó:

—Mañana seguiré con la narración. Esto es sólo el principio de la sangrienta historia de una dinastía que sufre el estigma de la tragedia. En Granada, estimado Jalid, son escasos los sultanes que tuvieron el privilegio de envejecer y morir en la cama.

3

HACÍA ya algún tiempo que la claridad del tragaluz había sido engullida por las sombras de la noche, y el prisionero esperaba expectante la llegada de Jalid.

Con los dedos aferrados a los barrotes, el cautivo mantenía la mirada fija en el oscuro pasillo por donde solía aparecer el carcelero. En la mazmorra era difícil calcular el paso de la noche. Una vez que se apagaba la luminosidad de la lucerna, la celda quedaba sumida en una penumbra que borraba cualquier referencia del tiempo transcurrido. A unos diez pasos de donde se encontraba el prisionero, un hachón fijado a la pared iluminaba el camino utilizado por los guardianes de la prisión, y su resplandor permitía que un débil fulgor se colase en el interior de las celdas.

Al fin, unos pasos rompieron el silencio de la mazmorra, y la figura delgada y oscura de Jalid apareció en el campo luminoso de la antorcha. El prisionero clavó su mirada en el envoltorio que portaba el carcelero.

Jalid, al observar la impaciencia del preso, se apresuró a entregárselo. Éste, sin disimular su avidez, desdobló el paño que envolvía varios folios de papel y una caja alargada de madera. El interior del estuche contenía dos cálamos de caña y un tintero taponado con algodón.

—¡Que Allah recompense tu buena obra! —exclamó el prisionero—. Escribir ha sido la pasión de mi vida. Con el cálamo en la mano me siento fuerte. Mi deseo sería que las huellas de mis escritos permanecieran indemnes a lo largo de los siglos, sin que el tiempo las engulla y queden muertas en las entrañas del olvido. Estas sencillas herramientas que me has traído, me servirán para defenderme de las infamias y demostrar mi inocencia. Escribiré a mi amigo Ibn Jaldún, que cuenta con influencias en la Corte. Él, que también fue víctima de la injuria y de la insidia, y sufrió prisión, sabrá comprender, como nadie, la desdicha en la que me hallo. También escribiré al sultán de Tremecén, Abu Hammú, con el que mantengo unas excelentes relaciones. Abu Hammú nació y se educó en Granada y su formación andalusí se pone de manifiesto en su Corte, donde se adoptan las tradiciones y costumbres de Al-Ándalus. De él albergo grandes esperanzas para que interceda por mí ante el sultán de Granada.

Jalid observó con pena, cómo los ojos del cautivo se iluminaban con el resplandor de la esperanza. Temiendo que el prisionero le adivinase el pensamiento, le exhortó a cambiar de conversación:

—Ayer me dijiste que seguirías contándome tu historia. ¿Qué pasó después del asesinato del sultán Abu-l-Walid?

—No creas que me he olvidado. Sentémonos —dijo Lisan al-Din mientras depositaba con esmero, sobre su regazo, los folios y el estuche envueltos en el paño.

Los dos hombres quedaron frente a frente, aposentados sobre la dura superficie empedrada de la prisión, separados por los barrotes de la celda.

—Cuando asesinaron al gran sultán Abu-l-Walid Ismail, ¡Allah lo premie en el paraíso!, yo tenía doce años; una época de aprendizaje y descubrimientos asombrosos.

Era todavía un niño, no recuerdo qué edad tenía, cuando presencié, por primera vez, el misterio de la muerte. A mi mente acude la figura de mi padre empuñando una daga, el día de la fiesta de los Sacrificios. Su precisión clavando el cuchillo en la garganta del cordero y el surtidor de sangre que escapaba del animal llevándose consigo su vida. Fascinado contemplaba los estertores del carnero, hasta que su cuerpo exangüe quedaba inmóvil, como dormido. ¿Sería la muerte como un sueño del que no despiertas?

En la pubertad descubrí el origen de la vida. Comencé a percibir y explorar los cambios que se producían en mi cuerpo. Mi voz adquirió un tono más grave; sobre mi labio superior apareció una pelusilla oscura y el pubis empezó a cubrirse de pelo. Cuando contaba ocho o nueve años, inicié las primeras exploraciones e hice un descubrimiento singular en algunos lugares de mi anatomía, que resultaban muy sensibles y placenteros al tacto de mis dedos. Aquella manipulación me llenaba de turbación y vergüenza. Pero con el tiempo, mis manos adquirieron cada vez más experiencia y el placer que experimentaba iba en aumento. Entraba en una especie de trance, que me llevaba al éxtasis hasta caer en la extenuación. Deseaba que acabase lo antes posible y, a la vez, esperaba que durase más tiempo. Todo aquello, me causaba aceptación y repulsa, mas no podía evitarlo. Desde mi infancia, en las caballerizas de mi padre, había contemplado con asombro la cópula del caballo sobre la yegua; yo no entendía aquel acto extraño de los animales, lo concebía como una necesidad propia de la naturaleza, y nunca me atreví a preguntarlo; de esas cosas no se hablaba, pertenecían al mundo de los adultos, que yo no comprendía. A los trece años, la pasión rugía, a veces conseguía adormecerla con el estudio o la lectura, pero al instante despertaba exigente e imperiosa y me resultaba imposible combatir aquella pulsión turbadora. Pronto averigüé que en esa pasión del hombre hacia la mujer, del macho hacia la hembra, radicaba el origen de la procreación.

Contaba once años de edad, cuando mi padre, que era ministro del sultán, me introdujo en los círculos más destacados de la enseñanza islámica. También me inicié en las principales ramas de humanidades: lengua y literatura árabe, poesía, astronomía, geografía e historia. Bajo la tutela de los más prestigiosos maestros, completé mi formación en jurisprudencia, lógica, retórica y medicina.

¡Cómo olvidar a mis amados maestros! Aquellos hombres sabios, que tanto contribuyeron a mi formación académica. Recuerdo con especial afecto al cadí Abu-

l-Qasim Muhammad, al que conocíamos como al-Sarif al-Garnatí, gran literato que me descubrió la técnica de la lexicografía. O a mi admirado amigo Abu Abd Allh Muhammad al-Ilbirí, predicador de la Gran Mezquita, que me ayudó a dominar todas las reglas del árabe clásico y, con suma paciencia, me enseñó prosodia y exégesis coránica —Jalid escuchaba atentamente, no entendía aquel lenguaje, pero se sentía atraído por la sonoridad de las palabras—. Y qué decir del médico eminente Abu Zaqariyya Yahyya ibn Hudayl, uno de los maestros que más influyó en mis conocimientos de medicina.

Ibn Hudayl había nacido en Archidona y ejerció muchos años como médico del sultán. Él me inculcó la prudencia a la hora de tratar las enfermedades. Recuerdo sus palabras en su primera clase magistral:

«Antes de que emitas un diagnóstico, medita profundamente sobre los síntomas. El cuerpo humano goza de salud cuando todos los humores y temperamentos están en equilibrio, tanto los secos como los húmedos, los calientes como los fríos. Si se rompe la armonía de dichos elementos, es por culpa de una enfermedad. Es entonces cuando el médico debe actuar, para que el enfermo recupere la armonía perdida, administrando los remedios específicos en su forma menos agresiva, como la dietética o los electuarios. Debes ser meticuloso en la aplicación de las dosis y vigilante en la evolución del enfermo. Los compuestos de hierbas, han de estar acordes, en la cantidad de los componentes, con el dolor del paciente. El médico debe ser un experto en el estudio de la botánica y en el conocimiento de los beneficios curativos de las plantas. La ley de los médicos nos obliga a cuidar de cualquier persona que necesite de nuestros remedios, ya sean pobres o ricos, amigos o enemigos. Aunque el mismo demonio llamase a tu puerta, tendrías que atenderlo, pues nuestra ley lo ordena. Los médicos sólo hacemos la guerra al sufrimiento».

Como norma, mi maestro me infundió la idea de que había que intentar curar sin medicamentos, aplicando terapias dietéticas o ejercicio físico. Y si esto no fuera suficiente, se utilizarían recetas que contuviesen los menos compuestos posibles. Solamente en los casos en los que el mal persistiese, y una vez que se hubiesen agotado todos los métodos de medicina natural, se debía realizar la intervención quirúrgica. La lanceta, el estilete o las tenazas se usarían una vez que se hubiese descartado todo lo demás. Con Ibn Hudayl aprendí también geometría, astronomía y aritmética. Y las tres ramas filosóficas que, según él, todo hombre culto debe dominar: la lógica, la física y la ética. Este gran maestro poseía el don de disertar despertando la mente de sus alumnos. Cuando hablaba iluminaba las miradas con su

oratoria. Era de carácter dulce, carente de hipocresía, y de una moral limpia, como las flores después de la lluvia. Lo quise como a un padre y cuando murió su esposa, a la que amaba intensamente, cayó en una profunda melancolía, y lo acogí en mi casa. Con la salud muy quebrantada, entró en estado crítico y, sintiendo la proximidad de la muerte, me pidió que me acercase a su lecho y con un hilo de voz me comunicó su última voluntad: «Cuando muera —dijo mi maestro—, entiérrame junto a mi esposa, para que nuestros huesos se mezclen en la misma tierra. No me sepultes en el cementerio de la Sabika, pues mi deseo es permanecer junto a ella hasta el día del juicio. Dispón la tumba como ordena el amor, ella frente a mí y yo frente a ella. Tal vez el Dios del Trono recompondrá de nuevo las piezas de mi cuerpo y elevará mi morada y la de ella hasta Él».

Aquellas palabras llenas de ternura de mi maestro, en el umbral de la muerte, me conmovieron hasta las lágrimas. Su deseo fue satisfecho. Me ocupé de que su enterramiento fuese como me había indicado. Le di sepultura al atardecer en el cementerio de Bab Ilbira, junto a su esposa. ¡Que la misericordia de Allah sea con él!

—Que así sea —musitó el carcelero.

—Y ahora, mi buen amigo Jalid, quisiera hablarte de los tres hombres que más influyeron en mi vida, y con los que trabé intensos lazos de amistad y afecto, sustentados por nuestra afinidad de caracteres. Se trata de Abu-l-Barakat, Ibn Marzuq e Ibn al-Yayyab. Empezaré por el más controvertido:

Abu-l-Barakat Muhammad ibn al-Hayy al-Belefiqí pertenecía a una familia acomodada de la pequeña villa de Velefique cerca de Almería; de ahí su patronímico «al-Belefiqí». Procedía de la estirpe noble de Mudar, y uno de sus antepasados, Abbas al-Sulamí fue compañero del Profeta ¡con él sea la paz! El tatarabuelo de Abu al-Barakat era un personaje muy conocido en Al-Ándalus, se llamaba Abu Ishaq Ibrahim y en Almería adquirió fama de santo por su baraka, llegando a ser objeto de veneración popular, al atribuirle hechos milagrosos; tales, como la curación que llevó a cabo con un niño, que padecía de cálculos, en presencia de un médico, que pretendía burlarse de él, y que quedó avergonzado. Abu al-Barakat atribuía a su antepasado otro milagro que, al parecer, le había salvado la vida. Contaba mi maestro, que habiendo planeado un viaje a Oriente, cierta noche se le apareció en sueños su tatarabuelo, que le recomendó no emprender dicho viaje. Al día siguiente, Abu-l-Barakat se reunió con sus alumnos y uno de ellos, Ibn Jatima, le mostró unos versos que había compuesto aquella noche en los que pedía a su maestro desistir del viaje. Los versos eran tan bellos que Abu-l-Barakat vio en ellos una señal de su tatarabuelo y renunció a viajar, salvando así la vida, ya que el barco naufragó muriendo todos sus ocupantes. Mi maestro presumía de la nobleza de su estirpe y solía contarnos una anécdota sobre su padre, Muhammad, consejero del poderoso y temible sultán meriní Abu Yusuf. Según mi maestro, Abu Yusuf decía: «Siempre que

un hombre recto viene a visitarme, su mano tiembla en la mía al estrecharla, excepto Muhammad, con quien me ocurre lo contrario; es mi mano la que tiembla en la suya».

Conocí a mi maestro, Abu-l-Barakat, cuando fue nombrado juez de Granada. Su reputación era tal, que vivía en la Alhambra por expreso deseo del sultán, que lo tenía como consejero. Y allí acudíamos sus alumnos a recibir sus enseñanzas. Su elocuencia era admirable, y asuntos que parecían incomprensibles y difíciles, él los hacía evidentes. Era un buen literato y un gran poeta. Tenía un estricto sentido de la justicia y un carácter severo y recto. Tuve una inmensa fortuna al tener como maestro a este erudito en jurisprudencia, y el privilegio de contar con su amistad. Fui su discípulo y también su amigo. Compartiendo su compañía, descubrí a un hombre sagaz, irónico y contradictorio, rebelde, solitario y vehemente defendiendo sus ideas. A pesar de disponer de importantes recursos económicos, practicaba el ascetismo y la sencillez. Era poco amigo de juergas y banquetes. Cuando sus detractores querían ofenderle, se referían a él llamándole «Piernas cortas». Pero él, que tenía una inteligencia que no guardaba proporción con su cuerpo, se enfrentaba a ellos, y sin recurrir a los insultos, ponía en evidencia la bajeza de sus enemigos. Sin embargo, le molestaba que le preguntaran su edad. Y cuando le decían a qué se debía no querer confesar sus años, a Abu-l-Barakat se le encendían sus brillantes ojos azules y respondía: «Porque si dices que eres joven, te ignoran y si eres viejo, te creen inútil».

A veces, si alguien le preguntaba por aquello que le contrariaba, fruncía el ceño y sus pesados párpados dejaban escapar una mirada cuya intensidad valía un sermón. Cansado de contestar siempre lo mismo, respondía: «Voy a darte un consejo. Sujeta tu lengua y nunca confieses tres cosas cuando te pregunten: edad, dinero o condición. Con tu silencio, causarás el pesar del ingrato, del envidioso y del maledicente». Referente al atuendo de las mujeres era muy riguroso, y no tenía reparos en reprenderlas severamente, si sorprendía a alguna sin velo. Este celo por la moralidad femenina fue la causa del divorcio de una de sus esposas. Cierto día que mi maestro se encontraba sentado en el zaguán de su casa, observó que Ayxa, una de sus cuatro mujeres, venía del hammám, próximo a su vivienda, riéndose y sin zaragüelles, dejando ver una pierna. Abu-l-Barakat, irritado, hizo entrar rápidamente a su mujer en casa, donde la increpó por su atrevimiento con estas palabras: «No es propio de una mujer bien nacida que no se llene de vergüenza y su rostro no enrojezca cuando el viento levanta su vestido». Y acto seguido, redactó el acta de divorcio.

Abu-l-Barakat frecuentaba mi casa y cuando fui ascendido a secretario de la Chancillería, él era uno de mis invitados permanentes en las tertulias literarias que organizaba en mi finca, Ayn al-Damád [Fuente de las Lágrimas]. En aquellas reuniones, habíamos establecido un juego que consistía en que el último que llegara, casi siempre mi buen amigo y gran poeta almeriense, Ahmed Ibn Jatima, tenía que

improvisar un verso, y el que estuviese sentado a su lado continuar el poema con el mismo metro y rima. Aquél que se encontrase enfrente estaba obligado a completar la estrofa de forma desafiante, dirigida a cualquiera de los presentes, induciendo la respuesta, en verso, del aludido. Y era ahí donde brillaba, de forma incomparable, el ingenio agudo, irónico y procaz de Abu-l-Barakat al-Belefiqí, provocando gestos de entusiasmo de mi admirado amigo Abu Ishaq al-Ilbirí y de cuantos asistíamos a aquella demostración de agilidad mental. Recuerdo los aspavientos de admiración del prominente viajero, Ibn Battuta, cuando visitó Granada y tuve el honor de alojarlo en mi casa.

Cada día, el final de cada sesión lo dedicábamos a los acertijos, y al-Belefiqí siempre salía triunfante, acertando cuantas adivinanzas le proponíamos.

—A mí me gustan las adivinanzas. ¿Recuerdas alguna? —inquirió Jalid entusiasmado.

—Bueno, alguna recuerdo —dijo Lisan al-Din, cerrando los ojos para rememorar aquellos tiempos—: Cierto día, mi maestro, el cadí al-Sarif preguntó: ¿qué cosa es aquella que tiene un vestido cuya dureza puede ser comparada con el rostro de un censor, mas al quitárselo, es blanda como la *mistagá* [goma resinosa]?

Jalid quedó pensativo.

—¿El huevo? —aventuró.

—No, mi estimado amigo. Se trata de la nuez.

Voy a poner a prueba tu sagacidad, escucha:

Es esbelta entre los comensales de los reyes, su brillo se asemeja al rostro de los enamorados, crece y decrece según su propia fuerza, llora en la oscuridad y sus lágrimas se deslizan por su cuello, pero su lengua de serpiente delata a los amantes.

—¿Podría ser una esposa despechada?

—No.

—Una concubina celosa.

—No, no.

—¿Cuál es la respuesta?

—La respuesta correcta es… la vela.

—Por favor, otra más —rogó Jalid.

—Está bien, a ver si adivinas ésta: es emigrante de otros países, pero viene a anunciarnos el tiempo favorable, su cuerpo es de marfil y ébano y se ríe a carcajadas cuando llega a su destino. Sobre el tapiz esmeralda de la primavera, asienta sus plantas de coral.

Jalid le pidió repetir el acertijo, pero no encontró la solución.

—No tengo ni idea —respondió el carcelero.

—Se trata de la cigüeña.

Voy a plantearte la última adivinanza: tiene el color amarillento de un enfermo y su cuerpo es enjuto y hueco. Se afila el pico antes de abrevar y sus ojos vierten lágrimas que se transforman en ciencia.

—Creo que es un pájaro, pero no sé cuál.

—No es un pájaro —indicó el prisionero con una media sonrisa.

—Entonces, no sé qué puede ser.

Después de un breve silencio, Lisan al-Din desveló el acertijo:

—Es el cálamo —dijo mostrando el que guardaba en el estuche.

—Jamás había visto un cálamo hasta hoy —se justificó Jalid.

—Bueno, en tal caso es comprensible que no lo adivinaras. Te propondré una adivinanza que puedas acertar:

Se reúnen cual cortejo de músicos que fueran en busca de la novia. Y el sonido de sus trompetas altera el sueño en las noches cálidas.

Ante el mutismo de Jalid, Lisan al-Din comentó:

—Seguro que a ti te han despertado más de una vez.

—Ten en cuenta señor que, a causa de mi ocupación en esta cárcel, yo no duermo de noche.

Lisan al-Din sonrió.

—Admiro tu astucia justificando la incapacidad para adivinar los acertijos. Pero esta vez no te servirá. Estos músicos también tocan sus trompetas durante el día.

Tras el silencio del carcelero, Lisan al-Din le reveló la adivinanza:

—Los mosquitos, Jalid, los mosquitos.

—¡Los mosquitos! Es verdad, hay días que no me dejan descansar esos malditos.

—Estos acertijos eran como un juego de niños para mi maestro Abu al-Barakat. Todos admirábamos su sagacidad. Pero hubo una nube que ensombreció nuestra amistad. Fue cuando, a causa de una conjura, el sultán tuvo que exiliarse en Fez y, en vez de acompañar al monarca en su destierro, como hicimos todos sus ministros, él prefirió permanecer en Granada y aceptar el cargo de juez que le ofreció el usurpador. Aquella decisión de Abu-l-Barakat supuso para mí una enorme decepción. Pero así era él, contradictorio e independiente. No se lo tuve en cuenta, debido a su avanzada edad. Eran años confusos y difíciles. Poco tiempo después, mi maestro, Abu-l-Barakat al-Belefiqí, se retiró a su tierra natal en Almería, donde murió a una edad que pocos alcanzan, noventa años. ¡Que Allah lo tenga en el paraíso en la más noble condición!

»A mi otro gran amigo, Ibn Marzuq, lo conocí en el transcurso de la batalla de Tarifa, que los cristianos llaman del río Salado. Ibn Marzuq formaba parte del séquito del sultán meriní Abu-l-Hasan Alí, y yo acompañaba a mi padre en aquella desgraciada contienda contra los infieles, en las filas del ejército andalusí bajo el mando del sultán de Granada. Ibn Marzuq tenía treinta años y yo veintisiete. Éramos

dos jóvenes pletóricos de entusiasmo y fuerza. Nuestra relación personal se vio favorecida por la afinidad de nuestras aficiones, amábamos la poesía y nos gustaba escribir en prosa rimada. Ibn Marzuq era alegre, afectuoso, amable y distinguido en su comportamiento. Tanto su fisonomía como su conversación eran agradables. Y, además de elocuente, poseía talento para la literatura; tenía una caligrafía admirable y elegantísima. Todo lo compartía con generosidad y era incondicional con sus amigos. Le consideré mi maestro porque, aunque estábamos próximos en edad, él contaba con más experiencia y conocimientos. Había viajado a Oriente, realizó muy joven la peregrinación a La Meca y visitó Medina, Jerusalén, El Cairo y Alejandría, donde adquirió una vasta erudición en diversas ciencias y conocimientos. Llegó a alcanzar una posición prominente en la Corte del sultán de Fez y, más de una vez, el monarca meriní contó con él para realizar gestiones diplomáticas, que siempre culminó con éxito. Pero un día, el sultán de Fez fue derrocado y mi amigo cayó en desgracia, fue encarcelado y sus bienes confiscados. Tras perderlo todo, le conmutaron la pena de prisión por el destierro e Ibn Marzuq se exilió en Al-Ándalus. En Granada lo acogimos con todos los honores. Yo me ocupé, personalmente, de procurarle un alojamiento en consonancia a su categoría, y en la Corte granadina estaba tan bien considerado que fue nombrado predicador de la mezquita de la Alhambra y maestro en la Madrasa, donde impartía clases en diferentes disciplinas, aunque se consagró en una materia muy de moda entre los intelectuales de aquella época: la mística. Entonces no podía imaginar que, algún día, yo sería encausado por ello. Después de unos años de intensa actividad intelectual en Granada, Ibn Marzuq abandonó Al-Ándalus y regresó al Magreb. Y el sultán de Fez, Abu Salim, le nombró su consejero.

—Si tu amigo cuenta con tanta influencia en la Corte de Fez, ¿por qué no le pides que interceda en tu favor? —interrumpió Jalid.

—Porque de eso hace ya más de quince años. El sultán Abu Salim fue víctima de una conjura y arrastró en su caída a mi amigo. La última noticia que tengo de él es que vive dedicado a la docencia, retirado de toda actividad política, en la ciudad de El Cairo, donde lleva una vida apacible aunque embargado de una cierta melancolía.

Pero ahora quiero hablarte del que consideré mi segundo padre y gran maestro: se llamaba Aub-l-Hasan Alí ibn Muhammad al-Ansarí, aunque todos le conocíamos como Ibn al-Yayyab. Granadino de nacimiento, un hombre excepcional en todos los sentidos. Con veinte años se convirtió en secretario del *Diwan al-insá* [Oficina de Redacción de Documentos del Estado]. Fue el maestro que me enseñó y ayudó a alcanzar la cima del poder. En mis primeros años de adolescencia, mi padre mostró el deseo de que entrase al servicio de la Oficina de Documentación palatina, con el objetivo de que obtuviera un puesto de funcionario en la Corte. Para ello, era necesario que mejorara mi caligrafía y aprendiera a conocer la redacción y filiación

de los textos y cartas oficiales. Y el lugar más idóneo para una selecta instrucción era el *Diwan al-kitaba* [Oficina de escritura] cuyo jefe máximo o rais era el gran maestro Ibn al-Yayyab.

En la oficina de escritura palatina había una sala aneja que servía de taller a los aprendices de secretario, donde se les daban a conocer los entresijos del oficio. El taller era una sala cuadrada, encalada y fría, que olía a tinta, cuero y al aceite rancio de los candiles. Bajo la estrecha vigilancia de experimentados amanuenses, aprendíamos a conocer y manejar los materiales, técnicas, herramientas y métodos que se emplean en la complicada burocracia cortesana. Allí las horas transcurrían veloces superadas por la magia de las palabras de los maestros. Nos decían: «El futuro de la humanidad depende del grado de conocimientos que los jóvenes adquiráis en la escuela». Y nosotros nos sentíamos los elegidos para cambiar el mundo.

Recuerdo aquel primer día de mi aprendizaje. Éramos una docena de muchachos ávidos de conocimientos.

Sentados alrededor del escriba, éste tomó una hoja de papel en blanco y nos la hizo pasar de mano en mano, indicándonos cómo debíamos deslizar las yemas de los dedos sobre la superficie del folio, para apreciar las verjuras del papel.

—De esta manera —explicó el maestro—, podréis diferenciar la parte más suave y ligera de la más rugosa. Siempre escribiremos sobre la primera, ya que sobre una superficie plana la escritura será más fluida y la tinta se estabilizará más pronto. Este material tan útil para la escritura fue inventado en China. Los musulmanes lo importaron de Samarcanda, donde era fabricado por los prisioneros chinos. En Bagdad, el califa Herún al-Rashid lo popularizó y su éxito fue tal, que en poco tiempo desplazó al papiro y al pergamino. Aunque este último, lo seguimos utilizando.

Tras un silencio, el maestro preguntó:

—¿Alguien me puede decir de qué está hecho este folio?

Rayhan, el hijo de Hafed, el bibliotecario, levantó tímidamente la mano. El amanuense con un gesto afirmativo de cabeza, le invitó a contestar.

—Por su blancura, ¿tal vez de cal?

Entre el grupo de alumnos sonaron algunas risitas burlonas.

—No os riais. La cal es uno de los componentes, pero no el principal —señaló el maestro.

—De paja —probó Naím, el hijo de Saif al-Islam, el traductor.

—Ambos habéis mencionado dos ingredientes que lo componen, pero la base principal está formada por trapos —nos aclaró el escriba.

Al ver nuestros ojos de sorpresa, aseguró:

—Así es, la materia prima la constituyen trapos mezclados con fibras maceradas de cáñamo blanco, paja, esparto y cal. Pero, como alguno de vosotros ya habréis

comprobado, en las escuelas coránicas no siempre el papel es blanco. Para embellecer libros y documentos se utilizan folios de diversos colores, principalmente el amarillo, el rojo o el azul; y para ello se aplican materias colorantes como la paja, los higos o el azafrán.

Hablemos ahora del pergamino. Todos sabéis que se obtiene de pieles de animales, a las que se somete a un esmerado curtido. La calidad de un pergamino va a depender de varios factores, como son: la salud del animal o el trato al que haya sido sometido; si ha recibido golpes o heridas habrán dejado huellas en la piel. El cuero de un animal herido, enfermo o flaco es inservible. Pero lo que más determina la calidad de un buen pergamino es la edad del animal. Cuanto más joven sea mejor. Una de las pieles más apreciadas en la antigüedad, por su excelente calidad, pertenece a la cría de camello que no supere los dos meses. Los pergaminos más usados son de piel de cordero lechal. Y los que vamos a utilizar en el taller, para que os ejercitéis en la escritura, son de cuero de carnero de más de cuatro años. Comprobaréis que se trata de pergaminos bastante gruesos y rígidos, que han sido desechados por los calígrafos.

En los documentos estatales se utiliza una clase de pergamino procedente de piel de ternera recién nacida, por ser el más fino y flexible y, a la vez, resistente a la humedad, permitiendo que el paso del tiempo no deteriore el color de la tinta. Cuando hayáis obtenido el título de *katib* [escribano], seréis capaces, simplemente hojeando un manuscrito, de diferenciar a qué animal pertenece la piel.

Un murmullo de incredulidad se extendió por la sala. El maestro precisó:

—El color amarillento o rojizo, la rigidez, el tacto rugoso, la percepción de los vasos sanguíneos sobre la superficie de un pergamino os dará a conocer de qué animal procede. Por ejemplo, la piel de cordero tiene aspecto grisáceo, la de oveja es blancuzca, adquiriendo con el tiempo un tono más oscuro; la piel de cabra joven es suave y de color blanco, la de camello es amarillenta y de textura fuerte; las pieles de vaca y búfalo son más adecuadas, por su superficie rugosa y poco flexible, para las tapas en la encuadernación. Cuando observemos que una piel tiene un color rojizo, significará que el animal ha sido torturado antes de morir. Todo esto lo iréis aprendiendo poco a poco.

Otro de los elementos con los que tendréis que familiarizaos es la tinta. Ya sé que todos vosotros conocéis sobradamente este componente, esencial en la escritura, pero hoy quiero hablaros de tintas que nunca habéis usado. No sé si sabéis que existen más de treinta clases de tinta. Las hay de todos los colores y, algunas, de una belleza tan sugestiva como peligrosa. Hay manuscritos labrados en oro, plata y cobre. Nunca debéis acercar los textos a los labios ni llevaros los dedos manchados a la boca, pues muchas de esas tintas contienen sulfo-cianuro, un veneno mortal.

En el Diwan al-insá vais a manejar documentos muy valiosos a los que tenéis que tratar con sumo cuidado. Libros cuyas páginas hay que adornar utilizando piezas de

oro, plata o estaño; trabajar con estos materiales implica un gran riesgo, ya que las hojas son muy vulnerables a la temperatura que se emplea en la fundición de estos metales. A la hora de escribir, debéis impedir que el líquido rebose sobre la pluma; un exceso de tinta en el cálamo provocaría roturas en el papel por abrasión. Para realizar los titulares en las portadas, se emplea una tinta mezclada con goma arábiga, que tiene el riesgo de generar manchas ácidas que pueden echar a perder toda la obra.

En la correspondencia del sultán, se utiliza, frecuentemente, folios de color rojo y tinta dorada. Los elementos que la componen son láminas de oro disueltas en ácido de limón, goma arábiga y azafrán, el resultado es de una belleza fascinante, pero tan densa que la escritura resulta muy laboriosa, debido al excesivo relieve que se forma respecto al fondo, por lo que es necesario limar las letras hasta conseguir una superficie lisa.

Y ahora, os quiero hablar del *Wad al-asrar fi-l-kutub* [el arte de redactar secretos en los libros]. O lo que es lo mismo, el uso de la tinta invisible. Esta tinta tan singular se utiliza en documentos clandestinos y en mensajes secretos. Existen muchas técnicas para conseguir tintas ilegibles, como el agua de vitriolo mezclado con polvo de agallas, cristal líquido y ácido sulfúrico o amoniaco disuelto en agua. El texto escrito con esta tinta, una vez seca, desaparecerá de la superficie del folio, pero se revelará al acercar la hoja al fuego o al esparcir ceniza caliente sobre el papel.

Antes de que comencéis la práctica de caligrafía, os entregarán un estuche como éste —el katib nos mostró una caja rectangular de madera, de la longitud aproximada de un antebrazo—. En el *dawát* o estuche debéis guardar, además del cálamo, la regla destinada a marcar los renglones, la espátula para remover la tinta, una pequeña lija idónea para pulir las letras doradas y una cuchilla con que afilar los cálamos. Es tarea propia de cada calígrafo mantener los cálamos a punto; para ello debéis cuidar que la cuchilla esté siempre bien afilada. Cada tipo de letra requiere de diversas clases de cálamo, y la punta de éstos determinará el grosor y la longitud de la caligrafía. La hendidura practicada en la pluma, hará que la tinta se deslice con mayor o menor ligereza, y del corte del pico resultará que el trazo sea largo o comprimido. El cálamo más laborioso de afilar es el que procede de las plumas de ala de águila. Para obtener un filo recto y uniforme del cañón, hay que servirse de unas tijeras extremadamente afiladas, ya que la cuchilla que utilizamos para afilar los cálamos de caña no seccionará de forma uniforme la zona gruesa de ese tipo de pluma.

Con pasos silenciosos, el maestro de caligrafía daba vueltas alrededor de nosotros vigilando los movimientos del cálamo. No toleraba ni correcciones ni borrones. La escritura debía ser precisa, bien alineada y perfectamente encuadrada en el folio.

Jalid escuchaba con la boca abierta las palabras del prisionero. No podía sustraerse a la admiración que le inspiraba aquel hombre de porte noble, seguro y hablar pausado,

que se expresaba con voz firme y gesto grave.

—No quiero aburrirte con los pormenores de mi aprendizaje —comentó Lisan al-Din.

—¡Oh, no! Te suplico que continúes, estoy aprendiendo cosas de las que nunca oí hablar.

—No sabes cuánto me alegra que mis relatos despierten en ti la curiosidad y la sed por el conocimiento.

Bien, siguiendo con la narración de mi aprendizaje, te diré que una vez que el rais, Ibn al-Yayyab, comprobó personalmente, sometiéndome a una dura prueba, mi sólida formación en lengua, prosa y caligrafía, me tomó bajo su tutela y me seleccionó para trabajar en la Secretaría Confidencial del sultán, donde un selecto número de escribas se encargaba de redactar la correspondencia personal del emir: cartas oficiales de pláceme o cortesía, de agradecimiento, felicitación o condolencia; todas escritas por una sola cara en folios de color carmesí y en un árabe no sólo gramaticalmente correcto, sino además con una caligrafía elegante y cuidadísima. En la redacción de textos siempre se emplea una tipología y un ornamento estilístico ya preestablecido en el protocolo.

El maestro, Ibn al-Yayyab, depositó en mí toda su confianza, me instruyó en el conocimiento de los entresijos de la secretaría del Diwan, que él dominaba de forma admirable. Me animó en mis inicios literarios, incitándome a la composición de versos. Con su gran bagaje jurídico-religioso, el rais, como muchos otros maestros de la época se sintió atraído hacia la mística sufí, que practicó e instruyó a sus discípulos más destacados.

Nuestra estrecha relación de alumno y maestro se profundizó con motivo de una desgracia mutua. En la batalla del Salado contra los cristianos, él perdió a su hijo y yo a mi padre. Desde entonces él fue un padre para mí, manifestándome públicamente su sincero afecto al nombrarme secretario auxiliar de la Chancillería. En este puesto de privilegio, pude compaginar la actividad científica con la literaria y la política. De la mano de mi gran maestro, aprendí a ejercitarme en el arte de la exaltación poética de la monarquía, componiendo panegíricos, versos en honor de la dinastía Nasrí, las llamadas casidas Sultaniyyas. Y en la narración épica de las contiendas militares, viajes oficiales, partidas de caza o fiestas religiosas. Juntos compusimos poemas que fueron grabados en piedra, adornando las paredes del palacio de la Alhambra. Con 34 años, Ibn al-Yayyab, había alcanzado la jefatura de la Secretaría del Diwan al-insá, yen el reinado de Abu al-Hayyay Yusuf añadió a dicho cargo el de visir, convirtiéndose en el ministro más poderoso del emirato. Su carrera como alto funcionario en la Corte, se prolongó durante más de cuarenta años. Sirvió a seis emires y su buena estrella le mantuvo indemne de los conflictos y traiciones de aquel

tiempo turbulento en el que sultanes, visires y nobles sucumbían víctimas de espantosas tragedias. Falleció a una edad muy avanzada ¡que Allah, ensalzado sea, lo cubra con su misericordia y lo mantenga en el paraíso en la más noble condición!

Lisan al-Din se dio cuenta de que amanecía e interrumpió su relato, prometiendo continuarlo la noche siguiente.

4

AL LLEGAR la noche, como había prometido, Lisan al-Din reanudó su relato:

—Has de saber, estimado Jalid, que después de que el sultán Abu-l-Walid Ismail fuese asesinado, subió al trono de Granada su hijo primogénito Muhammad, el cuarto con ese nombre, que contaba tan sólo diez años de edad.

Muhammad había heredado el carácter apacible y generoso de su madre, la bella Ulwa, y la pasión por la aventura, la caza y la guerra de su padre. Como jinete, a lomos de su corcel, no tenía rival y su osado temperamento le hacía incurrir en la temeridad, galopando por las montañas más agrestes y cruzando angostos desfiladeros. Disfrutaba internándose en el bosque, persiguiendo y alanceando lobos. Cierto día, entró galopando en la Alhambra, exhibiendo como trofeo un enorme oso que tenía aterrorizados a los habitantes de una alquería. Se decía, que aquella bestia feroz había matado a un campesino y a su esposa y devorado a sus pequeños hijos.

Durante la minoría de edad del príncipe, el visir Muhammad al-Mahruq ejerció el poder de forma absoluta y despótica. El carácter autoritario y violento del visir le llevó a perseguir y encarcelar a todo aquél que no se sometiese a sus intereses. Fueron muchos dignatarios de la Corte, los que sufrieron prisión y muerte bajo el poder tiránico de al-Mahruq. Arrogante y ambicioso, se enfrentó al sahib Utman ibn Abi-l-Ulá, jeque de las milicias africanas. Este general magrebí, de gran prestigio, había disputado el trono de Fez al príncipe Sulayman y, al ser vencido por éste, se refugió en Al-Ándalus, siendo acogido por el sultán de Granada, que le nombró general de las fuerzas africanas. El emir de Fez solicitó al granadino la extradición de Utman y, al serle denegada, las cordiales relaciones que existían entre los dos monarcas se enfriaron.

Utman ibn Abi-l-Ulá gozaba en la Corte nazarí de una alta reputación al ser considerado miembro de la realeza. El jeque africano destacaba por su gallardía; su elevada estatura causaba admiración y su mirada fiera imponía respeto y temor. Como jefe de algaras había demostrado inteligencia y valor, y su prestigio en el ejército era inmenso. La lucha atroz entre el visir y el general degeneró en una guerra fratricida, que dejó en el emirato hondas heridas. La cruenta discordia entre los dos hombres más poderosos de Granada se alargó hasta la mayoría de edad del príncipe que, al tomar las riendas del poder, destituyó a ambos contendientes y nombró visir a un hombre de extraordinaria valía: el liberto Abu-l-Nuaym Ridwan.

Abu-l-Nuaym Ridwan era hijo de cristianos. Había nacido en la villa castellana de

Calzada de Calatrava. Su padre era castellano y su madre barcelonesa. Apenas contaba diez años de edad, cuando fue hecho cautivo, siendo destinado al servicio palatino. Aquel muchacho despierto e inteligente atrajo la atención del sultán Abu-l-Walid Ismail, que lo tomó bajo su protección educándole en la religión islámica. El joven Abu-l-Nuaym recibió la selecta formación de la que gozan los jóvenes aristócratas andalusíes, y pronto descolló como un eminente humanista y un experto estratega en el arte de la guerra. De carácter afable y reflexivo, dio tales pruebas de inteligencia, valor y lealtad, que en poco tiempo se ganó la confianza del sultán Abu-l-Walid, hasta el punto de encomendarle la educación del príncipe heredero Muhammad.

Al-Mahruq, víctima del odio que había cosechado, fue ejecutado por orden del sultán. Y el general Utman se declaró en rebeldía, haciéndose fuerte en la ciudad de Almería, sometiendo a su autoridad, gran parte de la región oriental del reino. La rebelión del caudillo magrebí se agravó, cuando éste decidió apoyar a Muhammad ibn Faray, tío del sultán, que aspiraba al trono. La tormenta de la guerra civil se extendió por todo el reino.

El tirano de los idólatras se aprovechó de ello, atacando la frontera y adueñándose de varios castillos, amputando un amplio territorio de Al-Ándalus.

La situación se tornó tan crítica, que el inteligente visir, Abu-l-Nuaym Ridwan, hizo ver al joven sultán la necesidad de reconciliarse con el jeque rebelde, y poner fin, cuanto antes, a aquella lucha entre musulmanes. Gracias a las dotes persuasivas del visir, el rebelde Utman aceptó someterse a la soberanía del sultán, a cambio de gobernar la ciudad de Guadix.

Tras firmar la paz, Ridwan, que además de avezado político era un guerrero formidable, se puso al mando de las tropas andaluzas y africanas, entrando a sangre y fuego en las ricas comarcas de Lorca y Murcia. En las riberas del río Segura atacó una fortaleza, que los cristianos llaman Guardamar, y que ellos tienen por inexpugnable. Ridwan la conquistó y se apoderó de un cuantioso botín en trigo y ganado. La ciudad fue arrasada y sus habitantes hechos cautivos. En su incursión, el visir llegó hasta Elche y Orihuela saqueando cuanto encontró a su paso. Los mudéjares que moraban estas tierras, se unieron al ejército granadino y se trasladaron con sus enseres a Granada, donde Ridwan fue aclamado por las calles de la capital, exhibiendo a 1500 cautivos, entre hombres mujeres y niños, cerca de 3000 cabezas de ganado y 50.000 caíces de trigo.

Por aquel entonces, subió al trono de Fez el aguerrido sultán Abu-l-Hasan Alí ibn Yaqub que se mostraba favorable al entendimiento con Granada. El visir Ridwan aconsejó a Muhammad IV, concertar una alianza con el sultán meriní para combatir al belicoso Alfonso, rey de Castilla. Pero los miembros del clan Abi-l-Ulá no veían con buenos ojos ese acercamiento al sultán de Fez, por considerar a éste su enemigo. El

viejo guerrero Utman había fallecido y su hijo Abu Tabit intentó impedir la alianza con el emir africano, pero no lo consiguió.

Muhammad, acompañado de su visir, emprendió un viaje a la Corte de Fez para solicitar, personalmente, la ayuda del meriní a la guerra contra los cristianos. Muhammad deseaba con toda su alma parar el avance de los infieles.

Los envidiosos, los intrigantes, las serpientes venenosas que habitan en las camarillas de los palacios hicieron correr el rumor de que el sultán granadino estaba dispuesto a entregar la cabeza de Abu Tabit al implacable sultán de Fez, como contrapartida a la ayuda magrebí.

Los Abi-l-Ulá, dando por veraces los rumores, determinaron asesinar a Muhammad al regreso de su viaje de Fez.

La comitiva granadina fue recibida por el sultán Abu-l-Hasan Alí, con todos los honores, y tomando en consideración la petición de ayuda del emir granadino, el sultán meriní le ofreció generosamente un contingente de prestigiosos jinetes al mando de su hijo, el príncipe Abu-l-Malik.

Mientras tanto, en un lugar secreto de Granada, se conjuraron los miembros de la familia Abi-l-Ulá y un tío del sultán, que ambicionaba el puesto de hayib, para urdir el regicidio.

Abu Tabit no creía en la desinteresada ayuda del meriní y estaba convencido de que el sultán granadino había decidido entregar su cabeza, como contrapartida del auxilio prestado por Fez.

Una noche, Abu Tabit recibió una invitación de un miembro de la alta nobleza, Ali ibn al-Mawl, tío del joven sultán, para reunirse con él en una finca de recreo que éste poseía fuera de la ciudad.

Ali ibn al-Mawl era inmensamente rico, pero ansiaba tener más poder y la ambición se había tornado en odio hacia el hayib Ridwan.

Recibió a su invitado en una lujosa mansión, llena de preciosidades y objetos raros que acusaban a su poseedor una gran fortuna y exquisito gusto. La mirada altiva del anfitrión y el lujo de sus ropas de anchos pliegues y ornamentos de piedras preciosas denunciaban su alta cuna.

Abu Tabit vestía una sencilla túnica de algodón y una capa de terciopelo azul oscuro, sin adornos. Le acompañaba «la Sombra», un esclavo negro que le seguía a todas partes armado de una enorme espada que colgaba a su espalda, y al que, probada su absoluta fidelidad al clan de los Abi-l-Ulá, Abu Tabit había puesto al mando de sus escoltas.

Aunque todos le conocían como la Sombra, se llamaba Zayyán; vestía zaragüelles, una camisa de paño hasta media pierna con cinturón y botas, todo de negro. Se cubría la cabeza y el rostro con un amplio turbante para ocultar una enorme cicatriz producida por una puñalada que le había desgarrado los labios y parte de la

mejilla. La boca destrozada le impedía hablar y las pocas palabras que podía articular eran ininteligibles. Para dar órdenes se servía de un rugido estremecedor, que hacía temblar a sus subordinados. El turbante le cubría toda la cabeza y sólo una rendija dejaba ver unos ojos verdes claros, casi amarillos, como los de un reptil.

Cuando el noble Ibn al-Mawl le pidió a Abu Tabit hablar a solas, éste contestó:

—No puedo desprenderme de mi sombra. Pero no temas, mi señor. Las sombras no hablan.

El noble no supo cómo tomárselo. Parecía que el astuto bereber no se fiaba de nadie.

En la sala reinaba un silencio forzado, poco natural, como la calma anterior a una tormenta. Ninguno parecía querer comenzar a tratar el asunto. Por fin, la voz del noble, enérgica y segura se dejó oír:

—Puedes creerme —dijo Ibn al-Mawl—, que si te he hecho venir hasta aquí es porque sé el descontento que hay en vuestra familia por el comportamiento del sultán que, ignorando los grandes servicios que prestó vuestro ilustre padre al emirato, os tiene relegados e incluso se dice que os puede utilizar como moneda de cambio para negociar con el sultán de Fez. La situación en la que se encuentra el reino, en manos de ese hayib renegado, que hace y deshace a su antojo, que se está enriqueciendo a manos llenas es intolerable.

—Es cierto —completó Abu Tabit—. El reino está en peligro. El joven sultán es un títere sin voluntad en manos de un cristiano.

—Cuando regresen de Fez, tenemos que impedir que el sultán y el hayib lleguen a Granada. Ambos deben morir —dijo el noble con determinación.

—Necesitamos saber el lugar donde desembarcarán. Nuestro mayor aliado será la sorpresa. Debemos vigilar su marcha hacia Granada y preparar una emboscada.

Ibn al-Mawl quedó pensativo y declaró:

—Mis informaciones dicen que el rey de Castilla ha puesto cerco a Gibraltar y Muhammad, con tropas meriníes, pretende evitar que Gibraltar sea tomada por el infiel. Si lo consigue volverá triunfante a Granada al frente de sus tropas. Y si es así, ¿qué podemos hacer contra todo un ejército?

—Nuestra misión no consistirá en enfrentarnos a las tropas meriníes, si no en encontrar el momento propicio para matar al sultán y a su hayib —afirmó Abu Tabit sin disimulos—. En las inmediaciones de Algeciras hay un asentamiento de mercenarios bereberes, expertos en tender trampas y emboscadas, a los que se puede contratar por un buen puñado de oro. Oro del que yo carezco.

—Eso es cosa mía —dijo el noble—. Pero me tienes que asegurar el éxito de la misión.

—Mi futuro y el de toda mi familia depende de que esta misión llegue a buen término. Dispongo de hombres de absoluta fidelidad, y Zayyán —dijo girándose

hacia la Sombra— capitaneará la operación.

La Sombra confirmó las palabras de su amo con un leve movimiento de sus párpados.

—¿Una sombra que no habla? —preguntó el noble con un bufido desdeñoso.

—Te aseguro, mi señor, que Zayyán es tan respetado como temido. Y con un simple movimiento de su mano, los hombres le siguen dispuestos a dar sus vidas. Saben que si flaquean morirán con el rugido de la fiera en sus oídos. Cuando la Sombra ruge, hasta su caballo se orina de miedo.

Ibn al-Mawl lanzó una mirada escrutadora a Zayyán y éste entrecerró los ojos, en los que aparecía una sonrisa malévola.

El noble se centró en su interlocutor y con énfasis le advirtió:

—No es necesario que te diga que debemos actuar con la máxima precaución. El renegado cuenta con numerosos espías. Cuando lo tengas todo listo, házmelo saber y yo te indicaré el lugar donde nos reuniremos.

Dos días más tarde, acordaron enviar a Zayyán para que sobornase al jefe de los mercenarios bereberes, asentados en un campamento cerca de Algeciras.

La comitiva real regresó de Fez y desembarcó en la desembocadura del río Guadiaro, sin percatarse de que todos sus movimientos eran observados por un grupo de mercenarios bereberes emboscados en la costa. Sin apenas tomar descanso de la travesía, Muhammad, al frente de tropas granadinas y de la caballería magrebí, se dirigió a Gibraltar. Los cristianos, que no esperaban enfrentarse a un ejército tan numeroso, levantaron el cerco, y quiso Allah ¡ensalzado sea! que esta importante plaza se viera libre del asedio de los infieles.

Al día siguiente, después que los cristianos abandonasen el cerco de la ciudad de Tariq [Gibraltar], Muhammad, dejando al príncipe meriní, Abu-l-Malik, como gobernador de la plaza y al grueso de sus tropas defendiendo la ciudad, se dispuso, con la máxima diligencia, a regresar a Granada, junto a su hayib y una exigua escolta. Antes debían pasar por Málaga.

Ridwan advirtió a su señor que el camino por el que debían transitar era angosto, rodeado de peñascos y bordeado de contrafuertes, propenso para las emboscadas, por lo que consideraba una temeridad ir tan desprotegidos por esa ruta.

El arrogante Muhammad no escuchó las prudentes palabras de su hayib, que le aconsejó, por precaución, tomar más hombres. El sultán tenía prisa por llegar a Málaga y con una pequeña escolta podían imprimir un paso más ligero a sus cabalgaduras.

Al amanecer, emprendieron el camino hacia Málaga. Dejaron atrás la montaña de Gibraltar y se internaron en el valle del río de las Acequias. Muhammad, como buen jinete y acostumbrado a galopar siempre el primero, se adelantó a su escolta y de forma imprudente y un tanto alocada se internó en el valle. La horda bereber

acechaba a la comitiva desde lo alto de un barranco. El adalid de la escolta del sultán fue el primero en caer de su caballo, atravesado por una flecha. El pavor se apoderó de la comitiva y los soldados intentaron huir de aquella trampa mortal. El esclavo Zayyán, aprovechando el desconcierto, espoleó a su caballo, se abrió paso entre la guardia y al llegar a la altura del sultán, apuntó su lanza hacia el corazón del emir y, sin darle tiempo a reaccionar, lanzó un aullido aterrador y su arma voló atravesando el pecho del joven monarca, que se desplomó de su caballo.

El visir Ridwan, que lo seguía algunos pasos detrás, observó cómo un jinete vestido de negro, sobre un caballo desbocado, se dirigía hacia él empuñando un enorme mandoble. El hayib giró la cintura y la descomunal espada pasó centelleante sobre su cabeza.

Ridwan llegó donde yacía el cadáver del sultán y, viendo que nada podía hacer por su señor, emprendió la huida y se salvó de una muerte segura, merced a la ligereza de su corcel. Cuando Zayyán consiguió dar la vuelta a su caballo, el semental de Ridwan, mucho más veloz, había puesto demasiada tierra de por medio para ser alcanzado.

Los mercenarios, ávidos de botín, despojaron al sultán de sus vestidos y abandonaron el cadáver, completamente desnudo, entre unos matorrales.

Un pastor encontró el cuerpo del sultán y, compasivamente, lo cubrió con un alifafe.

Pronto cundió la noticia y los corazones de los granadinos se estremecieron de dolor. El cadáver del joven emir fue conducido hasta Málaga y enterrado en la Rauda de la Almunia al-Sayyid.

En su memoria, compuse un llanto que terminaba así:

… ¡Llorad ojos por un muerto al que abandonaron tendido sobre el suelo y nadie rezó por él ni lo lavaron. Lo traicionaron y murió como un mártir y, los que lo hicieron, levantaron un monumento que no se proponían!

¡Que Allah lo cubra con su misericordia y goce de los placeres del paraíso!

Unos días antes, la Corte en pleno se había desplazado a la ciudad costera de Málaga para dar una bienvenida entusiasta al sultán, por su éxito diplomático en Fez y la liberación de Gibraltar.

Mi padre, que formaba parte del séquito, como regalo de mi vigésimo cumpleaños, me incluyó entre los cortesanos que asistirían a la recepción oficial del emir. Pero todo quedó truncado, cuando llegó la noticia atroz del magnicidio. El horror nos invadió a todos y, desconcertados, nos preguntábamos quién pudo haber tramado aquel crimen.

Allí estaba el falaz Ali ibn al-Mawl, llorando amargamente la muerte de su

sobrino, pidiendo castigo para los culpables. Entre los cortesanos más desconsolados, destacaban los miembros del clan de los Abi-l-Ula, haciendo exagerados aspavientos y exigiendo responsabilidades. Y cuando aún no se había encontrado el cadáver del emir, con el fin de ganarse la voluntad del príncipe Yusuf, hermano del difunto monarca, procedieron a proclamarle nuevo sultán.

En este punto, al ver que se acercaba la hora del amanecer, Jalid hizo un gesto ostensible con la mano e interrumpió al prisionero:

—Noble señor, antes de irme quisiera consultarte algo que me preocupa.

—Dime de qué se trata y, si Dios quiere, lo resolveremos.

Verás, mi hijo, el más pequeño de seis años, padece una enfermedad incurable, sufre de continuos dolores en el vientre, está muy pálido y sus excrementos aparecen llenos de gusanos. Le hemos administrado lavativas y ha ingerido las pócimas de un curandero, pero todo ha sido en vano y la salud del niño ha empeorado. Ayer, cuando mi esposa se disponía a lavarlo, observó aterrada cómo los gusanos le salían por la nariz. Tú eres médico y tal vez puedas disponer de un remedio contra el mal que sufre.

—¿Qué color tienen los gusanos? —preguntó Lisan al-Din.

—Son oscuros, algo verdosos.

—Las larvas de esos gusanos suelen habitar en aguas estancadas.

—Sí, algunas veces mi hijo se baña en la acequia de la muralla vieja.

Tranquilízate, conozco esa enfermedad y sé cómo tratarla. En primer lugar, es necesario que el niño ayune durante un día. Después, debe comer sólo nueces y beber el preparado siguiente: Toma varias hojas de melocotonero y la cáscara de una toronja, un diente de ajo, dos onzas de abrótano, tres onzas de altramuz seco y otras tres de comino negro. Lo trituras todo, lo mezclas con agua de rosas y leche templada, lo tamizas y le añades un poco de miel. Dale una dosis de cuatro meticales al día hasta que desaparezca el dolor del vientre y, posteriormente, debe ingerir las tomas en días alternos y, si Dios quiere, en poco tiempo el intestino quedará libre de parásitos.

Lisan al-Din le hizo repetir varias veces los ingredientes de la receta, hasta que Jalid los memorizó. Éste, agradecido, se despidió del prisionero cuando la luz del alba alumbraba los callejones y se filtraba por las celosías de las alcobas, denunciando a los amantes.

5

A LA noche siguiente, Jalid, con gesto aliviado, comunicó al prisionero que su hijo se sentía mejor. El ayuno había beneficiado la salud del niño y tras ingerir el remedio, el dolor del vientre había comenzado a remitir.

—¡Demos gracias a Allah, el Omnipotente! —exclamó Lisan al-Din.

—¡Que Allah recompense tu sabiduría! —añadió Jalid—. Y ahora te ruego que continúes con el relato que interrumpimos ayer. Ardo en deseos por conocer si fueron castigados los verdaderos culpables de la muerte del sultán.

—Resulta que tras la trágica muerte de Muhammad IV, Allah quiso compensar aquella desgracia, derramando beneficios sobre Granada. El nuevo sultán, Yusuf, conocido también por su *kunya* «Abu-l-Hayyay», abrió las puertas de una época de gran prosperidad en Al-Ándalus. Reformó el ejército, suprimió muchas guarniciones del interior para reforzar las fronterizas. Y siempre prefirió la diplomacia a las empresas bélicas.

El apuesto Yusuf no estaba destinado a reinar. Bahara, su madre, era una preciosa concubina castellana que el sultán Abu-l-Walid adoraba. Pero en la línea sucesoria, Yusuf era segundo, detrás de su hermano Muhammad, hijo de la primera esposa del sultán.

La niñez de Yusuf había transcurrido en el harén, rodeado de mujeres que le prodigaban toda suerte de mimos y caricias, subyugadas por el encanto y la belleza del infante. Afortunadamente, su abuela Fátima, mujer de gran talento, lo tomó bajo su tutela y se ocupó de la educación del príncipe, procurándole los más sabios y prestigiosos maestros del reino. Cuando su padre, el sultán Abu-l-Walid, cuyas proezas guerreras le hicieron célebre entre su pueblo, fue asesinado por el alcaide de Algeciras, subió al trono el príncipe heredero Muhammad. Pero su reinado sólo duró ocho años, pues, como te conté, al regreso de un viaje a Fez, asesinos a sueldo lo mataron en una emboscada en el valle del Wadi al-Sagayayn [Río de las Acequias].

Yusuf, que contaba quince años de edad, fue proclamado emir por los miembros de la poderosa familia de los Abi-l-Ulá que, como recordarás, fueron los que contrataron a los asesinos de su hermano. El joven e inocente Yusuf, en agradecimiento por el apoyo prestado por los Abi-l-Ulá en su elevación al trono, nombró a Abu Tabit general de los ejércitos del Sur y caudillo de las milicias africanas, título que ya ostentó su padre, el legendario Utman ibn Abi-l-Ulá.

El nombre completo de este gran monarca era Abu-l-Hayyay Yusuf ibn Ismail,

ibn Faray, ibn Ismail ibn Yusuf, ibn Nasr al-Ahmar. Yo le conocí bien, no en vano fui su secretario particular y su hombre de confianza, teniendo el privilegio de tratarle en la intimidad.

Yusuf fue la Luna Llena de los príncipes. La belleza de su rostro excedía a la del resto de la gente. Poseía unos ojos grandes y expresivos, unos dientes perfectos y brillantes, cabellos lacios y muy negros, y la tez blanca. Era de complexión fuerte y proporcionada. Su figura desprendía elegancia y majestad. Allah ¡ensalzado sea! le dotó de extraordinaria inteligencia y sano juicio. Yusuf era imaginativo, ingenioso y culto; apasionado por las Bellas Artes, cultivó la poesía y le fascinaba la arquitectura. Inclinado a la paz, se esforzó por mantener buena amistad con todos los reyes de su tiempo.

Al subir al trono, haciendo gala de su carácter pacifista, firmó treguas con Castilla y, seguidamente, hizo lo propio con el reino de Aragón. Merced a los acuerdos diplomáticos conseguidos tanto con los reinos cristianos como con los sultanatos del Magreb, se conservó la integridad del territorio durante varios años. Tiempo que dedicó a reorganizar el Estado y a la construcción de importantes obras públicas.

La paz trajo a Granada la prosperidad económica, y las artes literarias y arquitectónicas alcanzaron cotas difícilmente superables.

Al frente de la judicatura puso al que fuera cadí supremo en el reinado de su hermano, al ilustre maestro Abu Abd Allah ibn Yahyá. Yusuf, no quiso saber nada de su intrigante tío, Ibn al-Mawl, que aspiraba al puesto de hayib o gran visir, pero, influenciado por Abu Tabit, tampoco renovó en su cargo a Abu-l-Nuaym Ridwan, primer ministro de su hermano, y nombró como visir a Ibrahim ibn Abd-l-Barr, hombre que poseía enormes riquezas y cuantiosas rentas, pero dominado por una irrefrenable codicia. Afortunadamente, el joven sultán rectificó pronto y, pocas semanas después del nombramiento, Ibn Abd-l-Barr fue destituido y el cargo lo ocupó el inteligente y leal Abu-l-Nuaym Ridwan.

Al frente de las tropas granadinas, Ridwan había demostrado gran valor y bravura en todas las campañas militares en las que participó. Pero además de buen guerrero, se reveló como un hábil diplomático. Como recordarás, acompañó a Muhammad IV en su viaje a Fez, para obtener del sultán meriní ayuda militar para enfrentarse al poderoso rey de Castilla. El hayib llevó el peso de las negociaciones y sus dotes diplomáticas hicieron posible que llegaran a buen término. Infelizmente, el viaje terminó mal, pues Muhammad fue asesinado cuando regresaba a Granada y Ridwan, testigo del horrendo crimen, estuvo a punto de perecer a manos de los asesinos.

Con la llegada al trono de Yusuf, el hayib Ridwan se convirtió en el hombre fuerte del reino. El sultán depositó en él toda su confianza, aceptando sus iniciativas políticas que resultaron muy beneficiosas para el emirato.

Siguiendo los sabios consejos de su visir, Yusuf ordenó reforzar las defensas de la

capital y de las ciudades fronterizas. Se completó la circunvalación de las murallas de la Alhambra y se cerró el muro que rodea el populoso barrio del Albaycín. En la estratégica ciudad costera de Málaga, se amplió la fortaleza de Gibralfaro y se levantaron atalayas a lo largo de la costa y de toda la frontera.

Mi maestro Ibn al-Yayyab fue confirmado como *ra'is alkuttab* [jefe de la Secretaría del Estado]. Y el ra'is renovó su confianza en mí y me encargó las tareas propias de un secretario de la Corte. También me encomendó trabajos literarios en honor del sultán. Mi maestro era muy exigente y, a veces, ponía a prueba mi ingenio haciéndome improvisar, delante del sultán y sus cortesanos, casidas relacionadas con algún suceso acaecido en la ciudad o la Corte. He de decir que siempre salí airoso del trance, lo que me valió los elogios del sultán y el reconocimiento de mi maestro.

Gracias a la capacidad diplomática de Yusuf y su visir, Granada gozaba de una desacostumbrada estabilidad política, en la que sus habitantes disfrutaron de un largo periodo de prosperidad social y económica. Pero ocurre, estimado Jalid, que en los palacios el monstruo de la codicia nunca duerme. El poder que había acumulado el hayib despertaba envidias y recelos. Fuerzas oscuras se conjuraron en su contra. Sus enemigos sembraron malquerencias sobre la adquisición de su patrimonio, y algunos alfaquíes reprobaban su origen cristiano.

El ambicioso tío del sultán, Ali ibn al-Mawl, frustrado por no haber conseguido el puesto que tanto codiciaba, extendió el veneno de la difamación entre los consejeros del emir hasta conseguir que el noble hayib cayera en desgracia. Y, persuadido por su ambicioso tío, Yusuf cometió uno de los errores más grandes de su reinado, al ordenar que Ridwan fuera arrestado.

Recuerdo bien aquel atardecer. Me dirigía a la mezquita de la Alhambra para realizar la oración del Magreb, cuando observé que el hayib era sacado del oratorio por un grupo de guardias, al mando de los cuales iba un individuo vestido de negro, con el rostro velado y unos ojos de un color fosforescente; lo llevaban con las manos atadas y lo encerraron en la prisión del palacio.

Al día siguiente, me enteré de que todos sus bienes habían sido confiscados, pasando a formar parte del patrimonio real. Ridwan fue trasladado a Almería, siendo arrojado a las mazmorras de la Alcazaba. Y Ali Ibn al-Mawl, al fin, logró su propósito y fue nombrado visir.

—Ya veo el daño que puede producir la envidia unida a la codicia —comentó Jalid.

—Así es, pero el monarca granadino no tardaría en lamentarlo. En el tablero bélico de aquel tiempo, Granada era una pieza codiciada por el ambicioso sultán de Fez, Abu-l-Hasan Alí y, por supuesto, por el tirano de Castilla, Alfuns ibn Hernando [Alfonso, hijo de Fernando].

La ayuda que el sultán de Fez había prestado al asesinado Muhammad en la defensa de Gibraltar no fue gratuita. Una vez expulsados los cristianos, el ejército magrebí se estableció en aquel territorio y el príncipe Abu-l-Malik, primogénito del sultán de Fez, se comportaba como dueño y señor de la ciudad, estableciendo cabezas de puente que facilitaban el paso del Estrecho a los contingentes militares africanos.

Mientras Yusuf estaba en paz con los reinos cristianos, Abu-l-Malik no respetó la tregua y atacó la frontera occidental, arrasando a sangre y fuego la comarca de jerez. La tropa meriní acampó a orillas del río Barbate, pero en plena noche, mientras dormían, fueron sorprendidos por los cristianos, que los pasaron a cuchillo. Nadie escapó a la matanza. Con rapidez y fiereza, los africanos fueron degollados junto a su lecho; algunos intentaron huir corriendo campo a través, mas los jinetes cristianos, armados con lanzas y largas espadas los exterminaron a todos. En la sangrienta refriega perdió la vida el príncipe Abu-l-Malik y los cristianos se hicieron con un enorme botín en armas y provisiones.

La noticia de la muerte del príncipe encolerizó a su padre el sultán meriní, que mediante levas reclutó un gran ejército de hombres y barcos y se dispuso a vengar la muerte de su hijo.

Después de la plegaria del viernes, cuando Allah ¡ensalzado sea! purificó sus espíritus y serenó sus conciencias, Abu-l-Hasan Alí, al mando de 140 barcos de guerra, se apresuró a pasar el mar.

El rey de Castilla advirtió el peligro y envió a su armada a impedir el paso de los africanos. En las aguas del estrecho de Gibraltar, se libró la batalla naval más grande de aquel tiempo. Allah, el Omnipotente, concedió la victoria a los musulmanes, aniquilando a la flota cristiana. Después de aquella victoria memorable, el Estrecho se llenó de barcos transportando hombres y bestias de carga. Abu-l-Hasan Alí, con su familia y servidores, al frente de un gran ejército que anhelaba la guerra, desembarcó en la Isla Verde [Algeciras].

El desembarco de los africanos alarmó al pacífico Yusuf. El monarca granadino conocía las apetencias del sultán de Fez por dominar Al-Ándalus. Los sultanes magrebíes siempre miraban codiciosos al reino de Granada, y cada vez que los andalusíes les pidieron ayuda para detener la expansión de los reinos cristianos, los monarcas meriníes enviaban expediciones en apoyo de los granadinos, pero los expedicionarios magrebíes se dedicaban a hacer la guerra por su cuenta en correrías en busca de botín. Los generales africanos se comportaban como auténticos reyezuelos. Por lo que la desconfianza de los granadinos hacia los bereberes era tal, que a veces tuvieron que pedir ayuda a las tropas de Castilla para librarse de ellos.

El poderoso sultán de Fez, Abu-l-Hasan Alí, ebrio de orgullo por su victoria naval sobre los cristianos, había acampado a las puertas de Algeciras con todo su ejército.

Lo más inquietante era que se había trasladado a Al-Ándalus con un numeroso

séquito de cuarenta naves, lujosamente equipadas, que transportaban todos sus caballos; su guardia personal, compuesta de doscientos cincuenta guerreros negros adiestrados para morir en defensa de su emir; sus esposas y concubinas con sus hijos; vajillas y toda clase de utensilios y sirvientes domésticos para instalarse durante una larga temporada.

Yusuf no sabía qué hacer. Entonces se dio cuenta de su gran error. Echaba de menos tener a su lado un consejero inteligente y sagaz como Ridwan. El nuevo visir, su tío Alí ibn al-Mawl, no era el hombre idóneo para el cargo. Resultó ser un ministro soberbio y violento, que se excedió en el ejercicio de sus funciones, causando no pocos quebrantos al sultán.

Yusuf quiso reparar la gran injusticia cometida con su antiguo hombre de confianza y ordenó que Ridwan fuera puesto en libertad. Éste, que se encontraba encarcelado en las mazmorras de Almería, recibió la autorización del emir para regresar a Granada. Cuando llegó a la Corte, fue recibido con todos los honores, se le restituyeron todos sus bienes y Yusuf le volvió a ofrecer la jefatura del gobierno y el mando del ejército. Pero Ridwan se sentía demasiado herido por la ignominia cometida contra él y rechazó el ofrecimiento del sultán. Mostró al monarca su deseo de vivir apartado de la vida pública, ajeno a cualquier actividad política.

Yusuf respetó el deseo de Ridwan, pero estaba desorientado. ¿Qué pretendía el ambicioso Abu-l-Hasan Alí, asentado en Algeciras? El emir granadino no sabía cómo manejar aquella situación imprevista. Tras su victoria aplastante sobre los cristianos, todo indicaba que el de Fez aspiraba a apoderarse de Al-Ándalus. El recuerdo de la invasión almohade oscureció el corazón de Yusuf, que no encontraba la salida a aquel enredo político.

La situación se tornó más grave cuando llegó la noticia de que el rey de Castilla había llamado a la Guerra Santa contra los musulmanes. Aquello complicaba más las cosas. Si los cristianos derrotaban al sultán de Fez, el tirano de Castilla pondría sus ojos sobre Granada, y si era Abu-l-Hasan Alí el vencedor, se adueñaría de Al-Ándalus.

En este punto de la narración, Lisan al-Din y su carcelero se vieron sorprendidos por el alba, y el prisionero interrumpió su relato.

6

HACÍA ya tiempo que los destellos del crepúsculo habían sucumbido al avance incontenible de la noche, cuando Lisan al-Din continuó con su historia:

—Has de saber, estimado Jalid, que cuando un rey cristiano convoca a la Cruzada, los idólatras acuden a luchar contra los musulmanes desde todos los puntos de la Cristiandad. Y a la llamada del rey Alfonso XI, miles de cruzados, de los más diversos países del norte, llegaron a Castilla dispuestos al combate. Entre todos los reyes cristianos, este Alfonso era el más bárbaro y despiadado.

El sultán de Granada, en aquellos momentos de zozobra, viendo a su reino amenazado por la codicia de dos reyes tan poderosos, el castellano y el africano, tuvo el acierto de rodearse de hombres sabios, y llamó a mi maestro Ibn al-Yayyab a desempeñar el importante cargo de visir.

Aunque los granadinos no habían provocado aquella guerra, Granada se encontraba en medio de una tenaza de hierro.

Ante el clamor de los alfaquíes llamando a la Guerra Santa, Ibn al-Yayyab se percató de que en aquel conflicto, Granada no podía permanecer neutral y aconsejó al sultán agrupar a las milicias bereberes a su servicio y a todas las fuerzas andalusíes, y marchar a Algeciras, uniendo su suerte a la del sultán meriní.

Siguiendo el consejo de su visir, Yusuf llamó a levas, y todos los miembros varones de las familias nobles y plebeyas acudieron unidos enarbolando las banderas rojas de la dinastía de los al-Ahmar.

Mi padre, que había cumplido 67 años y aún mantenía el vigor y el genio aventurero de sus años mozos, conservando sus magníficas dotes de avezado jinete y consumado maestro en el manejo de la espada, no dudó en alistarse. Yo contaba 27 años, y junto a mi hermano mayor, Abd Allah, seguimos su ejemplo. Pero mi padre, sabedor de mis carencias en el manejo de las armas, hizo valer sus influencias para no poner en peligro mi vida y se me asignó un puesto burocrático, como cronista de aquella batalla, que sería memorable.

Era el día del Mawlid al-Nabawi [Nacimiento del Profeta], cuando nuestro señor Abu-l-Hayyay Yusuf ibn al-Ahmar, vistiendo una loriga dorada, al frente de su ejército, se presentó en el campamento del sultán de Fez, asentado cerca de la ciudad de Tarifa. Esta valiosa plaza, llave del estrecho, estaba en poder de los cristianos.

Sobre la lujosa tienda del emir, el viento del sur hacía ondear el enorme pendón dorado de Abu-l-Hasan Alí, donde las dieciséis medias lunas bordadas con hilos de

oro en el centro de la bandera, parecían cruzar el cielo; en los bordes de su insignia, una inscripción perfilada en rojo, solicitaba ayuda y protección a Allah. Bajo el suntuoso pabellón de seda listada verde y oro del sultán magrebí, ambos monarcas celebraron la fiesta que conmemora el nacimiento del Profeta ¡con él sea la paz!

Presidiendo el banquete, Abu-l-Hasan Alí y Yusuf ibn al-Ahmar concitaban las miradas de los asistentes a la fiesta.

El magrebí, altivo, frisaba la cuarentena. Su barba afilada enmarcaba un rostro oscuro que parecía tallado en roca. Su nariz aguileña y sus ojos negros y brillantes, semejaban a un ave rapaz. Lucía una coraza negra con remaches dorados y un turbante azul.

A sus 28 años, el sultán granadino destacaba por su apostura. Las escamas doradas de su loriga brillaban como estrellas.

Todos los asistentes al banquete vestían trajes de guerra. A la luz de las antorchas, relumbraban las cotas de malla y los esmaltes plateados de las corazas. De las paredes colgaban escudos y sables dorados. Sobre las gruesas alfombras que cubrían el suelo, posaban multitud de almohadones de cuero repujado en los que se aposentaban los nobles y los jefes de algaras. Magrebíes y andalusíes se repartían a ambos lados de sus respectivos monarcas.

A la izquierda del sultán de Fez se sentaba su hijo y heredero, el príncipe Abu Umar Tasufin, que charlaba animadamente con un joven atractivo y de modales elegantes.

Las llamas oscilantes de los cirios y la luz rojiza de los braseros arrancaban destellos de la piel oscura, como el bronce, de los temibles guerreros del Atlas; hombres duros, de aspecto fiero, con el pelo lacio, negro como la noche, que caía suelto sobre sus hombros, cubiertos con pieles de lobo.

El sultán de Granada tenía a su lado al astuto arráez Abu Tabit, jefe de algaras. Junto a éste, se encontraba el imponente jeque Yahya ibn Umar, primo del sultán y prestigioso general; un trozo de cuero negro colocado sobre el turbante tapaba la cuenca vacía de su ojo izquierdo. El jeque sonreía por alguna ocurrencia graciosa que le contaba mi padre, sentado junto a él.

Antes de que terminase el banquete, un alto funcionario pidió silencio, y el joven de modales elegantes que se sentaba al lado del príncipe meriní se puso en pie e improvisó un discurso en prosa rimada, con una elocuencia impropia de un muchacho de su edad. La armónica cadencia con la que hablaba era un regalo para los oídos. Con ingenio y elegancia fascinó a la audiencia y su discurso, poético y evocador al principio, se transformó en una arenga militar que hizo vibrar los corazones de aquellos hombres aguerridos y ásperos. Al terminar, un clamor de voces enardecidas llenó la carpa.

Quedé fascinado. Aquel discurso era el de un hombre ilustrado y no el de un

guerrero. Pregunté a mi ayudante si conocía el nombre del joven y me dijo que lo ignoraba, pero acto seguido se dirigió a un grupo de magrebíes y me informó de que se trataba del joven imán y predicador, Ibn Marzuq.

El banquete finalizó bien entrada la noche y los participantes se dirigieron a sus tiendas a descansar.

La noche era serena, el viento se había calmado y corría una tenue brisa. Mi insomnio crónico me mantenía en vela y decidí dar un paseo por el campamento. La oscuridad hacía que todas las tiendas parecieran negras. El campamento era inmenso, tenía que poner cuidado para no perderme entre tantos hombres, tiendas y caballos. Imposible calcular el número de soldados, podían ser treinta mil o el doble. Pasé junto a una gran carpa donde se oían voces y risas femeninas: el harén de Abu-l-Hasan Ali. A la puerta, dos lanceros con espadas al cinto montaban guardia. Se rumoreaba que había traído más de veinte concubinas, y en Fez había dejado otras tantas. Olía a comida, ajos y especias. Algunos hombres salían de sus tiendas y se acomodaban para dormir bajo las estrellas. Sobre el campo brillaban fuegos anaranjados. Después de deambular por un laberinto de hogueras y cobertizos, divisé en un claro del campamento una figura erecta recortada en la penumbra. Se trataba de un hombre que se mantenía rígido, de espaldas. A medida que me fui acercando, distinguí que era un soldado. Pero no era un centinela; por la capa dorada que colgaba de sus hombros, pertenecía a la nobleza meriní. El hombre levantó la cabeza mirando a la luna en cuarto creciente y entonces lo reconocí: el joven predicador, Ibn Marzuq, estaba orinando.

—Aliviarse antes de dormir asegura un buen sueño —dije a modo de saludo.

Ibn Marzuq se giró sorprendido. La débil claridad de la media luna arrancó pequeños destellos de su cota de malla gris y su coraza plateada.

—En El Cairo, una adivina me pronosticó que, por cada noche que exponga la verga al influjo de la luna, me aseguraría diez años de virilidad —en sus ojos negros había una chispa de diversión.

—Vaya, vaya, ¿tan joven y preocupado por la virilidad? —dije con una media sonrisa.

—La impotencia no tiene edad. Y no soy tan joven —respondió con un gesto desenfadado, mientras se sacudía las últimas gotas—. Que me corten la verga si tú no eres más joven que yo. ¿Veinticinco? —calculó.

—Veintisiete —contesté.

—Mi verga se ha salvado, eres tres años menor que yo.

—¿Y con treinta años ya has viajado a El Cairo?

—El Cairo, Alejandría, La Meca, Medina y Jerusalén. ¿Pero tú quién eres? Por tu acento pareces andalusí. No llevas armas ni coraza. ¿Acaso en Al-Ándalus no dejan empuñar la espada a los niños?

Pasé por alto su ironía.

—Me llamo Abu Abd Allah Muhammad ibn al Jatib de Granada. He sido nombrado por mi señor, el sultán, cronista oficial de la conquista de Tarifa, si Dios quiere, para conocimiento de futuras generaciones.

—Mi nombre es Abu Abd Allah ibn Marzuq y nací en Tremecén.

—Te felicito por el gran discurso que has improvisado en prosa rimada, en la fiesta del Mawlid.

—No fue improvisado. Me llevó varios días memorizarlo.

—En cualquier caso, fue brillante y convincente. Escribir en prosa rimada es una de mis aficiones favoritas.

—¿Ah sí? Lo celebro. Siempre soñé con visitar Al-Ándalus. Lo que no me imaginaba es que lo haría en estas circunstancias…

Comenzamos a caminar hacia su tienda. Su conversación era grata. Se ganó pronto mi amistad con su carácter alegre, humilde y sincero. Allah ¡loado sea! lo protegió, y salvó la vida en aquella batalla atroz. Y el destino quiso que volviéramos a encontrarnos, varias veces, a lo largo de nuestras vidas.

Al día siguiente, después de purificar nuestro espíritu con la plegaria del amanecer, sonaron los tambores y los dos monarcas pasaron revista a sus tropas. El sultán de Fez, montando un semental negro, comenzó la revista acompañado de su hijo, el príncipe Abu Umar Tasufin. Los jinetes magrebíes lucían corazas de acero y capas azules sobre corceles con gualdrapas carmesí. Los hombres de a pie se protegían con cascos de bronce y corazas de cuero, que les permitían moverse con más agilidad.

Yusuf ibn al-Ahmar pasó revista a sus tropas a lomos de un precioso alazán de tranco elegante. A la cabeza de la formación andalusí, que vestía de grana, se distinguía la esbelta figura de mi hermano; a su lado, se movía inquieto un pura sangre árabe blanco como la nieve, montado por un jinete con coraza y yelmo dorado con rejilla; en su escudo negro lucía una media luna roja. El caballero se quitó el casco y descubrí la caballera plateada de mi padre, que me saludó con la mano y me guiñó un ojo. Mi hermano me lanzó una sonrisa nerviosa. Jinetes y peones con sus cotas de malla, sus brillantes armaduras, y los estandartes al viento, formaban un espectáculo deslumbrante.

El sol lucía alto, cuando un río de hombres cubiertos de acero bruñido, precedidos de las banderas rojas y doradas de los sultanes de Granada y de Fez flameando sobre los puntiagudos yelmos, nos pusimos en marcha hacia Tarifa, puerta del Estrecho, donde los infieles nos esperaban tras sus murallas. Al mediodía pusimos cerco a la estratégica plaza en poder de los cristianos. Se aplicaron las máquinas de guerra y se intensificó el asedio.

Los sitiados llamaron en su auxilio al tirano de Castilla [Alfonso XI] y éste, al

frente de un imponente ejército bien armado, acudió a socorrerlos. Todos los reyes cristianos de la península Ibérica declararon la guerra de Cruzada a los musulmanes. Naves de Castilla, Portugal y Aragón se adueñaron del Estrecho impidiendo el aprovisionamiento de tropas y víveres desde África, en tanto que las tropas coaligadas de Castilla y Portugal, con sus respectivos reyes al frente, marcharon sobre Tarifa.

A orillas del río Salado se libró la gran batalla, en la que intervinieron cuatro reyes: Alfonso XI de Castilla y Alfonso IV de Portugal por parte cristiana, frente a Abu-l-Hasan Alí sultán de Fez y Abu-l-Hayyay y Yusuf ibn al-Ahmar sultán de Granada, por parte musulmana.

Nunca olvidaré ese día; era lunes, 7 Yumada al-Awwal 741 [30 de Octubre de 1340]. Una aurora roja incendiaba el horizonte detrás de las colinas. Yo iba montado sobre mi castrado muy cerca del sultán de Granada. Nos situamos sobre una loma, mientras el resto de la tropa, guardando orden, se desplegó formando una inmensa media luna al pie de la colina. El terreno era ondulado y desigual. Apenas había árboles. La tropa andalusí se posicionó frente al contingente portugués, mientras que los africanos lo hicieron de cara a los castellanos. La vanguardia de la tropa magrebí la formaban los guerreros de las montañas del Atlas, armados de espadas curvas y lanzas adornadas con pieles de animales.

Al otro lado del río, en la primera línea de las tropas cristianas, se distinguían las capas blancas de los feroces cruzados a lomos de sus enormes caballos de guerra. El viento agitaba sus pendones con las cruces de Santiago y Calatrava; estos guerreros temibles pertenecen a una hermandad fanatizada; no poseen familia, ni mujeres y no tienen más amante que el odio que profesan a los musulmanes y el honor de morir luchando contra el Islam.

Sobre la cima de una colina, que me permitía contemplar el campo de batalla, observé cómo nuestros hombres, protegidos de cascos de hierro, tupidas cotas de malla y empuñando afiladas espadas, avanzaron con recia valentía, seguros de la victoria. Los corazones vibraban al son de los tambores y el chasquido de las banderas.

El choque de los aceros retumbó en el campo. Las espadas tajaron los cuellos de nuestros adversarios, los puñales bebieron su sangre y las lanzas penetraron sus pechos. El aire se llenó de gritos y alaridos. Los hombres de uno y otro bando se despedazaban. Pero los nuestros se imponían y ganaban terreno.

Estábamos a punto de cantar victoria, cuando se produjo una extraña agitación. Se oyó una enorme algarabía que provenía de las lomas del norte. Una aterradora oleada de caballería, blandiendo enormes mandobles, se abalanzó sobre nuestras tropas. Nadie sabía de dónde había salido aquel ejército, que acudía en defensa de nuestros enemigos, y nos agredía por la espalda. El pánico se apoderó de los nuestros. Fue el

comienzo de la derrota. La caballería bereber bajo el mando del jeque Abu Tabit, comenzó a retroceder. Aun viéndose amenazado por todos sus flancos, Yusuf no perdió la calma ni la bravura y gritando con todas sus fuerzas: ¡Allah es el más Grande! Se puso a la cabeza de su ejército y cargó contra los cristianos. Contagiados por su ardor guerrero, los granadinos con los dientes apretados y aferrados a sus armas, siguieron a su emir y se lanzaron a una lucha feroz cuerpo a cuerpo.

La infantería cristiana utilizaba alabardas, un arma terrible; se trata de una lanza que termina en una cuchilla de doble filo en forma de gancho, que atrapa al jinete por la cota de malla y lo desmonta, desgarra la carne y la punta es capaz de penetrar en una coraza. Caballos y jinetes sangraban por todas partes, las lanzas se partían, las mazas golpeaban rompiendo brazos y cabezas, los soldados sudorosos arremetían con furia contra sus adversarios. El viento se impregnó con el olor de la sangre. Los pendones de unos y otros ondeaban al sol hasta que caían abatidos. Granadinos y portugueses se batieron con fiereza y hubo tal carnicería y espanto, que habría hecho encanecer el cabello de un niño.

Vi rostros de hombres sin ojos. Vi el casco de un soldado hundido en su cráneo. Oía relinchos de caballos que caían desplomados. Jinetes sin brazos, que gritaban enloquecidos. En medio de una neblina de polvo y sangre se desarrollaba un combate salvaje y despiadado. Un muchacho dio dos pasos y cayó al suelo con el palo de una flecha asomándole por la boca. Sobre la hierba había manos amputadas, lívidas, con los dedos retorcidos como garfios.

En el otro flanco, los castellanos arrollaron a los magrebíes. El campamento de Abu-l-Hasan Alí fue saqueado e incendiado. Los cristianos pasaron a cuchillo a cuantas personas se encontraban en él, sin respetar la vida de mujeres y niños. Las esposas del sultán de Fez fueron violadas y masacradas en el asalto a su tienda y el hijo de éste, el príncipe Abu Umar Tasufin, fue hecho cautivo.

Los musulmanes se dispersaban por un campo baldío, y lo que había sido una batalla se convirtió en una degollina. Los cristianos les perseguían y los remataban. Allah nos puso a prueba con aquella gran tragedia.

Temí por la vida de mi hermano y mi padre, así como por la del hijo de mi maestro Ibn al Yayyab, que luchaban en las filas del ejército andalusí, bajo la sombra de los estandartes de la Guerra Santa.

Cuando la tropa andalusí comenzó a batirse en retirada, mi corazón vibraba de ansiedad por conocer la suerte que podrían haber corrido. Me dirigí a unos soldados que huían a pie con los rostros cubiertos de sangre, pero el miedo les hacía correr y ninguno de ellos quiso escucharme. Entre un grupo de jinetes que se retiraba en desbandada, encontré al jeque Yahya ibn Umar, gran amigo de mi padre. Su cota de malla aparecía rasgada y manchada de sangre. Yahya ibn Umar era un veterano guerrero, curtido en mil batallas; el parche de cuero que tapaba su ojo aparecía

cubierto de sangre reseca. El jeque, con honda pena, me aseveró que tanto mi hermano como mi padre habían muerto.

—¡No! ¡No puede ser! ¡Mi padre no ha muerto! ¡Nadie maneja la espada como él! —rugí con la voz rota y la mente perturbada por el dolor. Las lágrimas me escocían en los ojos.

Yahya ibn Umar con gesto amargo me dijo:

—Lamento que haya sido así, pero en una batalla ningún hombre, por diestro que sea, está a salvo. Tu padre y tu hermano lucharon con bravura heroica y antes de alcanzar el martirio enviaron al infierno a más de cien idólatras. Ha sido un combate brutal. En la orilla del río hallé el cuerpo decapitado del hijo del visir. No encontré su cabeza. Lo reconocí por su llamativa coraza floreada.

Sobre mí recayó la penosa tarea de dar la noticia de la muerte de su hijo a mi maestro Ibn al-Yayyab. Jamás había sentido tanta tristeza al regresar a Granada.

Encontré al visir en el Diwan al-insá rodeado de secretarios. Al verme, ordenó retirarse a todos sus ayudantes. Ibn al-Yayyab recibió la noticia impasible, como si ya la conociese. Su dignidad no le permitía expresar en público sus sentimientos, pero sus ojos contenían un dolor intenso; bajó la cabeza, salió de la sala y se encerró en su camarilla.

—¿Y qué fue de los sultanes de Fez y Granada? —quiso saber Jalid.

—Abu-l-Hasan Alí salvó la vida, pero derrotado y humillado huyó al Magreb, donde poco después sería destronado por su propio hijo.

El sultán andalusí, Yusuf, con su ejército destrozado, regresó a Granada resignado a la voluntad de Allah, pues sólo Allah ¡ensalzado sea! concede el triunfo o la derrota. La historia del hombre, estimado Jalid, está plagada de sufrimientos y fracasos, pero no hay desdicha mayor que ser humillado por el infiel, ¡que Allah confunda!

El temible tirano de Castilla, con el viento soplando a su favor, agravó el tormento de los musulmanes. Luego de su victoria en Tarifa, se apoderó de varias plazas fronterizas, poniendo sitio a la ciudad de Tariq [Gibraltar].

Al igual que al-Fátiha es la primera azora que encontramos al abrir el Corán, esta ciudad, estimado Jalid, señala el territorio donde comienza Al-Ándalus. Desde el mar, la formidable roca que corona Gibraltar aparece en el horizonte, separando dos continentes; fue el lugar donde Tariq, el Bereber, puso pie por primera vez para conquistar Al-Ándalus. Su castillo se encuentra enclavado en la enorme roca que lo hace inexpugnable. Sin embargo, es un lugar azotado por fuertes vientos y carece de manantiales, por lo que es necesario recoger el agua de la lluvia para beber. Esto lo hace muy vulnerable en caso de asedio. El rey cristiano lo habría conquistado de no

ser porque Allah, el Misericordioso, asistió con su poderoso auxilio a los habitantes de Gibraltar y decretó la perdición de los idólatras, enviando la peste sobre ellos y la muerte a su rey. Diezmados por la epidemia y portando sobre sus hombros el cadáver de Alfonso, los cristianos se retiraron y el sultán de Granada convino un nuevo pacto de treguas con Castilla, que se prolongó por más de diez años.

Yusuf, que siempre anheló la paz, empleó aquel tiempo de armisticio en la reconstrucción de las fronteras y el embellecimiento de Granada. También para administrar justicia.

—Te preguntarás, estimado Jalid, si Yusuf dejó impune el asesinato de su hermano.

—Si mal no recuerdo, el inductor del crimen, Abu Tabit, fue nombrado jefe de las milicias africanas por Yusuf.

—En efecto, veo que sigues con atención mi relato.

Al subir al trono, Yusuf era un adolescente que, impresionado por la muerte violenta de su hermano, se dejó influir por una corte de aduladores, entre los que se encontraba el pérfido Abu Tabit. Pues bien, tras el desastre de la batalla del Salado, los generales de las tropas andalusíes culparon de la derrota, por su falta de coordinación y el desorden que mostraron en las operaciones militares, a las milicias africanas a cuyo mando estaba Abu Tabit. Se les acusaba de huir cobardemente, dejando a los granadinos expuestos a la furia de los cristianos.

Yusuf, que desde hacía tiempo sospechaba de quienes habían instigado el asesinato de su hermano, y esperaba una ocasión propicia para castigar a los culpables del crimen, aprovechó el informe de sus generales para tomarse cumplida venganza. Con rapidez y cautela, ordenó a la guardia palatina apresar a Abu Tabit, acusado de alta traición. Mediante una gigantesca redada, bien organizada, se hizo detener a los Abi-l-Ulá.

Con la máxima urgencia se ordenó capturar a todos los miembros de esta familia. La operación fue ejecutada con tal diligencia que los apresados, sorprendidos, no tuvieron tiempo de oponer resistencia. Agrupados todos ellos en las mazmorras de la alcazaba de Almuñécar, fueron deportados a Ifrigiya [Túnez].

El sultán nombró para sustituir a Abu Tabit a su primo por parte de padre, el jeque Yahya ibn Umar ibn Rahhú.

Algunos cadíes aconsejaron al sultán no dejar marchar con vida a los Abi-l-Ulá. Conocían la capacidad del clan para urdir conspiraciones y temían la represalia de esta poderosa familia si seguían vivos. Pero el bondadoso Yusuf tuvo en cuenta los días de gloria y los méritos en el desempeño de su cargo, como jefe de algaras, de su legendario padre Utman ibn Abi-l-Ulá, y optó por el destierro en contra de las

muchas voces que pedían la ejecución.

A Jalid, el carcelero, le sorprendió que el sultán de Granada hubiese dictado una sentencia tan benévola contra los asesinos de su hermano y preguntó:

—Si Yusuf sabía que los Abi-l-Ulá eran los asesinos de su hermano, ¿crees que dejarlos marchar fue una decisión justa y acertada?

Lisan al-Din guardó silencio un instante, antes de emitir su juicio sobre aquel asunto.

—Es difícil saber si fue justa. Sólo Allah ¡loado sea! lo sabe. Las malas lenguas propalaron que Yusuf no quiso castigar, como merecían, a los que hicieron posible que él subiera al trono.

—Ya entiendo. Quieres decir que si su hermano no hubiera sido asesinado por los Abi-l-Ullá, Yusuf nunca habría reinado. En cualquier caso, dejarles libres no creo que fuese lo más justo.

—Yo prefiero pensar que, en aquellos tiempos convulsos, el sultán no tenía pruebas fehacientes de la conjura. Otra cosa es si aquella decisión fue acertada. Es posible que, de haber sido ejecutados los cabecillas del clan, años más tarde, no se habría producido la tragedia en la mezquita de la Alhambra.

—¿Qué pasó en la mezquita?

—Eso te lo contaré más adelante. Está empezando a clarear y tienes que regresar a tu casa.

Jalid se disponía a abandonar la prisión cuando reparó en unos folios de papel enrollados, que el prisionero sujetaba entre sus manos.

—He escrito unas cartas a mis hijos y a mi amigo Ibn Jaldún —dijo Lisan al-Din introduciendo los folios entre los barrotes—. Dáselas al predicador Abd-l-Salam, él las hará llegar a mi familia.

Jalid tomó las hojas de papel y desapareció por el lúgubre pasillo de la mazmorra.

7

LISAN al-Din esperaba impaciente a que llegara la noche. Su vista no se apartaba del tragaluz, donde la claridad se hacía cada vez más tenue. Sabía que todavía tendría que pasar un buen rato antes de que apareciese la estrella azulada en el centro del exiguo agujero que servía de respiradero en la mazmorra. Aún no había sentido el aleteo del gorrión que, cada atardecer, cruzaba veloz sobre el orificio horadado en el techo de su celda.

Confiaba en que Jalid le trajera noticias de su familia. Un arrebato de nostalgia le sacudió el corazón. Recordó a su leal esposa Iqbal, ya fallecida. Allah se la llevó, ahorrándole el suplicio de contemplar su caída en desgracia. Afortunadamente, a sus hijos les había podido legar el bagaje cultural que él había recibido. Todos ellos atesoraban los conocimientos y la cultura necesaria para procurarse una vida desahogada. El mayor, Abd Allah, inteligente y bien parecido, había seguido sus pasos y obtuvo un alto puesto en la Chancillería meriní. Muhammad, más apto para los negocios que para la vida intelectual, prosperó como comerciante. YAlí, el más próximo a él en carácter y aficiones, de genio vivo y amante de la literatura, se dedicaba a la docencia. Siempre les aconsejó que, en un país tan turbado y hollado por la guerra, no convenía acumular posesiones que no se pudiesen transportar en caso de tener que huir precipitadamente del enemigo o de su propio rey. Él lo sabía bien; había pasado por esa amarga experiencia y lo estaba padeciendo en sus carnes. Todos sus bienes y propiedades, casas y fincas de recreo habían sido confiscados, pasando a ser propiedad de sus enemigos. Sintió una punzada en el estómago y su ánimo se hundió en la melancolía. Evocó un fragmento de su obra «Anal al-A'lam», que reflejaba como un espejo el estado anímico que le afligía:

> *«Ciertamente, este mundo es una quimera y la vida es un sueño. Si se cumpliesen los destinos, si cesasen las tribulaciones, si todo llegase a ser igual, la morada eterna habría de ser la verdadera morada. Mi impresión es que la vida no ofrece ningún atractivo y la existencia toca a su fin. Sólo cerca de Allah se encuentra la balanza exacta, que no comete injusticias y deforma equitativa da su merecido al hombre de bien y al impío».*

Jalid encontró al prisionero sentado frente a la pared, con la cabeza hundida entre los hombros.

—¡Eh! ¿Qué te ocurre? Te traigo buenas noticias —susurró el carcelero.

Lisan al-Din levantó la cabeza y con los ojos velados por la melancolía, se acercó a la cancela.

—¡Que Allah te bendiga, Jalid! No sabes cuánto ansío saber algo de lo que acontece ahí fuera.

Tu amigo Abd-l-Salam me ha dicho que no debes preocuparte por tus hijos. Todos ellos están bien y se esfuerzan tenazmente para conseguir tu liberación. El predicador me ha encargado que te informe de que tu hijo Abd Allah, que mantiene ascendientes en la Corte meriní, trata de interceder en tu favor ante el juez supremo de Fez. Y tu hijo menor Alí no ceja en el empeño de buscar influencias, e incluso sobornar a los altos funcionarios, para ser recibido por el mismísimo sultán.

—Alí, siempre tan impulsivo —comentó Lisan al-Din—. A veces tengo la extraña sensación de que vivo en una noche eterna, enredado en un sueño angustioso e insistente del que no logro salir.

Ambos quedaron inmersos en el silencio. Jalid buscaba palabras con las que alentar al desdichado andalusí:

—Dios nos pone a prueba con desgracias y penalidades que tenemos que superar con fuerza y coraje. Desecha de tu mente la aflicción y piensa en los momentos gratos que Allah ¡ensalzado sea! te ha concedido durante gran parte de tu vida.

—Tienes razón, Jalid, volvamos al relato de aquel tiempo en el que mi buena estrella brillaba con fuerza, llenando de luz los gozosos años de mi juventud.

Como recordarás, la estrecha relación que mantenía con mi maestro Ibn al-Yayyab se hizo más profunda al quedar ambos unidos por la desgracia, tras la muerte de mi padre y la pérdida del hijo de mi maestro en la desdichada batalla del río Salado. Desde entonces, su afecto hacia mí fue el de un padre y, públicamente, me manifestó su aprecio designándome Katib al-sirr [Secretario particular del sultán]. Este nombramiento supuso mi incorporación a uno de los cargos más importantes de la administración del Estado. Aquel fulgurante ascenso despertó muchos recelos. Y a medida que aumentaba mi influencia en la Corte, crecían la envidia y el resentimiento entre los mediocres funcionarios que pululaban por los aledaños de la Chancillería.

El sultán, que había tenido ocasión de apreciar mis trabajos literarios al lado de mi maestro Ibn al-Yayyab, aprobó sin reservas mi elección y al comprobar la eficacia con que ejercía un cargo de tanta responsabilidad, me mostró su apoyo incondicional y me dio muestras de su estima al nombrarme su secretario confidencial. Desde mi privilegiado puesto de secretario del sultán, fui testigo de la grandiosa obra arquitectónica y cultural que impulsó este gran monarca.

Yusuf soñaba con transformar la capital de su reino en la Córdoba califal. El culto e inteligente Yusuf tuvo la habilidad de rodearse de sabios maestros y se convirtió en mecenas de intelectuales y artistas.

A instancias de sus consejeros, procedió a construir una gran Madrasa. Mi maestro, Ibn al-Yayyab, le hizo ver que Granada adolecía de un centro de estudios propio, que acogiera a los numerosos jóvenes que, aspirando al estudio de la ortodoxia islámica, tenían que emigrar a otros países. Había que construir un centro en el que sabios maestros, venidos de los puntos más diversos de las tierras del Islam, impartiesen sus enseñanzas. Un foco de cultura que atrajese a los más célebres eruditos en humanidades, que hicieran de Granada el centro docente más importante del Occidente islámico.

Yusuf acogió con entusiasmo la idea de su visir y dispuso que los más diestros alarifes labraran con materiales nobles «La Casa de la Sabiduría», «La Virgen de las Escuelas», la admirable Madrasa. Para ello, hizo traer mármol cristalino de las canteras de Almería y maderas de cedro plateado de las montañas del Atlas. El lugar elegido para levantar tan magnífico edificio fue el mismo corazón de la medina, frente a otro lugar sagrado de la capital: la Gran Mezquita.

Los asesores militares del sultán le animaron a que aprovechase el armisticio con los cristianos para reforzar las defensas de Granada. Y un ejército de albañiles, picapedreros, maestros de obra y arquitectos comenzaron a levantar torres, atalayas y fortalezas.

Cierto día en el que junto a mi maestro, Ibn al-Yayyab, acompañaba al sultán en la supervisión de las obras de la Alhambra, éste se detuvo en una explanada donde se alzaba una pequeña torre, cuyo interior había sido utilizado por su padre, el sultán Abu-l-Walid ¡ampárelo Allah!, como camarilla privada. El sol estaba en el cenit, haciendo sentir su tórrida fuerza sobre el descampado. Yusuf, que se hacía acompañar por el arquitecto mayor, recorrió con la mirada aquel lugar desprotegido y reseco, y sugirió construir allí una fuente que lo aliviase del sofocante calor. Mi maestro, Ibn al-Yayyab, opinó que el lugar era lo suficientemente espacioso para albergar un jardín y un estanque, en cuyas aguas se reflejase la fachada de la fortaleza. El arquitecto advirtió que la torre era demasiado pequeña y resultaba desproporcionada en ese entorno. Entonces el visir, dirigiéndose al sultán, le propuso erigir un torreón que se integrara en el conjunto de baluartes, de aspecto castrense, que rodeaban la Alhambra, pero que su interior se transformase en un espacio destinado a representar el poder militar y grandioso de un gran monarca. Sería una sala donde se ubicaría el trono, desde el cual el sultán presidiría los actos oficiales, impartiría justicia y recibiría a las embajadas extranjeras. Un lugar cargado de simbolismo religioso, que evidenciara la fuerza omnipotente de Allah y su divina protección, cubriendo con su Baraqa o bendición al Emir de los Creyentes.

Yusuf se mostró complacido y dio orden al arquitecto para que se pusiera en marcha la construcción del que sería al-Qasr al-Sultán.

Una tarde en la que me encontraba trabajando en la Secretaría del Diwan al-insá

junto a mi maestro, éste me informó de las intenciones del emir de realizar un viaje a la frontera oriental, para inspeccionar el estado de las defensas de ciertas plazas fronterizas. Ibn al-Yayyab me confesó que, a sus 73 años, no se encontraba con fuerzas para acompañar al monarca en un viaje agotador, visitando pueblos y ciudades sin descanso.

Yo le escuchaba sumido en la composición de un panegírico en honor del príncipe heredero, cuando el cálamo estuvo a punto de caer de mi mano, al oír que me ofrecía ir en su lugar. La oferta era tentadora, pero entrañaba una gran responsabilidad. Le miré sorprendido y le confesé que no me consideraba con la suficiente capacidad y experiencia para asesorar al sultán sobre asuntos de defensa.

El visir rechazó todos mis argumentos para no aceptar su proposición y me dedicó unos encendidos elogios que me hicieron enrojecer: «Durante ocho años —dijo mi maestro—, hemos compartido una difícil tarea en la Administración del Estado. En este tiempo, te he tomado afecto y he comprobado tu valía. Posees una mente ágil y muy creativa para tu edad; tu inteligencia es superior al resto de mis discípulos, por eso he pensado en ti, para esta misión». Y zanjó la cuestión asegurándome que el sultán ya había dado su consentimiento. Así pues, no había más que hablar.

Salimos al amanecer. Las nubes lloraban nuestra despedida cuando, aquel día de primavera, la comitiva real partió de Granada por la puerta de Guadix, iniciando la ruta que nos lle varía hasta Almería, la ciudad más importante de la frontera oriental y nuestro punto de destino.

La comitiva estaba encabezada por el sultán y su guardia de honor, junto con algunos nobles y cortesanos, entre los que yo me encontraba. Nos precedían los adalides, buenos conocedores del camino, y tras éstos marchaban los abanderados portando los estandartes rojos de la dinastía al-Ahmar flameando al viento. Nos seguía un centenar de bestias de carga manejadas por un ejército de sirvientes y esclavos, que se ocupaban de la intendencia y los baúles de ropa y objetos personales del sultán.

Apenas habíamos traspasado el arco de la puerta, a cuya entrada se extendía la alfombra verde que la primavera nos ofrecía, cuando ya comencé a sentir la nostalgia del viajero al abandonar su ciudad. Me quedé con los ojos prendidos en ella ¡que Allah guarde!

El compañero que cabalgaba a mi lado, al verme cómo volvía el rostro continuamente, me preguntó:

—¿Qué has dejado allí?

Y respondí:

—Mi corazón, amigo mío, mi corazón. Mis mujeres, mis hijos, mi hogar y mi ciudad. Granada, al igual que el radiante sol, no necesita alabanzas, ni la lengua del panegirista alcanza a ponderar debidamente su magnificencia. Su hermosura es

permanente y serena.

—Sin embargo no todo es perfecto en Granada —replicó mi compañero de viaje—. El coste de la vida es elevado, los impuestos altísimos. Las casas no son sólidas y el yeso y la madera que se emplea en la construcción resultan carísimos. Las calles están mal urbanizadas y resulta fatigoso recorrerlas por sus desniveles y cuestas. En invierno, el frío es tan intenso que impide a los labios contestar al saludo. Y ¡que Allah me perdone por hablar como un incrédulo!

—Amigo mío —respondí—, eso es cierto, pero lo compensa una ciudad que Allah vistió con un manto luminoso. Los impuestos fiscales sobre el ganado y el comercio son justos y razonables; los zocos están protegidos y en ellos abundan mercancías de excelente calidad, que todo el mundo apetece. Como envidia una esposa a la segunda mujer de su marido, así los forasteros envidian a los granadinos. A veces, de la montaña llega aire frío, pero siempre está aromatizado por el perfume de los arrayanes, que al aspirarlo, evoca al paraíso. Y, así, hablando de esto y otras muchas cosas, seguimos cabalgando.

He de confesarte, estimado Jalid, que a pesar de encontrarme en la plenitud de mi vida, con apenas treinta y cuatro años, el viaje me resultó arduo y lleno de incomodidades, por caminos abruptos, sufriendo las continuas inclemencias del equinoccio de primavera. Pero, en cualquier caso, resultó rico en experiencias y en conocimientos, que me permitieron adquirir una valiosísima información sobre las condiciones de vida de los habitantes de la frontera y la situación exacta de la línea defensiva del reino.

Fue un viaje áspero, en el que el dolor físico por las dificultades de parajes agrestes era aplacado por el bálsamo reparador de la acogida solícita y fervorosa de sus gentes. A la llegada del sultán a cualquier lugar de nuestra ruta, los habitantes abandonaban sus casas y se arremolinaban, apretujados a nuestro alrededor, entre saludos y cánticos en su honor.

Me llamaban la atención las bellas campesinas que salían de sus hogares al paso de la comitiva, con sus vistosos atuendos y sus cuerpos gráciles; los arcos de sus cejas lanzaban flechas, que me hacían desviar el pensamiento de mis deberes. Las doncellas huían de los harenes y corrían, cogidas de las manos, hacia nosotros, rozando sus pechos y sus hombros como las flores de un jardín. En aquel tumulto no se podía distinguir entre las armas relucientes de la guardia real y el rojo encendido de las mejillas de las adolescentes. Las muchachas nos saludaban con sonrisas que alegraban el corazón. Al igual que la amada se ofrece deseosa a la vista del amante, las jóvenes campesinas desvelaban sus rostros, descubriendo el resplandor de sus labios en flor. El goce de contemplar aquellos hermosos cuerpos, que aún no habían conocido varón, enardecía los sentidos y su belleza hacía despreciar a las estrellas.

Pero, en contra de mi deseo, la comitiva no se detenía y nos encaminamos a

Guadix.

Nuestra marcha se vio alterada por las lluvias torrenciales de la estación equinoccial. La luz se hundió y el cielo se deshizo en un torrente. La tierra parecía hervir, cubierta de burbujas; el agua y el barro invadieron el paisaje. Los guías perdían el camino, el lodo cambió el aspecto de nuestros vestidos y las monturas avanzaban de forma penosa entre corrientes de fango. Cuando el cielo nos dio una tregua, pudimos, al fin, plantar las tiendas y, en torno a las chisporroteantes hogueras, entregarnos al goce del necesitado descanso.

En el horizonte, la ciudad de Guadix ofrecía un bello aspecto. Sus tierras estaban surcadas por numerosos canales y acequias que le dan frondosidad y le proporcionan abundantes cosechas. A sus pies se extendían grandes extensiones de viñedos y su fortaleza, aunque tenía necesidad de reparos, se levantaba altiva a los ojos del visitante. Pero había trozos de sus murallas en estado deplorable y muchas de sus viviendas se encontraban abandonadas. Pronto comprobaría la diferencia significativa que había entre las poblaciones del interior y las costeras. El contraste ruinoso y pobre de los castillos y fortalezas de las primeras, y la condición fortificada y floreciente de las segundas.

Guadix nos recibió engalanada, pero no podía ocultar el lamentable estado de sus altas construcciones. Otro tanto ocurría con Almanzora, repleta de ruinas, y su mezquita, erigida sobre una colina, humillada por el desmoronamiento.

Desde Guadix tomamos el camino de Qanb al-Yaman y nos dirigimos a Baza. Desde mi montura divisaba una amplia llanura de trigales, cortada por ondulaciones que descendían hacia horizontes verdes. A nuestro paso, las espigas rozaban los estribos de los jinetes y con mi mano acaricié la dorada mies, como si fuera la cabellera de una esclava circasiana.

¡Qué ciudad, Baza! Su comarca es fértil como la esposa de un sultán. Los árboles extienden sus ramas sobre el cauce del río, que penetra en la ciudad abasteciendo a sus habitantes de agua dulce. Los campos de azafrán envuelven esta urbe que atraería los malos deseos de los envidiosos, si no fuera porque su nombre goza de la protección de los profetas Yasín y Tahá. Sus moradores sufren los ataques del enemigo, que son frecuentes, pero los hombres poseen un gran valor, aunque sus armas estén melladas. Las mujeres salen a la calle sin velo, dejando ver su bellísimo rostro, y sus vestidos exhalan aromas deliciosos.

Entramos a la medina por Bab al-Misq [Puerta del Almizcle] y pronto sentimos su aroma. El aire se vestía con una túnica impregnada de almizcle y los relámpagos recamaban de plata el cielo. Las flores reían, mientras las nubes lloraban. Su mezquita, llamada «del Paraíso», daba testimonio de la bendición de Allah.

Tras un breve descanso, dejamos Baza entre bosques de pinos y arrullos de palomas ornadas de collares. Cruzamos Fahs al-Ansár y nos acercamos a Serón

escoltados por cimbreantes palmeras cual beduinas descalzas que bañan sus pies en el agua.

Vadeamos el río Almanzora y pronto avistamos la elevada fortaleza de Purchena, donde sus ballesteros y lanceros resisten heroicamente. Sus gentes son de trato agradable, aunque sus mujeres practican la alcahuetería y se dejan seducir fácilmente. Cuando el sol se ocultó fugaz y las ramas de los árboles se relajaron, fuimos vencidos por el cansancio y dormimos sobre almohadas hechas con ramas de tomillo y espliego.

Nuestro siguiente punto de descanso fue Cantoria. Allí nos recibió el extravagante cadí Jalid Ibn Abi Jalid, luciendo una barba coloreada con alheña y el turbante enrollado a su cuello. Su piel estaba marcada por la vida campesina y su instinto se guiaba por el viento y el agua; caminaba dando grandes zancadas, como un camello desbocado. Al caer la tarde, vino a mi tienda a escuchar algunos versos que compuse, y me lo agradeció regalándome una gallina. Cantoria posee paisajes bellos, produce exquisito queso y dulce miel, pero sus pobladores son codiciosos y mezquinos. Allí hasta el cielo es avaro, ya que raramente llueve.

Al amanecer, cuando reanudamos la marcha, el camino serpenteaba ante nosotros, huyendo entre paisajes cambiantes. Riscos de pedernal se levantaban a nuestro paso y en el horizonte se alzaban altivas las torres vigías, sobre cerros grises. Topamos con regiones accidentadas, donde ni los machos monteses se sienten a salvo. Cruzamos desfiladeros, montañas, honduras, colinas y vados que nos sometían a torturas que me hacían olvidar la herida que el alejamiento de Granada me producía.

Bosques de pinos, plantaciones de olivos y extensas llanuras de cereales se alternaban con parajes desérticos, morada de serpientes y alacranes; Allah nos protegió de su mal.

El camino hacia Vera era abrupto, con montes y cuestas donde el caminante parece purgar un delito. Tras el castigo que sufrimos, encontramos un llano que nos permitió apearnos de las cansadas cabalgaduras, sintiendo a la vez nuestra propia fatiga. Se encendieron las hogueras y, agotados, nos sumimos en un silencio contemplativo ante las lenguas de fuego devorando los retorcidos maderos. Pero cuando el sol se curvó pálido sobre el horizonte, un trueno lejano lanzó su conjuro y las nubes escupieron, cual hechiceras componiendo un maleficio.

Holgamos todo un día, a la espera de que el tiempo despertara de su embriaguez y se repusiera de la embebida humedad. Cubriendo la pradera se arrastraba una leve bruma gris con aroma a tierra mojada. Cuando el sol, aunque velado de nubes, apareció pidiendo perdón por su larga ausencia, decidimos partir hacia Vera por la mañana, después de que la niebla se dispersó. El camino se deslizaba entre montes casi pelados donde pastaban unos camellos.

La ciudad apareció bajo un cielo despejado que ponía en evidencia la fragilidad

de sus murallas, por lo que sus gentes viven en continuo temor. Las casas son pobres y sus habitan tes pelean frecuentemente entre sí y no son piadosos. Vera es famosa por su desobediencia a las leyes divinas y se distingue por el mal trato que da a sus esclavos. Como plaza fronteriza, estaba necesitada de soldados y sus endebles murallas precisaban ser reforzadas.

Por orden del sultán, yo iba anotando la situación en que se encontraban aquellas tierras del Islam. Antes de ponernos en marcha discutimos la ruta a seguir. Después de varias deliberaciones, elegimos la ruta de Mojácar y, entre varios, fue designado como guía un individuo, de nombre Ibn Hilal, que nos condujo por un sendero infernal, donde sentimos el temor de nuestros corazones ante el peligro de las alturas de los desfiladeros. De repente, se nos hizo de noche transitando por terrenos escarpados y peligrosos. Entonces exclamé: «¡Ved, amigos, donde nos ha traído nuestro guía Ibn Hilal, al que, como su nombre indica [hijo de la luna en cuarto creciente], le urge estar con su madre!».

Mojácar tiene un acceso difícil, su empinada cuesta es como un puente sobre el infierno. El castillo es nuevo y bien fortificado y el río fertiliza una tierra de buena calidad. Sus habitantes son musulmanes piadosos y muchos de ellos han efectuado la peregrinación a la Meca; pero distan de ser hospitalarios. De allí pasamos por la inhóspita llanura de Wadi-l-Ubrán y nos dirigimos a Almería a través del frondoso valle del río Andarax, donde se extienden viñedos cuajados de uvas y olivos vestidos de plata. A ambas orillas, los árboles se contoneaban y sus ramas se inclinaban respetuosas sobre el cauce del río.

Desde lo alto de un cerro pelado divisamos la formidable ciudad de Almería, capital oriental del reino. El bello rostro del sultán resplandeció al contemplar aquella soberbia fortaleza, colgada de las riendas del cielo. Almería, cuyas defensas garantizan la independencia del país, donde se dan cita caravanas y naves, nos recibió con entusiasmo y nos dio asilo; tanto su guarnición militar como sus habitantes nos dispensaron una ardorosa acogida.

A las puertas de la ciudad, nos recibió una agrupación de nobles, jeques y alfaquíes. Un escuadrón de ballesteros, con sus arcos francos en bandolera y armados de picas, nos dio escolta por la medina. Las calles estaban engalanadas con llamativas colgaduras y las mujeres habían esparcido flores señalando el itinerario que seguiría la comitiva, pero la preciosa alfombra de pétalos que cubría el pavimento fue pisoteada, el polen de las flores se pegaba a los cascos de los caballos y su perfume se mezclaba con el fuerte olor de las bestias.

En la atractiva faz del monarca se podía leer una inmensa satisfacción ante las muestras de sumisión de su pueblo. Una amplia sonrisa dejaba ver la blanca dentadura de Yusuf relampagueando entre su negra barba, mientras era vitoreado por la muchedumbre y una corte de mercaderes cristianos, sosteniendo parasoles, le

protegían de los rayos del sol.

La densa multitud dificultaba el avance del cortejo. Al embocar el camino del puerto, la brisa del mar agitaba las banderas y las coloristas colgaduras que adornaban las fachadas.

Desde la explanada del muelle presenciamos un formidable desfile de la armada, cuyas naves con los cascos pintados de rojo, auténticas fortalezas flotantes, maniobraron con pericia ante nuestros ojos, gobernadas por bravos marinos que, al acorde de los tambores y los albogues, hendían las aguas a medida que los remos subían y bajaban en una brillante demostración de habilidad y fuerza.

Los habitantes de Almería son amables e ilustres. Los hombres, en tiempo de paz, se comportan como el pacífico faisán, pero en la guerra son devoradores como leones. Las mujeres cubren sus rostros dejando entrever grandes y hechiceros ojos negros, de mirada insinuante; la ciudad rebosa de ascetas que practican la oración y la penitencia.

En Almería el clima es caluroso, pero uno de los prodigios que allí sucede es que, cuando en invierno los vientos del norte la visitan, se tornan cálidos al acariciar el mar.

Nuestra estancia en Almería se prolongó durante cinco días y cuatro noches, en los cuales visitamos las grandiosas construcciones de Jayran y el palacio de Ibn Sumádih, antiguos vestigios de nuestros antepasados.

Me alojé en la mejor Fundúq de la ciudad. Desde la ventana de mi aposento, la vista se llenaba de un océano azul intenso, que lanzaba soplos de aire salado y cálido. Al atardecer, betas ocres y naranjas cubrieron el horizonte. Pronto, la noche misteriosa se extendió sobre la ciudad y una luna inmensa arrancaba destellos de la masa oscura del embravecido mar, que rugía como un monstruo encadenado.

Apenas me había tendido sobre el lecho, cuando Musa, el sirviente que me acomodó en mi alojamiento, abrió la puerta con sigilo e hizo pasar a una mujer.

—Espero que mi hija pueda complacerte-murmuró Musa antes de desaparecer tras la puerta.

Quedé perplejo ante aquel ofrecimiento insólito. Pero yo era entonces un joven pletórico de vida y vulnerable a la tentación de la carne.

Se trataba de una muchacha de unos quince años con unos ojos negros que, a la luz de la lamparilla, brillaban como carbones en un brasero. Era de pequeña estatura, pero bien formada. Con pasos lentos y perezosos se acercó a mi lecho; su mirada atrevida y pícara delataba sus intenciones. Cuando se situó a los pies de mi cama, descubrió sus hombros y los rizos de su cabello danzaron sobre ellos. Con un rápido movimiento, dejó caer el vestido, quedando completamente desnuda, y sus pechos se erizaron altivos como medias lunas. Sus caderas eran anchas pero armoniosas, su cintura angosta y cimbreante, su cabello negro, brillante y rizado se desbordaba sobre

una piel dorada como las arenas del desierto. La luz de la bujía jugaba entre sus muslos. Sin mediar palabra, se deslizó en mi lecho y me envolvió con sus brazos. Me besó en los labios largamente y su lengua, se introdujo suavemente en mi boca, mientras sus hábiles dedos acariciaban mi sexo y la sangre hervía en mis venas. Al sentir mi excitación, enroscó sus piernas en mi cintura y me acogió en la parte más profunda y húmeda de su cuerpo. Se montó sobre mí y comenzó a agitarse con movimientos pausados. De mi pelvis brotaba la vida. Sus uñas se clavaron en mis costados. El ondear de su cuerpo sobre el mío era como las olas de un mar donde me ahogaba de placer. Percibí cómo se contraía su vagina y, entre jadeos, musitaba palabras de agradecimiento: «Gracias mi señor, soy tu esclava, nadie me ha hecho tan feliz». Sospeché que todo era fingido, pero era tan placentero que no me importaba. ¿Para qué averiguar la verdad?

Durante el tiempo que permanecí en Almería, la hija del aposentador me visitó cada noche y, en la penumbra de la habitación, ambos nos entregábamos con pasión desmedida al deleite vertiginoso de la lujuria. Me dijo que se llamaba Zaynab, pero debido a su apasionada fogosidad le cambié el nombre por el de Gayat al-Muná [Colmo de los deseos].

La última noche decidí preguntarle lo que me rondaba por la cabeza desde el día que la conocí: ¿cómo era posible que un padre incitase al pecado de la lujuria a su propia hija? Ella me contestó que era un secreto.

Esa noche, Gayat al-Muná se mostró en un estado de excitación extremo, su ardor parecía insaciable y, como el borracho ansía el vino, me besaba con una codicia desmedida. Pero yo permanecía frío y distante.

—¿Qué te ocurre? ¿Acaso ya no te place mi cuerpo? —dijo la muchacha, sorprendida ante mi falta de entusiasmo.

—No puedo dejar de pensar por qué hace esto tu padre. ¿Por dinero, tal vez?

Aquella muchacha rodeada de misterio se sumió en un largo silencio. Suspiró y mirándome fijamente, me desveló su secreto:

—No es mi padre. Es mi marido —mis ojos se abrieron sorprendidos y ella como si hablara de algo natural continuó—: Ya no le place yacer conmigo, le gusta mirar cuando lo hago con otros hombres. Siempre elige este aposento, en cuya puerta ha abierto un orificio por donde nos espía.

Me quedé paralizado.

—Entonces… ¿ahora nos está mirando? —pregunté incrédulo.

Ella afirmó con la cabeza.

Mi primer impulso fue lanzarme hacia la puerta y descubrir al depravado mirón, pero Gayat al-Muná me sujetó con fuerza por la cintura y con delicadeza me tendió sobre el lecho. Yo no apartaba mis ojos de la puerta. Comenzó a besarme y lamerme los pies. Sus labios recorrieron mi cuerpo lentamente hasta alcanzar mi boca.

Acompañaba sus caricias, desgranando en mis oídos palabras lascivas que me excitaban sobremanera. Consiguió que me olvidara de la mirada escrutadora de su envilecido esposo. Me seducía poseer a aquella muchacha que había empapado de sudor el lecho donde había yacido con otros hombres. Comencé a experimentar un goce desconocido. La complicidad malévola con el marido me enardecía. Era una perversión extraña, prohibida, que me hacía disfrutar de un placer intenso. El fruto prohibido sabe mejor aunque su zumo esté envenenado por el pecado.

Gayat al-Muná usaba sus dedos y su boca con maestría. Incrustado en su cuerpo, sus caderas se agitaban apasionadamente. Pareció entrar en trance y su mirada alucinada se mostraba embargada por el éxtasis. Sus carnosos labios succionaron con avidez mi cuello, acaricié la sedosa textura de su pelo y percibí el ardor de su aliento en mi boca. Sentí un dolor intenso y me separé de su rostro con brusquedad; ella me miró con los ojos muy abiertos y al ver la sangre fluyendo de mi labio inferior, se asustó; recogió la túnica del suelo y abandonó corriendo la estancia.

A la mañana siguiente, Musa y su joven esposa me esperaban en el patio de la alhóndiga; él con gesto de sumisión y ella con el rostro velado y la mirada baja. Un mozo de cuadras me trajo el caballo embridado, sujetó en corto al animal y me presentó el estribo. Antes de montarlo, le entregué a Musa unas monedas que me agradeció con una reverencia. La muchacha fijó su mirada en mi labio inflamado y en sus ojos apareció una expresión compasiva. Me llevé la mano a la herida simulando una mueca de dolor, lo que provocó que, tras el velo de la joven, sonara una risita cómplice. Musa nos miró un tanto desconcertado.

Jalid escuchaba embelesado y Lisan al-Din le confesó:

—Me causa vergüenza hablarte de estas cosas. A nadie se las conté salvo a ti, estimado Jalid. ¡Que Allah me perdone! pero todavía me excita evocar aquellos momentos lúbricos de los que gocé en mi juventud. De todos modos, a pesar de tanta satisfacción y placer, en mi ánimo pesaba la nostalgia de mi hogar; y mi anhelo por volver a Granada era el del peregrino, así como mi llanto semejaba el pozo de Zemzem.

Escogimos el camino de vuelta siguiendo la margen derecha del río Andarax, hasta Abla, donde las nubes nos volvieron a castigar con fuertes aguaceros que hacían relinchar a los mulos al sentir en sus cabezas la violencia del pedrisco.

De allí pasamos a Abrucena, Fiñana, Guadix y, por fin, Granada. El viaje duró 21 días, a lo largo de 16 etapas, cabalgando cinco leguas diarias.

En la Alhambra nos esperaba Ibn al-Yayyab entusiasmado con los proyectos de construcción en el palacio, que avanzaban a buen ritmo, y que enseguida nos quiso

mostrar.

El visir nos condujo hasta el patio en el que se levantaría el Qasr al-Sultán.

La pequeña torre del emir Abu-l-Walid había sido derruida. De aquella vieja torre, sólo se respetó la planta inferior y los cuarteles adyacentes. Los canteros cortaban la piedra y los albañiles mezclaban arena, agua y cal para la forja del mortero que sellaría los ladrillos. Con el seco golpeteo de cinceles y martillos sonando a nuestro rededor, Ibn al-Yayyab se dirigió al sultán:

—Majestad, ved los planos de lo que será el edificio más importante de la Alhambra.

Sobre un tablón de madera, sostenido por dos caballetes, el arquitecto mayor desplegó un amplio pliego de papel, en el que figuraba el esbozo de una enorme torre y un dibujo de la alberca y el jardín, que se extenderían a sus pies.

El arquitecto nos reveló que la torre alcanzaría una altura de 30 brazas [45 metros] y sería construida con hormigón; el exterior iría pintado con almagra, lo que daría a la fachada el emblemático color rojizo de la dinastía al-Ahmar. El torreón tendría forma rectangular y se asentaría sobre cuatro pilares. El pórtico de la entrada principal lo formarían siete arcos de medio punto, siendo el central de mayor tamaño y todos ellos sustentados por columnas de mármol. Las albanegas de los arcos irían adornadas con labores caladas de escayola y las paredes, desde el suelo hasta la altura aproximada de un hombre, estarían alicatadas por un zócalo de brillantes azulejos. Sobre el resto del muro, se abrirían bajorrelieves con inscripciones coránicas y casidas de poetas andalusíes. Tras el pórtico, habría una sala de recepción, cubierta por una techumbre de madera de cedro y ornamentada, en su totalidad, con yeserías policromadas. Un arco de mocárabes daría paso al Salón del Trono. La luz penetraría a través de nueve balcones, protegidos por ajimeces volados y vidrieras de colores. Con el fin de iluminar el techo, se abrirían, en la parte más elevada de cada uno de los muros del salón, cinco ventanas de arcos semicirculares.

—Hemos estudiado cuidadosamente la posición de estas ventanas —señaló el arquitecto—, para que el fulgor cambiante del sol se refleje en el nimbo luminoso de la techumbre, formada por una serie de paños escalonados de distinta inclinación; de tal manera que, a los ojos del visitante, la claridad ofrezca perspectivas diferentes en el transcurso del día, y cuando la luz rasante del atardecer traspase las ventanas que se abren en su base, se logrará un efecto dorado que hará brillar las paredes del Salón del Trono.

—Mi señor —intervino Ibn al-Yayyab precisando las explicaciones del arquitecto —, esa serie de paños escalonados representarán la bóveda celeste. En el paño inferior, el de menor luminosidad, figurarán las estrellas del primer cielo o cielo del mundo, el más oscuro. Continuarán el segundo y tercer cielo; en el medio, el cuarto y quinto con una luminosidad más fuerte; les seguirán el sexto y séptimo, que recibirán

una luz intensa; y por último, resplandeciente, mostrando toda su perfección y magnificencia: el octavo cielo, donde se asienta el trono de Allah, el Omnipotente. La elección de los colores se ha hecho conforme a lo contenido en la azora 67 del noble Corán.

El sultán escuchaba atento las explicaciones del arquitecto y del visir. No pronunciaba palabra alguna, pero su rostro mostraba un gesto de admiración ante el genio creador de aquellos hombres.

El alarif tomó de nuevo la palabra:

—Señor, las embajadas, que acudan a las audiencias de Vuestra Majestad accederán al Salón del Trono a través de un patio que hemos diseñado en este dibujo —dijo el arquitecto extendiendo su dedo índice sobre el boceto—. El centro del patio lo ocupará una alberca orientada de norte a sur, rodeada de un jardín con arbustos y plantas bajas a los lados, que no impidan el reflejo de los siete arcos del pórtico sobre el agua del estanque.

—Si me permitís, Majestad —añadió Ibn al-Yayyab—, lo que pretendemos es conseguir una combinación equilibrada y armoniosa de agua, arquitectura y vegetación.

En torno a la alberca se plantarán frondosos arbustos aromáticos: arrayanes y madreselvas, también habrá naranjos, entre los cuales se distribuirán jaulas doradas con tórtolas, jilgueros y ruiseñores. Sobre el blanco mármol del pavimento destacarán el verde oscuro del arrayán con el más intenso de los naranjos, dando al agua del estanque un llamativo tono verdoso donde se reflejen los bajorrelieves de la fachada y las ricas yeserías policromadas que adornarán los esbeltos arcos del pórtico.

Los embajadores que os visiten quedarán impresionados ante la grandeza de vuestro reinado, sus miradas se dirigirán a la imponente torre militar que se alzará orgullosa frente a ellos, después sus ojos se posarán sobre el reflejo del agua, que les anunciará la belleza que encontrarán cuando traspasen las arcadas que dan paso al Salón del Trono.

—¡Un salón digno de un gran rey! —exclamé contagiado por el entusiasmo del visir.

Estas últimas palabras de Lisan al-Din quedaron flotando en el aire denso de la sórdida mazmorra y Jalid, que permanecía prendido de la narración del prisionero, exclamó:

—¡Por Allah Todopoderoso, ese palacio es el mismísimo paraíso!

Lisan al-Din desvió la mirada de su interlocutor y sus ojos recorrieron las inmundas paredes de la celda. Y con la vista perdida musitó:

—Lo malo es que ni el visir ni el sultán llegarían a ver concluida aquella fastuosa obra. ¡Que Allah se apiade de ellos!

—¿Quieres decir que murieron?

—Inmersos en la creación de tanta belleza y suntuosidad, nadie podía prever que una gran tragedia estaba a punto de abatirse sobre Granada. Pues sólo Allah ¡ensalzado sea! conoce el destino de los hombres.

El rostro de Jalid se ensombreció y sus ojos brillaron de curiosidad. Pero el prisionero se sentía cansado y prefirió continuar su relato la noche siguiente.

LOS pasos del carcelero rompieron la profunda quietud de la mazmorra. La luz de la antorcha alargaba su sombra convirtiéndola en un gigante. Sin poder contener su curiosidad, Jalid pidió al prisionero que continuara con la narración de la noche anterior.

Lisan al-Din cerró los ojos y, tras un instante, dijo:

Todo transcurría según lo previsto. Las obras de la Alhambra avanzaban a buen ritmo. Por todas partes se levantaban andamios que cubrían las fachadas de los nuevos edificios. Los muros de los torreones aparecían coronados por complicados polipastos de los que colgaban maromas manejadas por los alarifes que, sobre estructuras de enorme altura, se movían con gran agilidad y destreza.

El sultán, siguiendo el sabio consejo del visir, aprovechó el tiempo de armisticio con los cristianos para reforzar las defensas de Granada, que comprendían el cierre definitivo del muro de circunvalación de la Alcazaba. El complejo urbano de la Alhambra quedó cerrado por una grandiosa muralla jalonada de veintidós torres, que conferían al palacio un aspecto defensivo inexpugnable. Apoyado sobre los cimientos de la antigua torre del sultán Abu-l-Walid, sobresalía el inmenso torreón cuadrado, que albergaba el Salón del Trono, personificación del corazón del reino y símbolo del poder de sus emires. Las torres, carentes de ornamentación exterior, austeras e imponentes cual fortalezas militares, escondían en su interior mansiones decoradas con un lujo y una belleza de ensueño. El lienzo del muro sur, reforzado con macizos torreones, culminaba en una explanada donde se levantó la puerta más rica y monumental de cuantas, hasta entonces, daban acceso a la Alhambra. De todas las construcciones iniciadas por Yusuf, la puerta de la Sharia, también llamada de la Explanada, fue la primera en concluirse.

Un precioso día de primavera, el sultán, con el rostro ilusionado y rodeado de un séquito entusiasta, se dispuso a inaugurar la monumental puerta que, como punto de partida de una vía exterior, por deseo expreso de Yusuf, debía dar testimonio público de la grandiosidad y el poder de la monarquía.

Cuando retiraron de la fachada los andamios y pudimos contemplar la obra en toda su dimensión, no nos defraudó. Sin duda, colmaba plenamente los deseos del sultán. El torreón que daba cobijo a la puerta era impresionante. Reunía la solidez de una fortaleza castrense y la ornamentación de un palacio oriental. La entrada está formada por un gran arco de herradura de piedra franca, y un dintel adovelado. Tras

el gran arco aparecía otro más pequeño, que contiene la robusta puerta de madera de roble, quedando entre ambos un espacio de paso donde se sitúa el cuerpo de guardia que controla el acceso al palacio. Este espacio está guarnecido de azulejos de colores azul, verde y blanco, que forman figuras florales y geométricas. Sobre el gran arco de la entrada están esculpidas la mano talismánica y una inscripción haciendo referencia al sultán Abu-l-Hayyay Yusuf, constructor de la monumental puerta.

El sultán se mostró complacido, el visir entusiasmado, el arquitecto orgulloso y todos los demás alegres y contentos nos dispusimos a celebrar la inauguración de aquella magnífica obra, disfrutando del banquete con el que el sultán nos obsequió en su palacio.

Mientras nos solazábamos saboreando las exquisitas viandas, corrió entre los comensales una noticia propagada, días atrás, por unos mercaderes. Según éstos, la Peste Negra estaba asolando Oriente. Mas nadie estaba dispuesto a dejarse amargar aquellos momentos de felicidad por un rumor. Oriente quedaba lejos y no se tomó en consideración la noticia. Ya se sabe que los comerciantes suelen exagerar cuando cuentan los avatares de sus viajes, por lo que no se promulgó ley alguna en prevención de un mal que se extendía imparable sobre la faz de la tierra.

Los habitantes de Granada vivían alegres y confiados, ocupados en sus quehaceres cotidianos, disfrutando de un largo periodo de paz y sosiego como hacía tiempo no se conocía, cuando una mañana, llegó un jinete a la Alhambra procedente del sur con un mensaje aterrador: «¡La peste había llegado a Almería!».

El jinete, enviado por el gobernador de dicha ciudad, fue llevado ante el sultán. El mensajero informó de que en Almería ya se contaban por cientos los muertos. Un escalofrío sacudió a cuantos nos encontrábamos en la sala. Al parecer, un mozo de cuerda, que había descargado las mercancías de un barco procedente de Génova, fue el primero. Su piel se volvió oscura, unas horribles bubas aparecieron en su cuerpo y en apenas tres días murió. Tras él, enfermaron más y más hombres y mujeres. Cada día decenas de cadáveres eran sacados de sus casas entre los lamentos de sus familiares. La ciudad vivía estremecida por los desgarradores gritos de dolor que exhalaban los apestados.

El sultán, conmocionado, ordenó cerrar las 27 puertas de Granada. Los mulos y burros de los campesinos quedaron detenidos fuera de las murallas y los mercados estaban vacíos de frutas y verduras. Todas las vías de circulación permanecían cerradas impidiendo la entrada o la salida de viajeros, mercaderes o artesanos. La población se aglomeró ante las puertas, fuertemente vigiladas por soldados bereberes armados de largas lanzas. Eran muchos los que pedían explicaciones:

—¡Tengo que ir a una boda!

—Necesito ver a mi padre enfermo…

—¡Ordenes del sultán! —respondían los jefes de la guardia, con el aire distante y

trascendental que adoptan los agentes de la autoridad cuando tienen que aplicar una orden cuya razón ellos mismos ignoran.

Pronto, comenzaron a circular rumores por la ciudad. Se temía un ataque de los cristianos o una revuelta en la Alhambra, algunos aventuraban que el sultán había sido asesinado. Sin embargo, tanto en el palacio como en los arrabales de Granada reinaba la calma. Y pronto corrió de boca en boca el verdadero peligro que se cernía sobre la ciudad: un enemigo invisible y letal, cuyo nombre hacía temblar a quien lo mencionaba: la Peste Negra.

La muerte cabalgando sobre el viento, silenciosa y veloz, se había adelantado al mensajero y, cuando los granadinos quisieron impedir su entrada, cerrando las puertas de la ciudad, la pandemia ya se encontraba en su interior, expandiéndose por todos los barrios de la medina. El aliento venenoso de la peste se dispersó por todo el reino en forma de nube asesina, matando a jóvenes, ancianos y niños; diezmando ciudades y pueblos. Los cultivos se perdieron por falta de campesinos. Los caminos estaban desiertos. Las obras de la Alhambra quedaron interrumpidas; montones de ladrillos, yeso y arena posaban sobre el suelo a la espera de que los albañiles los aplicaran en las construcciones.

Los médicos no nos poníamos de acuerdo en el tratamiento de aquella enfermedad terrible.

La fiebre había que tratarla aplicando compresas frías, decían unos. Otros eran partidarios de ablandar, primero, las bubas con paños calientes. Muchos de mis colegas sostenían que la terapia más eficaz era sajar los tumores. Pero algunos se inclinaban por remedios tradicionales y eran partidarios de sangrar al enfermo para evitar que la buba reventase y propagase la enfermedad.

Me reuní con el médico de la Corte, Muhammad al-Sakurí. Al preguntarle cuáles serían, según su criterio, las causas específicas de la terrible enfermedad, me contestó que él estaba de acuerdo con el «Tratado de la Peste» de nuestro amigo común y médico almeriense Ibn Jatima, según el cual la alteración del aire y el clima influyen de manera efectiva en los cuatro humores. El aire, afirmaba Ibn Jatima, se altera al aumentar el calor y la humedad, provocando que se adquieran las altas temperaturas del verano en primavera, y tanto el otoño como el invierno resulten demasiado cálidos. Estos fenómenos dan lugar a plagas y la sangre de los animales y de los hombres se coagula hasta alcanzar la putrefacción. Sería como si un candil tuviese demasiado aceite y se apagara por asfixia. Por lo que en estos casos se recomendaba la sangría, a fin de evitar que la materia putrefacta forme bubones. Las incisiones se debían practicar en el sitio donde el enfermo sienta el dolor más agudo. Si es en la cabeza, debe sangrarse la vena cefálica; si fuera en el cuello, la vena basílica y si el dolor se produjera en el tronco, se sangraría la vena nigra. La sangre debe brotar hasta que fluya clara. Si en la extracción se observa un líquido verde o gris, hay pocas

posibilidades de cura.

Al-Sakurí me aseguró que, siguiendo estas instrucciones, había conseguido que a algunos apestados les bajase la fiebre y dieran síntomas de mejoría. Yo, sin embargo, sostenía que la causa principal de esta enfermedad era la falta de higiene, puesto que la enfermedad se desarrollaba con más virulencia en los barrios más humildes, allí donde las clases sociales más pobres vivían rodeadas de estiércoles y aguas fecales.

Había muchas dudas sobre transmisión de la epidemia. La creencia general era que se contagiaba a través del aire. La gente se cubría rostro, boca, nariz y oídos para evitar que, por esos orificios, penetrase el mal. Los granadinos se encerraron en sus casas y quemaban plantas olorosas a fin de combatir la atmósfera contaminada de sus hogares. El terror y el abatimiento dominaban a la población; nadie se sentía seguro; los que se mantenían sanos se preguntaban cuándo llegaría su turno. Sólo en una cosa estábamos todos los médicos de acuerdo: había que evitar el contacto con los apestados, y era necesario practicar la máxima higiene. Los pregoneros difundieron estas medidas entre el pueblo. Se recomendaba aislar a los enfermos y quemar las ropas y enseres de los fallecidos. Y se recalcaba la importancia de la higiene diaria. Pero esto último provocó, que los baños públicos se saturasen de gente que se miraba desconfiada, examinando con recelo los cuerpos de sus vecinos y bastaba con descubrir un lunar o alguna mancha sobre la piel del que se bañaba al lado, para declararle apestado, y al grito de «¡La Peste!», todos los bañistas huían despavoridos. Era tal la confusión y el tumulto que se aconsejó no acudir a los baños públicos ni a las mezquitas. A pesar de todas estas medidas, la epidemia seguía transmitiéndose entre familiares, vecinos y amigos; sin respetar edad ni clase social; hombres, mujeres, ancianos y niños; nobles y plebeyos.

Todos sucumbían víctimas de la Peste Negra. El hijo no se atrevía a visitar a su padre.

Nos acostábamos con la angustia de no saber si, esa noche, la muerte llamaría a nuestra puerta. Al despertar, nos palpábamos el cuello y las axilas con las manos temblorosas.

Los médicos nos veíamos desbordados por el número enorme de afectados y asistíamos impotentes al horrible final de los enfermos. Los cadáveres se enterraban en fosas comunes, pero cada día había más muertos que se amontonaban en los cementerios, y el viento se impregnó del olor atroz de los cadáveres en descomposición. El hedor era espantoso. Granada fue invadida por una plaga de moscas y gusanos. Bandas de grajos carroñeros nublaron el cielo. Por las solitarias calles de la medina, pululaban los santones cubiertos de andrajos. Cuando la desgracia recorre el mundo, surge un ejército de iluminados que siguen sus huellas, proclamando el fin de los tiempos. La visión de tantos cuerpos insepultos semejaba el día del juicio Final. Hubo que quemarlos en grandes piras, para evitar que fuesen

devorados por los buitres.

El sultán me llamó a su presencia. Yusuf me recibió en su camarilla privada. El monarca estaba aterrorizado. Ese día le informaron de que el visir había enfermado. Me pedía consejo para evitar el contagio.

Después de mostrarle mi pesar por la triste noticia de la enfermedad de mi maestro y gran amigo Ibn al-Yayyab le dije:

—Majestad, por la experiencia en el trato con esta epidemia, he podido constatar que aquellos individuos o comunidades que se encuentran aislados de los grandes núcleos de población, permanecen libres de contagio. Mientras que la peste se extiende de forma rápida entre las gentes que viven hacinadas en los barrios más humildes, donde el contacto entre unos y otros es muy estrecho. Por tanto, es aconsejable mantener el recinto de la Alhambra aislado; para ello, se deben vigilar todos los accesos al palacio, impidiendo la llegada de viajeros o la entrada a extraños que hayan podido tener contacto, por mínimo que sea, con desconocidos o con personas ajenas al servicio de su Majestad.

Todos los funcionarios del palacio, sirvientes o esclavos y, especialmente, aquellos que se ocupan en la elaboración y preparación de los alimentos deberán ser examinados por los médicos. Y solamente aquellos que estén fuera de cualquier duda o sospecha de enfermedad podrán permanecer en palacio.

El sultán llamó a un secretario para que hiciera cumplir las medidas que yo le había recomendado, y después me preguntó cuáles eran los primeros indicios o síntomas de la peste.

—Veréis Majestad, esta enfermedad, además de terrible, es traicionera. Su incubación es silenciosa, durante un cierto periodo se manifiesta con decaimiento general, escalofríos, fiebre y sed. Escondida en estos síntomas propios de cualquier enfermedad, no siempre se presenta bajo un cuadro clínico idéntico. He podido identificar hasta tres formas diferentes, aunque la más frecuente es la conocida como bubónica. Llamada así por la aparición del bubón en las ingles, las axilas o el cuello. Estos abultamientos producen, fuertes dolores y llegan a alcanzar el tamaño de un huevo de gallina. Otras veces, la infección ataca a los pulmones, en esta variante, el enfermo inhala el virus y todo el aparato respiratorio se ve afectado, produciendo ahogos, angustia y esputos sanguinolentos. Y la tercera y más mortal es cuando la infección contamina la sangre y la piel se cubre de manchas oscuras y de úlceras acompañadas de hemorragias que llevan al enfermo a una muerte segura. Los desdichados que se ven afectados por este mal horrendo, lo comparan a las penas del infierno.

Al ver la mueca de terror que mis palabras producían en el rostro del sultán, pensé que no debía continuar con la descripción de las terribles secuelas de la peste y le pedí permiso para retirarme, ya que tenía la intención de visitar cuanto antes al visir,

Ibn al-Yayyab.

El sultán me despidió, requiriéndome que le mantuviese informado del estado de su primer ministro.

En la casa del visir reinaba la tristeza y el pavor que infundía la epidemia. La familia me informó de que el enfermo se negaba a comer, se quejaba de fuertes dolores en la parte superior del abdomen y que, a pesar de no ingerir alimentos, sufría vómitos y diarrea. Les pregunté por el color de las heces y me afirmaron que éstas tenían un tono claro, al contrario de la orina, cuya coloración era terrosa.

Ibn al-Yayyab se encontraba en un estado severo de fragilidad; emitía débiles gemidos, el rostro demacrado y hundido, los ojos cerrados y las manos apretadas sobre el vientre. Pero pronto me percaté de que el visir no estaba contagiado por la peste. En su cuerpo no aparecía mancha ni bubón alguno, sin embargo la hidropesía y el abultamiento del vientre, así como el color amarillento de la piel, me hicieron sospechar que el mal podía provenir del hígado. Para asegurarme, le abrí los párpados y la coloración amarilla de la conjuntiva ocular despejó todas mis dudas.

Tranquilicé a los familiares asegurándoles que la enfermedad del visir no era contagiosa, aunque dada su avanzada edad y el grado de máxima gravedad de la dolencia, no había muchas esperanzas de curación. Les aconsejé que hicieran beber al enfermo agua con miel en pequeños tragos y que le administrasen cataplasmas húmedas y muy calientes sobre el abdomen, con el fin aliviar el dolor del lado derecho del vientre. Para expulsar la bilis y limpiar el hígado, compuse un preparado con granos de bálsamo de Judea, hinojo y apio, y lo mezclé con semillas de anís y cardamomo. Esperando fuese beneficioso para el paciente, si Allah ¡loado sea! así lo quisiere.

Al llegar el invierno, Ibn al-Yayyab empeoró y poco después le sobrevino la muerte. ¡Allah haya tenido misericordia de él!

Me encargué personalmente de que recibiera los honores que merecía y, aunque con esfuerzo, por el terror que reinaba entre la población, conseguí que su funeral resultara una gran manifestación de duelo, al que asistió la nobleza en pleno. Ante su tumba, leí un extenso poema fúnebre cargado de sentimiento y dolor.

Tras el entierro de mi maestro, el sultán me convocó a su presencia y me ciñó con el cargo de visir, adjuntándome el desempeño de la jefatura del Gobierno. Además, sabedor de mis conocimientos en economía, el monarca me encomendó la supervisión de la Casa de la Moneda y la autorización para designar a los agentes fiscales y recaudadores de impuestos.

Yusuf aligeró la carga de todas estas responsabilidades doblándome el sueldo y concediéndome propiedades en el campo, así como una lujosa mansión en la calle de los Altos Funcionarios en el corazón de la medina.

Después de dos años de sufrimiento y horror, la pandemia comenzó a remitir.

Cada vez eran menos los casos de nuevos infectados y aumentaba el número de enfermos que lograban sanar, aunque la mortandad ya había alcanzado a una tercera parte de la población de Granada. La gente se fue incorporando a sus tareas y obligaciones. Se reanudaron las labores de reconstrucción de la Alhambra y en primavera se finalizó la edificación de la Madrasa. La gran obra inspirada por Ibn al-Yayyab. El centro de estudios donde mi maestro soñaba con impartir sus enseñanzas y que, desdichadamente, no logró ver su sueño hecho realidad. Allah así lo quiso.

Poco a poco el país recuperó el ánimo y sus habitantes comenzaron a recobrar la confianza y la ilusión perdidas.

Pero entonces ocurrió que el temible tirano Alfonso XI, rey de Castilla, después de su victoria en la batalla del río Salado, puso cerco a Gibraltar, plaza estratégica del Estrecho.

Yusuf, al frente de una tropa desmoralizada y muy mermada, acudió en socorro de esta importante plaza. Y cuando todo parecía dispuesto para librar una batalla que se antojaba poco propicia para los granadinos, un acontecimiento inesperado evitó el enfrentamiento.

Allah ¡ensalzado sea! asistió con su poderoso auxilio a los musulmanes y la peste atacó a los cristianos y su rey enfermó, pereciendo ante las murallas de la ciudad asediada, lo que provocó que los castellanos levantaran el cerco y se retiraran de nuestras tierras.

Yusuf ordenó a su tropa no atacar al ejército cristiano cuando se batía en retirada, llevando en cortejo fúnebre a su rey. Cortesía que supo apreciar en todo su valor el hijo del monarca cristiano, Pedro, que, al subir al trono de Castilla, firmó la paz con Granada.

El pueblo respiró aliviado bajo el ala protectora de Yusuf y su buena estrella.

Por aquel entonces, nada hacía sospechar el trágico episodio que el destino le tenía reservado.

Lisan al-Din se dio cuenta de que amanecía. El alba llegaba vestida de oro con su cortejo de frío e insomnio y el prisionero andalusí interrumpió su relato.

9

EL ALIENTO gélido de la noche se colaba por el tragaluz, cristalizando las gotas que rezumaba el techo de la mazmorra. Lisan al-Din buscó cobijo en un rincón de la celda encogiendo su cuerpo en un ovillo. Los chillidos de las ratas se oían en la penumbra. La antorcha lanzaba resplandores inestables sobre el pavimento.

Jalid encontró al prisionero sentado junto a los barrotes, con las piernas encogidas y las manos aferradas a las rodillas, con el rostro escondido en busca del escaso calor que desprendía su cuerpo.

—*¡Salam aleikum!*

El hombre que iba a morir le miró apesadumbrado.

—Contigo sea la paz. La humedad de este lugar siniestro me va a matar. Siento calambres en las piernas —se lamentó Lisan al-Din.

—Me gustaría poder ayudarte, pero no nos está permitido aprovisionar a los prisioneros de ropa o comida —dijo Jalid con pena.

La figura del andalusí ejercía una atracción magnética sobre el carcelero.

—No te preocupes, amigo Jalid, ya has hecho suficiente por mí. Cuando escuchas cada noche mis historias, alivias el peso de mi condena, consiguiendo que mi espíritu se libere y mis recuerdos vuelen como palomas mensajeras.

—Si es así, no esperes más y reanuda tu relato de ayer, con el que quedé intrigado por conocer el desenlace de la tragedia que se cernía sobre el sultán Yusuf.

—Así es, Jalid, fue una enorme tragedia. El reinado de Yusuf se hallaba en la plenitud de su estabilidad política y prosperidad económica.

Después de aquellos horribles años de la Peste Negra, el sultán se fió de mí y puso la administración del Estado en mis manos. Me concedió plenos poderes para intervenir en toda clase de cuestiones, tanto públicas como privadas.

Todo el reino disfrutaba de una absoluta tranquilidad. Teníamos en vigor un tratado de paz con los reinos cristianos y habíamos puesto freno a las intromisiones de los sultanes del Magreb en los asuntos de Al-Ándalus.

En el trono de Granada se sentaba un sultán generoso, inteligente y equilibrado; un gobernante sagaz y amante de la cultura, que practicaba una especial afición por la poesía y no era un mal poeta, poseía habilidad y dominaba la técnica para improvisar versos. Fomentó la cultura de su pueblo, creando numerosas escuelas en las que invirtió el dinero suficiente para remunerar a los maestros. Promulgó su famoso Código de Buena Conducta. Un compendio de reglamentos y leyes del buen

comportamiento, propios de su carácter disciplinado y piadoso. Dos de ellos rezan así:

> *«Para conservar la reverencia de los templos, se prohíbe la reunión de personas de diferente sexo en las mezquitas.*
>
> *»Antes de que comience la oración, los ancianos ocuparán la parte delantera del templo, los de mediana edad y los jóvenes lo harán detrás, y en último lugar las mujeres. Así evitaremos que las miradas de los hombres, se desvíen en pensamientos adúlteros.*
>
> *»Una vez finalizada la plegaria, los primeros y los segundos permanecerán en sus lugares hasta que hayan salido todas las mujeres. Todas ellas deberán ir cubiertas con sus velos y guardando la debida compostura.*
>
> *»También se exigirá el máximo respeto en las celebraciones de las fiestas del Sacrificio o la Ruptura del Ayuno; donde se suelen producir alborotos y escándalos que degeneran en locuras mundanas, en las que cuadrillas de hombres y mujeres circulan por las calles arrojándose agua de rosas, persiguiéndose y lanzándose naranjas o ramos de flores, mientras grupos de bailarinas y juglares turban el silencio y el reposo de la gente piadosa con zambras de laúdes y dulzainas, canciones y gritos».*

El sultán siempre tuvo las puertas abiertas a los hombres de ciencia. Cultivó su amistad con los artistas y fue protector de literatos y poetas, premiando a los que destacaban en su labor con regalos, que les entregaba personalmente en las recepciones oficiales.

Yusuf amaba las Bellas Artes y lo acreditó en los impresionantes monumentos arquitectónicos que mandó construir. Embelleció su palacio, la Alhambra, con jardines y estancias de ensueño. Y su gran interés por la ciencia lo culminó en la construcción de la Madrasa [Universidad], a la que dotó de cuantiosos recursos económicos para atender a todas las necesidades que requería el funcionamiento de un centro de estudios tan trascendental que llegó a ser el faro que atrajo a los sabios y maestros más prestigiosos de Oriente.

Una fundación docente de tal importancia debía disponer de una copiosa biblioteca. Y Yusuf dedicó tiempo y dinero en la adquisición de libros, algunos traídos de las mejores escuelas coránicas de Bagdad, El Cairo o Alejandría. El sultán disponía de emisarios que buscaban y compraban manuscritos raros: papiros egipcios, rollos latinos, textos sánscritos, tratados siriacos, persas o griegos.

Contrató a los mejores copistas, calígrafos y traductores, que trabajaban en silencio en aquel santuario donde sobrevivían la poesía, la astronomía, la geometría,

aritmética, la medicina y la lógica.

Prestigiosos maestros impartían sus clases en aulas bellamente decoradas. Y cuando el clima lo permitía, lo hacían en el patio de la Madrasa. Sentados sobre el brocal de la fuente, a la sombra de los naranjos, esparcían su sabiduría sobre unos alumnos con un gran apetito de conocimientos: «Debéis profundizar en el estudio, aunque os cueste, como el hacha lo hace en el tronco».

Todos los nobles e intelectuales de Granada donaron originales y copias de manuscritos antiguos, con el fin de incrementar los fondos bibliográficos. De esta manera, se llegó a formar una gran biblioteca que contaba con códices de antologías poéticas, tratados de historia, derecho, medicina, agricultura, astronomía y astrología; también obras de pensamiento místico; compendios de colecciones sobre el arte de la cetrería o la caballería y documentos de estudios jurídicos. Por mi parte, contribuí entregando, entre otros manuscritos, los doce tomos que componen mi obra: «al-Ihata fi tari Garnata».

Jalid, no exagero si te digo que esa Madrasa es única en el mundo por la belleza del edificio que la alberga y el alto nivel intelectual de sus maestros. Entre el grupo de sabios que componen el claustro de profesores, destaca el integrado por los más eminentes juristas granadinos al frente del cual estaba el insigne jeque Abu Said Faray ibn Lubb, que se esforzó por conservar la tradición de la prestigiosa escuela califal de Córdoba.

A Granada venían, en peregrinación, sabios de Oriente a conocer la magnífica Universidad de la que tanto oían hablar.

La Madrasa de Granada cuenta con una brillante generación de intelectuales andalusíes y magrebíes.

En la época en la que yo me dedicaba a la docencia, los maestros se dividían en dos grupos: los retóricos y los místicos. Mi amigo Ibn Marzuq pertenecía a estos últimos; caído en desgracia en Fez, le dimos asilo en Granada y, durante su estancia entre nosotros, impartió clases de sufismo.

Cierto día, Ibn Marzuq me habló de un joven alumno que se distinguía por sus fuertes convicciones sufíes y su precoz talento para las composiciones poéticas. Tantos fueron los elogios de mi amigo sobre aquel aventajado discípulo, que despertaron mi interés y moví los hilos necesarios para que el joven entrase a formar parte de mi alumnado. Antes, hice algunas averiguaciones a cerca de la identidad del prometedor estudiante, ya que desconocía la *nisba* indicativa de su origen, y el nombre con el que estaba inscrito en la Madrasa: Abu Abd Allah Muhammad ibn Zamrak, no revelaba que perteneciera a la Jassa [aristocracia andalusí]. Me sorprendió saber, que aquel joven sobresaliente era hijo de un humilde herrero, que vivía en un arrabal del Albaycín. En su familia no había precedentes de formación académica. Según mis informes, los Banu Zamrak eran tratantes de asnos y procedían

de la ciudad de Valencia, en la costa oriental de Al-Ándalus y que, cuando estos territorios fueron conquistados por los infieles, se instalaron en Granada.

Pronto descubrí que Ibn Zamrak era el alumno más brillante de cuantos había conocido. Sus cualidades para la poesía destacaban muy por encima de los demás. Su métrica era perfecta y cumplía las reglas gramaticales a rajatabla. Ya entonces, se adivinaba que aquel muchacho llegaría lejos. Tras su aparente timidez se escondía una inmensa ambición. No se conformaría con ser un buen poeta, su objetivo apuntaba mucho más alto. Aquel joven impregnado de espiritualidad, que componía elogios poéticos sobre el sufismo, se ganó mi confianza y me propuse ser su valedor, introduciéndole en el restringido círculo de intelectuales de Granada. Entonces no podía sospechar que, algún día, su avidez por el poder le convertiría en mi peor enemigo.

Ibn Marzuq, que sentía verdadera estima por aquel joven poeta, le inició en las actividades científicas y literarias necesarias para que ejerciera futuras funciones políticas. Cuando consideró que estaba preparado, le presentó al príncipe meriní Abu Salim que, como el propio Ibn Marzuq, se encontraba refugiado en la Corte granadina.

A pesar de su juventud y escasa experiencia, Ibn Zamrak comenzó a desempeñar importantes funciones en la Secretaría del príncipe exiliado y, en poco tiempo, se convirtió en uno de sus secretarios. La carrera del hijo del humilde herrero del Albaycín hacia la cúspide del poder era ya imparable.

Cuando el príncipe Abu Salim regresó al Magreb para tomar posesión del trono de Fez, y prescindió de Ibn Zamrak, me ocupé de que mi discípulo entrara a formar parte del grupo de oficiales de la administración del Estado, donde se fue consolidando como alto funcionario y, sobre todo, como poeta de la Corte.

Ibn Zamrak, agradecido, me dedicaba encendidos elogios versificados: «Padre y origen de mis conocimientos, autor y renovador de mis beneficios, enderezador de mis imperfecciones, agua de mis esperanzas…». Pero a un hombre se le conoce por los ojos y no por sus palabras. Y en la mirada de Ibn Zamraq había algo turbio.

Nuestra relación, entonces, era inmejorable. Él me pedía consejo y yo le ayudaba en todo aquello que él desconocía respecto a las complicadas tareas de la Chancillería. Ibn Zamraq me debe cuanto es. Yo firmé el acta para su ascenso a un alto cargo en la Corte. ¿Cómo podía sospechar que mi alumno preferido, al que traté como a un hijo, iba a contribuir en la causa de mi desdicha? Abu Abd Allah Muhammad ibn Zamraq ha usado la insidia y ha buscado con ahínco mi perdición con murmuraciones y falsedades, vertidas a mis espaldas. Mi corazón alberga un odio mortal hacia ese traidor, vil entre los viles, que me persigue con saña y ha sabido, con rara habilidad, poner en mi contra al sultán de Granada. Aunque quisiera, no puedo quitarme de la cabeza la miserable figura de Ibn Zamraq, que una vez que abandoné

Granada y le dejé el campo libre para que ocupara el puesto que tanto ambicionaba, él, acrecentando su odio hacia mi persona, me persigue en el exilio, como si su determinación por lograr mi perdición no le dejara descansar un solo día. Intuyo que la noticia de mi detención en Fez la habrá celebrado como un gran triunfo.

No menos ingrato es el comportamiento del juez al-Nubahí, nacido en la preciosa ciudad de Málaga. Somos de la misma edad y teníamos una relación estrecha y amistosa. Desde mi alto puesto en la Corte, como visir, redacté los decretos por los que se le nombraba Juez Supremo de Granada y Predicador de la Mezquita Mayor. Nunca regateé elogios hacia él, y mi amistad era sincera; pero al-Nubahí me paga declarándome hereje y traidor.

Este comportamiento, estimado Jalid, encaja en un proverbio andalusí que reza: «Cuídate del mal que te pueda causar al que has colmado de beneficios».

En fin, amigo mío, como verás, mis peores enemigos los tenía en mi entorno más próximo, gente a la que ayudé, cuya amistad cultivé, a los que abrí las puertas de mi hogar y con la que compartía mesa y mantel. Aquellos que tenía por leales y sinceros fueron cegados por la codicia y me han traicionado. Estos recuerdos me devoran el sueño.

Pero volvamos al reinado de Yusuf, un sultán grande, amado por su pueblo, al que cuando se encontraba en la plenitud de su reinado y en el esplendor de su grandeza y gloria, de manera inesperada, el destino le jugó una mala pasada.

Tenemos que remontarnos 20 años atrás.

Aquel día, primero del mes de Shawwal del año 755 de la Hégira [19 de octubre de 1354], tendría que haber sido una jornada alegre y festiva. Se celebraba el *yawm ayd alfitr* [fiesta de la ruptura del ayuno].

Vestidos con nuestras resplandecientes túnicas blancas, nos dirigimos a la mezquita. Aquella mañana de otoño hacía frío y el pavimento del patio de las abluciones aparecía cubierto por una ligera capa de agua. Las nubes habían tejido un vestido recamado con gotas de lluvia sobre los árboles, y de las hojas de los naranjos se desprendían lágrimas de plata. El rumor de la fuente atrajo mi mirada hacia la alberca, donde se recortaban las siluetas de algunos fieles practicando el precepto de la purificación.

Todos nos sentíamos felices. Satisfechos de haber superado las duras pruebas del ayuno. Allah, el Misericordioso, una vez más, nos dio fuerzas. Terminaba el mes santo del Ramadán y la alegría iluminaba los rostros.

Al penetrar en el templo, nos recibió el agradable calor de los braseros, de los que emanaba un sutil aroma de ámbar. Crucé el bosque de columnas para situarme delante del mihrab. Bajo los arcos taraceados con incrustaciones de madera de sándalo y atauriques dorados, destellaban los mosaicos de colores vidriados.

Los fieles fueron poblando la nave central de la mezquita. En poco tiempo, el

templo quedó abarrotado. En primera fila, se hallaban los hijos y familiares más próximos del sultán:

El primogénito, Muhammad, un apuesto joven de 16 años. A su lado, pero separado por el hueco que el protocolo reservaba al emir, el orondo príncipe Ismail, nueve meses menor. Hermanos de diferente madre. Ambos se detestaban, y los dos aspiraban al trono; el recelo y la aversión que, desde hacía tiempo, se profesaban, había fraguado un odio mortal entre ellos.

Ismail se había criado entre algodones y su infancia y pubertad habían transcurrido entre el lujo y la molicie del harén. Era de bello rostro, pero obeso y blando a causa de la falta de ejercicio físico. Su convivencia entre mujeres y abismado a los placeres, le convirtió en un muchacho caprichoso, débil de carácter, falto de energía y muy influenciado por su intrigante madre. Como de costumbre, aquel día el príncipe Ismail lucía su larga cabellera negra recogida en una coleta trenzada con hilos de seda. Sus ojos, encendidos de pasión, no se despega han del rostro de su cuñado y primo Abu Abd Allah que, junto a él, se destacaba por su extravagante fisonomía, realzada por su llamativa barba roja que, como una llamarada, adornaba su estrafalaria figura.

Vulgar, inculto y descarado, Abu Abd Allah, «el Bermejo», era consciente del poder de seducción que ejercía sobre el afeminado príncipe. El frenesí amoroso de Ismail no le dejaba ver que, tras los modales estudiados de su primo, había un alma viciada por la perfidia, la hipocresía y la ambición.

Todo estaba a punto para comenzar la ceremonia, pero el sultán no aparecía. Recorrí con la mirada el mar de fieles que, en completo recogimiento, llenaban el recinto sagrado esperando el inicio de la plegaria.

Observé cómo un hombre, cubierto con una chilaba, se abría paso entre la multitud y se aposentaba en la segunda fila. Al reparar en mí, vi sus ojos claros que brillaban en un rostro horrendo ensombrecido por la capucha. El hombre inclinó la cabeza y plegó su mano derecha sobre el pecho. En ese momento, hizo su entrada en el templo el sultán, en el que se concentraron todas las miradas.

Yusuf se colocó frente al mihrab y comenzó la oración.

Todo transcurría según la liturgia tradicional y, de repente, me asaltó una sensación extraña de inquietud. Presentí que algo no iba bien. El rezo estaba a punto de terminar y me incliné para realizar la última postración. Entonces, me di cuenta de que había visto aquellos ojos anteriormente. Se oyó un grito aterrador, me alcé en el acto y vi, lleno de espanto, el cuerpo del sultán tendido sobre el suelo, cubierto de sangre. Los hijos del sultán gritaban horrorizados y la guardia palatina forcejeaba con el hombre de la chilaba, que empuñaba una daga ensangrentada profiriendo palabras ininteligibles.

Cuando conseguí llegar hasta el cuerpo del sultán, supe que la herida era mortal.

Yusuf permanecía inerte con los ojos entreabiertos, y su boca desencajada buscaba aire con desesperación. La cuchillada en el costado izquierdo era profunda y la trayectoria apuntaba directa al corazón. Improvisé una cura taponando la herida e intenté tranquilizar al herido, susurrándole palabras de aliento. Pero no reaccionaba, y su rostro lívido se transformó en una máscara de cera. Ordené a unos jóvenes cortesanos que recogieran el cuerpo sangrante del sultán y lo trasladaran a sus aposentos. Elevando al agonizante emir por encima de nuestras cabezas, se abrieron paso entre la abigarrada muchedumbre, y poco después de que lo depositaran sobre el lecho, el monarca falleció. Apenas contaba 36 años. ¡Que Allah, loado sea, lo cubra con su misericordia, lo tenga entre los que están junto a Él en el paraíso y recompense sus loables empresas y nobles hazañas en nombre del Islam y de los musulmanes!

Al ser interrogado el asesino, éste sólo profería palabras ininteligibles y la guardia lo entregó a una multitud encolerizada, que se lanzó sobre él. El criminal fue despedazado y, luego, su cadáver lo echaron al fuego.

Aquella noche, Granada entera lloró a su emir. Desde mi casa se oía el retumbar de los tambores. Se apagaron las antorchas y la ciudad quedó sumida en una oscuridad lúgubre. Los gritos de las plañideras encogían el corazón y la Alhambra veló sus murallas con crespones negros.

Nadie conocía al autor del magnicidio. Al parecer, el asesino sabía cómo sortear los controles y los laberínticos pasadizos de la Alhambra. Se había introducido en el palacio mezclándose entre los sirvientes, aprovechándose de que, durante la fiesta de la Ruptura del Ayuno, la vigilancia era más laxa. Su comportamiento incoherente y suicida, así como los gritos que profería en una lengua incomprensible, hicieron pensar que se trataba de un loco. Sólo un demente podía asesinar a un sultán, tan apreciado y amado por su pueblo. Pero ¿y si se trataba de una venganza?

Las lenguas se desataron y las sospechas se centraron en los posibles enemigos del sultán. Algunos vieron en aquella tragedia la mano vengativa de la poderosa familia de los Abi-l-Ullá, encarcelados y más tarde desterrados por orden de Yusuf. Los que sostenían esta suposición argumentaban que el asesino hablaba una lengua desconocida, que alguien identificó como un dialecto beréber del Magreb al-Aqsá, feudo de los Abi-l-Ullá. Pero esto, sólo Allah, ensalzado sea, lo sabe.

Yusuf, que Allah lo acoja en la mansión eterna del Edén, fue enterrado con todo el honor y la pompa propios de un gran monarca, en el cementerio de la Alhambra, junto a su padre. Sobre la tumba se grabó en letras de oro un panegírico que yo había compuesto para tal ocasión. Comenzaba así:

«Este es el sepulcro del sultán mártir, el de estirpe y raza honradas, el que alcanzó la perfección en sus cualidades externas e internas, de conducta intachable; imán excelso y lucero brillantísimo, espada de la religión,

bandera de reyes ilustres, defensor de los territorios del Islam…».

Ha transcurrido tanto tiempo, amigo Jalid, que no recuerdo todo el texto de mi composición, pero creo que terminaba así:

«… Tú no eres un sepulcro, sino un jardín lozano con arrayanes de perfumado aroma.

»¡Qué gran califa de sólida gloria y esplendor entre los Banu Nasr, ha hecho un alto en su viaje! Murió mártir, mientras se prosternaba orando piadosamente, con la lengua húmeda aún en la mención de Allah. Madrugó para la fiesta de al-Fitr, cuando la sentencia estaba ya dictada, y desayunó la copa del martirio. Siendo él grande en dignidad y rango, le dieron como asesino a un miserable de cuerpo, alma y condición social, un perro rabioso. Por medio de un villano le vino la muerte, y un desconocido de la gente cumplió el funesto suceso. ¡Oh cuántos grandes hombres sufrieron los golpes de hombres oscuros! Así, Alí [yerno de Mahoma] por Ibn Mulyam fue muerto y Walid, el esclavo, mató a Hamsa el Glorioso [tío del Profeta].

»Loor a Aquél que es el único en la permanencia pura y que decretó la muerte para los habitantes de la tierra, a los que reunirá después en el día del Juicio Final. No hay Dios sino Él».

Un halo de luz vistió con brumas transparentes los desnudos muros de la mazmorra. El viento gemía a través del tragaluz y Lisan al-Din dio por terminado el relato de aquella noche.

10

LISAN al-Din escribía consumiendo la tenue claridad del atardecer, que se iba extinguiendo por el orificio del tragaluz, cuando Jalid se plantó ante los barrotes de la celda. El débil fulgor de la antorcha que ardía perenne en el pasillo proyectó la sombra del carcelero sobre el sucio pavimento de la mazmorra, alertando al cautivo de su presencia.

—¿A qué se debe que hayas venido tan pronto? —preguntó Lisan al-Din ante la inesperada llegada de su carcelero.

—Te traigo un mensaje del predicador, Abd-l-Salam.

Lisan al-Din dobló el folio sobre el que estaba escribiendo y se acercó a Jalid hasta susurrarle cerca del oído:

—Y bien, ¿de qué se trata?

—Tu hijo Alí parte dentro de dos días a Tremecén y te pide que me entregues, cuanto antes, la carta para el sultán Abu Hammú Musa.

—Precisamente la he terminado en este instante. En esta carta tengo puestas mis esperanzas para lograr la libertad. El sultán Abu Hammú me distinguió con su amistad; estoy seguro de que ignora mi situación, y espero que abogue por mi perdón ante el sultán de Granada. Es de suma importancia que la pongas a buen recaudo —dijo Lisan al-Din, deslizando las manos entre las rejas y entregando al carcelero el manuscrito.

Jalid observó el dorso de las delgadas y pálidas manos del prisionero. Las manos de un noble, en las que las arterias serpenteaban como culebras azules.

—Mañana sin falta se la entregaré a Abd-l-Salam —prometió Jalid mientras guardaba la misiva en la bolsa de cuero que colgaba de su cinturón.

—Si algún día salgo de aquí, serás recompensado, y te aseguro que sabré ser generoso —anunció Lisan al-Din.

El carcelero asintió con la cabeza en un gesto que quería ser de agradecimiento, pero escondió la mirada para no delatar el escepticismo que reflejaban sus ojos; pues en su corazón albergaba el presentimiento del trágico destino de aquel hombre. Incapaz de mirar de frente al prisionero, Jalid comentó:

—Si tu generosidad consigue aliviar mis penurias económicas, te estaré eternamente agradecido, pero quiero que sepas que esto lo hago porque te he tomado afecto y en agradecimiento de que sanaste a mi hijo. También por el regalo que me haces cada noche, narrándome historias. Hoy, me gustaría que me contases cómo se resolvió el litigio entre los príncipes que se disputaban el trono, tras el asesinato de su padre.

A las palabras de Jalid, el prisionero mostró un gesto de agrado y, acto seguido, se dispuso a complacer al leal carcelero.

—Un litigio tan viciado de ambición y odio, estimado Jalid, sólo se podía resolver de forma cruenta. La dinastía Nasrí está marcada por la tragedia, y el color rojo de sus banderas hace presagiar su sangriento destino.

El sultán Yusuf tenía dos esposas, ambas de origen cristiano, Butayna y Maryam. Con Butayna tuvo un hijo y una hija, Muhammad y Ayxa. Y con Maryam, su favorita, tuvo dos varones, Ismail y Qays, y varias hijas, una de las cuales se desposó con un noble de sangre real, Abu Abd Allah Muhammad, conocido como «El Bermejo» por el color de sus cabellos, hijo de un primo hermano del asesinado sultán. Fíjate bien en este personaje, porque será clave en los turbulentos sucesos que, más tarde, sucedieron.

A la muerte de Yusuf, no había duda alguna sobre quién era el legítimo heredero al trono. Y el príncipe Muhammad, el mismo día del asesinato de su padre, fue proclamado y reconocido como Sultán de Granada por jueces, ulemas y gran parte de la alta nobleza.

Pero no todos lo acataron. Sobre aquella legítima proclamación se extendió una sombra de descontento y falsedad, alimentada por la ambiciosa Maryam, madre de Ismail, y propagada por algunos nobles que utilizaban al influenciable y débil Ismail en su propio provecho. A la cabeza de estos nobles estaba un personaje sin escrúpulos, de cabello cobrizo y rostro avieso que, moviéndose en la sombra, sembró el germen de una revuelta.

La gran pasión política de Yusuf fue la diplomacia y su empeño en conseguir la paz y la estabilidad de su reino; firmando acuerdos y pactando con habilidad las treguas necesarias con los territorios vecinos; buscando el bienestar de su pueblo y el engrandecimiento del emirato. Pero su gran pasión humana fue una mujer tan bella como codiciosa: su segunda esposa Maryam. Los hijos habidos con ella fueron dotados de títulos honoríficos y toda clase de prebendas, concesiones de tierras y rentas; mas para la bella Maryam no era suficiente, y la intrigante favorita no paró hasta conseguir del enamorado sultán que el hijo mayor de ambos, Ismail, fuera designado heredero al trono en detrimento del primogénito Muhammad, hijo de Butayna, la primera esposa.

Cuando el nombramiento de Ismail se dio a conocer en la Chancillería, cundió la alarma entre los altos funcionarios de la Corte. En asamblea de urgencia, nos reunimos todos los miembros del Consejo del Reino para buscar la manera de hacer cambiar al sultán una decisión que todos apreciábamos era errónea. Por unanimidad, se me encargó llevar a cabo aquella delicada misión. Tenía que hacer ver al sultán el error que suponía tal nombramiento. La tarea no era fácil y fui consciente de que me

acarrearía muchas enemistades, incluso perder la confianza del sultán. Pero en mi condición de consejero y primer ministro me correspondía enfrentarme a este problema.

Me costó cierto tiempo que el sultán me atendiera. Yusuf me daba largas. No le agradaba, en absoluto, tratar el asunto. Pero yo perseveraba en la tarea de hablar sobre una cuestión tan importante. Apelaba una y otra vez a la enorme responsabilidad que suponía poner las riendas del reino en unas manos inapropiadas.

Al fin un día, se avino a escuchar mis razones:

—¡Majestad! —exclamé mostrando gesto de preocupación—. Entre los consejeros y miembros de la Corte hay una profunda inquietud por este nombramiento. A nuestro humilde entender, el príncipe Ismail no reúne las suficientes virtudes y cualidades para gobernar. Con todos mis respetos, tengo que deciros que su alteza el príncipe Ismail posee un carácter indolente y débil, falto de disciplina y energía. No ha mostrado interés alguno en su formación, tanto académica como castrense, carece del valor y la prestancia que se exige a un príncipe que, en caso de guerra, empuñe la espada y se ponga al frente de sus ejércitos. Por el contrario, vuestro primogénito, el príncipe Muhammad, posee la gallardía, la energía y el espíritu aguerrido de su abuelo Abu-l-Walid, que Allah lo tenga en el paraíso. —El sultán me escuchaba con la mirada fija en las cuentas del tasbih, que corrían lentamente entre sus dedos—. A mi entender, Majestad, el príncipe Muhammad cuenta con todas las cualidades para ser un gran rey.

Esperé expectante la reacción del sultán. Yusuf quedó pensativo, como rumiando mis palabras. Su rostro mostraba un gesto severo pero no irascible. Tras un silencio interminable, el emir me pidió tiempo para reflexionar.

Abandoné la cámara privada del sultán sin la certeza del éxito de mi misión. Comencé a preocuparme al ver que los días pasaban y el emir no daba muestras de haber tomado en cuenta mis argumentos.

Pero una tarde, como si hubiese tenido una premonición, pocos días antes de su muerte, Yusuf me llamó a su presencia y me dio la orden de redactar el documento oficial, proclamando heredero al trono a su hijo primogénito, Muhammad. No pude evitar un gesto de alivio, y Yusuf me despidió con estas palabras: «Quiero que con tu experiencia como gobernante, estés pendiente de que el príncipe Muhammad reciba la educación adecuada».

Y así lo hice. Propuse como maestro del príncipe heredero al hombre que, en mi opinión, estaba mejor dotado para educar al futuro sultán. Una personalidad que gozaba de una general veneración por sus virtudes y buen juicio, que había ostentado el más alto cargo en la Corte: el ilustre Abu-l-Nuaym Ridwan, que se mostró complacido, aceptando el cargo de educador del infante.

Por mandato del sultán, también ejercí de consejero del príncipe Muhammad, y

me esforcé en mostrarle el difícil arte de gobernar. Le pedí que llenara las alforjas de buenas obras en beneficio de su pueblo. Escuchar antes de hablar, pedir consejo antes de tomar una decisión e informarse antes de juzgar; un monarca, le dije, también tiene que practicar la benevolencia, el perdón es patrimonio del poderoso y la paciencia es un don que Allah sólo concede a los elegidos. Éstas deben ser las disposiciones de un rey prudente. Le expliqué que ser sultán de Al-Ándalus no era cosa fácil y liviana. Le advertí que los ojos del pueblo, siempre, están fijos en su emir; la pompa y el lujo es un insulto a la pobreza; la sencillez en el vestir y la humildad en las formas son muy valoradas por los súbditos. Un monarca nunca debe mostrarse opulento, pues esto provoca escándalo, y los que nunca están contentos ni satisfechos propagarán murmuraciones sobre cualquier cosa que se haga: si el sultán ordena trazar un nuevo camino, los murmuradores dirán que lo ha hecho para sus placeres de caza o sus excursiones; pero en el caso de no realizarlo, lo criticarán por dejar de hacerlo. Le hice ver que un buen gobernante tiene que ser fuerte de espíritu y mantener firmes las riendas del poder, porque ante un monarca débil, su entorno se divide y se forman camarillas de acuerdo a sus ambiciones; las rivalidades se intensifican, los leales se agrupan a un lado y los traidores a otro y las masas responden con la rebelión. El pueblo andalusí tiende a la anarquía y al menor síntoma de fragilidad surge su condición de transgresor y revolucionario. El rebelde es oportunista y el carácter montañoso de Granada favorece la insurgencia, por lo que hay que estar en constante alerta y ganarse la voluntad de una milicia fiel que aplaste a los rebeldes. En cuanto a los cuerpos de voluntarios árabes y beréberes, que forman la fuerza regular de la monarquía, le advertí que, aun siendo leales y valientes, hay que tener en cuenta su carácter altivo y su aversión a la disciplina. Nunca hay que bajar la guardia y mantenerse ojo avizor, desconfiando de los aduladores. El servilismo excluye la franqueza, y los que hoy juran fidelidad eterna, mañana se olvidan. De todas las actividades del hombre, la de gobernar, aun siendo la más envidiada, es sin embargo la más dura y amarga. No permite el reposo, los problemas se encadenan y no dan tregua, y la urgencia en solucionarlos conduce al desasosiego. La vigilancia ha de ser continua. El oficio de gobernante comporta servidumbre y trabajo, algo no siempre reconocido por los súbditos.

Muhammad, el quinto con este nombre, tomó posesión del trono de Granada ante el cadáver de su padre, vilmente asesinado cuando el otoño teñía de oro los álamos del bosque de la Sabika.

Muhammad ibn Yusuf heredaba un reino en paz, merced a las dotes diplomáticas de su progenitor, pero la muerte inesperada de Yusuf llenó de zozobra los corazones de los granadinos y durante aquel otoño se mantuvo una tensa calma, temiendo que pasado el invierno, los cristianos rompieran la tregua firmada por el sultán asesinado.

Muhammad subió al trono muy joven, tenía 16 años, Allah así lo quiso. Y el

destino le tenía reservado un azaroso reinado. Toda la Corte se mantenía expectante, a la espera de sus decisiones en el nombramiento de los nuevos cargos. Y aunque el joven monarca carecía de experiencia de gobierno, preferí mantenerme al margen y esperé a que el nuevo sultán me llamara, si necesitaba de mi ayuda en esta tarea.

Enseguida confirmó a todos los funcionarios de segundo rango, pero faltaba el nombramiento de los altos cargos y de su consejo privado.

Cierto día, vino a visitarme mi amigo el alfaquí y antiguo secretario de la Chancillería, Abu Muhammad Abd-l-Haqq, y me preguntó si esa situación de espera se mantendría durante mucho tiempo. Le contesté que cuando un nuevo sultán accede al trono son muchos los asuntos que se le agolpan, y más aún, cuando esto acontece en unas circunstancias tan trágicas e imprevistas.

El alfaquí me soltó, al fin, la pregunta que le había motivado a visitarme: «Tú eres su consejero y te necesita, pero ¿y los demás? ¿Crees que prescindirá de nosotros?».

Le tranquilicé apelando a mi experiencia en estos casos. Cuando un joven príncipe sube al trono, le dije, suele seguir los pasos de su padre, por lo que todo quedará como estaba y, aunque seguramente hará nuevos nombramientos, mantendrá a los altos funcionarios y consejeros de su antecesor. Le prometí que, cuando el sultán me llamara a su presencia, le mantendría informado.

Pero el tiempo pasaba y el sultán no me llamó. Muhammad ibn Yusuf nombró hayib, en la triple calidad de primer ministro, jefe del ejército y tutor de los príncipes a su maestro Abu-l-Nuaym Ridwan, que de esta forma volvía al ejercicio de la política y se convertía en el hombre fuerte del reino.

A mí me renovó en la dignidad del visirato con atribuciones a asistir a los Consejos presididos por el sultán, ejecutar sentencias, redactar cartas y documentos y sentarme en los banquetes ocupando el lugar reservado a los visires. Un cargo sin relevancia y puramente burocrático.

Mi amigo Abu Muhammad Abd-l-Haqq, como se temía, no fue confirmado en su cargo, y pedí que fuera nombrado mi ayudante en la Secretaría de Documentos, cosa que me fue concedida y que agradecí, por serme de gran ayuda.

Retirado de la primera línea del gobierno, me abstuve de algunos de mis cargos oficiales y me recluí en mi residencia, en el barrio del Albaycín, concentrándome en la actividad literaria.

Aún no llevaba Muhammad reinando un mes, cuando me enteré del revuelo que había causado entre la nobleza el arresto del príncipe Ismail, hermano del sultán.

—¿Se supo el motivo? —preguntó Jalid.

—Conspiración, ese fue el motivo. El príncipe Ismail vio con desesperación cómo su hermano Muhammad se sentaba en el trono que él consideraba suyo; entonces, se rodeó de una corte de conspiradores con la intención de dar un golpe de estado. Pero alguien se fue de la lengua y Muhammad fue alertado de la conjura. Ismail, junto con

su madre, Maryam, y el infante Qays fueron confinados, bajo arresto, en una de las torres de la Alhambra.

Una vez que el sultán hubo solventado este problema doméstico, o así lo creía él, se dispuso a afrontar las relaciones con los países fronterizos.

Con respecto a los reinos cristianos, su padre le había dejado marcado el camino y Muhammad renovó las treguas con Pedro I rey de Castilla y con Pedro IV de Aragón. En aquel tiempo, los cristianos del reino de Castilla estaban sumidos en una guerra civil que mantenía ocupado a su rey, ¡que Allah aleje de los musulmanes su perfidia!; y los de Aragón andaban empeñados en la conquista de la isla de Cerdeña. A ambos reyes les interesaba, por el momento, mantener el tratado de paz con Granada.

En cuanto a Fez, las relaciones con el sultán Abu Inan pasaban por una coyuntura delicada. El fallecido Yusuf había dado asilo político a los hermanos del sultán magrebí, los príncipes Abu Salim y Abu-l-Fadl, acusados de traición; el granadino se negó a su extradición, reclamada insistentemente por Abu Inan, lo que provocó el enojo de éste.

Al subir al trono de Granada, Muhammad quiso mejorar las relaciones con Fez, pese a que los hermanos del sultán magrebí permanecían bajo la protección de Granada.

Fui convocado a la Alhambra, a un Consejo de Principales presidido por el sultán, a fin de encontrar la manera de encauzar las deterioradas relaciones diplomáticas con el sultanato meriní. Se acordó enviar a Fez una embajada, cuya misión consistiría en fortalecer los lazos de amistad de ambos reinos. Granada necesitaba un aliado al que recurrir en caso de que los cristianos rompieran la tregua. El problema radicaba en que había que conseguirlo sin ceder a las exigencias de extradición de los príncipes exiliados. Teniendo en cuenta las dificultades que entrañaba tal misión, todos los asistentes al Consejo estábamos de acuerdo en que, al frente de la embajada, debía ir un hábil negociador, dotado de la elocuencia necesaria para ganarse la confianza del receloso Abu Inan.

La sala se llenó de murmullos, preguntándonos quién podría ponerse al mando de tan delicada misión. Se oyeron algunos nombres, pero fueron desechados; a uno le faltaba capacidad diplomática, otro carecía de la sutileza necesaria, y un tercero poseía las cualidades de las que carecían los otros, pero no era bien visto en la Corte meriní. Las deliberaciones se alargaban y el sultán tamborileaba con la punta de sus dedos sobre sus rodillas. Muhammad tenía prisa.

El hayib Abu-l-Nuaym Ridwan tomó la palabra y dirigiéndose a la asamblea anunció:

—No busquemos más, creo que el hombre capaz de culminar con éxito esta misión se encuentra entre nosotros. —Los asistentes al Consejo nos miramos, interrogándonos con la mirada. El gran visir continuó—: Todos nosotros contamos

con experiencia administrativa y política, pero él goza de fama y notoriedad en la Corte de Fez, además de estar dotado de una oratoria brillante y convincente; su discurso es tan sublime que se ha ganado el sobrenombre de Lisan al-Din [Lengua de la Religión].

Los visires giraron sus rostros hacia mí con gesto de aprobación, y el sultán, mirándome fijamente, levantó los brazos y exclamó: «¡Sea!», dando por finalizada la asamblea y partiendo raudo al hipódromo a ejercitarse en su gran pasión: la carrera de caballos.

Mi elección por parte del hayib sorprendió a los cortesanos, ya que desde que fui relegado del cargo de primer ministro, eran de sobra conocidas mis frías relaciones con el gran visir. Me sentía injustamente tratado por el sultán y traicionado por Abu-l-Nuaym Ridwan. Pero a pesar de la tibieza que envolvía nuestra relación, ambos estábamos ligados por demasiados recuerdos, muchas complicidades y una admiración mutua.

El destino de los hombres, estimado Jalid, está en manos del Altísimo, y entonces no podía imaginar que mi pérdida de poder en la Corte me iba a salvar la vida.

La embajada a Fez, que yo encabezaba, estaba formada por visires y jurisconsultos. Pasamos el mar y nos dirigimos a Alcazarquivir, donde visitamos la tumba de los Banu Asquilula, una aristócrata familia andalusí. Al día siguiente tomamos el camino de Fez, ¡que Allah guarde!

Apenas llegamos a la Corte, di a conocer el motivo de nuestra embajada, que no era otro, que pedir ayuda en nombre de Allah, a los hermanos musulmanes para defendernos de nuestros enemigos comunes, los idólatras.

Abu Inan no nos hizo esperar y nos concedió audiencia. Cuando estuvimos ante él, me adelanté a la comitiva y pedí autorización para exponer el objetivo de nuestra visita. Con un gesto de aprobación, el sultán me concedió la palabra.

Abu Inan, al que ya conocí cuando, años atrás, en una misión como embajador le había expresado las condolencias, en nombre de mi señor el sultán de Granada, por el fallecimiento de su padre Abu-l-Hasan Alí, el de la batalla del Salado, ¡qué Allah lo tenga en el paraíso!, aparecía rodeado de altos dignatarios de su Corte, tocado con un precioso turbante dorado. Con las manos cruzadas sobre el pecho, me observaba con un atisbo de arrogancia. Para seducir al sultán construí un discurso trenzando poesía y política. Abu Inan era terco y fuerte de carácter, pero débil ante la lisonja. Empecé con estas palabras:

> *«¡Vicario de Allah! Ojalá el destino engrandezca vuestro reinado y aumente vuestra gloria todo el tiempo que brille la luna en la oscuridad. El Ser Supremo os ha concedido ese amplio apoyo como a ningún otro concedió jamás. Al-Ándalus subsiste gracias a vuestra protección, y persistirá mientras*

vos persistáis y dejará de existir cuando lo abandonéis.

»Estamos aquí para haceros saber que los reyes cristianos tienen puesta su ambición y avidez en las tierras de Granada. Nosotros, andalusíes, esperamos de vuestro Estado, heredero de la gloria y quinta esencia de la Nobleza, que continuaréis la conducta de vuestros antepasados, que fueron como el reluciente resplandor de la aurora y que, al oír los gritos de socorro de sus hermanos, acudieron veloces a defender las tierras del Islam. Apelamos a vuestra religiosidad, procurando la satisfacción de Allah, que es el más útil de los tesoros, y nos ayudéis a ensanchar las fronteras del Islam. Hacemos votos para que vuestros días de gloria superen en este mundo a todos vuestros enemigos. Mi señor el Emir de los Creyentes, Muhammad ibn Yusuf ibn al-Hamar, os agradece la garantía de vuestra virtud para que Allah ¡ensalzado sea! evite la pérdida de territorios para el Islam y muestra su adhesión a vuestra noble persona, reafirmándose en vuestra amistad…».

Al terminar mi alocución Abu Inan quedó tan complacido que me felicitó, y fue tal su entusiasmo que me prometió satisfacer todas nuestras peticiones, asegurando que la embajada no regresaría de vacío. Desde aquel momento fuimos tratados como huéspedes de honor y nos agasajaron con fiestas y banquetes. El sultán nos invitó a presenciar un espectáculo de lucha de fieras.

Una tarde, después de un copioso almuerzo en el palacio del sultán, todos los miembros de la embajada fuimos conducidos hasta una plaza, donde se celebraría una lucha sangrienta y feroz. El recinto estaba acotado por una empalizada que cerraba las embocaduras de los callejones y servía de protección a la muchedumbre, que se agolpaba tras el cercado formado por anchos tablones. El sultán y sus huéspedes de honor contemplábamos el espectáculo desde la balconada de un palacio, que ocupaba la fachada principal de la plaza. De todas las ventanas y voladizos colgaban preciosos tapices. En el frente sur, se hallaba una jaula en la que se adivinaba una mancha oscura, que emitía continuos bramidos y violentos golpes contra los barrotes. En el lado opuesto, habían dispuesto otra jaula, donde la silueta sinuosa de un enorme felino se agitaba nerviosa de un lado a otro. A una orden del sultán, abrieron la jaula sur y salió un toro negro como una noche de novilunio, que corrió toda la plaza con la cornamenta erguida y desafiante. A continuación, se abrió la otra jaula y apareció un enorme león de melena oscura, caminando con paso majestuoso. Las dos fieras se observaron desde la distancia. En la plaza reinaba el silencio, y la expectación era enorme. El toro, fijando la mirada en su oponente, escarbó en el suelo con la pezuña, levantando una nube de polvo. El león olfateó el aire y lanzó un rugido estremecedor. Al instante, el toro se arrancó atacando al felino que, con un ágil salto, esquivó el violento derrote. Tras el embate inicial, el astado se paró un tanto desconcertado,

mientras el león se revolvió clavando sus garras en los cuartos traseros del bobino. Éste coceaba bramando, hasta lograr que el león soltara su presa. El toro giró su enorme envergadura, quedando frente al felino, pero éste corría en círculo, buscando la trasera de su enemigo. El toro reculaba, lanzando temibles cornadas, a fin de no perder la cara de su oponente. Rotando en un círculo mortal, ambos contendientes se acometían sin tregua, buscando la distancia y el momento oportuno para lanzar el ataque definitivo.

La astucia y agilidad del felino contra la fuerza bruta del bóvido. La multitud rugía pidiendo sangre, cuando el león lanzó un enorme zarpazo que desgarró parte del costillar del astado. Con un jirón de piel colgando y un manantial de sangre brotando del costado, el toro se lamió la herida y en ese momento las fauces del león apresaron el hocico del toro. Con las fuerzas mermadas por la asfixia, la mole negra comenzó a tambalearse y sus patas delanteras se doblaron. El león apretaba las mandíbulas, obstruyendo las vías respiratorias de su víctima. El toro dobló el cuello y se dejó caer de costado. El león aflojó la presión de sus fauces, seguro de su victoria, pero el toro, con su fuerza descomunal, sacudió su testuz liberándose de aquella tenaza terrible. Con bravura salvaje, la bestia negra se puso en pie y, sin dar tregua a su enemigo, lo embistió corneándolo con saña. El león, herido, se retiró derrotado, pero el toro se enceló con su enemigo y usando su afilada cornamenta lo abrió en canal. Las astas se hundieron en el vientre del felino y el toro, con las tripas humeantes de su víctima enrolladas en sus cuernos, esparció por la plaza los intestinos del león.

Varios hombres entraron con lanzas para reducir al toro, pero la fiera acorralada atacó y mató a un hombre, antes de ser alanceada y muerta entre el clamor de la multitud.

Después de dos meses de feliz estancia en la Corte de Abu Inan, regresamos a Granada con la alegría de haber culminado con éxito nuestra misión.

Dos años más tarde, las relaciones con Fez se enturbiaron de nuevo por los planes expansionistas de Abu Inan, que pretendía apoderarse de Al-Ándalus.

—Pero esto te lo contaré más adelante —dijo Lisan al-Din, al advertir cómo la bruma pálida del alba comenzaba a lamer los huecos sinuosos de la celda.

Antes de que el carcelero se retirara, el prisionero le recordó:

—No te olvides de la carta. Confío en ti para que el manuscrito pueda llegar a tiempo a su destino.

—Guarda cuidado. Hoy mismo se la entregaré a Abd-l-Salam.

Entre aquellos dos hombres, tan diferentes por edad, origen y situación, se había ido labrando un lazo de sincera amistad.

11

EN las celdas de la mazmorra, la noche se deslizaba silenciosa como una sombra y Lisan al-Din esperaba con impaciencia al carcelero.

Cuando Jalid se encontró con la mirada ansiosa del prisionero, esbozó una sonrisa tranquilizadora.

—Me he asegurado de que la carta esté ya en manos de tu hijo.

La negrura de la noche acentuaba la penumbra de la celda.

—Hoy hay novilunio —afirmó el prisionero con un ligero tono de melancolía.

—Así es —confirmó Jalid—. En las noches tenebrosas la luna se esconde, pero Allah, el Misericordioso, nos compensa cubriendo el cielo de rutilantes estrellas.

—¡Hace tanto tiempo que me veo privado de observar el firmamento! —los ojos del cautivo buscaron el orificio que le permitía escrutar el parpadeo de alguna estrella —. Estimado Jalid, en estas noches de invierno el cielo se puebla de cuerpos celestes con historias asombrosas —Jalid abrió los ojos llenos de curiosidad—. Al anochecer, si miras a Oriente, verás tres estrellas en perfecta alineación que avanzan hacia poniente. Se trata de al-Nitaq, al-Nilam y al-Mintaqa, los tres diamantes que forman el cinturón del gigante Orión. Tanto la espada como las ropas del gigante están confeccionadas con las estrellas más bellas de la bóveda celeste, como Rigel, un zafiro azulado que adorna su pie derecho o Ibtal Yawsa, un precioso rubí encarnado que luce sobre su brazo izquierdo. Orión es un cazador que, armado de su arco y en compañía de su perro, transformado en la resplandeciente estrella Sirio, persigue a la constelación de Tauro para apoderarse de al-Dabaran, la preciosa joya dorada que adorna la cabeza del toro. Pero nunca lo conseguirá, pues Orión fue condenado a vagar eternamente, como castigo a su intento de violar a una virgen —Lisan al-Din hizo una pausa.

¡Aquella noche trágica y terrible, tampoco había luna! —los labios del prisionero se curvaron en un rictus amargo—. Todo comenzó un caluroso atardecer del verano del año 760 [1359]. Aquel año, los acontecimientos en la vida política de Granada seguirían un curso turbulento y terrible.

El calor bochornoso del verano no daba tregua y los granadinos soportaban con paciencia de eremita el castigo de un sol inclemente. Al atardecer, cuando el astro rey apaciguó su ira y se hundió en el valle del Genil, dos mujeres cubiertas con amplias almalafas salieron de la Alhambra, mezcladas con las sirvientas del palacio. Descendieron por la colina de la Sabika y cruzaron el puente del Qadí. La más joven

vestía el atuendo de una pobre campesina, el rostro velado por un descolorido *niqab* y calzando unas humildes sandalias. Tras este disfraz se escondía Maryam, la que fuera favorita del asesinado sultán y madre del príncipe Ismail, acompañada de una esclava.

Maryam se dirigió a la calle de los Altos Funcionarios, en el barrio aristocrático de la medina, para visitar a su hija, casada con el jeque Abu Abd Allah, «el Bermejo».

Cuando estuvo ante ellos, después de los saludos de costumbre, comentó en tono afligido:

—Doy gracias al Misericordioso, que me ha dado fuerzas para soportar la desgracia y la humillación a las que me veo sometida.

—Celebro que te enfrentes a la desdicha con entereza —replicó su yerno.

—Pero madre, no creo que la pérdida de tu posición en palacio sea motivo para vestir de esa manera —intervino su hija.

—Hija mía, no olvides que estoy bajo arresto. Me he vestido de campesina para burlar a la guardia que nos vigila a tus hermanos y a mí. Y también, porque en esta ciudad arruinada y sin orden, las calles están llenas de vagabundos y salteadores.

Abu Abd Allah comentó:

—Desde la muerte del sultán Abu-l-Hayyay Yusuf, ¡que Allah lo acoja en el paraíso!, las cosas andan de mal en peor. Los ladrones campan a sus anchas, los mercaderes son asaltados y las calles de Granada ya no son seguras para la gente honrada.

En el bello rostro de Maryam se dibujó una mueca de desprecio cuando afirmó:

—En el trono de la Alhambra se sienta el mayor ladrón del reino —y con los ojos inflamados de odio añadió—: Ojalá caiga el mal sobre él. Desde que usurpó el trono, ardo en deseos de venganza.

—Estoy de acuerdo contigo. Somos muchos los que creemos que el nuevo sultán fue proclamado de forma fraudulenta. Pero seguro que no has venido sólo a lamentarte. Burlar la vigilancia y cruzar la ciudad vestida de campesina no se hace sólo para lloriquear —borbotó el Bermejo con su habitual rudeza.

—Está bien, voy a hablar claro —la voz de Maryam sonaba cortante, como una daga afilada—. Mi hijo, el auténtico heredero, confía en ti para que le ayudes a acceder al trono que le han robado. Tú sabes que Ismail te admira, todos pensamos que eres el arráez idóneo para encabezar una revuelta que acabe con el usurpador. Posees arrojo e inteligencia y cuentas con apoyos importantes. Si Ismail es proclamado sultán, tú serás su hombre de confianza y tu poder estaría por encima de los visires. ¿Qué me dices, Abu Abd Allah?

—Lo que me propones es muy peligroso. No podemos dar un paso en falso. Necesitaríamos dinero para comprar adhesiones, armas y además…

Maryam, que disponía de cuantiosas riquezas pertenecientes al tesoro real, de las que se había apropiado mientras su esposo, el sultán, agonizaba, interrumpió al Bermejo:

—Por el dinero no debes preocuparte; he reunido lo suficiente para financiar un golpe de estado.

—Bien, estudiaré con detenimiento tu proposición, y si veo que hay posibilidades de éxito te lo haré saber.

—Debes actuar cuanto antes, y aprovechar que el sultán se ha trasladado con su guardia a la residencia de verano en el Generalife —apremió su suegra—. Y ahora, tengo que regresar a palacio antes de que descubran mi ausencia.

Cuando Maryam abandonó la casa de su hija, su yerno Abu Abd Allah comenzó a ver que sus sueños ocultos de riqueza y poder podían hacerse realidad.

Ajeno a la conspiración que se estaba urdiendo, yo permanecía recluido en mi casa del Albaycín, ocupado en mi obra literaria.

El Bermejo no perdió el tiempo, carente de escrúpulos; el arráez, moviéndose en la sombra, sobornó, extorsionó, amedrentó. Reclutó asesinos a sueldo, ladrones de vocación, huidos de la justicia, matones de mala ralea. Ganó para su causa a los corrompidos por la codicia y buscó apoyo entre los descontentos, aquellos que, habiendo sido marginados por el nuevo monarca, rezumaban resentimiento. Entre ellos se encontraba mi amigo el alfaquí, Abu Muhammad Abd-l-Haqq.

Una vez que el Bermejo consiguió aunar tras de sí a un buen número de incondicionales, llenó la aljaba de flechas, afiló su espada y consultó al astrólogo Abu Yafar al-Ansarí el día más propicio para asestar el golpe. El astrólogo estudió su carta astral y fijó la fecha en la noche del novilunio del 28 del mes santo del Ramadán del año 760 [23 de agosto de 1359].

Amparados por la negrura de aquella noche sin luna, un centenar de conjurados se dirigió a las murallas de la Alhambra, hasta dar con un muro que, a causa de unos desperfectos, se hallaba apuntalado. Sirviéndose del andamio que cubría la muralla, escalaron la torre sorprendiendo a los guardianes de la fortaleza, a los que pasaron a cuchillo. Una tropa de soldados rebeldes, armados hasta los dientes, invadió el palacio matando a cuantos guardias les hacían frente. Todos los eunucos, esclavos y sirvientes que encontraron a su paso, fueron degollados. En medio de aquella matanza atroz, la Alhambra se llenó de gritos de terror, de hombres y mujeres que corrían llenos de espanto, buscando un lugar donde esconderse. La orgía de sangre salpicó los zócalos de cerámica vidriada, el agua de las fuentes se tornó roja y el pavimento se cubrió de cuerpos decapitados. Un grupo de insurgentes, con las espadas ensangrentadas, se dirigió a la residencia del hayib, Abu-l-Nuaym Ridwan. El gran visir había terminado de cenar con su familia y se disponía a meterse en el lecho, vestido con el cómodo atuendo que los andalusíes denominamos si’ar, cuando

oyó un gran alboroto, gritos y choque de armas. Tras unos instantes, cesó el tumulto y se escucharon pasos en tropel que avanzaban hacia la sala donde se encontraba el primer ministro junto a su familia. La puerta se abrió al impulso de una fuerte patada. Varios hombres entraron con las espadas chorreando sangre.

—¿Cómo osáis entrar así en mi casa? —gritó el gran visir.

El que iba al mando se adelantó espada en mano, diciendo:

—Encomiéndate a Allah.

—¿Te has vuelto loco? ¡No sabes lo que haces! —le increpó Ridwan.

—Cumplo órdenes —respondió el sicario.

Varios de sus compinches rodearon al hayib y sin que éste pudiera defenderse, le cosieron a puñaladas, ante la aterrorizada mirada de su esposa e hijos. Cuando el cuerpo del desdichado Ridwan yacía sobre un charco de sangre, el jefe de los sublevados levantó su espada y, dejándola caer como un rayo, cortó la cabeza del gran visir, para mostrársela al Bermejo como prueba de la misión cumplida.

Enarbolando la cabeza del primer ministro, el despiadado Abu Abd Allah, el Bermejo, se puso al frente de aquella partida de asesinos y se apresuró a liberar al príncipe Ismail de la torre donde estaba confinado. Entre grandes vítores, le montaron sobre un caballo tordo y, acompañado de redobles de tambor y el clamor de los conjurados, se dirigieron al Salón del Trono, donde le proclamaron sultán de Granada.

Aquella noche trágica transcurrió entre el estupor y el espanto. El estruendo de los tambores rompió el silencio nocturno, y el Bermejo y sus secuaces se pasearon por la ciudad exhibiendo la cabeza del hayib, Ridwan. A la luz de las antorchas que portaban los conjurados, los granadinos contemplaron horrorizados a aquella comitiva macabra desfilar por delante de sus casas.

Oculto tras la celosía de mi ventana, observé sobresaltado al arráez rebelde montado en su caballo y, al frente de la turba, detenerse ante mi casa. Como de costumbre, el Bermejo iba mal vestido, con la cabeza descubierta mostrando su rojiza cabellera, sucia y grasienta. Su rostro aparecía sudoroso con los ojos enrojecidos y desorbitados. Su mano izquierda, cubierta de sangre, se aferraba al asta de una lanza en cuya punta aparecía ensartada la cabeza del hayib. Del cráneo decapitado manaban hilos de sangre que resbalaban por el palo de la lanza y el antebrazo arremangado del Bermejo. Por un momento, me pareció que su mirada se fijaba en la ventana tras la que me encontraba; me retiré de la celosía por temor a que me descubriera, aunque su mirada inquieta podía ser efecto del tic nervioso que padecía desde niño y que le hacía mover la cabeza de un lado para otro. Mi corazón palpitaba con fuerza y no se calmó hasta que la sombría comitiva reanudó la marcha desapareciendo en la oscuridad y el silencio apagó el eco de los tambores.

Aquella noche, en mi casa, todos permanecimos en vela, con el corazón encogido.

Estremecidos por el miedo, nos preguntábamos con inquietud qué sería de nosotros. Habían asesinado al hombre más poderoso de Granada, un hombre en cuyo corazón no había lugar para la perfidia, mientras que sus asesinos poseían un alma oscura, donde sólo habitaban la crueldad y la codicia. Nosotros, que pertenecíamos a la nobleza y no habíamos participado en el golpe de Estado del Bermejo, temíamos ser víctimas de su ira.

El griterío y los redobles de los atabales llegaron hasta el Generalife, residencia de verano, donde esa noche el sultán disfrutaba de los favores de una hermosa concubina. Alarmado por el ruido, Muhammad abandonó el lecho medio desnudo y llamó a la guardia. Desorientado, sin saber qué estaba ocurriendo, con el torso descubierto montó en su caballo y, al frente de su guardia personal, se dirigió a la Alhambra. Mas apenas salieron del Generalife, se detuvieron en mitad del camino. Algo se movía entre los arbustos. Oían el susurro de las ramas. Con el aliento contenido desnudaron los aceros. De la oscuridad partieron varias saetas rasgando el aire y tres hombres de su escolta se desplomaron de sus caballos y cayeron muertos. El monarca y sus caballeros volvieron atrás, al percatarse de que estaban en minoría y a punto de ser rodeados. El capitán de la guardia guió al sultán a través de un sendero oculto por la tupida vegetación de los jardines, consiguiendo huir por el camino de Guadix.

Al día siguiente, la ciudad despertó en una calma tensa. Al amanecer un campesino encontró la cabeza del hayib cerca de su huerto. Los sirvientes del difunto visir recogieron los despojos de su señor, unieron la cabeza al cuerpo decapitado, lo lavaron y lo enterraron en el cementerio de la Sabika. ¡Que Allah esté satisfecho de él y le otorgue la misericordia de tenerlo a su lado!

La revuelta había triunfado y el primer acto de gobierno del nuevo sultán consistió en firmar la orden de confiscación de todos los bienes del hayib asesinado. Su familia fue expulsada de su casa, y el Bermejo y sus sicarios saquearon la mansión y se apoderaron de las posesiones, joyas, alfombras y objetos de lujo del desdichado Ridwan.

Para salvar su vida, el sultán, Muhammad ibn Yusuf, cabalgó toda la noche. Dios omnipotente contuvo las manos de sus enemigos y le permitió llegar a la ciudad de Guadix.

Después de la oración del alba, como de costumbre, Alí ibn Badr, jefe de los voluntarios magrebíes de Guadix, subió a la torre de la fortaleza. Un manto rojo cubría el cielo de oriente a poniente. El camino de Granada serpenteaba hasta perderse en el horizonte. Confundidos con unos olivos, divisó a un pequeño grupo de jinetes que se aproximaba a la ciudad. A la cabeza de ellos iba un hombre medio desnudo. Intrigado, salió a su encuentro y al reconocer al sultán destronado, lo acogió, prestándole ayuda y protección. Alí ibn Badr ordenó abrir las puertas de la

villa y, juntos, entraron en la ciudad, siendo aclamados por una multitud que se había congregado a su alrededor.

El sultán fue instalado en la alcazaba y allí recibió el jura mento del alcaide, que prometió fidelidad a su causa y defenderle de los conjurados.

Poco después, una horda de sublevados llegó hasta las puertas de Guadix, exigiendo la entrega del depuesto sultán. El alcaide se negó y aunque sufrió el asedio de los rebeldes, permaneció firme en su juramento.

En Granada, los conjurados cometían toda clase de atropellos y violaciones contra los partidarios del sultán destronado. Aquella horda de desalmados hizo del crimen la excusa del robo y, pronto, lo convirtieron en el placer de la depravación.

A mi casa llegaban rumores sin cesar. Se decía que los sublevados no tendrían piedad con los seguidores de un sultán cobarde, que había preferido huir como una mujer en lugar de defender el trono. Éramos muchos los que temíamos las represalias de los sanguinarios esbirros del Bermejo. Las matanzas, los ajustes de cuentas y las detenciones obligaron a muchos nobles, altos funcionarios y dignatarios a huir de Granada, entre ellos Yahya ibn Umar, el general de más prestigio, que ostentaba el cargo de jefe de las tropas expedicionarias de la tribu Zanata, admirado y respetado por sus heridas de guerra. Tras el golpe de Estado del Bermejo, Ibn Umar fue destituido y, temiendo ser asesinado, huyó con su familia y doscientos jinetes beréberes hacia Castilla. El Bermejo mandó a un ejército tras él, que lo alcanzó en la frontera, donde se trabó una lucha feroz. Yahya ibn Umar, herido, logró llegar con su familia a Alcalá la Real, donde fue acogido como un valeroso militar. El rey de Castilla le permitió residir en Córdoba como huésped de honor.

El alfaquí, Abd-l-Haqq, me envió un emisario anunciándome su decisión de presentarse ante el nuevo sultán para rendirle pleitesía, a la vez que me animaba a que yo hiciera lo propio. En aquellos momentos de incertidumbre, el miedo me hizo dudar. Si me unía a los sublevados, podría evitar las represalias de los vencedores, pero en mi conciencia pesó más el juramento de lealtad a mi soberano, Muhammad ibn Yusuf.

Al poco tiempo se hicieron públicos los nombramientos del nuevo sultán: para el cargo de visir, Ismail nombró a un caíd de su plena confianza, Muhammad ibn Ibrahim al-Fihrí, un hombre acaudalado con fama de magnánimo y sencillo, pero que al ser nombrado visir, se convirtió en un fatuo y ridículo vanidoso. Su estrecha amistad con el Bermejo le traería malas consecuencias y un final trágico, como te contaré más adelante.

Mi amigo el alfaquí Abd-l-Haqq fue nombrado jefe de la Secretaría del Estado, el cargo que siempre ambicionó. Y como general del ejército, en sustitución de Yahya ibn Umar, nombró a Idris ibn Abi-l-Ulá, que llegó desde Barcelona, donde servía como mercenario al rey de Aragón. De nuevo los Abi-l-Ulá volvían a la Corte.

Así transcurrieron los primeros días del reinado de Ismail. Jornadas llenas de sobresaltos, rumores y noticias alarmantes.

Al caer la noche, la ciudad se sumía en una quietud tensa. Patrullas de soldados vigilaban los puntos estratégicos de la medina; la población se mantenía encerrada en sus casas y el silencio lo rompían las voces de los centinelas que patrullaban por las solitarias calles de Granada.

Era noche cerrada y mi familia se disponía a descansar, cuando unos golpes bruscos en la puerta de nuestra casa nos causaron un escalofrío seco que nos paralizó. Los sirvientes me miraron esperando mi reacción. Les ordené que abrieran, al tiempo que intentaba tranquilizar a mi familia, completamente aterrada, diciéndoles que no pasaría nada, pues todo el mundo sabía que ya no pertenecía al entorno más próximo al sultán destronado. Pero en los ojos de mis hijos se reflejó el terror al ver cómo unos soldados irrumpían en la sala y, sin mediar palabra, me agarraban por los brazos y me sacaban con violencia de mi casa.

Me llevaron a presencia del sultán. Las paredes del salón del trono parecían tapizadas de oro a la luz de las antorchas. El suntuoso salón construido por el gran Yusuf, y que no pudo disfrutar, lo ocupaba ahora su indigno hijo que, sentado en el trono, vestía una túnica carmesí recamada de hilos de oro. En su cara, redonda como una luna llena, se dibujaba una sonrisa triunfal. A su lado, el Bermejo permanecía en pie, con una mano apoyada sobre el respaldo del trono, envuelto en una capa de damasco y la mirada torva que siempre le acompañaba.

—Mira a quién tenemos aquí —dijo el sultán dirigiéndose a su primo—: Al hijo del Predicador, conocido como Lisan al-Din. La Lengua de la Religión se ha tornado en lengua de serpiente. Este individuo —dijo señalándome con su pequeño y regordete dedo índice, casi invisible bajo una enorme amatista—, fue uno de los que convenció a mi padre para que no me nombrara heredero al trono —una mueca de cólera se dibujó en su rostro y con un chillido histérico, gritó—: ¡Cortadle la cabeza!

El jefe de la guardia desenvainó su espada y, con paso firme, se dirigió a mí.

—¡Alto! —sonó la voz del Bermejo—. Majestad, permitidme el placer de que sea yo el que le rebane el pescuezo. Pero antes de cortarle la lengua y ver su cabeza clavada en la muralla, nos tendrá que desvelar dónde esconde todo el oro que ha robado.

El sultán, un tanto indeciso, le miró sin saber qué hacer.

—Creo que por hoy es suficiente —proclamó el Bermejo—. Mi espada está mellada de cortar cabezas. ¡Que lo encierren!

—¡Encerradlo! —gritó el sultán con voz chillona.

Me arrojaron a la celda de una prisión, Allah ¡bendito sea! no me abandonó y no corrí la suerte del hayib, pero mis bienes fueron confiscados. En la soledad de la celda luché por mantener el valor, mas el dolor por el destino de mi familia me

martirizaba sin descanso. Pensaba en el oprobio que sufrirían mi esposa e hijos así como mis fieles sirvientes. En mi cabeza rondaba una y otra vez el saqueo de todas mis propiedades. Me dolía sobremanera el pillaje del que fueron objeto mis casas.

El hogar, para cualquier hombre, es un lugar sagrado e inviolable, donde te refugias de la lluvia y el frío del invierno o el remanso fresco y apacible en el estío; es donde gozas de los mejores placeres, un descanso para el alma y el cuerpo, allí eres dueño y señor.

Me informaron de que un pariente del nuevo sultán se había apoderado de mi lujosa mansión en la calle de los Arraeces, donde lucen el mármol y las maderas nobles; cuyas amplias salas están vestidas de alfombras de Siria y perfumadas con jazmín; en las que los braseros de bronce exhalan aromas de mirra; y candelabros de cobre, conteniendo velas de cera de abeja, iluminan las bellas yeserías, decoradas con lapislázuli molido. Vasos de cristal tallado, traídos de Bagdad, arquetas de marfil y aguamaniles de plata repujada reposan sobre preciosas mesas de ébano.

Ignoraba qué habría sido de mi casa solariega, en el barrio del Albaycín.

Lisan al-Din emitió un largo suspiro, y su mirada adquirió un brillo entre soñador y nostálgico.

Todavía me parece oír el murmullo del agua, que el surtidor derrama sobre la piedra de la fuente en el centro del patio, flanqueado por columnas de alabastro, sobre las que serpentean los rosales trepadores; en los arriates crecen adelfas, lirios y arrayanes que, mecidos por la brisa, se inclinan en elegantes reverencias al paso del visitante. Un aljibe inagotable nos surte de agua pura y cristalina. Esta casa guarda todos mis secretos y ha sido testigo de los momentos más íntimos e inolvidables de mi vida. Los pavimentos del salón, donde recibía a mis amigos, así como los de las demás salas y alcobas, están cubiertos con gruesas alfombras de lana. Mullidos almadraques de brocado, esparcidos por todas las estancias, invitan al descanso. En los rincones, pebeteros de bronce derraman aromas de incienso, y la luz ambarina de las lámparas de aceite ilumina todas las estancias. En los dormitorios, sábanas de lino y colchas de terciopelo cubren los colchones, protegidos con fundas de lino; y los cofres guardan ricos ajuares. Los anaqueles de mi biblioteca están repletos de manuscritos antiguos, obras de literatura árabe, volúmenes de derecho y jurisprudencia islámica; tratados de medicina, aritmética, astronomía, geografía, lógica e historia. También poseía libros en arameo, persa, griego y latín, y preciosos coranes ilustrados con letras de oro. Un auténtico tesoro que nunca lograré recuperar.

En mi finca de recreo, conocida con el nombre de Ayn al-Damád [Fuente de las Lágrimas], me refugiaba del intenso calor del estío.

A la sombra de los naranjos y de las higueras centenarias, respirando la fresca brisa que llegaba del río preñada de aromas de azahar y jazmín, me reunía con mis

amigos en veladas que se prolongaban hasta el amanecer. La finca alberga más de cien árboles frutales y otros muchos de sombra. La casa es sólida y confortable, enlosada con barro cocido y maderas de roble, los muros, bien cimentados, miden cinco palmos de grosor. La mansión contiene dos patios, sombreados por naranjos y granados; mirlos, jilgueros y ruiseñores compiten con sus alegres trinos desde las jaulas que cuelgan de las alcayatas. El interior se compone de aposentos para huéspedes y amplias estancias para las mujeres y los criados. En la parte trasera se encuentran las caballerizas y los corrales, el gallinero y una airosa torre que sirve de palomar. En el interior de un alcahaz, una docena de baharíes, aferrados con sus temibles garras a las perchas, esperan pacientes y silenciosos a los cetreros.

Todo mi patrimonio fue víctima del saqueo: ricos vestidos de pedrería, vajillas de loza dorada, tapices, alfombras, vasijas de vidrio donde guardaba exquisitos perfumes, joyas de oro y plata con incrustaciones de marfil y piedras preciosas. Mis preciados y maravillosos libros. Los ganados de bueyes de labranza así como las bestias de carga y mis briosos caballos árabes fueron vendidos al mejor postor. Mis propiedades del campo, tierras de labor, huertas, alquerías y molinos de aceite y de grano quedaron anexionados al patrimonio real. Y mi familia sufrió una despiadada persecución.

La voz de Lisan al-Din se quebró y sus ojos se enturbiaron. El prisionero se cubrió el rostro con sus manos y dejó escapar sollozos entrecortados.

Jalid asistió conmovido a aquella reacción. Ver a un hombre de personalidad tan arrolladora y seguro de sí mismo derrumbarse entre lágrimas, le causó una profunda impresión. Pensó que Lisan al-Din no podría continuar. Aquel relato había abierto una herida muy dolorosa. Pero la fortaleza espiritual del prisionero se impuso. El que fuera el hombre más poderoso de Granada se sacudió las manos del rostro, elevó los ojos enrojecidos al cielo y con los dientes apretados musitó: «Ninguno de aquellos perros se salvó del castigo de Allah».

Ya más calmado, continuó:

—El destronado Muhammad seguía refugiado en la ciudad de Guadix, pero su situación era precaria. Las fuerzas militares de las que disponía dicha ciudad no eran suficientes para rechazar los ataques de los escuadrones de la traición. A fin de conseguir un refugio más seguro, Muhammad envió a dos emisarios a la fortificada ciudad de Almería, con la intención de atraérsela a su bando y convertirla en la capital de su nueva Corte. Pero el gobernador de Almería arrestó a los dos y se declaró vasallo del usurpador.

Tras este fracaso, Muhammad pensó que sería más fácil reorganizar su ejército y recuperar el trono desde la frontera y volvió sus ojos al rey de Castilla, pidiendo auxilio y protección. Mas Pedro I de Castilla, enfangado en los conflictos bélicos que

mantenía con el reino de Aragón y con su hermano bastardo, no estaba en disposición de prestar ayuda a nadie; por lo que Muhammad no tuvo otro remedio que pedir el ansiado socorro a los emiratos del otro lado del mar.

Muhammad mantenía excelentes relaciones con el nuevo sultán de Fez, Abu Salim, pero yo conocía bien a éste y sabía que no era proclive a entrometerse en las disputas dinásticas de los al-Ahmar.

Burlando la vigilancia de la prisión, tomé el cálamo y, confiado en el entendimiento del que siempre gocé en el ámbito político y administrativo en la Corte de los meriníes, escribí una carta a mi gran amigo Ibn Marzuq informándole de los graves acontecimientos acaecidos en Granada, y poniéndole al corriente de la penosa situación en la que me encontraba. Su influyente posición política en la Corte de Abu Salim me hacía albergar serias esperanzas de que mi demanda de ayuda sería escuchada. Temía que a los oídos del sultán de Fez, probablemente, hubiese llegado una referencia tergiversada del golpe de Estado perpetrado contra el legítimo monarca de Al-Ándalus. Le recordé la hospitalidad con que fue acogido el príncipe Abu Salim, cuando, huyendo de su hermano Abu Inán, se refugió en Granada. Apelé a nuestra vieja amistad reforzada por los lazos de una admiración mutua. Ambos compartíamos confidencias y un secreto de Estado que cambió el destino de nuestros pueblos.

En ese instante, aunque ahogado por el espesor de los muros, el eco lejano del almuédano, llamando a la oración del alba, llegó hasta el interior de la mazmorra y Lisan al-Din interrumpió su relato.

12

HACÍA ya un tiempo que la mísera luz del respiradero se había desvanecido. El vacilante parpadeo amarillo de la antorcha se reflejaba en los ojos saltones de una enorme rata, que observaba de forma inquietante al prisionero. El repelente roedor, apoyado en sus patas traseras, levantaba su puntiagudo hocico olfateando el vapor húmedo de la mazmorra. Lisan al-Din intentó ahuyentarlo con un puntapié, pero la bestezuela saltó hacia él mostrando sus afilados incisivos. La llegada de Jalid, golpeando los barrotes de la celda, asustó al roedor, que se alejó arrastrando su delgado rabo oscuro, hasta desaparecer por el hediondo albañal que recogía las aguas fecales y los excrementos que permanecían atascados por falta de drenaje, despidiendo un hedor nauseabundo.

—Estos bichos se muestran cada vez más agresivos —comentó el prisionero.

—Cuando tienen hambre se vuelven rabiosos y atacan a los hombres —arguyó el carcelero.

—Esa rata me acecha día y noche, es como una presencia aciaga que no me deja descansar.

—Son una plaga, están por todas partes.

El carcelero, que había quedado intrigado por el final del relato de la noche anterior, quiso saber:

—Ayer afirmaste conocer un secreto…

—En efecto, un secreto de Estado que tuvo una gran trascendencia para los reinos de Granada y Fez.

—Y… ¿no puedes desvelarlo? —preguntó Jalid, que en su condición subalterna sentía un cierto orgullo por el hecho de participar en los secretos de los grandes señores.

—Ya han transcurrido más de quince años de aquello. Yo era consejero del sultán, contaba entonces 45 años, y en la Corte de Granada muy pocos sabíamos que la muerte repentina del sultán meriní, Abu Inan, que hizo posible que su hermano Abu Salim subiera al trono de Fez, no fue casual.

Los hechos ocurrieron de la siguiente manera: Abu Inan, megalómano y dominado por una codicia desmesurada, soñaba con extender sus dominios y fundar un gran imperio. Siguiendo la política expansionista de su padre, Abu-l-Hasan Ali, aspiraba, no sólo a la unión de todo el Magreb, sino que también albergaba la ambición de dominar Al-Ándalus.

El sultán granadino, que sospechaba de los planes del meriní, puso en alerta a sus generales y decidió esperar; pero la sospecha se vio confirmada cuando un mes más tarde, llegó a Granada un embajador del rey Pedro de Castilla, informando de una alianza secreta entre el sultán de Fez y el rey de Aragón, para invadir Al-Ándalus.

El embajador desveló que habían capturado una embarcación magrebí, cargada de regalos con destino al rey aragonés. El jefe de la misión fue sometido a tortura y confesó que los regalos eran en agradecimiento de Abu Inan, por la ayuda naval del rey de Aragón. Entre lamentos y gritos de dolor producidos por los hierros candentes, el emisario reveló que la armada aragonesa se uniría a la magrebí para llevar a efecto los planes de Abu Inan contra Granada y que sólo faltaba fijar el día exacto para la invasión de Al-Ándalus. A cambio se firmó un pacto, por el que Fez y Aragón lucharían juntos contra Castilla.

En la Alhambra cundió la alarma. El príncipe exiliado Abu Salim temía, y con razón, que si su hermano lograba apoderarse de Granada, él sería encarcelado y posiblemente ejecutado.

No había tiempo que perder. Muhammad ibn Yusuf nos reunió a los consejeros para diseñar un plan que disuadiese a Abu Inan de invadir Granada.

El asunto era grave y difícil. El primero en hablar fue Ibn Marzuq, que se lamentó de haber llegado a tal situación, algo que no se daría si en Fez reinase otro sultán. El comentario, aparentemente obvio, no pasó inadvertido por su perversa intencionalidad. Un silencio denso se extendió por la sala.

Por mi parte, sugerí congraciarnos con el sultán magrebí, enviando una embajada a Fez con suntuosos regalos y una misiva apelando a los lazos de fraternidad que siempre existieron entre los musulmanes en defensa de las tierras del Islam.

El sultán quedó pensativo y recordó que, en cierta ocasión, Abu Inan, aquejado de una dolencia, le había pedido que le enviase a su eminente médico judío, Ibrahim ibn Zarzar. Pero, en aquel entonces, las relaciones entre Granada y Fez eran muy frías y la petición del meriní no fue atendida.

Muhammad ibn Yusuf decidió que enviaría una embajada y al frente de la misma iría el médico judío, tan apreciado por Abu Inan.

El monarca granadino se reunió con el embajador de Fez, Abu Abd Allah al-Maqqari, y le preguntó qué regalo le complacería más a su soberano. El embajador le dijo que Abu Inan sentía una predilección especial por las esclavas cristianas y por los alquiceles de Málaga. Muhammad ordenó traer un alquicel recamado con hilos de plata, confeccionado en los telares de Málaga y, junto a tres esclavas vasconas, se lo envió al sultán meriní. El alquicel iba dentro de una preciosa caja de brocado. Mas he aquí, que el mismo día que Abu Inan recibió los regalos y, sin poder contener su entusiasmo, se vistió con el alquicel, un ahogo súbito le invadió el pecho, su rostro se tornó púrpura y murió repentinamente. De nada sirvieron los esfuerzos de Ibn Zarzar

para reanimarle; acudieron los médicos de la Corte, pero todo fue en vano.

La consternación entre los cortesanos fue inmensa. Pero nadie se percató de que el precioso alquicel que ese fatídico día lucía el sultán, y con el que fue enterrado, estaba impregnado de «Escama de Dragón», una sutil sustancia venenosa, que emitía vapores de mercurio.

Tras la muerte de Abu Inan, surgieron sangrientas luchas por la posesión del trono. El primogénito del sultán fue asesinado y le sucedió su hermano Abu Baqr, de cinco años, bajo la tutela de su visir. Pero a instancias del sultán de Granada, el príncipe exiliado, Abu Salim, se trasladó a Fez, donde fue reconocido por la alta nobleza como legítimo heredero de la dinastía meriní.

Una vez en el trono, Abu Salim ordenó asesinar a los caudillos rebeldes que se oponían a su coronación, ¡que Allah les haga útil esta muerte!

Consolidado su poder, el nuevo sultán envió embajadores a Granada y Castilla ofreciendo paz y alianza con ambos reinos.

Muhammad ibn Yusuf recibió a los embajadores con gran pompa en el Salón del Trono de la Alhambra, aceptando de buen grado el ofrecimiento del magrebí y otorgando los salvoconductos necesarios para que todos los miembros de la familia de Abu Salim pudiesen regresar a Fez.

Ya ves, estimado Jalid, cómo se resuelven los litigios en las altas esferas de la política.

Pero volvamos al relato de ayer. Como recordarás, yo me encontraba encarcelado en Granada, tras el golpe de Estado del Bermejo. Durante mi cautiverio escribí una carta a Ibn Marzuq, que ocupaba un alto cargo en la Corte meriní, en demanda de ayuda. Y como esperaba, mi amigo no me defraudó.

El sultán de Fez envió a su primo, el Sarif Abu-l-Qasim al-Talismsáni a la Alhambra, para interceder por los prisioneros, pidiendo clemencia y ofreciendo asilo al emir destronado. En una carta personal solicitaba mi puesta en libertad. La solicitud fue atendida y, una vez que el emisario obtuvo la promesa de que no se pondría ningún obstáculo a la salida del país de Muhammad ibn Yusuf y de todos sus partidarios, el embajador al-Talismsáni me sacó de la prisión y, juntos, nos dirigimos a Guadix, donde se encontraba refugiado el depuesto sultán. Así me libré de las mallas de la desdicha.

Dos días después de la Fiesta de los Sacrificios, partimos todos con nuestras familias de Guadix, la ciudad que nos había acogido y que, con tanta valentía, había defendido al legítimo sultán de Granada.

El nutrido séquito que acompañaba a Muhammad ibnYusuf camino del exilio se dirigió a Loja, la ciudad que me vio nacer y a la que Allah protege, porque ella alegra al triste y socorre al fugitivo. Ver de nuevo los lugares que fueron un episodio

importante de mi niñez, me conmovió; esta ciudad está colmada de recuerdos familiares.

Tras descansar una noche, la comitiva siguió hasta Antequera, Coín y Marbella, donde llegamos tras diez días de penoso ambular. En esta ciudad costera, antes de embarcar rumbo a Ceuta, salió a nuestro encuentro un extraño personaje tocado con un alto gorro iraquí rojo. Se trataba del astrólogo Abu Yafar al-Ansarí. El adivino se acercó al sultán y le predijo que en poco tiempo recuperaría el trono y, poniéndose de rodillas, le rogó que fuese clemente con él, pues en las estrellas había leído que, cuando esto sucediese, él sería castigado. Muhammad y su séquito quedamos un tanto perplejos al oír tan extraña predicción, pero el tiempo apremiaba y tanto el monarca como los altos funcionarios que le acompañábamos, ignorando que este individuo había indicado al Bermejo el día propicio para dar el golpe, hicimos oídos sordos a las palabras de aquel charlatán y nos dispusimos a abordar la nave que nos llevaría al exilio.

Durante la travesía, con tiempo ceñudo y desapacible, tuvimos que soportar un mar áspero que nos puso en graves dificultades, hasta desembarcar en tierra africana.

Protegidos por la piedad y la bendición de Allah, el Misericordioso, pero con el corazón roto por la amargura, llegamos a Fez el día sexto del mes de Muharram del año 761 [28 de noviembre de 1359].

El sultán de Fez salió a caballo a recibirnos, acompañado de un magnífico cortejo. A las puertas de la ciudad, Abu Salim se apeó de su precioso alazán y se fundió en un prolongado abrazo con Mahammad ibn Yususf.

Entre el séquito del monarca meriní se encontraba mi amigo Ibn Marzuq, ¡Allah le colme de bendiciones!, que, dirigiéndose a mí, me abrazó efusivamente. A su lado había un hombre joven de aspecto tímido; mi amigo me lo presentó como un eminente jurista y literato que, a sus 27 años, ya ocupaba un puesto muy relevante en la Secretaría del Estado; de raíces andalusíes y de nombre Abu Zayd Abd-l-Rahman ibn Jaldún. Este joven culto, de trato afable, se convertiría en poco tiempo en un amigo entrañable. Nuestros caminos se entrecruzarían varias veces. Ambos fuimos víctimas de los dardos envenenados de los envidiosos, y el rencor de los tiranos nos llevaría al destierro y la prisión.

Formando parte de la comitiva real, nos desplazamos por la ciudad siendo aclamados por el pueblo. Al llegar al palacio, fuimos conducidos al Salón de Embajadores, donde el sultán Abu Salim hizo subir a su huésped hasta un trono colocado junto al suyo. Entonces, pedí permiso para hablar y nuestro anfitrión me otorgó la palabra.

En presencia de toda la Corte, improvisé un bello poema agradeciendo al monarca meriní el auxilio prestado a mi señor.

Abu Salim se mostró muy complacido y prometió ayudar en todo lo necesario a

su huésped y amigo, cubriendo con largueza las necesidades de todos los miembros que formábamos el séquito del sultán granadino.

Abu Salim cumplió su palabra. Muhammad fue instalado en un palacio próximo al suyo, compartiendo honores con éste, y ocupando un sitio preferente en las reuniones de la Corte.

Informado Abu Salim de que todos nosotros carecíamos de medios de subsistencia por haber sido despojados de nuestros bienes, el magnánimo monarca magrebí nos concedió rentas suficientes para vivir con desahogo.

Conmigo fue especialmente generoso. Cursó órdenes para que se me pagase una pensión mensual de quinientos dinares de plata, exentos de cualquier tributo o gabela, así como el abastecimiento de fruta, verduras o animales que necesitara para la alimentación de mi familia. Y a mi hijo mayor, Abd Allah, le concedió un puesto en la administración del Estado.

Pero no todo era sosiego en la Corte meriní. El reinado de Abu Salim estaba sacudido por fuerzas telúricas que hacían tambalear su trono. Continuamente se sucedían luchas entre príncipes pretendientes; envidias y venganzas entre visires felones y nobles codiciosos.

Apenas había transcurrido un mes de nuestra llegada a Fez, cuando fuimos testigos de un acto terrible y cruel.

Abu Salim ordenó arrestar a su visir, al-Hasan ibn al-Fududi, acusado de traición; tras someterle a terribles suplicios, como presenciar la ejecución de su esposa Súna, acusada de apropiación ilegal, fue, finalmente, condenado a muerte en la cruz.

En la misma plaza donde presencié la lucha de fieras, se levantó una alta plataforma para que el pueblo no perdiera detalle de la ejecución. El cadalso estaba montado sobre cuatro gruesos maderos de dos varas de altura. En el balcón presidencial se situaron, en primera fila de la tribuna, los sultanes Abu Salim y Muhammad ibn Yusuf, tras los cuales nos encontrábamos los cortesanos de ambos monarcas.

Una compañía de lanceros armados de largas picas formó un cordón alrededor del cadalso, conteniendo con dificultad a una marea de gente que acudía por las tortuosas calles adyacentes y lo cubría todo.

Desde nuestro privilegiado puesto, observábamos la explanada rebosante de cabezas. Mercaderes, sirvientes, alfaquíes, soldados, mendigos cubiertos de harapos, lisiados con muletas, ladrones que hacían trabajar sus ágiles dedos.

Ante la aparición del reo, acompañado de dos gigantescos verdugos vestidos de negro, el populacho rugió. El desdichado visir fue atado por las muñecas y los tobillos a una cruz de madera rugosa en forma de aspa. Un murmullo se elevó desde la plaza.

Al contemplar a aquel hombre, rico y poderoso, en un trance tan terrible, pensé

que unos días antes le había visto sentado al lado del sultán, rodeado de sirvientes. Recordé, las numerosas veces, que le había acompañado recorriendo las calles de la ciudad, seguido de un numeroso séquito, y cómo el pueblo se inclinaba a su paso. Reflexioné cómo el hombre más poderoso de la Corte, en un instante, podía dejar de serlo.

Muchas veces me he preguntado qué les pasará por la mente durante los últimos instantes de su vida a los condenados a muerte.

Lisan al-Din bajó la mirada, silencioso, como si meditara.

—Quizá se reprochan haber confiado en los falsos amigos que le traicionaron o haber cometido tal o cual error —musitó.

—O tal vez, no haber aprovechado bastante las cosas buenas de la vida —añadió Jalid.

El prisionero miró a su carcelero afirmando con la cabeza y añadió:

—Allah ofrece a nuestros ojos, cada día, todos los beneficios de su creación, sin que nosotros sepamos disfrutarlos. No nos damos cuenta de lo corta que puede ser nuestra vida.

Los verdugos empuñaron sendos martillos de cantero y la muchedumbre contuvo la respiración. Las lágrimas resbalaban por la barba entrecana del condenado a muerte. Uno de los gigantes comenzó a balancear el enorme martillo con las dos manos y descargó un golpe brutal sobre una de las piernas del reo.

El sonido de los huesos rotos resonó en la plaza y el visir alFududi lanzó un alarido desgarrador. Una ola de histeria agitó a la concurrencia.

El otro verdugo repitió la operación sobre la otra pierna y el cuerpo del crucificado se sacudió en una contorsión violenta, y se desvaneció dejando caer la cabeza.

Los verdugos comenzaron a afilar con una piedra la hoja de un alfanje; cuando estuvo listo, pasaron los dedos por el filo para comprobarlo. Uno de ellos se dirigió al condenado y agarrándole por los cabellos le levantó la cabeza que le colgaba sobre el pecho. Al-Fududi abrió los ojos y sus labios se movieron. Nunca sabremos si para maldecirnos o para encomendar su alma a Dios. El que sostenía el alfanje lo enarboló, abrió las piernas buscando la distancia adecuada y de un golpe seco y certero segó la cabeza, que su compañero sostenía por los pelos. La sangre cayó como una lluvia cálida sobre los lanceros. Con el rostro salpicado de sangre, el gigantón mostró el cráneo a la multitud, que lo celebró como un triunfo de la justicia, que colmaba sus deseos de venganza.

Estos acontecimientos, junto a los últimos vividos en Granada, influyeron en mi

decisión de apartarme de la Corte de Fez y emprender un viaje de peregrinación por diferentes ciudades magrebíes, donde pudiera visitar las tumbas de maestros virtuosos y de los antiguos reyes. En mi interior, sentía la necesidad de aislarme y cubrirme con las humildes vestiduras del asceta. Me convertiría en un caminante que huye del mundo y aceptaría con resignación las incomodidades del viaje, practicando un sacrificio que purificara mi alma.

Decidí comenzar mi peregrinación por la abrupta región del Atlas, donde habitan los poderosos señores de la tribu Hintata, en cuyos territorios descansan los cuerpos del gran sultán Abu-l-Hasan Alí, padre de Abu Salim. Y de al-Mahdi, fundador de la dinastía almohade. Para ello, tomé el camino del sur, que me llevó a Salé, allí quedó mi familia. Antes de proseguir mi andadura hacia Marrakús, envié un mensaje solicitando autorización para visitar aquellos territorios al jeque Amir al-Hintati, señor de aquellos apartados confines, persona distinguida por su ecuanimidad y buena conducta, respetado y amado de todos sus súbditos.

Al-Hantati aceptó mi petición y, haciendo un gran elogio del emirato andalusí, me cursó una invitación a su residencia de Marrakús. A mi llegada, este gran señor me abrió las puertas de su casa y me prodigó su amistad agasajándome con regalos y ofreciendo en mi honor un banquete al que asistieron escogidos comensales. Durante el ágape, mostré mi deseo de subir al monte coronado, cual ave rapaz, por las fortalezas de los Hintata, estirpe noble, conjurados en la obediencia a la dinastía de los Benimerines, hombres de palabra que arriesgan su vida antes que profanarla. El jeque Amir al-Hantati se mostró favorable a mi deseo y dispuso una escolta de hombres de su plena confianza, para que me acompañasen, proporcionándonos monturas adaptadas a aquellas tierras agrestes.

Tres días después de mi llegada, iniciamos la marcha hacia el gran Atlas. Ante su imponente presencia, fuimos al encuentro de un valle donde se respira una brisa fresca procedente de las nieves que velan las cumbres. Tomamos una empinada ladera que conducía a un acantilado sobre el borde de un río, sombreado por viejos álamos, sauces y alcornoques. Cabalgamos por un sendero húmedo y resbaladizo, entre riscos con ranuras talladas en la pared de granito. El río serpenteaba abajo a una distancia aterradora. Traté de no mirar hacia el abismo, donde caían los guijarros que se desprendían al paso de nuestras cabalgaduras.

Seguimos adelante sufriendo el vértigo sobre el hondo y caudaloso río, de corriente impetuosa y atronadora, pero de aguas azules y transparentes. Cruzamos parajes invadidos por frondosas arboledas, entre enormes peñascos donde dormitaban los lagartos. A los flancos de la corriente, emergían riscos elevadísimos y senderos ondulantes que se perdían entre colinas.

Estábamos ya próximos a alcanzar la cima, cuando apareció una multitud que rodeaba a su gran señor, el jeque Abd-l-Aziz al-Hintati, hermano del honorable jeque

Amir, que tan hospitalariamente nos acogió en Marrakús, y con el que comparte hermosura de rostro, dignidad, hombría de bien y riqueza.

Abd-l-Aziz se mostró afable y acogedor, y nos condujo hasta una planicie donde se erguía una magnífica tienda de alto fuste, forrada de pieles de color azafrán y adornada con bellas alfombras sobre las que descansaban almadraques de alvexí, y mesas bajas de madera de cedro con incrustaciones de marfil y remaches dorados. En los rincones, lucían lujosos braseros que desprendían diversos perfumes. Una vez instalados, nos aliviamos del calzado y se nos obsequió con una copiosa comida.

Nuestra capacidad de asombro fue superada al contemplar los ataifores cubiertos con ricos manteles repletos de utensilios de cobre, aguamaniles y vajillas doradas que ofrecían pescados y volatería aderezados con especias, vinagre y azafrán. Siguieron bandejas conteniendo un aromático kabab, compuesto de carne de cordero troceada y adobada. Y a continuación llegaron los postres: cestillos de mimbre cargados de frutas y cuencos tallados con dulces variados, algunos rellenos de higos y enfriados con nieve, y otros elaborados en fritura. Todos estos manjares eran servidos por una pléyade de sirvientes negros, pulcramente vestidos, que se movían silentes y raudos.

Aún no había concluido el ágape cuando anocheció, y continuamos la velada flanqueados por los destellos que emitían las velas de los candelabros de latón dorado y deleitándonos con pastelillos de miel.

Mucho se habló en aquella velada de lo que aconteció, tiempo atrás, en aquel lugar. Recordamos el triste final del sultán meriní, Abu-l-Hasan Alí, que Allah lo tenga a su lado, que pasó sus últimos días en aquellas montañas, lejos de su familia, con el corazón embargado por la aflicción, con los ojos anegados de lágrimas, cargado con la culpa de sus descalabros militares. La derrota que sufrió contra los cristianos en el río Salado marcó el declive de este gran rey, abandonado por sus amigos y destronado por su propio hijo Abu Inan.

Cuando todos le dieron la espalda al desdichado sultán, acudió solícito en su auxilio nuestro anfitrión, el noble jeque Abd-l-Aziz al-Hintati, que le acogió en sus inexpugnables dominios, resguardándole de sus enemigos, trocando su precaria situación en desahogo. Gracias a su favor, el piadoso sultán disfrutó de bienestar hasta su muerte. Allah le concedió una corta agonía y se lo llevó una noche, antes de despuntar el día. El sitio donde yace su cuerpo fue cubierto con guijarros y hasta allí acuden en peregrinación sus fieles servidores.

Al día siguiente, me propuse visitar la tumba del desventurado sultán. El camino era áspero y penoso como un dolor. Tras cruzar abismos por precarias pasarelas que cortaban la respiración, llegamos al fin a nuestro destino. Asentada sobre pilares formados con piedras y adobe, apareció una casa amplia pero sencilla y sin ornamentos. La sala donde murió el sultán Abu-l-Hasan Ali, que Allah se apiade de él, estaba enyesada y pintada de rojo. Junto a la tumba, cubierta de humildes

guijarros, nos sentamos a recitar el Corán y a rogar por su alma.

Ese mismo día, partimos hacia la mezquita donde yace el Mahdí, Ibn Tumart, fundador del imperio almohade en Tinmall. Todo allí era humilde y sencillo. Aquel hombre, que llegó a poseer alcázares, vivió sus últimos días en una casa humilde como un nido de pájaros. El poderoso Mahdí, cuya doctrina impulsó a sus guerreros hasta Córdoba, Sevilla, Granada, Ifrigiya y todo el Magreb, y con la fuerza de Allah, consiguió la gloria conquistando tierras y persiguiendo sectas, se conformó con lo mínimo y prescindió de todo boato y lujo.

Hacia el medio día, abandonamos aquel paraje y descendimos a la hondura de un valle. Acampamos para tomar un descanso en un lugar que invitaba al reposo, sombreado por árboles y regado de manantiales de agua que corría sonora entra peñascos. Luego fuimos invitados a la noble morada donde habitan aquellos señores.

Sobre una explanada, se extendía un campamento formado por lujosas tiendas, cuyos dueños rivalizaban para que las visitásemos y, en cada una de ellas, nos colmaban de comida. En el interior pudimos contemplar magníficos tapices, almohadones y cobertores de brocado y objetos de marfil, oro y plata. Sobre las paredes de la tienda colgaban espadas en fundas repujadas de piedras preciosas. En alacenas reposaban libros antiguos y estuches de seda con adornos de oro puro conteniendo el sagrado Corán.

Al banquete que nos ofrecieron no pudo asistir el jeque al-Hintati, al sentirse indispuesto, lo que nos entristeció por tenerlo que dejar postrado en el lecho, como rehén de sus achaques. Antes de retirarnos a descansar me obsequiaron con excelentes regalos. Ante aquellas muestras de generosidad, fui incapaz de mostrar el agradecimiento que merecían.

Al día siguiente emprendimos la marcha. El jeque, ya repuesto, nos despidió y ambos lamentamos nuestra separación. ¡Haga Dios que abunden personas como él, y permita que su posteridad herede el poder en aquellas tierras!

Después dirigí mis pasos hacia la bella Agmat, que alberga lugares históricos. Mi intención era visitar las tumbas de mis compatriotas, Mutamid, sultán de la dinastía Abbadí de Sevilla y Abd Allah ibn Buluggin, último emir de la dinastía Zirí de Granada; ambos destronados y desterrados a Agmat por los Almorávides.

No sabiendo dónde se hallaban las tumbas, deambulé por sus calles desorientado, como un Corán en la casa de un ateo. Atraído por un extraño alminar cónico que se elevaba entre los edificios, me dirigí a la mezquita, donde un anciano alfaquí me condujo por un angosto camino, fuera de la ciudad, en dirección a poniente, hasta un cementerio tapiado por un muro rectangular, algo más alto que un hombre. El anciano me señaló dos tumbas y me dijo: «Aquí yacen los cuerpos del sultán de Al-Ándalus y de su favorita Itimad, la liberta rumiyya, por cuyo amor su corazón palpitaba sin reposo».

La tumba de Mutamid se hallaba sobre un montículo, donde crecía un azufeifo loto. Embargado por la emoción, improvisé un poema y recé una plegaria por el alma de Mutamid, el sultán poeta. Durante los cuatro años de su duro destierro, compuso bellos poemas en los que expresó el dolor que le producía su humillante situación y la amargura desgarradora que le causaba el alejamiento de su amada Sevilla. Con lágrimas en los ojos, Mutamid evocaba los verdes olivares del Aljarafe, el perfume de los naranjos y los blancos barrios de Triana. La inmensa diferencia entre la civilización que dejó y la barbarie en la que le obligaban a vivir, le hundía en la melancolía. Le habían arrancado de su palacio y le dieron como hogar una choza. Mutamid murió a los cincuenta y cinco años, aplastado por la tristeza.

Después, me dirigí al lugar donde permanecía enterrado el otro desafortunado monarca andalusí: el granadino Abd Allah ibn Beluggin ibn Badis, ¡Dios tenga misericordia de él!, haciendo lo propio ante su sepultura.

De regreso a la mezquita, el imán me alojó en su casa y me regaló un manuscrito del difunto sultán granadino; unas memorias escritas de su puño y letra durante el destierro, en las que cuenta sus días de reinado y las desafortunadas circunstancias que lo llevaron a ser destronado. El estilo de su relato me sorprendió gratamente.

Abandoné Agmat y regresé a Marrakús. El sol fundía en oro a la imponente urbe erigida por los almorávides. La ciudad se levanta sobre un exuberante oasis, vigilada por las cumbres nevadas del Atlas y protegida por sus púrpuras murallas, tras las que asoma el alminar de la grandiosa Kutubiyya.

Decidí pasar allí el invierno, pues es la estación en que las flores sonríen en Marrakús, los arroyos serpentean inquietos, como un caminante que desconoce el camino, y las palmeras balancean sus ramas sobre la hierba cual paraíso creado por Dios.

Tras la dulce primavera, el estío anunció su llegada, cubriendo el cielo con velos de arena. Partí de Marrakús cuando la atmósfera se tornó densa y ardiente. En aquellas latitudes los caminos son resecos y polvorientos. El calor levanta sobre el horizonte reseco vapores inciertos y las fiebres persiguen al hombre como el avaro ansía la fortuna.

Huyendo del castigo del sol, me dirigí a la ciudad costera de Safi. A pesar de su proximidad al mar, el calor no daba tregua, un sol incandescente reafirmaba su poder sobre la brisa marina, las noches caían pesadas como un manto que asfixia y embota los sentidos; los escorpiones merodean las alcobas, se mimetizan en la oscuridad y trepan hasta las camas para desventura de los fatigados caminantes.

Sin apenas descanso, pues los mosquitos y el sudor ahuyentan el sueño, tomé el camino del norte en dirección a Dukkala y Azemmur, visitando santuarios, bibliotecas y escuelas donde encontré prestigiosos y doctos maestros.

Tras mi periplo viajero por el sur del Magreb, llegué a Salé. Esta ciudad bañada

por el gran mar, apacible y bien abastecida fue la elegida para establecer mi residencia en el exilio. Allí, frente al mar, me sentía tranquilo.

Salé goza de ciertos privilegios que le son otorgados por los sultanes de Fez, posee una buena Madrasa, cuenta con hospital y acogedoras mezquitas, aunque escasea el agua.

Mi señor, el sultán de Granada y sus cortesanos se habían instalado en Fez y sé, de buena tinta, que a Muhammad le había irritado que me apartase de ellos, mas yo prefería permanecer al margen de cualquier actividad política y esto sólo lo conseguiría en un lugar sosegado, lejos de las rivalidades cortesanas. Por otra parte, mi experiencia me decía que la llegada de un exiliado, al principio suscita curiosidad y afecto, pero pasados los primeros días, la presencia del desterrado molesta.

Desde mi apartado refugio, me mantenía informado de cuanto acontecía en la Corte de Fez por medio de una activa correspondencia con mis amigos Ibn Marzuq e Ibn Jaldún. Ellos me relataban las actividades de los andalusíes en la Corte de Abu Salim. Algunos de ellos, como el ambicioso Ibn Zamraq, aprovecharon las influencias de personajes que goza han de prestigio en la Corte meriní, para medrar y conseguir títulos.

También me llegaron rumores de que entre mis compatriotas granadinos crecía la animadversión hacia mí. Y llegué a tener el presentimiento de que tramaban mi muerte. Era una idea de la que, durante un tiempo, no lograba liberarme. Después, conseguí olvidarme, pero en mi memoria quedó grabada la intuición de que algún día sería victima de su odio cruel. Y mira cuán cierto es, aquí estoy, Jalid, en este inmundo calabozo, a la espera de que, los que un día fueron mis amigos, decidan sobre mi vida.

Durante mi estancia en Salé compuse varias obras, entre ellas un tratado de medicina cuyo título es «La esperanza del que emplea su talento médico a favor de aquél a quien ama». Así como una obra histórica sobre la dinastía meriní, ambas dedicadas al sultán Abu Salim, que me recompensó doblándome la pensión asignada y concediéndome la propiedad de tierras en Salé.

En esta pequeña urbe, tranquila y apacible, logré terminar mi obra: «Nufadat al-yirab wa-ulalat al-igtirab» [sacudida de alforjas para entretener el exilio], donde plasmé mis experiencias durante mi viaje por el Magreb. Y también una obra médica sobre el tratamiento de los venenos. Fue muy divulgado un trabajo en estilo de *maqáma*, una forma expresiva, muy en boga entre los escritores de mi tiempo, que consistía en escribir un relato en prosa rimada y que titulé: «Miyar al-ijtiyar fi dikr almaahid wa-l-diyar». Se trata de una descripción geográfica e histórica de diferentes ciudades andalusíes y magrebíes.

Jalid apenas si entendía algo de todo aquello, pero le llamó la atención lo de escribir

en prosa rimada, e interrumpiendo al prisionero quiso saber:

—Disculpa mi ignorancia, pero ¿acaso hay otras formas de escribir que no sean las que se utilizan en las cartas y documentos?

—En efecto, Jalid, así como hay varias formas de hablar, también existen diferentes formas de expresión en la escritura. Se puede escribir en prosa, que es la forma habitual, o en verso. La *maqáma*, en prosa rimada, podríamos decir que es una mezcla de ambas. Se invierte el orden de las palabras para que rime una frase con otra. Esto supone un esfuerzo añadido para el escritor, por lo que es muy valorado por los lectores.

A propósito de este último trabajo, un alfaquí me pidió que hiciera un parangón entre dos ciudades, una andalusí y otra magrebí, que, según su parecer, eran semejantes: Málaga y Salé, ambas costeras, prósperas y bien protegidas. Mucho me temo, que el resultado de mi juicio no le complació en absoluto al alfaquí de Salé.

Como observador fiel, que conoce ambas ciudades por haber vivido en ellas, sólo Allah sabe que quise ser imparcial, aunque pudo pesar en mi valoración la inmensa nostalgia del exiliado. En cualquier caso, en esta comparación no se puede evitar que el platillo de la balanza caiga del lado de la ciudad andalusí.

Málaga, ¡qué Allah la proteja!, tiene ventaja en todo. Está protegida por murallas dobles y bordeadas de un foso que encierra a una ciudad imponente y una alcazaba grandiosa. Abundan los palacios y los jardines donde el agua dulce corre por doquier, sus calles son bulliciosas y en sus zocos, bien abastecidos, se ofrecen tisús de oro, muselinas y brocados.

Salé, siento tener que confesar, tiene un recinto amurallado pobre y falto de restauración. El agua escasea y, en caso de asedio, carece de aljibe. La tierra es pobre y el calor marchita los pastos. Muchos de sus barrios están formados por chozas de caña, establos y gallineros. ¡Juro por Dios, que cualquiera de los arrabales de Málaga está más poblado que toda la ciudad de Salé!

Pese a todo, me sentía bien en esta acogedora ciudad, con sus calles silenciosas, sólo alteradas por el eco sordo del paso de los borriquillos. Donde los ojos negros de las mujeres brillan como ascuas en la noche y los hombres, tanto adinerados como mendigos, transitan siempre altivos. Al atardecer, sentado frente al mar, dejaba que me acariciase la brisa y mi espíritu se reconciliaba con la naturaleza al contemplar el dulce agonizar del día.

Lisan al-Din se sumió en un prolongado silencio, que rompió con un suspiro profundo. Entonces, una ráfaga de luz taladró el respiradero de la mazmorra, anunciando el comienzo de un nuevo día.

Lisan al-Din dijo a su carcelero:

—La próxima noche te contaré cómo un ser despreciable, inculto, zafio, carente de oratoria, de ademanes groseros, falto de escrúpulos y sumamente despiadado, se apoderó del trono de Granada.

13

BIEN entrada la noche, Jalid se dirigió a la celda del prisionero andalusí dejándose envolver por las sombras plomizas que inundaban la mazmorra. El cautivo emergió de la oscuridad de su celda y se acercó lentamente hasta que el contorno de su figura, con las ropas sucias y envejecidas, quedó expuesto a los ojos del carcelero.

El largo encierro comenzaba a hacer mella en el preso, y el rostro de Lisan al-Din aparecía pálido y demacrado.

Jalid rompió el silencio con el saludo habitual:

—La paz sea contigo.

Detrás de los barrotes sonó la voz apesadumbrada del prisionero:

—Contigo sea la paz.

—Pareces cansado. ¿Podrás contarme la historia que me anunciaste ayer?

—A pesar de este infierno, Allah, el Compasivo, me sigue ayudando con su fuerza. Tu presencia, Jalid, alivia mi soledad y cada noche espero impaciente este momento. Quiero, amigo mío, que seas mi compañero de viaje en esta travesía por el tiempo de mi memoria.

Pues bien, como recordarás el sultán depuesto, Muhammad ibn Yusuf, se encontraba exiliado en Fez, pero en su mente sólo tenía una idea y en su corazón una determinación: recuperar el trono de Granada.

Por diferentes fuentes sabíamos que las cosas en Al-Ándalus iban de mal en peor. Por entonces, recibí una carta del juez Abu-l-Hasan al-Nubahí, que había quedado en la Corte granadina, sirviendo al usurpador, pero cayó en desgracia y huyó a Ceuta. Desde allí me escribió pidiéndome ayuda. Me rogaba que intercediera por él ante Muhammad, a fin que éste le exculpara su falta de lealtad por no haber renunciado a su cargo, tras el golpe de Estado. Atendiendo a la petición del que, entonces, era mi amigo, me trasladé desde mi apacible retiro en Salé hasta Fez, donde hice las gestiones pertinentes, y al-Nubahí fue perdonado. Este juez caído en desgracia, que tantos favores me adeuda, es el mismo que ha redactado la orden de mi persecución y encarcelamiento. Pero sigamos con la historia.

Muhammad ibn Yusuf estaba ávido de noticias y llamó a su presencia al juez granadino, para que le pusiera al corriente de los últimos acontecimientos de su añorado reino. AlNubahí suplía la deformidad de su cuerpo, poseía un torso de gigante sobre unas piernas cortas y arqueadas, con una habilidad especial para la oratoria que manejaba con sagacidad y conveniencia.

El juez nos sorprendió a todos con la noticia de que el arráez Abu Abd Allah, el Bermejo, promotor de la conjura contra Muhammad, se había hecho proclamar sultán de Granada.

Muhammad ibn Yusuf le pidió más detalles sobre el nuevo golpe de Estado y al-Nubahí, con estudiado dramatismo, nos relató los sangrientos sucesos acaecidos en la Corte granadina.

El usurpador Ismail era un emir falto de energía y carácter; Allah no le concedió el don de la sabiduría ni para defender sus intereses ni los del reino. Su reinado fue efímero y su estrella se apagó veloz.

Una vez que Ismail, inexperto e indolente, subió al trono, su taimado primo, el arráez Abu Abd Allah, el Bermejo, lo apartó de los asuntos de gobierno y le mantenía ocupado con juegos y zambras; le organizaba fiestas libertinas en las que mancebos complacientes divertían y colmaban los deseos ilícitos del pervertido sultán. Ismail se convirtió en un monarca amorfo, que repartía sus actividades entre orgías y banquetes.

El Bermejo prohibió el acceso de los consejeros al emir y mantenía a éste aislado en la Alhambra, mientras él adquiría prebendas, influencias y poder en beneficio propio. Mediante la mentira y la inmoralidad conseguía adeptos, entregándose al pecado de la bebida, elevando a puestos relevantes a los aduladores, hasta rodearse de una corte de indeseables que lo encumbraron a lo más alto. En Granada no se movía la hoja de un árbol sin su consentimiento. Sólo le faltaba un escalón para culminar la cima de su ambición. Y el primer paso, para deshacerse del incauto sultán, era sobornar al fatuo visir Muhammad al-Fihrí.

Al-Fihrí había sido elevado a la dignidad de visir por el sultán Ismail, el mismo día de su coronación; pero el desleal y ambicioso visir se confabuló con el Bermejo para echar a perder al sultán, sin que éste le hubiera hecho daño alguno. Esta felonía no quedaría impune y al-Fihrí tendría un final trágico.

Aquella noche de verano densa y calurosa, las calles de Granada aparecían repletas de gente. Durante el día, un viento abrasador había penetrado en las casas convirtiéndolas en auténticos hornos y al anochecer, los granadinos abandonaron sus hogares en busca de la brisa del río.

En el interior de la torre de Abu-l-Hayyay [Peinador de la Reina], desde la cual se disfruta de una vista espléndida sobre la ciudad y a cuyos pies corre brioso el Darro, hay un suntuoso aposento de planta rectangular con zócalos primorosos de cerámica vidriada tachonada de pinturas de lazo compuestas con panes de oro y lapislázuli, donde el sultán Ismail disfrutaba de una fiesta organizada en su honor por su visir y hombre de confianza al-Fihrí.

En aquella noche serena y cálida, el rumor del río se confundía con las voces de la medina. La algarabía que provenía del bullicioso barrio del Albaycín llegaba hasta las

estancias del sultán, donde, ante una mesa bien surtida de exquisitos manjares, se entregaba al vicio y al desenfreno en compañía de una docena de jóvenes alocados ávidos de placeres prohibidos. El humo del incienso y el hachís envolvía la atmósfera de la sala, en la que dos muchachos desnudos bailaban al son de una música lánguida, que surgía de las dulzainas de una orquesta de músicos ciegos. En tanto que el sultán, perfumado, empolvado, con los ojos ribeteados de kohl, vistiendo una túnica de seda púrpura y luciendo su larga melena negra trenzada con hilos dorados, presidía el banquete recostado sobre almohadones de brocado, junto a un joven tendido a su lado, al que acariciaba los genitales con su mano regordeta y enjoyada.

Su primo y yerno, el arráez Abu Abd Allah, el Bermejo, cercó la torre con un ejército de hombres bien armados. El visir al-Fihrí, guardián de la puerta, facilitó a los rebeldes la entrada a la antesala donde se encontraba el despreocupado Ismail. A la hora convenida, los sicarios del Bermejo irrumpieron en la sala, ante la sorpresa del sultán y sus invitados, que empezaron a gritar y a correr buscando una salida. Ismail, descalzo y medio desnudo, al verse atacado, escapó por una puerta secreta que, a través de una escalera, llegaba hasta el adarve de la torre, al que se accedía por una trampilla que el sultán cerró a sus perseguidores.

Desde lo alto de la torre, Ismail comenzó a gritar pidiendo socorro a la gente que vivaqueaba a la orilla del río. Al oír los gritos de auxilio, se congregó un numeroso grupo de hombres, mujeres y niños al pie de la muralla; mas ninguna de aquellas personas podía prestarle ayuda alguna, ya que se trataba de artesanos, campesinos y comerciantes.

La brisa procedente del río soplaba entre las ramas de los álamos y el sultán divisaba las fogatas que poblaban la colina del Albaycín, semejante a un enjambre de luciérnagas. Encerrado en la torre, Ismail esperó en vano a que alguien le socorriera, mientras los cerrojos de la puerta comenzaban a ceder a los violentos golpes de sus perseguidores.

Viéndose rodeado y sin ayuda, decidió entregarse con la condición de que estuviera presente su primo Abu Abd Allah. El incauto sultán pensaba que apelando a su parentesco con el Bermejo, conseguiría clemencia. Pero una vez que se rindió, su implacable primo le increpó, echándole en cara su vida vacua y su comportamiento inmoral e indigno.

Descalzo y humillado, Ismail fue arrestado y arrojado a la mazmorra de los delincuentes. Instantes después, el Bermejo dio orden de que lo mataran. Los esbirros aprestaron sus espadas y se dispusieron a cumplir el mandato del jefe de la revuelta. Entraron en el calabozo y cortaron la cabeza del que era su emir. Enarbolando el cráneo como un trofeo, los verdugos subieron a lo alto del torreón y lo arrojaron a la gente; la misma que había acudido al oír las voces angustiadas del sultán. La cabeza cayó sobre la multitud y un hombre la agarró por su abundante cabellera y la lanzó al

río. La turba gritaba regocijada, como si de una cruel diversión se tratara.

Con el fin de que no hubiera impedimento alguno para proclamarse sultán de Granada, el sanguinario arráez ordenó asesinar al pequeño príncipe Qays, que se encontraba durmiendo en su lecho.

La noticia de la muerte del sultán corrió como el viento por toda la ciudad y una muchedumbre, entre incrédula y curiosa, se agolpó a los pies del torreón. Los sicarios del Bermejo se asomaron por las almenas que coronan la torre y al escuchar el clamor de la gente, arrojaron al vacío los cuerpos decapitados de los dos hermanos, Ismail y Qays.

Esto ocurrió en la noche del vigésimo séptimo día del mes de Xabán del año 761 de la Hégira [13 de julio de 1360]. ¡Que Allah, el Clemente, se apiade de ellos!

Aquella misma noche, el traidor Abu Abd Allah Muhammad, conocido como el Bermejo, se hizo proclamar sultán de Granada y tomó el título de: al-Galib bi-llah [el Vencedor por la ayuda de Allah]. ¡Que Allah le juzgue por semejante blasfemia!

Cuando se emprende el camino de la perfidia, siempre se cree que el trayecto será fácil; se superan con cierto placer los primeros obstáculos, pero pronto el camino se estrecha, la ruta se difumina y el sendero se pierde entre las ciénagas.

El reinado del Bermejo sumió a Granada en las tinieblas de la tiranía y el terror.

Los crímenes de Estado siempre resultan funestos para sus autores y un mes después del asesinato del sultán y su hermano, le llegó la hora al visir al-Fihrí.

El Bermejo se había servido de él para alcanzar el poder, pero ya no lo necesitaba y el visir se había convertido en un testigo incómodo del sangriento golpe de Estado. En aquella Corte corrupta, no podía sobrevivir alguien que sabía demasiado.

Un juez alegó pruebas contra el visir, por unos escritos comprometedores que hacían referencia a confesiones secretas entre éste y el sultán de Fez. La inculpación era gravísima, pues se le acusaba de alta traición.

Al-Fihrí reconoció su falta y pidió perdón, pero sus disculpas no fueron aceptadas; y el visir, junto a sus cómplices, un primo suyo y los hijos de ambos fueron prendidos y, cargados de cadenas, les llevaron a la ciudad costera de Almuñécar. Los prisioneros creían que serían encerrados en el castillo, pero ante su sorpresa, los soldados que les custodiaban les hicieron subir a una barca con el casco agujereado, les ataron de pies y manos, y les introdujeron en el mar, donde perecieron ahogados. Y nadie lloró por ellos, ni en los cielos ni en la tierra. ¡Que Allah el Misericordioso nos libre de semejante desgracia!

Todos estos acontecimientos eran seguidos con sumo interés en la Corte de Fez.

A Muhammad ibn Yusuf le dolía ver en qué manos había caído su reino. Se sentía, cada vez más, aquejado por la nostalgia de su amada Granada. Al observar a mi señor sumido en la tristeza, le pedí que tuviera fortaleza de espíritu; debía soportar con entereza aquella situación y confiar en Dios, pues todo hombre tiene escrito su

destino y tarde o temprano se cumpliría. Le aconsejé resistir, ya que como reza un viejo proverbio: «Quien sobrevive a su enemigo, aunque sea un solo día, habrá conseguido la victoria».

Sabíamos que la alta nobleza andalusí no apoyaba al Bermejo. No le perdonaban el asesinato del sultán Ismail y el infante Qays. Y los ademanes groseros y sus costumbres poco refinadas cosechaban toda clase de críticas y rechazos de las clases elevadas. Gobernaba con absoluta arbitrariedad, insultaba, arrestaba y no toleraba que se discutiera su autoridad. Pero también las clases bajas sufrían su tiranía. Aquel sultán zafio e inculto interpretaba la ley a su manera. Subió los impuestos para contentar a sus compinches con prebendas y sueldos elevados. Exprimía al país con avidez, oprimiendo al pueblo. Despiadado a la hora de imponer castigos, sus súbditos vivían aterrados e indefensos bajo un régimen despótico e injusto. Sólo mantenía el apoyo de un puñado de incondicionales, que le debían sus fortunas y temían caer en desgracia y ser enviados a las mazmorras o al cadalso.

Muhammad ibn Yusuf decidió que era el momento propicio para iniciar la actividad diplomática necesaria, que le permitiera dar los primeros pasos para reconquistar su reino.

La maquinaria diplomática que puso en marcha Muhammad, pronto dio sus frutos. Un emisario de Fez, enviado a la Corte de Castilla, informó de que el Bermejo que, al subir al trono, se había comprometido a firmar un tratado de paz con el rey castellano, había pactado en secreto una alianza con el rey de Aragón para luchar contra Castilla. Esto enfureció al castellano, que decidió declarar la guerra a Granada.

Muhammad, que mantenía excelentes relaciones con Pedro I de Castilla, recibió una carta de éste, en la que el monarca castellano se declaraba defensor de sus derechos legítimos como sultán de Granada, y negaba todo reconocimiento al nuevo rey granadino por haber usurpado el trono, desposeyendo al auténtico heredero, contra todo derecho y razón.

En otra carta, don Pedro solicitaba al sultán de Fez, Abu Salim, el permiso necesario para que «don Mahomed» se trasladase, cuanto antes, a Al-Ándalus con el fin de ayudarle a recuperar el trono.

Esto era mucho más de lo que esperaba mi señor, que se mostraba entusiasmado y dispuesto a emprender el ansiado retorno a su reino. Pero surgió un problema inesperado. Abu Salim se negó a que el granadino abandonase Fez.

Muhammad ignoraba que Abu Salim había firmado un acuerdo con el Bermejo, por el cual éste encarcelaría a los príncipes meriníes que le disputaban el trono de Fez y que residían en Granada, a cambio de que Abu Salim impidiera el regreso de Muhammad a Al-Ándalus.

Mi señor estaba desolado e informó al rey de Castilla de los motivos que le impedían salir de Fez.

La respuesta de don Pedro no se hizo esperar; amenazaba con apoderarse de las plazas que los meriníes mantenían en el reino de Granada, al tiempo que ordenaba a sus barcos de guerra cruzar el estrecho y desembarcar en la costa africana. Ante la determinación del rey castellano, Abu Salim cedió, y permitió que las galeras castellanas arribaran a la ciudad de Ceuta, donde embarcaría el depuesto sultán.

El regreso de Muhammad a Granada era inminente, y éste reclamó mi presencia, invitándome a que le acompañase en su retorno. Pero yo tenía otros planes. Muhammad, para reconquistar su reino, necesitaría guerreros y yo no era un hombre de armas. Le rogué que me permitiese quedarme en el exilio y ocuparme de su hijo, el príncipe heredero Yusuf que, por el momento, quedaría en la Corte meriní. Además, añadí mi propósito de realizar la peregrinación a La Meca. Mi soberano, aunque renuente, cedió a mis deseos y me expresó su pesar por no contar con mi presencia en este viaje.

El día de su partida, Muhammad se levantó antes del amanecer; febril por partir cuanto antes, apremiaba a sus sirvientes para que tuvieran listo todo lo necesario para el viaje.

Abu Salim organizó una gran parada militar para despedir al emir granadino. Muhammad, impaciente, apenas terminó el desfile, montó una preciosa yegua torda, enjaezada de terciopelo carmesí, y se puso en camino rodeado de los andalusíes exiliados, escoltado por tropas meriníes y acompañado por el sultán de Fez hasta las puertas de la ciudad, donde éste se despidió cordialmente, besando las mejillas de su huésped y amigo.

Muhammad se mostraba radiante al frente de su séquito y sus más estrechos colaboradores: Ibn Kumasa, Ibn Zamrak, Ibn Rahhú y al-Nubahí.

A uña de caballo, enfilaron el camino de Ceuta. El sultán no permitía detenerse ni para orinar, los lanceros se aliviaban sin descender del caballo. Forzaron tanto la marcha que algunas cabalgaduras reventaron de fatiga.

En Ceuta esperaban las naves cristianas y Muhammad se apresuró a embarcar. Al instante se hicieron a la mar, dirigiéndose a Gibraltar. Allí, recibió a los emisarios del rey de Castilla, que le condujeron hasta Sevilla, donde tuvo lugar el encuentro entre los dos monarcas.

Don Pedro dispensó al granadino una entusiasta acogida y ambos sellaron una sincera amistad. El rey cristiano se mostró extremadamente generoso, y prometió toda la ayuda necesaria para que Muhammad reconquistara su reino, sin exigir compensación alguna. El castellano despejó cualquier recelo del granadino, asegurándole no abrigar pretensiones sobre Al-Ándalus. Tan solo pretendía expulsar de Granada al usurpador y mantener una paz duradera con Muhammad y sus descendientes. Y como muestra de esta amistad, le adelantó un préstamo de treinta mil dinares de oro para financiar los primeros gastos de guerra.

Muhammad se mostró muy complacido por el gesto tan altruista del cristiano y, con su numeroso séquito y cuatrocientos jinetes beréberes, se dirigió a la ciudad de Ronda, que por entonces pertenecía al sultanato de Fez. En esta ciudad, Muhammad estableció provisionalmente su Corte, nombrando visir a Ibn Qumasa, como secretarios a Ibn Zamraq y al-Nubahí, y como jefe militar a Ibn Rahhú.

Ronda fue el punto de partida de su lucha contra el poder oscuro del falsario. Y lo hizo por tierra y mar. Abu Salim le ayudó con seis barcos de guerra y Pedro de Castilla con cinco, que atacaron las costas granadinas.

Al enterarse el Bermejo de que Abu Salim había permitido a su enemigo salir de Fez y además ayudarle con tropas y barcos, decidió vengarse enviando al Magreb a los príncipes meriníes retenidos en Granada, a fin de provocar una guerra civil.

Y vaya si lo consiguió. No había transcurrido un mes de la salida de Fez del exiliado sultán granadino, cuando estalló una revuelta contra Abu Salim. Su visir Umar al-Yubbani encabezó la sedición contra su soberano, para poner en el trono a un príncipe, débil mental, que permitiría al ambicioso visir hacerse con el poder.

Al-Yubbani, que había presenciado la terrible ejecución en la cruz de su antecesor en el cargo, preparó bien el golpe y Abu Salim tuvo que huir de Fez, pero fue capturado y al-Yubbani ordenó asesinarlo. Los verdugos se presentaron en la Corte con la cabeza del desdichado sultán y, en el salón del trono, con el siniestro trofeo clavado en una pica presidiendo la ceremonia, el visir tomó juramento a los nobles a favor del hermano loco del emir asesinado, Abu Umar Tasufin.

Como recordarás, estimado Jalid, este príncipe acompañó a su padre, el gran sultán Abu-l-Hasan Alí, en la batalla del río Salado, donde Allah puso a prueba a los musulmanes, soportando aquella gran tragedia. Allí murieron mi padre y mi hermano, ¡qué Allah el Misericordioso los tenga en el paraíso! Los guerreros del Islam fueron derrotados y humillados, y el príncipe Abu Umar Tasufin fue hecho prisionero. El largo cautiverio del príncipe, en una oscura mazmorra, le hizo perder la razón, y con sus facultades mentales mermadas sus captores le devolvieron la libertad.

Desde mi apacible refugio en Salé, observaba, no sin recelo, las convulsiones por las que atravesaba la Corte meriní. Y he aquí, que en ese tiempo agitado y turbulento, me golpeó la desgracia y me sobrevino un acontecimiento luctuoso. Una enfermedad inesperada y grave acabó, de forma fulminante con la vida de mi esposa Iqbal, ¡que Allah la acoja en su amplia indulgencia y gracia! Su muerte llenó de congoja mi corazón y mi llanto lo plasmé en unos versos, que hice grabar sobre su tumba.

Tres meses después de enviudar, el nuevo sultán de Fez, Abu Umar Tasufin, tuvo a bien regalarme una esclava para que aliviara mi soledad y se ocupara de los asuntos domésticos.

Hind era una joven de piel blanca con cuerpo voluptuoso y una mirada dulce. Decía tener veinte años, pero su aspecto era el de una mujer madura. Su rostro

ovalado estaba surcado por las marcas que deja el sufrimiento. Sus labios finos se curvaban en un rictus enigmático y algo triste. Procedía de la isla de Sicilia y apenas hablaba árabe, pero era lista y aprendía rápido. Me contó a su manera, ayudándose con el lenguaje de las manos, cómo fue capturada por piratas turcos, que saquearon la aldea de pescadores donde ella vivía con su anciano padre, al que asesinaron; y cómo había sido violada por más de veinte hombres, hasta dejarla herida y magullada con los muslos llenos de sangre. En Esmirna fue vendida a un mercader de esclavos, un hombre despiadado y brutal, que le anudó un dogal al cuello y tiraba de ella como si de un animal se tratase. Trasladada de caravana en caravana a lo largo del desierto, llegó a la ciudad de Siyilmasa donde fue comprada por el sultán de Fez.

Al principio, se dirigía a mí con la palabra Efendi, que significa Señor en turco. La belleza de sus ojos verdes me aturdía y todos mis pesares desaparecían cuando se acercaba, buscando cobijo entre mis brazos, con su negro cabello impregnado de oleo dulce resbalando hasta su cintura. El calor vigoroso que desprendía su cuerpo joven, su pecho cálido y su vientre dócil aplacaban mis miedos y sinsabores. Cuando mis dedos resbalaban por sus caderas generosas, y ella me susurraba palabras en su lengua, que no entendía pero que sonaban dulces y sensuales, en mi interior renacía el vigor de mis años mozos.

Aunque mi cuerpo comenzaba a lamentar la pérdida de la fogosidad carnal de mi juventud, aquella muchacha me hacía percibir el deseo, que reclamaba las últimas alegrías de mi vida.

Lejos del turbulento mundo de la política, recluido en mi confortable casa de Salé, me propuse incrementar mi actividad literaria. Recopilé en una obra todas mis cartas, tanto diplomáticas como personales, entre ellas la correspondencia que mantenía con mi buen amigo Ibn Battuta, que años atrás me visitó en Granada y que, habiendo viajado y conocido las más diversas tierras y ciudades del mundo, ahora ejercía el cargo de juez en la ciudad de Tamesna, al sur de Rabat.

Continué trabajando en mi obra más extensa: «Allhata fi tarij Garnata» [Enciclopedia de la historia de Granada] que me llevó años hasta completarla. También inicié una composición histórica referente a la dinastía nazarí, que titulé: «al-Lamha al-Badriyyafi al-dawia al-Nasriyya» [Esplendor de la Luna Llena en la dinastía Nasrí].

Entregado a mi trabajo, procuraba mantenerme al margen de las intrigas palaciegas. La Corte de Fez seguía sacudida por conspiraciones y luchas de poder. El nuevo sultán Abu Umar Tasufin apenas permaneció en el trono unos meses; su mente perturbada no le hacía apto para gobernar. El poderoso visir al-Yubbani tuvo que reconocer la incapacidad del sultán y decidió sustituirlo por su hermano Abu Zayyan, que se encontraba refugiado en la Corte del rey de Castilla.

Conocidas las buenas relaciones entre Muhammad ibn Yusuf y el rey castellano,

palomas mensajeras volaron hasta Ronda pidiendo a Muhammad que intercediera ante su amigo y aliado Pedro de Castilla, para que éste accediera a la autorización de la salida urgente del príncipe Abu Zayyan. El castellano accedió gustoso a la petición de su amigo y el príncipe exiliado regresó a Fez. La buena gestión del sultán andalusí se compensó con la cesión de la ciudad de Ronda, en poder de los meriníes, al granadino.

Al oír el gorjeo de los pájaros anunciando la salida del sol, Lisan al-Din interrumpió su relato y anunció a Jalid:

—La próxima noche te contaré las vicisitudes por las que el sultán Muhammad ibn Yusuf tuvo que pasar para reconquistar el reino que, de forma vil, le habían arrebatado.

14

COMO cada noche, cuando Jalid se detuvo ante la celda del prisionero, éste languidecía tras un lienzo de sombras, con la mirada perdida en los recuerdos.

Al advertir la presencia del carcelero, Lisan al-Din se acercó hasta él y el resplandor cobrizo de la antorcha desveló la piel cenicienta de su rostro. Jalid le observó en silencio. El hombre que tenía delante era un ser desvalido y frágil. Las bolsas bajo sus ojos y el cabello canoso y sucio apenas le recordaban al personaje atractivo, de aspecto cuidado y mirada altiva, que vio el día que lo encerraron. Sus labios habían perdido la firmeza que transmitía un carácter enérgico y fuerte, y la mirada audaz se había tornado temerosa.

Lisan al-Din se sintió aliviado ante la aparición del carcelero.

—Amigo Jalid, esta noche te voy a contar la hazaña de un rey que, habiendo perdido su reino, su buena estrella se elevó a lo más alto y el manto de la protección divina cayó sobre su figura. Allah ¡loado sea!, siempre obra con justicia en este mundo y todo vuelve hacia Él en el otro. ¡No hay Dios sino Él!

—¡Allah es el más Grande! —musitó el carcelero.

—Sigamos con la narración.

Muhammad ibn Yusuf, que había instalado su Corte en Ronda, consiguió reunir a un contingente de caballeros y hombres de a pie; un buen número de granadinos que se adhirieron a su causa, y un escuadrón de jinetes beréberes reclutados en Fez. Al frente de todos ellos, Muhammad partió hacia Antequera y cuando pusieron sitio a esta importante plaza, llegó la funesta noticia del asesinato del sultán de Fez, Abu Salim. Muhammad lloró la muerte de su amigo.

Los nuevos gobernantes magrebíes dieron la orden de regresar a Fez a todas las fuerzas expedicionarias en Al-Ándalus. Muhammad, apesadumbrado, levantó el cerco de Antequera y regresó a Ronda. Sin embargo, no renunciaría a la lucha para recuperar lo que era suyo por derecho, y decidió enviar emisarios a Sevilla, a fin de conseguir el apoyo bélico de Castilla.

El rey cristiano se mostró dispuesto a convertirse en su aliado y exhortó al granadino a reunirse con él en la ciudad de Casares, al frente de sus respectivos ejércitos. Desde allí, las fuerzas coaligadas de don Pedro y Muhammad atacaron la fortaleza de Iznájar, que domina el territorio como un ave de presa, y que conquistaron al asalto.

Nada parecía detenerles, entraron en la Vega devastando cuanto encontraban a su

paso, llegando hasta el Puente de Pinos y Atarle, a tan sólo dos leguas de Granada. Pero aquellas victorias en territorio granadino, a Muhammad no le satisfacían. Le producían un sabor amargo que no le dejaba descansar. Su mente estaba gobernada por sentimientos encontrados, por una parte, un deseo irrefrenable de aniquilar al Bermejo y por otra, no soportaba el sufrimiento de ver a sus hermanos musulmanes morir a manos de los cruzados. Contemplar las banderas de Castilla flameando victoriosas y las cruces alzadas sobre los campos destruidos, le producían una tristeza infinita. Pasaba los días con la garganta atenazada por la aflicción. Se encontraban a las puertas de Granada, tenían la victoria al alcance de la mano. Pero ¿qué pensarían los granadinos, si entraba victorioso en la capital rodeado de tropas infieles?

Sin poder soportar por más tiempo aquella tortura, Muham mad decidió poner fin a los estragos, vejaciones y daños de las que eran objeto los habitantes y las tierras de Al-Ándalus, y rogó al rey cristiano abandonar la lucha y volver a sus cuarteles.

Esta decisión disgustó al rey de Castilla, que lamentó tener que abandonar aquella empresa que se prometía victoriosa; mas don Pedro comprendió los motivos que impulsaban a su aliado a suspender el ataque y se resignó a los impulsos de religiosidad y honradez de Muhammad, que se sentía incapaz de soportar los sufrimientos de los que habían sido sus súbditos, y accedió a los deseos de su amigo y aliado, no sin antes reiterar la promesa de ayudarle a recuperar el trono.

Muhammad nunca olvidaría aquella muestra de comprensión del castellano y, decidido a no ser motivo de escándalo para los musulmanes, dio orden de retirada a su tropa y retornó a Ronda.

El rey cristiano ordenó a sus generales salir del territorio granadino, pero los maestres de Alcántara y Calatrava hicieron oídos sordos y siguieron hostilizando la frontera y haciendo incursiones en la Vega.

Pasado lo más crudo del invierno, el sultán destronado, con un ejército de doscientos jinetes, salió de Ronda y atacó Málaga. Esta ciudad se consideraba la más importante después de Granada y un lugar estratégico para lograr la conquista de todo el reino.

Lo que parecía ser tarea difícil, para un ejército tan reducido, resultó que Allah, ¡loado sea!, hizo fácil su conquista y próspera su entrega.

Los habitantes de Málaga mostraron la alegría, hasta entonces reprimida, de tener de nuevo al sultán que les hizo prósperos y renegaron del sultán falsario que les causó la perdición de sus almas y sus bienes; que debilitó las defensas dispersando las tropas; que utilizó la mentira para asentar la traición. Los ojos de los malagueños mostraban agradecimiento y proclamaban cómo durante el tiempo que Muhammad había estado ausente, no habían conocido la misericordia; y las nubes benéficas de un buen gobierno no habían derramado la lluvia que hace fructificar las buenas obras, sintiéndose víctimas de un tirano.

De la misma manera que se entregó Málaga, lo hizo toda la zona oriental, declarándose a favor de Muhammad ibn Yusuf. Los castillos que, en un principio, parecían resistirse con fiereza, se sometieron sin oponer resistencia.

Cuando el Bermejo oyó que los almuédanos gritaban desde los alminares de las mezquitas de Antequera, Loja, Vélez, Comares o Alhama, proclamas a favor de su oponente, el castigo del cielo cayó sobre el traidor y éste enloqueció. El Bermejo se sentía como una fiera enjaulada. Solo y desesperado, caminaba arriba y abajo por las salas de la Alhambra. Los nobles que le adulaban le dieron la espalda, el pueblo le odiaba. Viendo cómo se desmoronaba todo lo que había conseguido con argucias y traiciones, reunió a una horda de mercenarios, y a todos aquellos que había seducido con las artes de las serpientes, y se dirigió donde se guardaba el tesoro real; saqueó las arcas llenas de oro, arrasó el palacio, se apoderó de objetos preciosos, armas de lujo, espadas de la India guarnecidas de piedras preciosas, cofres con diamantes y collares de esmeraldas, paños bordados de oro y plata; y sin previo pacto ni salvoconducto, sin guardar el ritual acostumbrado entre soberanos; en compañía de 37 aventureros, se dirigió a Sevilla, buscando el amparo del rey de Castilla.

Una vez que el usurpador salió del territorio granadino, Muhammad apresuró la marcha hacia la capital del reino.

El sábado 20 de Yumada del año 763 [16 de marzo de 1362], el Emir de los Creyentes Muhammad ibn Yusuf tomó, por segunda vez, posesión del trono de la Alhambra, donde fue aclamado por su pueblo.

Muhammad, el quinto con este nombre, iniciaba así su segundo reinado y comenzó impartiendo justicia. Algunos de aquellos indignos, que habían ocupado puestos de responsabilidad durante el reinado del tirano, huyeron de Granada. Otros, que se habían mostrado obsequiosos con el Bermejo y ahora adulaban al legítimo sultán, éste los puso en manos del verdugo.

Durante una audiencia pública, el emir reparó en un individuo que vestía una capa negra tachonada de estrellas y tocado con un alto gorro rojo. Cuando el sultán le ordenó acercarse, el extravagante personaje se arrojó al suelo y pidió clemencia. Muhammad, un tanto desconcertado, preguntó a un ayudante, quién era aquel desdichado que pedía clemencia sin haber sido condenado.

El ayudante le dijo:

—Mi señor, se trata de un adivino.

—¿Y…? —dijo el sultán girándose hacia su sirviente—. Dile que cuando necesite sus servicios le llamaré.

—Señor, es el mismo individuo que su Majestad encontró en Marbella, cuando estábamos a punto de embarcar hacia el exilio y os vaticinó que recuperaríais el trono, aunque dijo haber leído en las estrellas que, cuando esto ocurriese, él sufriría una desgracia.

Muhammad no salía de su asombro y pensó que se trataba de un chiflado, ordenando al extraño personaje levantarse, ya que no había motivo para que fuera castigado ni sufriera mal alguno. Pero el hombre del gorro rojo permanecía de rodillas, asegurando que las estrellas nunca se equivocan. Entonces se acercó al sultán el juez al-Nubahí y susurró al monarca que el tal adivino era el astrólogo Abu Yafar al-Ansarí, al que el Bermejo consultaba todas sus decisiones y el que señaló al tirano el día más propicio para dar el golpe de estado.

Muhammad reflexionó unos instantes y dirigiéndose al astrólogo decretó:

—Ciertamente mi sentencia, al igual que tu predicción, tiene dos partes, una buena y otra mala. La buena es que te perdono la vida y la mala es que serás azotado y desterrado de mi reino. Aunque he de reconocer que eres un buen adivino, pues todas tus predicciones se han cumplido.

Los guardias tomaron al astrólogo por los brazos y, cuando se lo llevaban para cumplir la sentencia, éste dio un traspié y perdió el gorro, que fue pisoteado por los guardias mientras el adivino intentaba recuperar la prenda poniéndose a cuatro patas, lo que provocó las risas de los presentes. En la puerta, se cruzaron con un secretario que anunció la llegada de una embajada del rey de Castilla.

Muhammad, gran amigo de don Pedro, no quiso hacer esperar a los embajadores y ordenó que fuesen conducidos a su presencia.

Los cristianos hicieron su entrada con los ojos deslumbrados por la belleza cegadora de la Alhambra. La comitiva estaba formada por el embajador, acompañado de un paje y treinta y siete caballeros, todos ellos ataviados con brillantes armaduras, espada al cinto y portando sobre el hombro una bolsa de terciopelo rojo. Tras las reverencias pertinentes, el embajador fue autorizado a hablar.

El emisario de don Pedro pidió al paje, situado a su lado, que le entregara una caja de plata, que éste cubría con un paño. Una vez la tuvo en sus manos, la abrió y arrojó al pavimento su contenido. Ante los asombrados ojos del sultán, un cráneo cubierto con mechones de pelo rojo como la alheña, rodó sobre las baldosas del salón; uno de los ojos del decapitado permanecía cerrado en un guiño siniestro; el otro abierto, con la pupila empañada por el velo de la muerte, contenía el horror de la tragedia.

En los rostros de los asistentes se dibujó un gesto de espanto; y murmullos de asombro y asco invadieron la sala. Repuesto de la sorpresa, el sultán levantó la mano ordenando silencio y esperó a que el embajador le diera alguna explicación.

El emisario cristiano tomó la palabra y, dirigiéndose al emir, dijo:

«En el nombre de mi señor don Pedro, rey de Castilla, con el deseo de que perdure la afectuosa amistad y se robustezca la alianza entre los dos reinos, ahí veis al que os fue desleal y traidor, y todas las cabezas de vuestro enemigos». En ese momento, los treinta y siete caballeros que acompañaban al embajador, abrieron las

bolsas de terciopelo rojo y arrojaron a los pies del sultán las cabezas de los adictos al abominable arráez. Los cráneos rebotaron sobre el pavimento, algunos con largas melenas y cabellos encrespados; de las bocas y fosas nasales de los cráneos rezumaban repugnantes líquidos, y un hedor espantoso se esparció por la sala.

El sultán se tapó la nariz y, con un gesto de repugnancia, ordenó sacar de allí aquellas cabezas lívidas y asquerosas y fijarlas en lo más alto de las murallas de la Alhambra. Y allí permanecieron varios días, sirviendo de comida a los buitres y de lección a las multitudes, que concurrían a presenciar el espectáculo que ofrecían las torres del Alcázar adornadas con un collar de cráneos putrefactos.

Muhammad obsequió a los integrantes de la embajada con un espléndido banquete, durante el cual el emisario del rey cristiano informó al sultán de los sucesos que llevaron a la muerte del felón, en Sevilla.

El Bermejo, cargado de riquezas, se había presentado en la Corte del rey de Castilla, ofreciendo un inmenso tesoro a cambio del favor real. Pensó que así podría atraerse la amistad de don Pedro. Pero Dios, que es poderoso y sabio, castigaría la perfidia del falsario.

El rey de Castilla, en asamblea secreta, consultó a sus consejeros y todos sentenciaron que aquel felón era reo de muerte por crimen de alta traición.

La suerte del Bermejo estaba echada. Don Pedro, al que llamaban el Cruel, decidió dar al usurpador una lección ejemplar de oprobio; y urdió, con refinada crueldad, el castigo. Simulando sentirse deslumbrado por las cuantiosas riquezas de su huésped, ordenó al Maestre de la Orden de Calatrava que homenajease al granadino y a los treinta y siete compinches, que le acompañaban, con una opípara cena en el Alcázar. Antes de comenzar el banquete, el calatravo, un hombre corpulento, de espesa barba negra y mirada fiera, le hizo al Bermejo una sugerencia: debía ser parco a la hora de ingerir los primeros platos, guardando el apetito para hacer los honores a un abundante y delicioso postre de dulce, que sería servido al final de la cena, ya que éste había sido seleccionado, personalmente, por el rey. El Maestre le hizo creer que ésa era la costumbre en las comidas de la Corte, cuando asistía el soberano.

La sala principal del Alcázar sevillano aparecía engalanada como en las grandes celebraciones. Los estandartes de Castilla y de las Ordenes Militares cubrían las paredes. Detrás del sillón real, colgaba un gran lienzo donde figuraban los castillos dorados y los leones rampantes del reino de Castilla. Repartidos por los muros de la sala, sobre telas de tafetán blanco, lucían los símbolos de las Ordenes Militares: la cruz gules con forma de espada de la Orden de Santiago; el peral silvestre sobre campo de oro del blasón de los de Alcántara, junto a la cruz verde de la misma Orden y, por supuesto, la gran cruz griega con las puntas flordelisadas carmesí de los calatravos.

Comenzó la cena y con indisimulada aflicción, el Bermejo se limitó a sorber, un par de veces, del tazón que contenía una humeante sopa de trucha del Guadalquivir. Los jugos gástricos del arráez se despertaron violentamente al inhalar los aromas de las perdices escabechadas que los sirvientes pusieron sobre la mesa. Incapaz de resistir, alargó la mano y agarró media ave, pero la reprobadora mirada del calatravo le obligó a soltar la presa y a conformarse con un alita que chupó con avaricia comiéndose hasta los huesos; luego, de forma solapada, mirando a un lado y otro, movió el brazo disimuladamente con la intención de apropiarse de un muslo de la apetitosa perdiz, pero, en ese momento, los sirvientes retiraron las fuentes y su mano quedó inerte en el aire. A continuación, le pusieron delante una cazuela con los cuartos traseros de un cordero asado en salsa de hierbas aromáticas. Los intestinos del Bermejo comenzaron a emitir unos ruidos extraños y por la comisura de los labios empezaron a fluir las secreciones que producían sus glándulas salivares. Tomó un trozo de pan y lo mojó, tímidamente, en la salsa; lo masticó lentamente y el sabor del tomillo le hizo suspirar de placer. Intentó calmar a su estómago, que le exigía engullir una de aquellas patas de cordero cubiertas de crujiente y dorada piel, recordando la advertencia del mal encarado Maestre; y se propuso guardar las formas para no desairar a un rey al que llamaban «El Cruel», y que charlaba animadamente con un noble, sin apenas mirar la comida. Pronto llegaría el postre, pensó, para saciar su hambre canina. Pero éste se hizo esperar. Una tropa de saltimbanquis apareció en tropel y comenzó a realizar ejercicios acrobáticos.

El Bermejo, con el busto ligeramente inclinado, miraba el espectáculo con la falsa atención de quien está obsesionado con otra cosa. Los ojos del traidor miraban a hurtadillas la puerta por la que habían aparecido los manjares y ahora permanecía cerrada. El hambre y los giros vertiginosos de los acróbatas le producían mareos. Cuando los equilibristas dieron por terminada su actuación, entre las aclamaciones de los comensales, el Bermejo observó aliviado, cómo la puerta de la cocina se abría y hacía su aparición en la sala el repostero mayor del rey, seguido de una hueste de criados que portaban, sobre una enorme bandeja, un gigantesco pastel de hojaldre adornado con frutas confitadas. Los invitados prorrumpieron en gritos de asombro ante aquel obsequio del rey. Los criados blandieron unas espadas, ocultas bajo sus ropas, y se dispusieron a partir la colosal tarta, pero en vez de hundirlas en el pastel, rodearon al Bermejo y a sus secuaces y los prendieron. Arrastrándolos como a perros, les sacaron de la sala y los arrojaron a las mazmorras. Entonces se oyó la voz poderosa del Maestre de la Orden de Calatrava que gritó: ¡Mozos, ahora, traed la cena! Y una sonora carcajada resonó en la sala.

Dos días, sin comer, permanecieron aquellos falsarios tras los barrotes de las mazmorras; al tercer día, el rey ordenó sacarlos.

El rey de Castilla veía en aquel traidor a su propio hermano bastardo, que le había

declarado la guerra para usurparle el trono. Don Pedro decidió dar un escarmiento público para que todos vieran cómo se hacía justicia con los usurpadores y traidores que ambicionaban el trono que no les pertenecía.

A las puertas del Alcázar, el Bermejo fue vestido con una saya de color escarlata, lo montaron con las manos atadas a la espalda en un burro enano, y lo pasearon por las calles de Sevilla, seguido, a pie, por sus treinta y siete secuaces, todos ellos maniatados y escoltados por lanceros. Durante el camino, el Bermejo, montado sobre el diminuto pollino, tenía que encoger las piernas para evitar arrastrar los pies. De esta guisa, sufrió las burlas y el escarnio del pueblo. Dos hombres a caballo abrían el paso a la comitiva, que salió de la ciudad y se dirigió al campo de Tablada. Allí esperaba, montado sobre un brioso corcel, el rey Cruel y Justiciero. Y, por Dios, que hacía honor a ambos nombres.

El infame reo, al ver al rey, pensó que ya había pagado con creces su error y que el cristiano, en un acto de compasión, se conformaría con apropiarse de las riquezas que había traído y le dejaría libre.

El triste cortejo avanzaba lentamente por el campo de Tablada y se detuvo en medio de una inmensa llanura; el Bermejo y el rey cristiano quedaron, frente a frente. Don Pedro, desde lo alto de su caballo, observaba a aquel fantoche vestido con aquella ridícula saya, con una mezcla de desprecio y odio. Los ojos del Bermejo imploraban clemencia. En medio de un silencio sobrecogedor, el rey cristiano ordenó: «Desatadle las manos». El Bermejo aflojó los tensos músculos de su rostro, creyéndose ya libre. Pero el rey Cruel, en un arranque de violencia extrema, arrebató la lanza a un soldado de su guardia y atravesó el pecho del prisionero. Al instante, se desató la furia en el campo de Tablada. Los soldados emulando a su rey, entre aullidos de rabia, se abalanzaron sobre los secuaces del falsario y los alancearon y decapitaron. Los cráneos de todos ellos fueron amontonados en una plaza de Sevilla, para que el pueblo viera cómo se hacía justicia con quienes se dejaban dominar por la perfidia y la ambición.

Así fue el final de este sultán traidor, tirano impopular, detestado por sus propios vasallos, en cuyo reinado fueron destruidas las fronteras del Islam y pisoteadas la tradición y la jurisprudencia.

Esto, estimado Jalid, sucedió el segundo día del mes de Rayab del año 763 [25 de abril de 1362]. Yo me encontraba en Salé, y me lo contó el sultán en una carta, en la que me pedía encarecidamente mi inmediato regreso a Granada. En la misiva me recordaba el compromiso que había contraído de volver a Al-Ándalus, una vez que mi señor hubiera recuperado el trono. También me informaba de que todos mis bienes confiscados habían sido recuperados, y puestos bajo la salvaguarda de un pariente de la casa real.

El sultán me necesitaba para trabar las fracturas que había sufrido el Estado,

cerrar las grietas abiertas por el emir indigno, y afilar y poner a punto las armas contra el enemigo. En aquella nueva situación, el sultán me urgía a reunirme con él; precisaba de alguien con experiencia, y habilidad política y diplomática para llevar con mano firme el timón del gobierno.

Así pues, una vez que el legítimo Emir de los Creyentes tornó a su sede, como regresa la luna a su casilla después de pasar por las diferentes fases, decidí tomar al príncipe Yusuf, que había quedado a mi cuidado, y regresar a mi patria.

Cruzamos el mar acompañados por el chillido estridente de las gaviotas que volaban sobre el mástil de nuestra nave. Las cúspides de las olas se movieron compasivas, mientras el viento se agitaba clemente a nuestro favor.

Al llegar a la Alhambra, el sultán me recibió con los brazos abiertos y las siguientes palabras:

«La paz sea contigo Abu Abd Allah, la dicha de volver a verte colma con creces la amargura de tu ausencia. Quiero que permanezcas a mi lado para ayudarme a coser los jirones de mi reino».

Le besé las manos y agradecí sus elogios, pero le pedí permanecer, como máximo, dos años al frente del gobierno. Pronto cumpliría cincuenta, y mi deseo era retirarme de la política y dedicarme a la literatura el resto del tiempo que me quedase de vida. Muhammad sonrió maliciosamente y no respondió a mi petición.

El sultán se encontraba desorientado. No sabía qué política seguir en el plano internacional. Me comunicó que su idea era esperar y actuar según fueran sucediendo los acontecimientos en los reinos fronterizos. Sólo había una cosa sobre la que no tenía duda: conservar la amistad con el rey de Castilla. Muhammad se sentía profundamente agradecido a don Pedro y consideraba al rey castellano un aliado fiel.

Después de escucharle atentamente, le expuse mi punto de vista. Según mi criterio, no debíamos esperar a que los acontecimientos nos arrollaran; por el contrario, teníamos que actuar de inmediato y atajar los problemas que se avecinaban en un panorama político tan agitado: Castilla se desangraba en una guerra fratricida entre don Pedro y su hermano bastardo. Si las cosas se ponían mal para aquél, probablemente don Pedro pediría ayuda a Granada en compensación del apoyo que él nos había prestado para recuperar el trono. Con el otro reino cristiano, Aragón, las relaciones serían difíciles; su rey había sido aliado del Bermejo, ¡que Allah confunda!, y tendríamos que actuar con cautela. Y en cuanto al Magreb, la situación en Fez se volvió caótica tras el asesinato de Abu Salim.

Ante este panorama, sugerí al sultán seguir las siguientes directrices: mantener la alianza con Castilla, cosa nada difícil, teniendo en cuenta la apurada situación por la que atravesaba. Esta alianza de mutua defensa entre Castilla y Granada, nos preservaría de cualquier tentación de ataque del rey de Aragón, que tenía un pacto de no agresión con Castilla, impuesto por el Papa, que no toleraba la guerra entre los

reyes cristianos.

Respecto a los países africanos: considerando que Fez se agitaba con revueltas y luchas de facciones por conseguir el poder y, en previsión, de que llegara al trono un emir hostil a Granada, sería recomendable estrechar lazos de amistad con los ziyyaníes de Tremecén; ampliar relaciones con los hafsíes de Ifrigiya [Túnez] y establecer alianzas con los mamelucos de Egipto, a fin de mantener el equilibrio con todos los reinos del Norte de África y prevenir una posible injerencia o pretensión expansionista de los meriníes. Muhammad se mostró dispuesto a seguir mis consejos y me autorizó a dirigir la diplomacia.

En el otoño de ese mismo año, tuvimos noticias de que Cas tilla y Aragón habían roto la débil tregua que mantenían y se habían declarado la guerra. El motivo era que Aragón apoyaba a Enrique de Trastamara, hermano bastardo de don Pedro, en su lucha por apoderarse del trono de Castilla.

Poco después, llegó a Granada un emisario con una carta del rey de Aragón, en la que nos comunicaba la visita inminente del embajador aragonés, Bernardo de Sanflin. Aquella noticia nos llenó de recelo, nos preguntábamos que tramaría el monarca aragonés. Sabíamos que el rey de Aragón, Pedro IV, al que llamaban el Ceremonioso, era un hombre de carácter solapado y tenaz, no exento de una refinada crueldad.

El sultán recibió en la Alhambra al embajador aragonés, que traía instrucciones precisas de su rey para negociar una alianza entre Granada y Aragón. Bernardo de Sanflin proponía prorrogar el tratado de paz, firmado durante el reinado del Bermejo, pero ponía una condición: que el sultán formalizase un compromiso para declarar la guerra a Castilla, de lo contrario, amenazaba, Granada se consideraría un reino hostil y se tendría que enfrentar a Aragón y a sus aliados, Francia y Alemania.

Muhammad entrecruzó los dedos y me miró con gesto de preocupación. Extendí mi mano en un ademán de calma y el sultán pidió al embajador un tiempo para estudiar su proposición.

El emir me llamó a su camarilla privada. Muhammad no quería, de ninguna manera, romper las relaciones amistosas con su amigo el rey de Castilla, pero a Granada le convenía la paz con Aragón. ¿Qué hacer? Una contestación negativa, Aragón la tomaría como una declaración de guerra. Le propuse al sultán dar al embajador una respuesta sutil. Le explicaríamos que Granada, como reino vasallo de Castilla, estaba obligada a ayudar a ésta en caso de guerra, pero no se opondría a la iniciativa personal de algunos jeques y nobles granadinos que se mostraban dispuestos a luchar, al frente de sus mesnadas, como aliados del rey de Aragón.

Al día siguiente, Bernardo de Sanflin partió de Granada portando el siguiente mensaje: «Granada, por vínculo de vasallaje, ayudaría oficialmente a Castilla, pero oficiosamente lo haría con Aragón».

El sultán, complacido por mi actuación con el embajador aragonés, depositó en

mí su confianza, me confió las riendas del poder militar y la gestión de los asuntos del Estado. Mediante un decreto real, fui repuesto en mi antiguo cargo de primer ministro y asumí los dos visiratos, el militar y el político, adoptando el título por tanto de «Du-l-Wizaratyn». Lo que no dejó de molestar a algunos, que creían haber hecho más méritos que yo para ser nombrados para tan privilegiado puesto. Llegaron a tacharme de oportunista, por volver a mi patria cuando el triunfo se había consolidado. Sólo Allah sabe que no es cierto. Mis ambiciones como gobernante ya habían sido colmadas, y en mi mente ganaba terreno la idea de retirarme de la política y dedicarme a la literatura.

Unas de mis primeras medidas, en las tareas del gobierno, fue redactar los Zahires o decretos reales por los que se nombraba comandante en jefe de las algaras o Voluntarios de la Fe, a Utman hijo de Yahya ibn Rahhú, el prestigioso general que se cubría el ojo perdido en el campo de batalla con un trozo de cuero. Como Juez Supremo de Granada, al cadí Abu-l-Hasan al-Nubahí. Y como jefe de la Secretaría real y Secretario privado del emir, a mi antiguo discípulo Ibn Zamrak. Éste último acogió con frialdad el nombramiento; consideraba esta función de poco valor. En el diploma de su nombramiento me esmeré en resaltar su lealtad al Emir de los Creyentes, y le dediqué cuantiosos elogios:

> *«Alfaquí de aguda inteligencia, alférez de la poesía y la prosa, manantial de dulzura. Por este noble decreto —escribí— es nombrado jefe de la Secretaría y lo traslada de los bancos del aprendizaje al puesto de honor y de elevado rango, que sólo perciben personalidades muy relevantes, que hacen que sus cálamos galopen como corceles transportando las altas órdenes y las preciosas cartas reales por todo el país…».*

Evidentemente, Ibn Zamrak no se consideraba un aprendiz, el hijo del herrero del Albaycín aspiraba a más que a secretario, ansiaba el puesto de visir. Durante su estancia en el exilio, se había dedicado a adular al sultán y, apoyándose en su amistad con el Secretario de Estado, Ibn Marzuq, fue medrando hasta convertirse en un personaje popular, que concurría a todas las fiestas cortesanas. Desde que regresó a Granada, vestía lujosos atuendos y se paseaba por la Alhambra luciendo un vistoso turbante que le había regalado Ibn Marzuq.

Mi labor como visir era ardua, redactando cartas oficiales, emitiendo decretos, organizando embajadas a los diferentes países del entorno. Sumido en esta tarea, nos sorprendió una rebelión. Un jeque llamado Dalil al-Burki acaudilló a una tropa de descontentos y antiguos seguidores del Bermejo, perpetrando una revuelta con el fin de proclamar sultán de Granada a un pariente del monarca llamado Alí ibn Alí.

La conjura, que no contaba con apoyos internos ni externos, fue fácil de aplastar.

Allah, ¡honrado sea!, concedió la victoria a nuestro señor Muhammad ibn Yusuf, que vio su poder esclarecido; su buena estrella se elevó refulgente sobre el cielo de Granada, y el gobierno del sultán legítimo se puso en marcha de manera afortunada.

Lisan al-Din dio por terminado el relato cuando las densas sombras de la noche comenzaron a retirarse y una claridad translúcida se deslizó por los salitrosos muros de la mazmorra.

15

EL DÍA había sido desapacible y al anochecer, el silbido del viento se colaba por las rendijas de la celda semejando el grito migratorio de las garzas; sin embargo, Jalid encontró al prisionero paseando por la celda, se diría que alegre. El carcelero, algo sorprendido comentó:

—Cada noche te encuentro desvelado, pero esta vez pareces más despierto.

—Hoy, mi estimado Jalid, Allah, el Misericordioso, ha serenado mi espíritu y los negros nubarrones que oscurecen mi mente, por el momento, se han disipado. ¿Sabes lo que me dice la luna cuando la observo a través de ese agujero?: «¿Hasta cuándo vas a mirarme con tus ojos insomnes? ¿No sabes que sigo siendo tu amante?».

»Nunca tuve gran necesidad de dormir, y con el avance de la edad esta necesidad se ha ido reduciendo. Con dos o tres horas de sueño tengo suficiente. En mi época de gobernante, durante la noche, mientras todos dormían yo trabajaba para que, a la mañana siguiente, mis secretarios y copistas hallaran la labor preparada para la jornada.

—¿Y a qué se debe el estado continuo de tu vigilia?

Verás, Jalid, cierto día el sultán de Granada se presentó al Consejo cansado y ojeroso, por no haber pegado ojo durante toda la noche. Como en la Corte era conocida mi indisposición al sueño, algunos me llamaban Du-l-amraym [El de las dos vidas] porque debido a mi desvelo, decían que vivía de noche y de día. El sultán me preguntó cuales eran las causas que producen el insomnio. Entonces, siguiendo mi costumbre de aclarar al sultán las cosas más oscuras y complicadas, de la forma más sencilla y didáctica posible, respondí: «Habéis de saber, mi señor, que el ser humano es como un reino en sí mismo. El rey es el corazón, el visir es el cerebro, la memoria su tesoro, la imaginación el mensajero; y los cinco sentidos son su ejército que custodia las distintas regiones del reino. Cuando aparece, en alguna zona, un visitante que causa daño, le sale al encuentro el guardián más próximo, es decir, alguno de los sentidos: vista, oído, olfato, gusto o tacto que dan la alarma y ésta, a través del mensajero, llega por el sistema nervioso hasta la fortaleza del sultán. Entonces, el corazón se altera y el sueño se enturbia. Si la alarma es intensa irá acompañada de palpitaciones, agitación e inquietud, que ascenderán hasta el cerebro, donde reside la causa del insomnio».

El sultán me preguntó entonces: «¿Y qué se puede hacer contra esto?»

«Majestad —contesté—, para combatir el insomnio existen algunas normas con

las que se puede conseguir un sueño profundo y reparador. Es bueno, para dormir, volverse del lado derecho y después del izquierdo. La posición boca abajo ayuda a digerir la cena, pero ésta no debe ser copiosa, si fuera así, conviene dar unos paseos antes de meterse en el lecho. Dormir boca arriba no es conveniente, porque puede originar apoplejía. Practicar ejercicio físico, durante el día, propicia el sueño en la noche. Un cuerpo flácido y adiposo genera pesadez y exceso de bilis, causa vértigo y dificulta la respiración. También debo señalar que uno de los actos más saludables y efectivos contra el insomnio es un baño cálido en compañía de una hermosa concubina, que facilite la expulsión del líquido seminal que, procedente de los testículos, calma el cerebro y normaliza el flujo sanguíneo. No debemos ignorar los beneficios que produce la relación sexual, ni evitar hablar sobre este tema por vergüenza».

El sultán se mostró muy interesado y me animó a hablar sin tapujos.

«Majestad, el coito es un deleite para el cuerpo y también para el espíritu, al igual que el campesino se regocija cuando introduce la semilla en la tierra húmeda; el goce de la unión carnal reduce la plétora, calma la cólera y serena el pensamiento alterado, que lleva al enojo.

»La pasión amorosa es obra de la sabiduría de Allah, que hace posible la continuación de la especie y el florecimiento del mundo. Por eso, el Profeta, ¡Dios lo bendiga y salve!, dijo en su *hadit*: “Tres cosas de este mundo, me han sido particularmente apreciadas y colman mi corazón: la oración, los perfumes y las mujeres”.

»En la relación carnal debemos mostrar destreza y evitar la timidez, abriendo las puertas de la sinceridad, dejando el pudor e iniciando el cortejo mostrando el deseo sin apremio y con una sonrisa en los ojos. La mujer, por su parte, debe mostrarse coqueta y solícita vistiendo prendas transparentes. El varón debe susurrar palabras dulces, deslizando en el oído de su amante deseos sutiles con tendencias maliciosas, incluso perversas. Las mujeres árabes, de labios melados y ojos grandes, se adornan con ajorcas de plata y gustan de hombres experimentados y de movimientos armoniosos. Las magrebíes, de cabellos negros, sonrisa dulce y labios rojos, atraen a los amantes mostrando sus brazos cubiertos de brazaletes y sus piernas tatuadas. Las cristianas, de blancura diáfana, pechos movedizos, carnes soberbias y cuerpos embellecidos con preciosas alhajas, cautivan y excitan los deseos de su amante hasta el punto en el que la sangre fluye impetuosa hinchando las venas del miembro viril, que alcanza la tensión necesaria para la penetración y la descarga en la vulva húmeda. Cuando el hombre derrama el líquido del placer, el ánimo se sosiega y llega el sueño».

Tras escucharme, mostrando un cierto deleite, el sultán suspendió la asamblea del Consejo y, con paso firme, se dirigió al hamám con la intención de poner en práctica

mis remedios contra el insomnio. Pero al llegar a la puerta de la sala, se volvió hacia mí y me preguntó:

—Dime una cosa, ¿cómo es posible que conociendo tantos remedios para conciliar el sueño, tú no puedas dormir?

A lo que respondí:

—Majestad, mi insomnio es debido a los vapores nocivos, derivados de los humores inflamados que alteran el pulso y llegan hasta el corazón, y su tratamiento y remedio sólo se puede obtener por voluntad de Aquél que trae la enfermedad o la curación.

—¡Ay, Dios mío! —suspiró Jalid.

—¿Por qué suspiras? —preguntó Lisan al-Din.

—Porque cuando llego a mi casa, me siento tan cansado que apenas puedo disfrutar de mi esposa. En mi caso el sueño es un impedimento para el placer.

—Evidente, amigo Jalid. En esos casos, hay que buscar el momento propicio. Después de un sueño reparador, será tu miembro en erección el que te lo indique.

»Pero dejemos esto. Ahora, mi ánimo está sereno y mi corazón esperanzado. Mi hijo Abd Allah me ha hecho llegar una excelente noticia: mi amigo Ibn Jaldún se encuentra en Granada y es portador de una carta del sultán de Tremecén, Abu Hammú, intercediendo por mí. Sé de buena tinta la gran influencia que IbnJaldún ejerce sobre el sultán de Granada. Y las buenas relaciones de éste con Abu Hammú son de sobra conocidas. El vínculo entre los dos monarcas, más que de amistad, es de fraternidad. Ambos se intercambian regalos y mantienen una fluida correspondencia diplomática. El sultán de Tremecén ayuda con dinero y fuerzas militares siempre que el granadino lo necesita. Ya te conté que Abu Hammú nació en Granada y desde entonces, la estrecha relación que le une a Muhammad ibn Yusuf, me hace creer que éste no se podrá negar a conceder a su amigo Abu Hammú lo que le pida.

—¡Ojalá! Confiemos en el Todopoderoso —añadió Jalid.

—Tengo fundadas esperanzas en que así será. Me consta la simpatía que el sultán Abu Hammú siente por mi persona. Durante su estancia en la corte Nasrí, tuve el privilegio de formar parte de su círculo de amistades más íntimo. Ambos compartíamos la afición por la poesía y participé, como maestro, en la formación académica del que sería el sultán de Tremecén. Cuando abandonó Granada, tenía veintinueve años y su personalidad estaba definida por una educación completamente andalusí.

Hoy, amigo Jalid, quiero contarte algo alegre. Entre mis recuerdos más placenteros se abre paso la fiesta más fastuosa a la que jamás haya asistido:

Se acercaba el día 12 de Rabbí 1 del 764 [30 de diciembre de 1362], la fiesta del Mawlid [nacimiento del Profeta] que ese año caía en invierno; y el sultán me mostró su deseo de conmemorar de forma ostentosa, además del nacimiento del Profeta, ¡con él sea la paz!, su restitución en el trono.

Su intención era celebrar una fiesta sin parangón en la Alhambra a la que asistiera toda la nobleza, y una gran representación de las instituciones. Que comenzase después de la oración del atardecer y se prolongase hasta la oración del amanecer. La lista de invitados era interminable, además de todos los miembros de la Jassa [nobleza], el monarca invitó a los representantes de todos los estamentos del reino, empezando por los miembros de la familia real, próximos y lejanos; los jefes de las cabilas; los jerifes, descendientes del Profeta; los familiares de las casas reales del Magreb; los doctores en ciencias religiosas: ulemas, alfaquíes, jueces y magistrados; embajadores y representantes de las cofradías místicas; también, los jefes de los gremios de los mercaderes, incluidos los extranjeros y algunos cristianos distinguidos; un sinfín de gobernadores y alcaldes de muchas ciudades del reino.

Cuando revisé la lista de asistentes, llegué a contar más de quinientos. Tanto el número de visitantes, como la larga duración de la fiesta, presentaban varios problemas. El coste financiero del avituallamiento para tantos comensales, supondría un enorme gasto para las arcas del Estado. En invierno, y más por la noche, el frío es intenso en Granada y la Sala del trono no tenía la suficiente capacidad para albergar a ese número de huéspedes. Además, tendríamos que confeccionar un amplio programa de actividades para llenar tan enorme lapso de tiempo.

Para resolver el problema de la iluminación y del abastecimiento de comida, necesitaríamos disponer de una multitud de candelabros y velones de cera, así como un extenso y variado servicio gastronómico, comenzando con una cena, siguiendo con un largo surtido de dulces y el desayuno.

En una fiesta de tal longitud de tiempo, sería necesario disponer de letrinas suficientes para las necesidades fisiológicas y las abluciones correspondientes.

Como puedes ver, Jalid, la tarea era ardua, pero con ingenio y voluntad fuimos capaces de solventar todos los inconvenientes.

Para aquellos invitados que quedasen fuera de la Sala, se instaló en la explanada contigua una enorme carpa que permanecía guardada en los almacenes del palacio. El pabellón estaba bien tapizado y acondicionado. En la parte baja de la tienda, dispusimos unos postes donde se enrollaba la tela, con el fin de tapar los resquicios por los que podía penetrar el viento helado de la noche.

Se hizo un gran acopio de antorchas, cirios y lamparillas para iluminar todas las estancias.

Se ampliaron las letrinas del Mexuar, donde pudiesen aliviar la vejiga los

asistentes a la fiesta. Y para llenar de contenido todo el tiempo de la velada, se ideó un programa literario y musical, que se intercalaría entre las tres plegarias preceptivas.

Para contabilizar el tiempo, disponíamos de un horologio construido expresamente para aquella ocasión.

Jalid interrumpió al prisionero.

—Señor, te ruego disculpes mi ignorancia, pero ¿qué es un…?

—¿Horologio?

—Sí, eso.

—Un horologio es un ingenio para contar las horas. Se trata de una estructura hueca de madera en forma triangular con doce lados y una altura aproximada de una gama [1.70 m]. En la cúspide de la estructura se coloca un cirio, en el que se han marcado doce rayas horizontales, correspondientes a las doce horas nocturnas; en cada raya se inserta un fino cordel de lino, que va a parar a la estructura, de la forma que te voy a explicar: En cada uno de los doce lados de madera hay una concavidad que contiene una bola de cobre, del tamaño de una avellana. Las diferentes concavidades cuentan con una portezuela cerrada por un pestillo que se engarza al cordel del cirio. Cuando el cirio se enciende, la llama va consumiendo la cera y al llegar la combustión a la raya de una hora determinada, quema el cordel que sujeta el pestillo; entonces se abre la pequeña puerta y la bola de cobre cae en un plato metálico, produciendo el sonido que anuncia la hora transcurrida. Además, en la concavidad se colocaron pequeños folios, que contenían poemas con referencias a la hora y a la fiesta que se conmemoraba. Al abrirse la portezuela, aparecía la hoja de papel y el encargado del horologio se la entregaba al musmí o recitador para que lo leyera en voz alta, ante el sultán. Los poemas, de alguno de los cuales yo era autor, debían ser breves, no podían superar los diez versos. Cada poema tenía que comenzar por cantar la hora. También había que insertar en el poema una cita del Corán o alusiones al Profeta, cuyo natalicio se conmemoraba, y tampoco debía faltar un panegírico al Emir de los Creyentes.

Recuerdo mi poema correspondiente a la hora tercia, que decía así:

Nos contó la hora tercia y lo ha jurado,
sin que haya resquemor de que nos mienta,
te ocupa el natalicio del que al mundo
la verdad y la fe en Dios diera un Libro
que es divina piedad, divina prueba,

luz de Allah y argumento decisorio.
El amor que le tienes saca arcanos
que, en perfecta fusión, fe y mundo alían,
pues al año musulmán añades fiesta nueva
¡oh tú, de musulmanes esperanza!
de noche de negruras relucientes,
en que Amina dio el pecho fiel Profeta.
Pese al tiempo y las eras transcurridas,
sólo tú en fiesta sin igual lo has celebrado.
¡Así Dios acumula privilegios!
¡Así padres se alegran con sus hijos!
Pronto espera, oh Muhammad el loable,
triunfo claro y victoria paladina.
Si a Dios pides socorro, Dios con alguien
como tú es el que ayuda, el Poderoso.

Pero sigamos con la fiesta. El sultán dispuso que el banquete tuviera lugar en el nuevo Mexuar [Sala de las dos Hermanas].

En la explanada que se formó al ser derribado el viejo Mexuar, levantado por su padre, Abu-l-Hayyay Yusuf, ¡que Allah tenga en el paraíso!, se plantó el gran pabellón, de ancha cobertura, traído a lomos de robustas acémilas. Para levantarlo, se necesitó el esfuerzo y destreza de expertos marinos, que izaron el formidable mástil, quedando enhiesto como una lanza que soportaba el techo, semejante a una nube de brocado. El pabellón era magnífico, un regalo para los ojos. El mástil central sostenía las ricas telas de la carpa, compuesta por paños bordados donde figuraban árboles y flores de colores tan vivos que pareciese estar cenando en medio de un bosque.

Sobre el suelo, cubierto de tupidas alfombras, descansaban almohadones de cuero. Cerca de las mesas, cubiertas con preciosos manteles de lino, un manojo de cirios aumentaba la luz que iluminaba los manjares.

Alrededor de la alberca, alumbraban tantos candelabros de cristal y cobre como jamás se haya visto en otras casas reales. Las ondulantes llamas se reflejaban en el agua, cual nenúfares de fuego. Sembrados por doquier, había candelabros de ancha bandeja, firmes como pies de elefante. Colgadas de arandelas, una pléyade de lámparas brillaba como un ramillete de constelaciones. A esto se añadió un incontable número de bujías, candelas de cera de abeja y lamparillas que lucían en hornacinas, esquinas y recovecos; toda una intrincada floresta de luces maravillosas de la que cuidaban las expertas manos de los sirvientes, para que ningún rincón quedara en la penumbra.

Caía la tarde cuando las enormes puertas que conducen al vestíbulo de la sala del

«Tesoro del Perfume», cuyas altas hojas y anchos batientes están revestidos de láminas de bronce pulimentado, fileteadas de inscripciones y clavos de oro, se abrieron para dar paso al sultán, con todo su séquito, que se dirigió al nuevo Mexuar, donde se había erigido el trono, sobre tres escalones recubiertos de azulejos vidriados, bajo arcos de mocárabes sostenidos por columnas de mármol blanco como cuellos de doncellas. La altísima cúpula de la sala está ceñida por un mar de cristal, deslumbrante como la piel de la aurora. En las paredes ondean los azulejos y, por encima de éstos, bellas labores de estuco revestidas de dorada púrpura enmarcan los bajorrelieves de poemas grabados en letras rellenas con panes de oro y lapislázuli molido. El suelo lo cubrían preciosas alfombras de Bagdad.

A las puertas de la sala se apiñaban las cabezas cubiertas con turbantes de brocado. Una vez que entró el sultán, se permitió la entrada a las gentes conforme a sus categorías. Con ello se sosegaron los empellones y las disputas.

El sultán se sentó en el trono, envuelto en un manto carmesí forrado de piel y tocado con un turbante blanco bordado con hilos dorados. Muhammad ibn Yusuf disfrutaba del placer de su oficio. Era consciente de su cuna y de su rango; sabía que Allah lo trajo a este mundo para ocupar un lugar privilegiado, el más alto en la jerarquía de los hombres: «Emir de los Creyentes». Sabe que todo el poder se concentra en su persona y debe sostener una actitud majestuosa, manteniendo el control de su rostro y de sus palabras, mostrando benevolencia y seguridad, sin olvidar en cada momento quién es y lo que representa. Fue educado para ello desde temprano. Se encargó del poder el día de la muerte de su padre, cuando aún era un joven imberbe, cercano a la mayoría de edad; tenía, entonces, dieciséis años.

Los cortesanos, vestidos con sus mejores galas, se apretujaron en torno al estrado del sultán, colmándole de alabanzas. A nadie se excluyó de su afabilidad y con todos tuvo palabras amables. La figura real deslumbraba a sus súbditos y se complacían al ver al monarca que, en vez de corona al modo cristiano, se tocaba con un turbante, el auténtico símbolo de la realeza andalusí.

Al instante se procedió a la oración del Magreb [ocaso], terminada la cual los sirvientes comenzaron a acomodar, protocolariamente, a los invitados. En los puestos contiguos al estrado del sultán fueron colocados los altos dignatarios de la Corte, los nobles descendientes del Profeta, los parientes de las monarquías y los jefes militares.

Frente al trono se situaron los doctores de la ley, ulemas, alfaquíes y jurisconsultos. Detrás, los miembros de las cofradías místicas: sufíes y faquires; y los embajadores musulmanes y cristianos venidos de sus países para la ceremonia.

Bajo la gran carpa se acomodaron los numerosos mercaderes orientales, tunecinos, genoveses, castellanos y aragoneses; también notables granadinos ataviados con preciosas túnicas.

Solícitos sirvientes, vestidos del color rojo de la dinastía de los Alhamar,

deambulaban entre los invitados ayudándoles a encontrar sus asientos.

El protocolo ordenaba que, una vez colocados los invitados, se escucharan en silencio azoras del Corán y algunas homilías. Y a continuación, se entonaron canciones y sonaron los gemidos de las flautas.

Pronto aparecieron esbeltos esclavos, ceñidos de elegantes túnicas, portando sobre sus cabezas anchas bandejas colmadas de manjares.

Los comensales lavaron sus dedos en aguamaniles dorados, tan pulidos como espejos. Se sirvieron redomas con jugos de granada y naranja, tarros de almorí, frasquillos de vinagre, recipientes con aromas de canela y paneles de abeja.

Las mesas se llenaron de fuentes de plata y bermellón repletas de volatería y tiernos corderillos. Las viandas estaban sazonadas con clavo y romero, y maceradas en jugo de manzana. Abundaban las parrilladas asadas sobre ascuas y embutidas en tripas rellenas con almendras y diversos frutos secos. Todo se acompañaba con panes redondos de harina de flor. Las raciones eran tan abundantes y diversas que dificultaba el recuento e imponían la sorpresa.

Se empezó a servir la cena, después del sultán, por los más cercanos al trono, y en segundo lugar a los extranjeros y mercaderes, como muestra de hospitalidad y generosidad, ya que en la preferencia de la nobleza de cuna se impone la caballerosidad. A continuación fueron servidas las demás clases sociales. Por último, como se acostumbra en las mesas musulmanas, la comida se repartió a todos los subalternos y sirvientes.

Los alimentos llegaron a todos los rincones, recovecos, zaguanes, garitas de centinelas y puertas del palacio. A todos llegó la munificencia y nadie quedó sin comida.

Uno tras otro, aparecían los criados con diferentes recipientes: tabaques de mimbre y vasos de cristal con incrustaciones de oro, importados por los mercaderes genoveses, conteniendo trozos de alfeñique rellenos de nueces, aromatizados con especias de la India y acompañados de digestivos medicinales.

Entre medias, cada vez que transcurría una hora y caía la bola de cobre haciendo sonar el platillo, se abría la taca y se retiraba el papel en el que estaba escrito el poema correspondiente a esa hora, y el encargado del horologio se lo entregaba al recitador.

Para cantar los versos se contrató al mejor musmí del reino. Le llamaban al-Meriní, aunque había nacido en Mosul, y leía con tal perfección y vehemencia que suscitaba la emoción de cuantos le escuchaban. Los sufíes y faquires le aclamaban enfervorizados y, sin poder contenerse, comenzaban a cantar y bailar hasta la enajenación.

Al-Meriní era requerido en los convites reales; tenía una voz privilegiada y una dicción perfecta, pronunciaba bien el *irab*, es decir, la vocal final de flexión del árabe

clásico. Era un auténtico artista que empalmaba el canto y la lectura de poemas con la recitación de las casidas versificadas en alabanzas al Enviado, ¡que Allah bendiga y salve!, con panegíricos al sultán, exaltando sus virtudes y elogiando su hospitalidad en el convite.

A los postres, los cirios arrancaban destellos de la vajilla, que contenía apetitosas frutas limpias de pepitas y cáscaras, tortas y golosinas. Las velas se consumían y el olor de la cera se mezclaba con el aire cargado de incienso.

Al disiparse las tinieblas de la noche, sonó la llamada de la Salát al-Fayr [Oración del alba], que el sultán realizó sin tener que renovar la ablución, ya que no tuvo necesidad de visitar las letrinas.

—¡Vaya! Al parecer el sultán tiene mucho aguante —comentó Jalid con una sonrisa.

—A veces, amigo mío, la dignidad de la realeza tiene estas servidumbres. Pero continuemos con la historia.

Una vez terminada la oración, con las luces de la aurora, aparecieron los esclavos portando palanquines con escudillas doradas colmadas del humeante tard, sopa de sémola y pan migado en caldo de gallina y palomo, así como otros manjares propios de un desayuno regio. Tanto la abundancia de los alimentos como la belleza de los recipientes nos llenaron de asombro.

Terminado el desayuno, comenzaron los cánticos sufíes, que fueron subiendo de tono, rebotando en la deslumbrante bóveda y duplicándose por el eco de la sala.

Pronto afloraron sentimientos de sumisión a Allah. El desgarramiento de las voces subió la tensión, haciendo que algunos sufíes entraran en trance, que estalló en una danza enloquecida; el ritmo vertiginoso les impulsaba a bambolear el tronco y la cabeza hasta sacarles de quicio, ejecutando un rito forjado en tiempos ancestrales.

Poco a poco los ánimos se sosegaron y todo volvió a la normalidad y, entonces, la sala se nubló con el humo del ámbar y la nube nos envolvió a todos. A continuación, a modo de lluvia, se esparció agua de rosas, que nos empapó los trajes y nos gotearon las barbas. Las flautas comenzaron a sonar, anunciando el final de la fiesta. Los rostros se mostraron afligidos por la inminente separación, y no faltaron algunas lágrimas, los ayes y los sollozos.

Jalid, el carcelero, se mostraba fascinado ante aquel derroche de abundancia y lujo. Y Lisan al-Din dio por terminado aquel relato, porque la noche huía en apresurado viaje y el ávido amanecer se apropiaba del fulgor plateado de la luna.

16

LA LUZ del ocaso escapaba rauda, perdiendo las sandalias de sus pies ante el galope desbocado de los corceles negros de la noche.

Los pasos apresurados de Jalid alertaron al prisionero.

—¡Señor! —en el tono de voz del carcelero había un atisbo de nerviosismo—. Entre los sirvientes del palacio del sultán se comenta la llegada inminente de una embajada de Al-Ándalus. Se están acondicionando algunas habitaciones del palacio para albergar a los embajadores de Granada.

Lisan al-Din acogió la noticia con cierta sorpresa. Tras unos instantes de silencio, murmuró:

—Sólo le pido a Dios que al frente de esa embajada esté mi amigo IbnJaldún.

»Verás, Jalid, la primera vez que Ibn Jaldún visitó Granada, el sultán Muhammad ibn Yusuf le confió una misión diplomática ante la Corte del rey de los cristianos, que mi amigo resolvió de forma brillante. Quizá esta vez, el sultán de Granada le haya encargado la misión de conseguir mi libertad.

Mi amistad con Abd-l-Rahman ibn Jaldún se remonta a los años de mi exilio, cuando él era secretario de Estado en la Corte de Fez. Pero al perder su puesto, tras la muerte del sultán Abu Salim, Ibn Jaldún se trasladó a Al-Ándalus, tierra de sus antepasados. Los ancestros de Ibn Jaldún procedía del sur de Arabia, los Jaldún llegaron a la Península Ibérica con los conquistadores árabes y se asentaron en la ciudad de Carmona y, algún tiempo después, se instalaron en Sevilla, donde ocuparon puestos relevantes en la política de la taifa sevillana. Años después cuando los cristianos conquistaron Sevilla, los Banu Jaldún abandonaron la gran metrópoli andalusí, cruzaron el mar por Ceuta y llegaron a Túnez, capital del emirato Hafsí, donde todos los emigrados andalusíes fueron bien acogidos. En esta ciudad nació Abd-l-Rahman ibn Jaldún. Los miembros de su familia ocuparon altos cargos en la Corte tunecina. Su abuelo fue nombrado canciller del Estado y su padre, dedicado al estudio, fue reconocido como un gran científico; pero cuando Abd-l-Rahman cuenta 17 años, pierde a su padre y a su madre víctimas de la Peste Negra. Huérfano por la terrible epidemia, se entrega al estudio de la lengua y literatura árabe y frecuenta la Madrasa, donde imparten clases sabios maestros, como Ibrahim al-Abbdi, de origen andalusí, que se convirtió en su principal valedor y le instruyó en todas la ramas de humanidades. El prestigio del que goza la familia Ibn Jaldún en la Corte Hafsí, favorece los intereses de mi amigo y con sólo 20 años, el sultán le nombra Canciller.

Pero mi amigo Ibn Jaldún posee un espíritu inquieto y decide viajar al Magreb Occidental, donde el sultán meriní Abu Inan lo acoge con todos los honores y le nombra Secretario de Estado. Abu Inan, de infausto recuerdo, es un hombre receloso y sospecha que mi amigo es un espía de los hafsíes y, sin tener prueba alguna de ello, lo encarcela durante dos años. Cuando Abu Inan fallece repentinamente, una muerte en la que como ya te conté, algo tuvo que ver el sultán de Granada, subió al trono Abu Salim, que lo libera y le designa su secretario personal. Fue entonces, cuando el sultán de Granada es destronado y se exilia, con toda su Corte, en Fez. Durante aquel tiempo de expatriación se forjó nuestra amistad, que se prolongaría por muchos años.

Pero, estimado Jalid, los escorpiones de la envidia y la ambición habitan en los palacios, y los días de tranquilidad son efímeros en la Corte de los reyes.

Se habían cumplido tan sólo dos años de su reinado, cuando Abu Salim es asesinado y Fez se agita en luchas internas. Ibn Jaldún teme por su vida y decide trasladarse a Al-Ándalus.

Tres o cuatro días antes de la fiesta del Mawlid, Ibn Jaldún llegó a Granada, donde fue recibido como si de un miembro de la realeza se tratara. El sultán hizo tapizar y adornar con lujosos muebles y alfombras un pabellón de la Alhambra, para su alojamiento, y ordenó que fuese atendido por un buen número de sirvientes.

Desde el primer momento, el monarca granadino se sintió seducido por la relevante personalidad de Ibn Jaldún, que fue distinguido con toda clase de privilegios. Compartía mesa con el sultán y se convirtió en su confidente.

A la fiesta del Mawlid asistió como huésped de honor y fue invitado a componer una casida, para que fuese leída por el recitador. Debo decirte, estimado Jalid, que el poema de Ibn Jaldún se puede tachar de correcto, pero su valor poético era mediocre, porque siendo un buen prosista, le había sido negado el don de la poesía. Sin embargo, también debo decir que, no teniendo mucho talento para el verso, seduce con su brillante oratoria y la calidez de su carácter.

Cierto día, IbnJaldún me dio a conocer su deseo de pasar a territorio cristiano y visitar Sevilla, la tierra de sus antepasados. Yo le animé a solicitar autorización al sultán, pues el momento era propicio, ya que las relaciones personales entre el rey de Castilla y el sultán de Granada eran óptimas.

Una tarde, Ibn Jaldún se reunió conmigo en el hammám. Estaba eufórico. El sultán no sólo le había otorgado autorización para cruzar la frontera, sino que le nombró embajador real y le encargó una importante misión diplomática, consistente en ratificar el tratado de paz vigente, a punto de finalizar, entre Castilla y Granada.

El día de su partida, Muhammad ibn Yusuf le despidió con palabras de afecto. Por mi parte, le acompañé hasta las puertas de la medina y le deseé éxito en su cometido.

La embajada la componían, además de Ibn Jaldún, dos secretarios, un intérprete y una veintena de soldados y sirvientes, que custodiaban los magníficos regalos, que el

sultán enviaba a su amigo Pedro ibn Alfonso: ricas telas de seda, una espada con empuñadura de oro y marfil y media docena de sementales de pura raza árabe enjaezados con sillas y bridas revestidas de terciopelo y bordadas de plata.

Antes de despedirse, Ibn Jaldún me contó ilusionado, que había soñado muchas veces con visitar la ciudad de la que tanto le habían hablado sus abuelos. Uno de sus antepasados, Jaldún ibn Uzman, se estableció en Qarmuna [Carmona] donde ordenó edificar varias casas; según este familiar, Carmona era una plaza muy importante de Al-Ándalus, levantada sobre una montaña y fortificada con una muralla inexpugnable. También poseía una bella mezquita de mármol con pilastras de piedra y un mercado semanal que tenía lugar los jueves, al que acudían mercaderes granadinos y extranjeros; contaba con baños públicos y un buen arsenal de armas para su defensa. Algún tiempo después, los Banujaldún se enrolaron en el ejército y se trasladaron a Sevilla, donde compraron tierras, alquerías y varias casas. Su abuelo le hablaba de una finca con una extensión de ciento cincuenta mil pies, toda ella poblada de higueras.

Ibn Jaldún al frente de la embajada partió de Granada, pasado el invierno.

Cuando, tras doblar un recodo de un camino, mi amigo contempló Sevilla, sintió una extraña sensación de irrealidad. Ibn Jaldún se detuvo, unos instantes sobre una ladera, para observar detenidamente a aquella enigmática ciudad. La luz del sol destellaba sobre el Guadalquivir. Sus edificios blancos, aglutinados en el valle, le parecieron palomas posadas en las márgenes del río.

Avanzaron lentamente. Ibn Jaldún iba preparado para enfrentarse a cualquier cosa, pero a medida que se aproximaban a la ciudad, mi amigo se percató de que aquellos recuerdos de sus abuelos, oídos en su infancia, no se correspondían con la ciudad que tenía delante.

Los ruidos de la gran urbe cristiana sonaban diferentes, el tono y el sonido de las voces eran dispares, se oían risas y canturreos extraños. Bajo el umbral de las puertas de la ciudad, aparecían unos guardias con capas grises apoyados en sus lanzas. Antes de cruzar la puerta, Ibn Jaldún mostró a la guardia el salvoconducto que le acreditaba como embajador.

Amarradas a las argollas de la muralla, sesteaban unas caballerías cargadas con cántaros. A los pies de un muro derruido, un grupo de niños, medio desnudos, sucios y mugrientos, se divertían burlándose de un anciano que tenía perturbadas sus facultades mentales. A la derecha de las enormes puertas, dejaron el ruido de las fraguas donde los herreros, con sus torsos desnudos, forjaban los hierros candentes que soportaban los yunques.

La comitiva granadina con sus caballos enjaezados y sus vistosas vestimentas, despertaba la curiosidad de los sevillanos, que los recibieron de forma cálida y hospitalaria. Unos jóvenes, que deambulaban ociosos, se ofrecieron para guiarlos por

la ciudad.

Ibn Jaldún se puso a la cabeza de la embajada, le seguían los jinetes de su guardia y los sirvientes tirando de las bridas de los caballos árabes.

Con asombro, los granadinos fijaban sus ojos en el espectáculo callejero de aquella ciudad desconcertante. Enseguida, se vieron rodeados de una multitud de niños. A los componentes de la comitiva les sorprendía el parloteo de las mujeres a las puertas de sus casas, el olor de grasa de cerdo que escapaba por las ventanas, completamente abiertas, y el descaro que mostraban las muchachas cristianas. Algunas mujeres descubrían su busto amamantando a sus hijos, sin ningún pudor. Y desde las ventanas de un edificio en ruinas, unas prostitutas les gritaban mostrando sus enormes pechos blancos.

Precedidos de los improvisados guías, se internaron en el laberinto de calles que tenían que transitar, camino del Alcázar. Junto a mansiones señoriales, convivían cobertizos en ruinas y palacetes fastuosos. En los corrales, pastaban unos caballos y algunos hombres dormían sobre montones de forraje. Por todas partes se oían ladridos de perros. En una plazuela, bajo unos naranjos, media docena de alanos famélicos se peleaban por los restos de comida de unos soldados, que compartían trozos de carne embutidos en tripas de cerdo; la presencia de la comitiva no era del agrado de los canes, que se lanzaron ladrando sobre los extranjeros y, mostrando sus temibles col millos, rodearon a los embajadores. Los caballos corcoveaban y los sementales árabes coceaban asustados. Ante la amenaza de las lanzas, los alanos retrocedieron.

Con infinita tristeza, mi amigo observó cómo todas las mezquitas habían sido transformadas en iglesias, y los alminares en ruidosos campanarios. Ibn Jaldún suspiró profundamente. La visión de la ciudad de sus antepasados, le empezaba a resultar dolorosa; comprobó el poderío cristiano. Si alguien albergaba alguna esperanza de recuperar Sevilla para el Islam, tendría que desecharla. La bella ciudad del Guadalquivir se había perdido para siempre.

A medida que se adentraban en la gran urbe, las calles aparecían más llenas de gente. Abundaban los frailes y los soldados, también algún caballero armado de brillante espada, que con el resonar de sus botas y espuelas sobre el empedrado atraía a los mendigos.

Sentados sobre las escalinatas de las iglesias, los indigentes y lisiados imploraban una limosna. En las paredes de umbríos callejones, aparecían hornacinas con imágenes de vírgenes y crucifijos, a cuyos pies lucía la llama oscilante de una lamparilla. Por algunas callejas corrían arroyos de agua maloliente y desperdicios. Piaras de cerdos deambulaban libremente, hozando en la basura acumulada.

En un callejón, varios hombres borrachos cantaban y gritaban, hasta que una mujer se asomó a una ventana y les hizo callar arrojando sobre los alborotadores una

jofaina llena de orín. Los muchachos que acompañaban a los embajadores irrumpieron en sonoras carcajadas.

Al llegar a una plaza, los niños les alertaron con sus gritos: ¡Alcázar! ¡Alcázar! Y con sus dedos señalaban al imponente palacio del rey Pedro. A la derecha, sobresalía la gran mezquita, convertida en catedral, el alminar descollaba sobre los tejados. La torre conservaba la huella almohade, idéntica a la Kutubiyya de Marrakús. El sol estaba en lo más alto, y todas las campanas comenzaron a sonar al unísono. Al oír el ensordecedor ruido de los campanarios, las mujeres hicieron la señal de la cruz con sus dedos sobre la frente y el pecho.

El centro de la plaza lo ocupaba un mercado, donde bullía gente de toda condición; entre los tenderetes, transitaba una multitud en la que destacaban los ricos vestidos de elegantes damas acompañadas de sus sirvientas. Los puestos estaban bien surtidos de frutas, gallinas, corderos, cerdos y pescados. Pero al contrario de los zocos, en los mercados cristianos no se aspiraba el aroma de las especias, ni la fragancia que destilan las plantas aromáticas; en torno a éstos, flotaba un olor rancio que se desprendía de los cuerpos sudorosos de los criados y de los ropajes de los nobles, mezclados con sabrosos olores de harina tostada.

Las puertas del palacio, taraceadas con fragmentos de bronce y clavos dorados, se abrían en la muralla almohade, que circunda el Alcázar. Por ellas accedió la comitiva granadina a un patio rectangular, donde se izaban las banderas de Castilla, que atestiguaban la presencia del rey en palacio. Bajaron de los caballos y unos lacayos se hicieron cargo de las cabalgaduras. El patio exhalaba un intenso aroma de azahar. Una escolta de lanceros les acompañó por una galería coronada por bóvedas entrecruzadas por arcos con incrustaciones de teselas de mármol rojo.

Al final del corredor tuvieron una grata sorpresa cuando, en nombre del rey, les salió a recibir el médico judío Ibrahim ibn Zarzar.

Ibn Zarzar había sido el médico personal del sultán de Granada, pero tras el golpe de estado del Bermejo, Ibn Zarzar se refugió en la Corte de don Pedro. Allí contó con el valimiento del tesorero real, otro judío llamado Samuel ha-Leví.

El rey de Castilla vivía rodeado de astrólogos judíos que le asesoraban y le predecían los triunfos bélicos; todos ellos acaudillados por el poderoso hombre de confianza del rey: Samuel ha-Leví.

La suerte de los hebreos cambió cuando los astrólogos judíos predijeron victorias que no se cumplieron. El rey cristiano, que vivía atormentado por las sospechas de traiciones de sus consejeros, comenzó a recelar de su almojarife judío. Samuel ha-Leví había amasado una cuantiosa fortuna, mientras las arcas reales estaban vacías, a consecuencia de la larga guerra que don Pedro sostenía con su hermano bastardo. Entonces el tesorero del rey cometió un terrible error. En contra de la prohibición de levantar nuevos templos judíos, Leví se permitió financiar la construcción de una

sinagoga [tránsito] en Toledo. La infracción de la ley y la exhibición de tanta riqueza despertaron las sospechas de la alta nobleza y la codicia del rey, que ordenó prender a su tesorero. Samuel ha-Leví fue sometido a tortura hasta morir. Todos sus cuantiosos bienes en casas, doblas de oro y objetos de orfebrería fueron confiscados y pasaron a formar parte del tesoro real.

El médico judío, Ibrahim ibn Zarzar, que contaba con el aprecio de don Pedro y se había ganado su confianza, fue encumbrado al puesto de consejero en sustitución del desdichado Samuel ha-Leví.

Mi amigo Ibn Jaldún y el médico judío se saludaron efusivamente. Ibn Zarzar le adelantó, que el rey cristiano había sido informado de la historia de los Jaldún, del alto rango que adquirieron en Sevilla y de las numerosas posesiones que acreditaban su fama y poderío.

Ibn Jaldún, sorprendido, le preguntó quién había informado al rey. Y el judío, con una media sonrisa, le respondió que en la Corte de Castilla sólo él conocía la historia de los antepasados del embajador.

A Ibn Jaldún le preocupaba el carácter de don Pedro e inquirió si el rey de Castilla era tan cruel como se decía.

Ibn Zarzar le contestó que más que cruel era justiciero y que jamás perdonaba una traición.

—Don Pedro no olvida ni perdona —afirmó.

—¿Y cómo te ganaste su confianza? —quiso saber mi amigo.

—Mi primer encuentro con el rey resultó un tanto extraño —manifestó el judío con cierto misterio—. Yo había visitado la Corte, pero a don Pedro nunca lo había visto. Y, ¿sabes lo primero que vi del rey?

IbnJaldún negó con la cabeza.

—Su real culo —declaró Ibn Zarzar sin poder contener la risa.

—¿De veras, el culo? —preguntó Ibn Jaldún con una sonrisa.

—Una noche fui requerido para presentarme ante el monarca. Me llevaron a los aposentos privados del rey y encontré a don Pedro desnudo y tumbado bocabajo en su lecho. El rey con el rostro aplastado sobre una almohada masculló:

—Estoy rodeado de inútiles que no saben curarme. Tu reputación como hábil médico ha llegado hasta mí. Espero que puedas aliviarme del dolor que me aqueja y me impide montar a caballo —murmuró el rey señalando con el dedo índice un voluminoso furúnculo sobre una nalga.

—Haré todo lo posible, majestad —dije mientras palpaba la fluxión amoratada.

Comprobé que el abultamiento ya estaba maduro y blando, y decidí sajar el tumor. Pero temía la reacción del rey. Sé por experiencia que los poderosos se muestran irascibles ante el dolor. Si mi mano no era firme y la lanceta ocasionaba algún desgarro, aquel rey al que denominaban «el Cruel», podía ordenar que me

cortaran el brazo. Respiré profundamente para serenarme. Pellizqué con fuerza la nalga afectada, al mismo tiempo que penetraba la lanceta. Con el dolor del pellizco disimulé el daño que le produciría el corte en la carne. Un líquido viscoso fluyó del tumor y, tras dos días de vendaje y reposo, don Pedro pudo cabalgar sin dolor en su trasero.

Charlando amigablemente, ibn Jaldún y el judío pasaron a un jardín de exuberante vegetación, donde naranjos y palmeras crecían en torno a una alberca de agua transparente donde se reflejaban los arcos porticados de la entrada al palacio.

En una explanada, cientos de artesanos, granadinos, toledanos y sevillanos trabajaban en la construcción de un nuevo palacio. Varios pilares de azulejos, traídos de Granada, posa han sobre el suelo, para decorar las galerías y salas del nuevo alcázar.

A la entrada, los embajadores observaron un gran alero sustentado por mocárabes dorados, donde habían esculpido una inscripción haciendo mención a Pedro I de Castilla, como constructor del palacio, pero al lado, en un friso de cerámica aparecía otra inscripción en árabe con el lema de los Nazaríes. «Sólo Dios es Vencedor». Lo que les sorprendió gratamente.

En el arco central de la entrada, los obreros se afanaban en colocar unas puertas talladas en madera de pino con atauriques dorados y ornamentaciones policromadas, en las que figuraban inscripciones en árabe en la cara externa y en castellano en la interna, realizadas por artesanos mudéjares toledanos.

Mi amigo Ibn Jaldún me confesó que se sintió cautivado por la majestuosa arquitectura y la rica ornamentación del palacio. Al contemplar la policromía de las yeserías, la simetría de la decoración islámica, la cerámica vidriada y los epígrafes en lengua árabe que adornaban las estancias, bien se las podría tildar de impropias de un rey cristiano. Aquella simbiosis de arte islámico y cristiano ponía de manifiesto la pasión de don Pedro por el arte andalusí.

El rey recibió a la embajada granadina en un espléndido salón, sentado en un trono elevado sobre una tarima de tres escalones. Vestía una larga túnica roja y blanca con un castillo dorado y un león rojo, ambos bordados a la altura del pecho; de sus hombros colgaba un manto de brocado forrado de armiño. Detrás del trono, cubría la pared un gran lienzo con las armas de Castilla. Pedro ibn Alfonso era un hombre de rasgos severos, pero no exentos de un cierto atractivo; era alto, de cabello rubio y bien proporcionado de cuerpo. Se encontraba en el esplendor de su vida, contaba 28 años.

Sentado sobre el segundo escalón de la tarima donde descansaba el trono, aparecía un ser extraño, una criatura deforme, intermedia entre hombre y animal; aquella figura grotesca vestía un jubón de terciopelo verde y cubría su enorme cráneo abombado con un bonete rojo; las diminutas piernas estaban ceñidas por unas calzas

amarillas; en el cuello lucía un collar de cascabeles, como un perro amaestrado. La doble joroba lo mantenía encorvado, casi a cuatro patas, obligándole a mirar de soslayo, como un animal resabiado. La mandíbula inferior le colgaba flácida, mostrando unos dientes pequeños y afilados; y al final de sus dedos anillados, le crecían unas largas uñas.

Un intérprete le contó a Ibn Jaldún que aquel engendro gozaba de prerrogativas de las que no disponían muchos nobles. Debido a que su deformidad le hacía parecer tan inferior a los demás, se le toleraba dirigirse a la nobleza como a un igual, incluso proferir insultos que el rey le reía. Era un gran fornicador y por su lecho pasaban muchas damas de la Corte.

Esto último, estimado Jalid, no te debe extrañar. Hay mujeres, sobre todo de alta alcurnia que, dominadas por la lascivia, se sienten atraídas por lo monstruoso o diabólico, y buscan el placer perverso de la Bestia, cuyo aliento les abrasa y sus largas uñas laceran su carne.

El rey de Castilla recibió a Ibn Jaldún con los máximos honores; su trato, desde el primer momento, fue afable, mostrando una exquisita cortesía. Sus primeras palabras fueron para declarar su satisfacción por su presencia. Don Pedro ceceaba al hablar, pero su voz era agradable.

El rey cristiano, al que llamaban el Cruel, se mostró con mi amigo magnánimo y afectuoso, le colmó de regalos y le propuso quedarse en su Corte y entrar a formar parte de su círculo más íntimo de consejeros. Le ofreció restituirle los bienes de sus antepasados, aunque éstos se encontraran en poder de algunos Grandes del reino. Pero IbnJaldún se excusó por no poder aceptar tal proposición y, expresándole el agradecimiento que merecía su generoso gesto, le recordó su compromiso de regresar con la embajada a Granada.

En el gran salón del trono, bajo la cúpula dorada que sustentaba una estrella dorada de doce puntas, sobre pechinas de mocárabes, el rey de Castilla renovó el tratado de paz y alianza en las condiciones que le proponía su aliado y amigo, el sultán de Granada. Tras lo cual, los granadinos fueron agasajados en la Corte sevillana.

Al día siguiente, al amanecer, IbnJaldún se despertó sobresaltado por el sonido de las campanas. Su ánimo se serenó al contemplar desde una ventana una torre que relumbraba como el oro. Se acordó de cómo su padre le habló del «al-Borg al-Azajal», el castillo dorado, que mandó construir el gobernador almohade Abu-l-Ulá.

Después de tantos años, algunas huellas del Islam se mantenían casi indemnes.

La comitiva fue invitada a visitar la ciudad. El dédalo de calles se abría mostrando hermosas residencias con patios que destilaban aromas de azahar y rosas. La actividad era frenética en torno al gran río. En ambas orillas, se comerciaba todo género de mercancías y se mezclaba toda clase de gentes. Los barrios próximos al

Guadalquivir eran un hervidero multicultural, donde transitaban cristianos, judíos, mudéjares, comerciantes genoveses y marinos portugueses, que proporcionaban a Sevilla un ambiente cosmopolita como no habían visto antes en ninguna otra ciudad. Abundaban los mesones y los tugurios donde se jugaba a las cartas y a un juego de azar en el que se emplea un hueso de carnero que llaman taba.

Ibn Jaldún tuvo la oportunidad de visitar las posesiones de sus antepasados en Sevilla. Pudo admirar las alquerías y el castillo, que los sevillanos llaman «de los Jaldunes». Y al penetrar en la mezquita construida por su tatarabuelo, convertida en iglesia, se sintió perdido en la oscuridad como un niño indefenso en una noche en el bosque. Cuando sus ojos se adaptaron a la penumbra, vislumbró ornamentos recargados de oro e imágenes terribles que llenan el corazón de angustia. En un lugar destacado del templo atisbó una efigie de la Virgen, madre del profeta Isa ¡con él sea la paz! cubierta de alhajas que resplandecían incrustadas en sus ropajes y en la corona. En las paredes brillaban mosaicos de alabastro. En una hornacina recubierta de plata, se veneraba a un santo que empuñaba una espada y aplastaba con sus pies los cráneos de hombres tocados con turbantes. Era evidente lo que aquello representaba.

El regreso de Ibn Jaldún a la Alhambra fue triunfal. El sultán lo encumbró a lo más alto, le convirtió en su consejero y en su compañero inseparable; le regaló una hermosa esclava, le concedió propiedades y tierras de regadío; y para que la dicha de su huésped fuese completa, el sultán ordenó al almirante de la armada ir a Ifrigiya y traer a Granada a la familia de Ibn Jaldún.

En la Corte se comentaba la exagerada familiaridad del sultán con su huésped. De la noche a la mañana, Ibn Jaldún pasó a ser miembro destacado del Consejo privado del emir, y entre los altos funcionarios cundía el recelo. Temían la enorme influencia que aquel advenedizo ejercía sobre el monarca.

Por aquellos días, todos me veían a mí como el hombre fuerte del reino, el árbitro de la situación política, el gran visir a quien dirigir sus quejas y en el que tenían puestas sus esperanzas. Y me instaban a poner fin a aquella relación, que ellos consideraban perniciosa para el sultán.

No había duda de que, a raíz de la llegada de IbnJaldún a Granada, el sultán no parecía el mismo. Sólo tenía oídos para su nuevo consejero, que le hablaba de la magnificencia del palacio del rey cristiano, y Muhammad se obsesionó gastando inmensas cantidades de dinero en las reformas de la Alhambra para superar en riqueza y esplendor al palacio del cristiano. Parecía querer rivalizar con el poderoso rey de Castilla embelleciendo los pabellones de la Medina Roja, y causar asombro y envidia a los visitantes extranjeros. Todos los pabellones de la Alhambra se poblaron de artesanos y alarifes que ensanchaban patios, cubrían fosos, levantaban andamios.

Le insinué al sultán que no debía rodearse de consejeros que desconocían las

auténticas necesidades del reino. Le alerté sobre el abandono en que se encontraban algunas plazas fronterizas y la falta de preparación de un ejército inactivo. Una tropa ociosa, le advertí, es propensa a la indisciplina y a la rebelión. Se había licenciado a muchos hombres y el ejército no estaba bien pertrechado para hacer frente a un ataque enemigo. Si bien era cierto que teníamos en vigor un tratado de paz con Castilla, no podíamos ignorar que el rey de Aragón, aliado del hermano bastardo de don Pedro, ansiaba atacar Granada.

Pero Muhammad no atendía a mis advertencias. Se olvidó de los asuntos de la guerra contra los infieles, y pasaba los días rodeado de arquitectos y albañiles, entre sacos de yeso y estuco, caminando bajo los andamios con las babuchas de terciopelo manchadas de polvo calizo; en medio del ruido y el caos, discutía con los alarifes el modo de emplear los materiales. Le vi arremangarse y agarrar una alcarraza escanciando vinagre sobre la masa del yeso para que éste fraguara mejor. Pasaba demasiado tiempo observando a los pintores recubrir los capiteles de una capa dorada, o a los artesanos adornar las bóvedas con panes de oro. En las obras se gastaron ingentes sumas de dinero, que debieron emplearse en armas con las que defenderse de un enemigo ávido y cruel.

Obstinado en las reformas de su palacio, no respetaba las obras levantadas por sus antepasados. Para ampliar o modificar edificios, derribó algunas construcciones erigidas por su padre, el noble Abu-l-HayyayYusuf, ¡que Allah lo tenga cerca!

Muhammad amaba la ostentación y el lujo. Mostraba una especial inclinación por la suntuosidad y poseer todo aquello que no estaba al alcance de los demás: las cosas más bellas y caras, joyas únicas, animales salvajes, salas revestidas de oro, alfombras de seda o telas doradas de la India. Empleó oro y lapislázuli en la ornamentación de los salones; cobre dorado y maderas nobles en puertas y ventanas; mármol en columnas y pavimentos. Muhammad y Pedro estaban embarcados en la misma aventura y el signo de ambos parecía correr la misma suerte: discordias familiares y guerras civiles. Se ayudaban mutuamente y coincidían en los mismos gustos. En Granada se llegó a decir que entre Castilla y Al-Ándalus no se conocían fronteras.

Muhammad envió al Alcázar de Sevilla alarifes granadinos y artistas del yeso. Y don Pedro correspondía enviando a la Alhambra artesanos y pintores mudéjares toledanos, que revestían los arcos con molduras festonadas y relieves de fastuosas celosías perforadas hasta la transparencia. Los pintores decoraban paredes y bóvedas de púrpura, azul y carmín. Sobre los muros de las salas aparecían inscripciones con suras del Corán y la divisa Nasrí: «Sólo Dios es Vencedor». Pero cierto día, un alfaquí descubrió que, en los frisos del pórtico norte, en el Patio de los Arrayanes, figuraba esculpido un escudo rojo cruzado por una banda dorada. El alfaquí consultó con un alarif y, para asombro de aquél, el arquitecto le desveló que se trataba del escudo de la Orden de la Banda, un distintivo de prestigio en los ejércitos cristianos

con el que el rey de Castilla había investido al sultán de Granada.

Aquel descubrimiento horrorizó al alfaquí y la noticia corrió por el palacio, produciendo un gran escándalo que me obligó a trasmitírselo al mismísimo sultán.

Muhammad no se inmutó. Conocía aquel detalle del pórtico del patio de los Arrayanes y, además, me comunicó que pensaba intercalar el escudo de la Banda con la divisa de los Alhamar en la sala de la Justicia y en otras contiguas al Salón del Trono. Ante la sorpresa que emanaba de mis ojos, el sultán, que desde hacía un tiempo me trataba con cierta frialdad, me despidió diciendo: «Di a los alfaquíes que los ejércitos de la Orden de la Banda me ayudaron a recuperar el trono que había usurpado mi hermano. Y es de justicia este reconocimiento por los servicios prestados al reino».

A medida que Muhammad fue tomando conciencia de su poder, se tornó orgulloso y terco; no admitía consejos de nadie, y menos si éstos se oponían a sus caprichos. Ahí radicaba la frialdad que el sultán mostraba hacia mí.

Cuando todavía no se habían apagado las llamas del escándalo anterior, surgió otro aún mayor.

Resulta que para embellecer el patio de acceso a la residencia privada del sultán, un arquitecto había diseñado una fuente de singular belleza, que se instalaría en el centro del patio. La taza del surtidor estaría sustentada por las figuras de doce leones, de cuyas fauces brotarían sendos chorros de agua. Los doce leones, que representaban los doce meses del año, eran de tal perfección y volumen que parecían estar vivos.

Cuando el cadí de la Alhambra vio el boceto, se escandalizó. Pidió audiencia urgente, y cuando tuvo delante al sultán, con voz enérgica y ojos llameantes le espetó:

—¡Majestad! Lo que se pretende levantar en el patio del harén, trasgrede claramente la ley islámica, incurriendo en herejía. Todo musulmán sabe que la representación de hombres y animales es una emulación sacrílega de la obra creadora de Allah, ¡ensalzado sea! La exhibición de esos leones rompe el principio universal del Islam, que prohíbe componer representaciones de toda aquella criatura que goza de vida creada por Dios.

La sala quedó muda, todos miramos al sultán que se mostraba perplejo ante la inesperada reacción del juez. La fuente de los leones había sido elegida por el propio sultán, entre varios proyectos presentados. Desde el primer momento, Muhammad no tuvo dudas, se había encaprichado de esa fuente y no estaba dispuesto a renunciar a ella.

Pero en los ojos del cadí no se apagaba el fuego de la ira. Nadie se atrevía a hablar. Tras un tenso silencio, el sultán convocó al juez para el día siguiente en el Mexuar, donde se reuniría el Consejo de Estado. Allí se discutiría el problema y el arquitecto, responsable del proyecto, explicaría las razones y el significado de la fuente.

El Consejo lo presidía el sultán y lo componíamos tres visires, dos ulemas, el cadí y el omnipresente consejero Ibn Jaldún. El sultán dio orden para que compareciese el arquitecto. Todos quedamos sorprendidos al ver entrar a un joven que no sobrepasaba los 30 años. Con paso decidido, portando un pliego enrollado, se inclinó ceremoniosamente ante el sultán y se colocó ante la mesa que ocupaba el centro de la sala.

Muhammad, dirigiéndose al alarif, le pidió que nos explicase en qué se había inspirado para diseñar esa fuente.

El arquitecto desenrolló el papel, lo alisó sobre la mesa y, mostrando el diseño, dijo:

—Majestad, el patio en el que se pretende colocar la fuente estará circundado por airosos pórticos con arcos de yeserías caladas, sobre esbeltas columnas de mármol. Y en armonía con el conjunto de formas depuradas y de elementos constructivos de exquisita y delicada decoración, hemos creído conveniente que el centro, hoy desprovisto de vida, sea ocupado por una fuente que contribuya con los efectos acústicos del agua a acentuar el sosiego de las salas privadas y que, además, contenga un simbolismo político-religioso.

—¿Cuál es el contenido religioso de esas figuras? —exclamó el juez sin poder contenerse.

—Sosegaos, dejad que el arquitecto termine su argumento —intercedí.

—Como podéis ver en el dibujo —prosiguió el alarif, mostrando el boceto—, la fuente se compone de una gran pila de alabastro que descansa sobre los cuartos traseros de los leones, que echarán chorros de agua, a un tiempo, por sus bocas. En el centro de la pila, un surtidor de agua verterá el contenido, bañando los cuerpos de los leones. La gran taza simboliza al Emir de los Creyentes, su grandeza y magnanimidad, derramando sus dones, durante todo el año, sobre sus valientes guerreros: los leones que le rodean y le protegen.

—¿De dónde eres? —preguntó el juez al joven arquitecto, sin ocultar un cierto desdén.

—De Toledo, señor.

El juez con un gesto de desprecio borbotó:

—¡Mudéjar! Todos los mudéjares estáis contaminados por la fiebre iconográfica de los idólatras.

El joven arquitecto no se inmutó y prosiguió:

—Como ya me habían prevenido sobre los posibles prejuicios que suscitaría mi obra, he diseñado otro boceto, corrigiendo aquello que pudiera ser tachado de ofensivo por quienes practican la ortodoxia islámica —dijo desplegando sobre la mesa un segundo folio.

El juez se aproximó al tablero con el ceño fruncido y clavando su mirada en el

dibujo, exclamó:

—¡No veo ninguna diferencia, los leones siguen ahí!

—Señor —señaló el toledano—, si os fijáis bien, estos leones carecen de la perfección relevante de los primeros. Los ojos de éstos son simples hendiduras desprovistas de vida. De las cabezas han desaparecido las abundantes melenas, y éstas se insinúan quedando reducidas a meras incisiones de cincel. Las figuras son arcaicas y toscas y no son comparables a la obra del Creador y, por tanto, no constituyen una ofensa a Allah, ni escándalo para los creyentes.

Todos los miembros del Consejo permanecíamos inclinados en torno a la mesa, observando, en silencio, el dibujo. El sultán levantó discretamente una ceja y me miró de soslayo, insinuando que tomara la palabra.

Carraspeé y, señalando el boceto, añadí:

—A mí me parece que estas figuras de piedra, tan rudimentarias, ponen de manifiesto la incapacidad del hombre frente a la pureza de las criaturas concebidas por Allah ¡ensalzado sea!

—No estoy de acuerdo —respondió el juez—, el mero hecho de representar a las criaturas de Dios, sea en pintura o escultura, es un pecado de soberbia del hombre, que pretende convertirse en el Creador. Cuando Creador sólo hay Uno. ¡Único e Incomparable!

Las palabras del cadí resonaron en la bóveda de la sala, sumida en un silencio tenso. El sultán, con rostro serio, recorrió con la mirada a los miembros del Consejo.

—Bien —dijo el sultán tomando la palabra—, como veo que hay discrepancias entre mis consejeros, propongo que sometamos a votación si la Fuente de los Leones debe ser erigida en el patio del harén o debemos renunciar a su construcción. Yo me abstendré de emitir el voto y se respetará lo que decida la mayoría del Consejo.

El juez lanzó una mirada desafiante a los consejeros, y el sultán cruzó su mirada con los visires.

—Entonces, procedamos —ordenó el sultán—. Que levanten la mano quienes estén a favor de erigir la fuente.

Los tres visires levantamos la mano. El juez y los dos ulemas permanecieron con los brazos caídos. Todos dirigimos la mirada hacia Ibn Jaldún. Éste parecía dudar sobre su derecho a votar. Miró al sultán, y al comprobar que todo el Consejo permanecía pendiente de su decisión, Ibn Jaldún levantó su mano derecha. El emir no pudo reprimir una sonrisa de satisfacción, y dirigiéndose al juez sentenció: «Cuatro a favor y tres en contra».

El juez, con el ceño adusto y el rostro crispado, salió de la sala, seguido de los ulemas.

Desde aquel día, Ibn Jaldún se convirtió en el blanco de los dardos envenenados de los ulemas. No le perdonaban que un intruso en la Corte, como él, inclinara la

balanza a favor de la construcción de la Fuente de los Leones. A partir de entonces, sufrió los exabruptos y el desprecio de los funcionarios más fundamentalistas.

Pronto se percató de que era la comidilla de unos cortesanos que le odiaban. Temía que los calumniadores hicieran dudar al sultán sobre la confianza que había depositado en él. En la Corte reinaba un ambiente inquietante de intrigas y sospechas. Por aquellos días, se descubrió una conjura del jefe militar de las milicias magrebíes, Utman ibn Yahya ibn Rahhú. Este general contaba con mi confianza, pero me vi obligado a encarcelarle y, más tarde, fue expulsado de Granada junto a toda su familia.

Ibn Jaldún se sentía cada vez más incómodo y llegó un momento en que no soportó más la agobiante hostilidad que le asediaba. Vino a verme, y me comunicó su decisión de abandonar Granada. Me dijo que se veía obligado a viajar a Bujía, reclamado por el sultán de Tremecén, quien le había nombrado primer ministro.

En los momentos difíciles se manifiesta la grandeza del hombre. Ibn Jaldún era un hombre discreto, equilibrado y digno. Jamás se quejó ante mí o ante su amigo el sultán del malestar que sentía en la Corte. No quería que nadie se viera perjudicado por su causa. Mi amigo Ibn Jaldún dio muestras de su carácter noble y abandonó Granada llevándose mi admiración y el aprecio del sultán, que le colmó de regalos y le despidió con lágrimas en los ojos.

Antes de su partida, para garantizar su viaje al Magreb, redacté un salvoconducto en el que no ahorré elogios, proclamando las virtudes y méritos que le adornaban.

Cuando Lisan al-Din dio por terminado este relato, la noche, agotada, dejaba caer las estrellas cual monedas de plata de la mano de un esclavo nubio.

17

EN AQUEL anochecer otoñal, la luz se desplomó veloz, envuelta en crespones negros.

El eco de los pasos del carcelero sacó de su ensimismamiento al prisionero andalusí.

Jalid se encontró con la mirada, entre recelosa y angustiada, de un hombre que parecía esconderse entre brumas azules. Con gesto abatido, Lisan al-Din murmuró:

—Mi tiempo se acaba. Hoy he recibido una noticia que, como una espada, ha cortado todas mis esperanzas.

Jalid, sorprendido, aguardaba en silencio a que el prisionero le desvelase el motivo de su desaliento.

Lisan al-Din continuó, anunciando a su carcelero:

—Mi amigo Ibn Jaldún, que había llegado a Granada confiado en la amistad que le unía al sultán, para interceder por mí, ha sido expulsado de Al-Ándalus.

Ibn Jaldún pronto se percató de que las cosas en Granada habían cambiado mucho desde la última vez que la visitó. El sultán fue remiso en recibirle. Lo hizo veinte días después de su llegada. En la Corte, sintió la hostilidad que despertaba, el solo hecho de pronunciar mi nombre. Cuando fue recibido por el visir, Ibn Zamrak, que ahora ocupa mi puesto, éste comenzó a lanzar toda clase de improperios contra mí; escudriñando en mi vida, relató todos los errores, tropiezos o faltas que, según él, yo había cometido. En las lenguas de los consejeros comenzaron a sonar acusaciones de traición y herejía. Y unos días antes, el Cadí Supremo me había declarado hereje y ordenó quemar mis libros. Afortunadamente, gran parte de mis obras se encuentran a buen recaudo.

Mi buen amigo Ibn Jaldún se esforzó en defender mi inocencia y mi honor, pero no era escuchado. Por fin, cuando estuvo ante el sultán, éste lo recibió frío y distante; Ibn Jaldún apelando a su vieja amistad con el monarca, imploró mi perdón, pero el sultán, al oír mi nombre, montó en cólera y ordenó a su antiguo consejero y amigo, que abandonase de inmediato Al-Ándalus.

Ibn Jaldún no daba crédito a lo que le estaba pasando, no reconocía al bondadoso y solícito sultán que le había obsequiado con su amistad, con el que había compartido mesa y confidencias y que, ahora, le trataba de forma tan airada. Los servicios que había rendido al emirato, habían sido olvidados y el afable Muhammad ibn Yusuf se había convertido en un hombre colérico, lleno de resentimiento y odio.

Durante mi etapa de primer ministro, siempre huí de la lisonja y eso me creó enemistades. Con el sultán me mostré sincero y no me reprimí en mostrar mi desacuerdo en algunas cuestiones, aunque a él le resultaran incómodas. Muhammad se mostraba cada vez más molesto cuando le advertía sobre su conducta. Le insistía en que pusiera coto al despilfarro; le urgía al ahorro y a dedicar el erario público a asegurar las fronteras del Islam. Le reprobaba que se rodeara de aduladores y se dejara guiar por oportunistas.

Me indignaba que, seducido por la poesía recargada y el servilismo untuoso de su secretario Ibn Zamrak, no descubriera la fatuidad y la estulticia de este personaje, que ya no escondía su ambición por conseguir el visirato.

Muhammad ibn Yusuf se mostraba displicente y soberbio. La incompatibilidad y la desconfianza mutua, me obligaron a tomar la decisión de retirarme de la política. Y así se lo hice saber a mi señor, el sultán. Mas entonces, ocurrió que la guerra victoriosa que el rey de Castilla mantenía contra su hermano, cambió de signo y don Pedro, acorralado y sin aliados, pidió ayuda a Granada; por lo que el sultán me obligó a permanecer en mi cargo. ¡Otra vez la guerra!

El origen del enfrentamiento entre el rey de Castilla y su hermanastro Enrique, hay que buscarlo en la numerosa prole de hijos bastardos que su padre, el rey Alfonso, tuvo con su concubina, Leonor, una sevillana de singular belleza. A la muerte del rey Alfonso, heredó el trono su hijo legítimo Pedro. Pero desde ese momento, la sombra de los numerosos hijos bastardos, a los que su padre había reconocido, y en especial Enrique, por el que mostró su preferencia y había dotado de privilegios, títulos nobiliarios y castillos, amenazaba al príncipe heredero.

Todo se agravó por el carácter y la forma de gobernar del rey Pedro, demasiado impulsivo y violento. Por simples sospechas, condenó a muerte a ministros, consejeros e incluso a miembros de su familia. Aquellas muertes innecesarias empeoraron la situación de la Corona y don Pedro fue tachado de cruel y vengativo, provocando el malestar de la nobleza castellana.

Estimado Jalid, te voy a contar un hecho, que pone de manifiesto el carácter receloso y feroz del rey de Castilla:

En la guerra que mantuvo Muhammad, para recuperar el trono, contra el Bermejo, había un caballero cristiano que combatía a nuestro lado, y que se ganó la amistad del sultán. Se llamaba Martín López, durante la contienda, ambos comían juntos en la tienda del emir, competían en torneos y jugando al ajedrez. En el campo de batalla, Martín, al frente de los caballeros de Calatrava, peleó con bravura temeraria contra las huestes del Bermejo. Muhammad sentía gran aprecio por él, y su amistad llegó a ser íntima. Pues bien, algún tiempo después, el rey de Castilla envió a Martín a la ciudad de Córdoba con la orden de matar a Gonzalo Fernández de Córdoba y a otros

caballeros de la alta nobleza porque tenía la sospecha de que se habían pasado al bando de su hermanastro. Pero Gonzalo pudo escapar, antes de que llegara Martín.

Al enterarse de la fuga, el rey Cruel, en un ataque de ira, acusó a Martín de haber dejado escapar al noble. Resuelto a castigar lo que él creía una traición de su hombre de confianza, se puso de acuerdo con el alcaide de Martos, para que citase a Martín en la fortaleza de esa ciudad. Éste acudió a la cita, creyendo que se encontraría con el rey, pero apenas penetró en el castillo, los hombres del alcaide lo apresaron y lo encerraron en una mazmorra. El alcaide esperó a que le llegase la orden del rey para matarlo. Pero antes de que don Pedro diera al alcaide la orden fatídica, Martín nos hizo llegar a Granada un aviso, en el que nos daba a conocer la apurada situación en la que se encontraba, y por la que corría peligro su vida.

El sultán me ordenó escribir una carta al rey de Castilla, pidiendo la libertad de su amigo Martín y anunciaba que si no se le otorgaba dicha merced, iría personalmente a Martos a liberar a un hombre valiente y fiel que se encontraba encarcelado sin ninguna culpa. Cabalgando veloz, partió de Granada un emisario a la Corte de don Pedro. Éste, a vuelta de correo, contestó al sultán con una misiva en la que se mostraba dispuesto a complacer a Muhammad, pero sin concretar nada. El sultán tuvo que poner todo su empeño y amenazó con romper la amistad que unía a ambos monarcas y atacar Martos si Martín López no era liberado. Pedro, al fin, accedió a liberarlo a regañadientes.

Otra característica del rey castellano era su temperamento extremadamente sensual, que le llevó a cometer numerosas liviandades, que no podía reprimir por tratarse de una pasión enfermiza.

A los 19 años se casó con una joven de la alta nobleza de Francia; la boda se celebró un lunes, pero el miércoles, con gran escándalo de la Corte, abandonó a su esposa y se reunió con su amante, que lo esperaba en la pequeña villa de La Puebla de Montalbán, cerca de Toledo.

Mediante ardides y engaños consiguió la abolición de su matrimonio y la esposa repudiada fue encerrada, por orden del rey, en un castillo. Blanca de Borbón, que así se llamaba la joven reina, procedía de un esclarecido linaje francés, era hija del duque de Borbón y sobrina del rey de Francia. Con este acto, don Pedro se granjeó la enemistad de los franceses, que nunca perdonarían el ultraje.

Pedro I de Castilla siguió con sus tropelías amorosas. La vida cortesana en Sevilla, se desenvolvía en un mar de intrigas y tensiones, por los amores del rey con la bella esposa de un noble, a quien desairaba públicamente, mientras alternaba su lecho con su amante oficial, María de Padilla, sobrina de su primer ministro.

El Gran Alfaquí de los cristianos, escandalizado por la vida lujuriosa del rey, le conminó a tomar una nueva esposa y a comportarse como un buen cristiano.

Para acallar los escándalos, don Pedro se casó, por segunda vez, con una joven

viuda de la nobleza gallega; pero el rey cristiano era incapaz de reprimir la pasión enfermiza por las mujeres, y su unión con la noble gallega sólo duró un día. Después de la noche de bodas, el rey repudió a su reciente esposa y no la volvió a ver nunca más. Con este nuevo desprecio a las Cortes, se atrajo la enemistad de buena parte de la nobleza y la reprobación del Papa.

Pero no acaban aquí las torpezas del rey cristiano. La larga guerra que mantenían Castilla y Aragón resultaba demasiado costosa para ambos reinos. El monarca aragonés, Pedro el Ceremonioso, propuso un acuerdo de paz al castellano, y ofreció en matrimonio a su hija, Juana, al rey de Castilla. Pero don Pedro, después de sus fracasos matrimoniales, no quería ni oír hablar de casorios, y propuso el enlace de su hijo Alfonso, de tres años, con Leonor, hija menor del rey de Aragón. Los planes de boda no pudieron llevarse a cabo, por la muerte prematura del pequeño príncipe. El rey de Aragón envió a Castilla a su embajador Bernardo Cabrera para expresar a don Pedro sus condolencias por la muerte de su hijo, y le reiteró, de nuevo, el ofrecimiento de matrimonio con su hija Juana. Esta vez, el rey de Castilla aceptó, aunque el embajador aragonés le advirtió: «Que le era sabido que Juana non era virgen», pese a lo cual don Pedro, sorprendentemente, se ratificó en su palabra, y contestó al embajador que: «Él tampoco lo era».

Mas he aquí, estimado Jalid, que cuando la infanta aragonesa ya se encontraba de camino para realizar el enlace, le mostraron a don Pedro un retrato de su prometida y, de inmediato, anuló las nupcias, por encontrar a la novia demasiado fea.

Este desaire a la Corona de Aragón ahondó más la enemistad entre las dos monarquías y la pretendida concordia saltó por los aires. El irascible rey aragonés se vengó reconociendo como rey de Castilla a Enrique de Trastamara, con el que firmó una alianza para repartirse el reino de Castilla.

Como verás, Jalid, el rey cristiano se había creado demasiados enemigos para salir airoso de aquella guerra. Por el contrario, su hermano bastardo, Enrique, se atrajo a la nobleza descontenta, repartiendo señoríos, tierras y rentas; y todos los nobles que sufrían vejaciones o castigos por parte de don Pedro, se pasaron al bando del bastardo. Éste, para atraerse el favor del Sumo Pontífice, se declaró ferviente defensor de los valores cristianos y acusó a Pedro de no ser hijo legítimo de Alfonso. Hizo correr el rumor de que Pedro era hijo de un judío y que, como tal, protegía a éstos más que a los cristianos. El rumor corrió por villas y ciudades, provocando en el pueblo un sentimiento antisemita de terribles consecuencias, agravadas por la creencia, muy extendida, de que los judíos fueron los culpables de la Peste Negra. Siempre que Enrique de Trastamara entraba triunfante en una ciudad, se celebraba con una matanza de judíos.

Respaldado por la alta nobleza y encaramado en su estatus nobiliario como conde

de Trastamara, Lemos y Sarriá, Enrique se creyó en la legitimidad de sublevarse contra su hermano. Se hizo coronar rey, y legitimó su alzamiento, declarándose el elegido por Dios, para luchar contra un monarca ilegítimo, protector de judíos y musulmanes.

Enrique de Trastamara seguía su campaña triunfal por Castilla. Cada día, se sumaban a su causa más y más nobles, que huían del trato recibido de Pedro el Cruel.

La balanza de aquella guerra se inclinaba del lado de Enrique; y como yo había previsto, cuando don Pedro se vio en dificultades, nos pidió ayuda urgente; pero Muhammad había licenciado a gran parte del ejército y las arcas del reino estaban vacías, por haber gastado demasiado dinero en la remodelación de la Alhambra. Recaudar impuestos y llamar a levas llevaría demasiado tiempo, por lo que se optó por enviar, con urgencia, seiscientos jinetes al mando de Faray Ibn Ridwan, hijo del honorable hayib asesinado por los esbirros del Bermejo.

Don Pedro, que estaba en guerra con Aragón, se encontraba sitiando la ciudad de Tarazona. El rey de Castilla sabía que los aragoneses se mostraban descontentos con su rey, desde que éste había fijado su Corte en Barcelona. Acusaban al Ceremonioso de reunirse en Cortes en Zaragoza, sólo, para pedir dinero y soldados, que empleaba en campañas militares que favorecían los intereses comerciales de los mercaderes catalanes, cosa que enfurecía a los aragoneses.

Con esta premisa, el rey castellano se dirigió a Tarazona, en la creencia de que la ciudad se le entregaría sin oponer resistencia, pero no fue así; Tarazona se resistió y el castellano puso sitio a la ciudad. Faray y sus aguerridos jinetes se unieron al cerco y don Pedro, con la ayuda granadina, conquistó Tarazona y la saqueó brutalmente. Tras apoderarse de algunos castillos, entraron en Teruel.

Pero el rey de Aragón tenía aliados muy poderosos. El rey de Francia le ofreció las llamadas Compañías Blancas, compuestas por doce mil mercenarios teutones, gascones, ingleses y españoles. Se trataba de una tropa de aventureros, desertores, bandidos y asesinos bajo el mando de un personaje siniestro, llamado Beltrán Du Guesclin; y al que el Papa de Aviñón y el monarca francés querían alejar de sus tierras, porque suponía una plaga insufrible dedicada al pillaje y al asesinato. Aquel ejército de indeseables exigió un sueldo de trescientos mil florines de oro, que tuvieron que pagar, a partes iguales, el rey de Francia, el de Aragón y el Papa Urbano.

Las Compañías Blancas entraron por Cataluña, avanzaron por el río Ebro y llegaron a Calahorra para unirse a las fuerzas de Enrique de Trastamara. Ante el empuje de aquella numerosa tropa, Pedro el Cruel se retiró a Sevilla con la intención de reunificar sus fuerzas y formar un gran ejército.

Mientras las tropas del Bastardo avanzaban sin encontrar resistencia, don Pedro aguardaba impaciente en Sevilla la llegada de una flota granadina con refuerzos de hombres de a pie y a caballo, que se demoraba demasiado. El Condestable de Castilla

y los generales se mostraban nerviosos, los ánimos se hundían y la baja moral de la tropa inducía a la deserción. Ante la actitud un tanto recelosa de algunos nobles, don Pedro en un impulso de cólera gritó: «¡Aunque todos me abandonéis, siempre podré contar con la ayuda de mi amigo el sultán de Granada!».

Aquella frase se tergiversó y el rey sufriría sus consecuencias: por toda Sevilla se extendió el rumor de que don Pedro, para conseguir ayuda de Granada, había prometido al sultán adjurar de su fe y hacerse musulmán.

El pueblo se amotinó y rodeó el Alcázar lanzando toda clase de improperios contra su monarca, llamándole «moro». Don Pedro, impulsivo y colérico, al oír los insultos de la multitud, respondió poniendo en libertad a todos los musulmanes cautivos en la Atarazana de Sevilla. Una turbamulta enfurecida asaltó y saqueó el Alcázar, pidiendo que el rey fuese destronado. Don Pedro logró huir y, temiendo por su vida, se refugió en Portugal. De allí partió hacia Galicia. Los nobles gallegos, que se mantenían fieles a don Pedro, pero no disponían de suficientes fuerzas militares, le aconsejaron embarcar hasta las posiciones que los ingleses tenían en Francia, a fin de solicitar ayuda militar de éstos.

En Burdeos, el rey cristiano entró en negociaciones con el «Príncipe Negro», con este nombre se conocía al príncipe de Gales, debido al color de su armadura.

Inglaterra, enemiga de Francia, a la que había arrebatado algunos territorios en la larga guerra que mantenían ambos países, estaba dispuesta a ayudar a Pedro. El Príncipe Negro se comprometió a luchar al lado del castellano, hasta que éste recuperase todo su territorio, y a cambio exigió varias ciudades costeras del norte de la península, y una importante suma en oro de ley. A las conversaciones se unió el astuto rey de Navarra, Carlos el Malo, que también se comprometió a ayudar a don Pedro, a cambio de recibir algunos territorios del país Vasco y La Rioja. El rey Pedro, con tal de recuperar el trono de Castilla, aceptaba toda clase de concesiones, por humillantes que éstas fueran, a sabiendas de que nunca podría pagarlas.

Nuestros espías eran sagaces, y nos tenían bien informados de las andanzas de don Pedro.

En la guerra, estimado Jalid, es fundamental contar con una buena red de espías que informen de los movimientos del enemigo; de esta forma se consigue conocer la situación de fuerza o debilidad del contrario y dónde o cuándo pretenden atacarnos. Las batallas se ganan cuando se es capaz de adelantarse a los movimientos tácticos del otro. Con informaciones precisas de la situación y de los planes del adversario, se logra el triunfo, incluso contra un enemigo más fuerte. En la Alhambra estábamos al corriente de la situación política de todos los reinos cristianos.

Don Pedro se encontraba en Francia. Y con el reino de Castilla en manos del Bastardo, el peligro que se cernía sobre Granada era evidente.

Había comenzado el mes santo del Ramadán. Era noche cerrada y me encontraba

en mi casa del Albaycín, cenando con mi familia, cuando recibí una orden del sultán para presentarme con urgencia en la Alhambra. En el Mexuar, el emir departía con el arráez Faray ibn Ridwan. El hijo del gran visir asesinado era un joven de complexión fuerte, pobladas cejas y una boca de labios finos, sobre un mentón cuadrado cubierto por una espesa barba negra. Parecía estar recién llegado del campo de batalla, vestía cota de malla y coraza; ceñía una enorme espada, y en su mano izquierda sostenía un casco con protección nasal. Había heredado el espíritu aguerrido de su padre y, producto de las muchas batallas que había librado, su cráneo estaba marcado con una profunda cicatriz que cortaba su frente y la ceja derecha.

Al inclinarme para besar la mano del sultán, éste me anunció:

—El Gran Alfaquí de los pueblos cristianos ha llamado a la Guerra Santa contra Granada. Nuestro valeroso y fiel servidor Ibn Ridwan —dijo señalando al arráez—, que después de su triunfal campaña en tierra infiel, ha regresado invicto a nuestros territorios, interceptó en la frontera de Jaén a un mensajero, que portaba el plan de guerra que han urdido los reyes cristianos contra nuestros territorios. Las tropas del rey de Aragón desembarcarán en la costa y atacarán Almería y sus aliados castellanos invadirán la frontera occidental. Los soldados cristianos tienen orden de talar, quemar y arrasar los campos y las cosechas, que aún no han sido recolectadas.

Faray ibn Ridwan apostilló:

—Según he sabido, por boca de mis cautivos, el nuevo rey de Castilla, Enrique, ha entrado triunfante en Toledo y ha sentado sus reales en Sevilla.

Tras un momento de duda, ante aquella noticia, sugerí:

—Majestad, debemos enviar embajadores a los sultanes del otro lado del Estrecho, en demanda de ayuda.

—Lo primero —ordenó el sultán, dirigiéndose a mí—, debemos comunicar al pueblo el peligro que nos acecha. Escribirás una *jotbah* [sermón] exhortando a los habitantes de Granada y de sus arrabales, así como a todos los pueblos y ciudades del reino, al cumplimiento del precepto de la Guerra Santa, para que sea leído en los púlpitos de las mezquitas. También escribirás, en mi nombre, cartas pidiendo socorro y ayuda militar a nuestros hermanos del Magreb: Escribe a nuestro piadoso y muy querido hermano Abu Fáris Abd-l-Aziz, sultán de Fez; así como a nuestro protector Abu Ishaq Ibrahim, califa de Ifrigiya [Túnez]. De nuestro bien amado hermano Abu Hammú Musa, sultán de Tremecén, tengo noticias de que su ayuda a nuestra causa, ya se encuentra en camino; sus barcos han zarpado con oro, plata, trigo y soldados hacia Granada.

—Majestad —dije de forma apresurada—, esta misma noche me pondré a trabajar. Y el viernes, en la mezquita mayor, yo mismo me encargaré de predicar la exhortación a la lucha contra los idólatras.

El viernes, la mezquita estaba llena a rebosar. Todos sabían que el visir iba a

pronunciar el sermón de la oración del medio día, y eso significaba el anuncio de un acontecimiento importante.

Cuando subí al *minbar* [púlpito], sentí la mirada de los fieles clavadas en mi rostro. Comencé formulando la shahada o testimonio de fe:

En el nombre de Allah, el Clemente, el Misericordioso. No hay más divinidad que Dios y Muhammad es el Mensajero de Dios y su Profeta, el cual nos conduce al paraíso eterno, deseo y esperanza de la misericordia divina.

Os hablo de parte del Emir de los Creyentes y siervo de Allah, nuestro señor Mahammad, hijo de nuestro señor el Emir de los Creyentes Abu-l-Hayyay Yusuf, hijo de nuestro señor el Emir de los Creyentes Abu-l-Walid Ismail, amados y distinguidos por nosotros y por nuestros mayores, así como de cuantos gobernamos en la Medina Roja [La Alhambra] Dios la defienda; también de jeques de la más ilustre nobleza, de los sabios más notables, de los principales alfaquíes, de los preclaros visires, de los defensores que protegen nuestras fronteras, de todos aquellos que Allah nos ha conferido el gobierno de nuestra comunidad, nos ha llenado de vuestra obediencia y nos ha prohibido vuestra ruina.

Hoy vengo a anunciaros que la tregua de paz que habíamos pactado se ha roto, y nuestros enemigos, los idólatras, han desnudado sus espadas y están dispuestos a beber las copas de la muerte en una guerra contra el Islam. Aunque hasta ahora existía la vasta capacidad en nuestra patria, y os envolvía la seguridad y la tranquilidad, haceos cuenta que ahora estáis dentro de una ciudad cercada por una jauría de perros rabiosos. Nos circunda un mar, cuyas olas se levantan henchidas, y nos rodea una muralla a cuyas puertas nos espera el enemigo.

¡Hermanos, extendamos las manos a Dios en demanda de auxilio! A Él nos acogemos ante esta necesidad urgente, a fin de que nuestros hermanos musulmanes del otro lado del mar ayuden a esta tierra del Islam, que se halla aislada.

Sabed que el Gran Alfaquí de los pueblos de la región cristiana, el que en todo es obedecido, ha lanzado contra las tierras de Al-Ándalus un ejército cuyos contingentes son como las lluvias torrenciales y como una plaga de langostas. Sus soldados le han jurado fidelidad en presencia de la Efigie y, a la orden de sus jefes, caerán de improviso sobre esta nación peregrina. El Sumo Sacerdote de los cristianos ha conseguido aunar a todos los reinos que le son adictos, para extirpar la raíz de los creyentes.

Os pedimos, pues, auxilio, llamamos a los musulmanes de todas las ciudades, y haremos sonar nuestras trompetas de la Guerra Santa en todas las partes del reino.

Llamamos a los varones de mérito que estén ansiosos por asir con sus manos, una de las cosas más bellas: la victoria o el martirio. Todos aquellos que no sepan disparar un arco o ballesta se ejercitarán, pues con sólo tomar las armas ya se aproximan a Allah, el Omnipotente.

Nuestros enemigos codician nuestra tierra, a nuestras mujeres y a nuestros hijos. Pero vuestra ciudad es hoy la columna de la religión, y la lanza que empuñan los campeones de la fe. Vosotros ya habéis aventajado a las gentes de Arabia en la defensa de vuestras fronteras. No os dejéis seducir por las cosas terrenales hasta preferirlas a Dios. Debéis suministrar las provisiones necesarias para los cuadros de alistamiento, y aportar dinero para que los voluntarios de la fe soporten mejor las fatigas y los sufrimientos de la guerra. Vuestra buena obra será recompensada con el duplo de los gastos. Y las puertas del paraíso se abrirán a vuestras almas. Vosotros sois la morada de los guerreros de Allah, y las nubes de la misericordia divina derramarán su lluvia benéfica sobre los patriotas, herederos de los primeros conquistadores y fundadores de nuestra nación.

¡La oración! ¡La oración! —exclamé alzando las manos al cielo—. No la abandonéis, ganaos con ella la salida de las tinieblas y la entrada de la aurora.

No os demoréis en salir a combatir al enemigo. Ofreced vuestras vidas en defensa de nuestras ciudades, de las débiles mujeres y de los inocentes niños. Luchad con firmeza, invocando a Aquél que triunfa sobre sus enemigos.

¡Dios mío! Da fortaleza a aquellos que se sienten débiles. Tú eres el Poderoso, ayuda a quien no tiene otro defensor que Tú. Concede fortaleza a nuestro avance o cuando tiemblen nuestros pies. No nos abandones cuando sobrevenga el choque con los que rinden culto a los ídolos.

Que Allah, el Excelente, el que es digno de ser adorado, haga duradera vuestra felicidad y segura vuestra victoria.

¡Que la bendición de Allah sea sobre vosotros!

La llamada a la Guerra Santa se extendió como un viento huracanado por todo el reino, y para prevenir el ataque cristiano, los gobernadores de Málaga y Ronda se apoderaron de varios castillos estratégicos en la frontera.

Al oír los tambores de la guerra, ni un solo púber quedó en Granada sin empuñar un arma. Las tropas de Muhammad ibn Yusuf tomaron el camino de la frontera, llevando como guía la ayuda de Allah y confiados en la fuerza y poder del Dios único. Los granadinos se pusieron en marcha como una manada de leones, con las banderas desplegadas al son de los atabales; trasportando las pesadas máquinas de guerra, escalas y ballestas, los parapetos de madera, las naftas inflamatorias, los escudos, lanzas y espadas.

Antes de que los aliados del Papa entraran en nuestros territorios, Muhammad decidió hacer una demostración de fuerza y al mando de un ejército formado por milicias reclutadas en Granada y Guadix, atacó la fortaleza de Iznájar, en poder de los infieles.

Al atardecer de aquel bendito día del mes de Ramadán, nuestros soldados acamparon a los pies del castillo; una fortaleza noble e inaccesible, un tormento para los escaladores. Desde lo alto de las murallas, los infieles lanzaban gritos amenazantes y arrojaban teas y tizones encendidos, pero en los corazones de los granadinos no penetraba el miedo.

En la madrugada del martes, víspera de la *Laylat al-Qadar* [la noche que fue revelado el Corán al Profeta], cuando comenzaba a despuntar la aurora, impulsados por el poder del Altísimo, los guerreros de Allah embistieron al enemigo con la fuerza de las olas, corriendo hacia los brazos de la muerte, entregando generosamente sus vidas mientras sus bocas proclamaban la grandeza de Allah.

Las máquinas de batir entraron en acción abriendo brechas en los muros, por donde penetraron los voluntarios de la fe, entre nubes de flechas y una lluvia hirviente.

Pronto se ganó la ciudadela y sus defensores huían abandonando sus viviendas repletas de animales y víveres, buscando refugio en la fortaleza, siendo perseguidos por los musulmanes, que saquearon las casas de tal forma que no hubo mano que no se llenase de viandas. Fue la señal del triunfo. Los peones y cuerpos ligeros atacaron los flancos del castillo, rompiendo las defensas del opresor infiel. Nuestras lanzas traspasaban sus pechos y las espadas sembraban la muerte entre las filas enemigas. Los idólatras luchaban con resolución y valentía, llenos de furor nos herían con sus flechas, pero no conseguían hacer retroceder a los defensores de la Fe, cuya bravura estaba sustentada por el poder invencible de Allah, fuera del cual no hay fuerza ni poder alguno.

Al llegar la noche, las llamas que devoraban sus hogares iluminaron el campo de batalla. Los cielos se velaron con el humo, y el tormento oprimió el corazón de los infieles; sus mentes se confundieron, se abrieron sus heridas, les flaquearon las fuerzas y decidieron pedir la amnistía. El sultán correspondió a su petición y se aceptó su deseo.

Al día siguiente, los cristianos descendieron del castillo en abigarrada multitud y entregaron sus armas. Las banderas del Islam flamearon sobre las torres de la fortaleza. Callaron las lenguas de las campanas. Se destruyeron los ídolos, fueron purificados los templos y los musulmanes recibieron los beneficios de la conquista.

Con la posesión de esta fortaleza, la mano de Allah sembró la tranquilidad en los corazones y el consuelo a nuestros ojos.

Muhammad ibn Yusuf y su ejército tornaron a Granada, llevando a sus espaldas la victoria y el favor de Allah. El séquito de sus cautivos marchaba tras las grupas de sus monturas, haciendo resonar el chirrido de los grilletes.

Lisan al-Din se mostraba extenuado, su torso encorvado parecía incapaz de soportar el peso de tantos recuerdos. De pronto, la aurora irrumpió en la mazmorra, como un caballo blanco cubierto con gualdrapas de oro.

18

JALID caminaba cabizbajo por los estrechos callejones que conducían a las mazmorras, entre la negrura prolongada del novilunio y el destello de un firmamento de diamantes.

Consciente de ser portador de una mala noticia, sus pasos vacilantes le llevaron hasta la celda de Lisan al-Din.

El prisionero, al observar cómo Jalid se acercaba taciturno y apesadumbrado, se aferró alarmado a los barrotes y exclamó:

—¡Jalid, por Dios bendito! Dime si sabes algo.

El carcelero alzó el rostro y fijó su mirada en los ojos traslúcidos del prisionero.

—Hoy ha llegado a la Corte una embajada de Al-Ándalus —comentó Jalid.

—Y ¿has podido enterarte quiénes componen esa embajada? —preguntó Lisan al-Din angustiado.

—Sé que es muy numerosa y que ha llegado cargada de regalos; y que al frente de ella iba un visir y el juez supremo de Granada.

Con los dientes apretados por la ira, Lisan al-Din masculló:

—El maldito envidioso Ibn Zamrak y el enano deforme, mal encarado y rastrero de Ibn al-Nubahí.

—A las puertas de Fez, han sido recibidos por el ministro Sulayman Ibn Dawud —añadió el carcelero.

—Claro, no podía faltar ese perro rencoroso. Ibn Dawud pretendía el puesto de jefe de los voluntarios de la fe en Granada. A lo que yo me opuse, por ser un cargo que, tradicionalmente, es ocupado por un miembro de la realeza magrebí, cosa que él no es; y ahora ve la ocasión de vengarse - Lisan al-Din quedó en silencio, bajó los brazos y se sentó derrumbado en el suelo. Jalid lo imitó y ambos quedaron, como cada noche, frente a frente, separados por la verja de la celda.

Lisan al-Din rompió el silencio:

—¿Sabes, Jalid? Hay un viejo proverbio que dice: «Haz amistad con quien quieras, pero evita a tres personas: al necio porque te perjudicará, al inconsciente porque te dejará colgado y al ambicioso porque te venderá cuando más seguro estés de él». Ojalá Dios les castigue, pudriendo sus hígados con el veneno de la envidia y el rencor.

Jalid intentó consolarle:

—Tus hijos llevan varios días ante las puertas del palacio del sultán, pidiendo clemencia; gritan la injusticia de tener a un honorable anciano, sabio y honesto encerrado en una mazmorra como un vulgar asesino.

—¡Mis hijos! —Lisan al-Din experimentó una punzada en el estómago—. Si el sultán de Fez accede a mi extradición y me trasladan a Granada, ¿qué será de ellos?

El carcelero se vio embargado por un sentimiento de compasión. Jalid era un hombre sencillo y se sentía incapaz de encontrar las palabras adecuadas que llevaran el consuelo al prisionero.

—Señor, no pierdas la fe. Desecha esos pensamientos.

—Tienes razón, de nada servirá hacer conjeturas sobre mi incierto porvenir. ¿Sabes lo que decía mi maestro, Ibn al Yayyab, cuando se encontraba ante un acontecimiento desfavorable?

Jalid guardó silencio.

—Mi sabio maestro decía: la capacidad de crecerse ante la adversidad es un signo de la inteligencia del hombre y un sano estímulo para el corazón de los valientes. Así pues, sigamos con la historia que interrumpimos ayer.

Verás, Jalid, después de que el sultán de Granada conquistara la fortaleza de Iznájar, dejó allí una guarnición de soldados y con un ejército reforzado por un escuadrón de bravos guerreros, enviados por su amigo Abu Hammú, sultán de Tremecén, se dirigió al lugar de Sahla, cerca de Gibraltar, en poder de los cristianos, de la que se apoderó tras una sangrienta lucha.

Los infieles no reaccionaron. Enrique de Trastamara, creyéndose dueño absoluto de Castilla, había licenciado a gran parte de su ejército, y disfrutaba del triunfo sobre su hermano, celebrando fiestas y torneos. Pero la sombra amenazante de la gran alianza del Papa, Aragón y Francia se cernía sobre Al-Ándalus. Las costas de Almería sufrían continuos ataques de los corsarios catalanes. El rey de Aragón alentaba la guerra del corso, sembrando el terror en las ciudades costeras, y sus habitantes sufrían el pillaje y el cautiverio de los piratas.

El sultán de Granada se mostraba indeciso. Seguir atacando a Castilla podía provocar la guerra con los aliados cristianos. Y quedarse quieto, el enemigo lo tomaría como un síntoma de debilidad.

Muhammad convocó a sus consejeros. El Mexuar se llenó de rostros cariacontecidos cuando el sultán preguntó qué hacer en aquellas circunstancias.

El secretario Ibn Zamrak, que no perdía ocasión para alagar al soberano, arguyó:

—Majestad, Vos sois nuestro sostén, a quien tributamos albricias y a quien suplicamos cuando nos acosan las circunstancias infaustas. No tengáis duda de que, con la ayuda de Allah, triunfaremos sobre los idólatras. Ya les hemos ganado por la mano en la última batalla en la que Vos, al frente de las banderas del Islam, hicisteis morder el polvo de la derrota a los adoradores de la divinidad tallada. Allah nos señaló el camino por el que, con determinación, extenderemos las expediciones militares hasta los territorios perdidos para el Islam, donde Vos haréis permanente en

ellos la faz del Dios único.

Varias cabezas se movieron en sentido afirmativo, dando su aprobación a las palabras de Ibn Zamrak. Éste llevaba en su rostro la expresión astuta de quien está siempre dispuesto a fingir lo que no siente. Envanecido, miraba con displicencia a la asamblea.

Transcurrió un intenso silencio, mientras el sultán paseaba su mirada por el círculo formado por los consejeros.

Levanté mi mano y Muhammad me concedió permiso para hablar.

—Las… palabras que acabamos de oír, ponen de manifiesto que el señor secretario es partidario de la guerra. Yo discrepo de que la guerra sea la solución al problema con el que nos enfrentamos —sentí la mirada de Ibn Zamrak cargada de odio. Mirándole a los ojos continué—: La base de la política es la sagacidad. Enfrentarnos a los reinos más poderosos de la Cristiandad sería un suicidio. Por tanto, debemos manejar este asunto con prudencia y astucia. Creo, sinceramente, que lo más conveniente para el reino es la alianza con Castilla, sea cual fuere su rey.

El sultán me miró sorprendido y con voz airada exclamó:

—¡Lo que estás proponiendo es una traición a nuestro aliado, el rey Pedro!

—Majestad, ya sabemos que don Pedro, además de aliado, es vuestro amigo, pero pensad en la alternativa. En estas circunstancias difíciles hay que anteponer la seguridad del reino a la amistad del rey castellano. La única manera de evitar el ataque de los aliados cristianos, sería convenir un tratado de treguas con Castilla y Aragón. Reconozcamos a Enrique de Trastamara como rey, y estaremos a salvo de una invasión por tierra y mar.

—¿Y si Castilla rechaza el tratado? —clamó el sultán.

—Mi señor, el rey de Castilla necesita la paz con Granada para asentarse en el trono, asegurar sus fronteras y dedicar sus fuerzas a la ayuda comprometida a Francia, en la guerra que esta nación mantiene contra Inglaterra. Y otro tanto ocurre con Aragón.

El sultán quedó pensativo. Mantenía los puños cerrados con tanta fuerza, que los nudillos sobresalían pálidos en sus manos crispadas. Le costaba aceptar mi consejo. Poco a poco, noté que el emir aliviaba la tensión de sus manos. Levantó la cabeza, pero ni tan siquiera me miró. Se dirigió a los consejeros y, dando por terminada la asamblea, comentó:

—Estudiaremos todas las medidas, antes de tomar una decisión.

Todos los componentes del Consejo nos fuimos retirando, pero cuando llegué al umbral de la puerta oí la voz del sultán:

—¡Abu Abd Allah! Quédate.

Regresé a mi sitio y el monarca me ofreció un asiento frente a él. Muhammad se llevó la mano a la barbilla y, en un tono más conciliador, me preguntó:

—¿Qué sabemos del rey Pedro? ¿Sigue en el exilio?

—Majestad, mis últimas noticias son que se encuentra en la ciudad francesa de Burdeos, que como es sabido está en poder de los ingleses, negociando con el príncipe de Gales, la ayuda de Inglaterra a su causa.

Y ¿hay alguna posibilidad de que lo consiga?

—Será difícil. Inglaterra exige un precio demasiado alto, además de una enorme cantidad en oro, pretende la posesión de varios territorios en el norte de la península Ibérica. En cualquier caso, Granada siempre saldrá favorecida si se reanuda la guerra civil en Castilla.

—¿Y si, al final, Pedro logra el triunfo sobre su hermano? —insistió el sultán—. No nos perdonará el haber pactado con el Bastardo. No olvidemos el carácter vengativo del rey cristiano. Le conozco bien y sé que don Pedro nunca olvida una afrenta, ni perdona una traición.

—Mi señor, he pensado en esa posibilidad. En los tratados de paz, tanto con Castilla como con Aragón, introduciremos una cláusula según la cual, dichos tratados entrarán en vigor, sólo, cuando su Majestad los ratifique personalmente. Sin ratificación, el tratado carece de validez y la firma se puede demorar el tiempo necesario, hasta que se clarifique el resultado de la guerra entre los dos hermanos.

—Bien, el tiempo apremia, hemos entrado en el solsticio de verano y tenemos que salvar las cosechas ya maduras. Si los cristianos las destruyen, el pueblo pasaría hambre y podrían producirse disturbios. Quiero que te encargues de redactar los tratados de paz con Castilla y Aragón. Envía con urgencia una embajada a Sevilla, donde se encuentra Enrique de Trastamara y otra, encabezada por el embajador al-Galib, al reino de Aragón.

La acción diplomática dio sus frutos. El nuevo rey de Castilla aceptó un tratado de treguas por un periodo de tres años. Y con el rey de Aragón, Pedro el Ceremonioso, se acordó el mismo compromiso.

Los negros presagios que se cernían sobre Al-Ándalus se disiparon. Las incursiones de los catalanes en la costa cesaron, y los campos de trigo cubrieron las tierras de Granada.

Por fin, disponíamos de un tiempo de sosiego, para observar con atención la partida bélica que se libraba en Europa. Nuestros embajadores en las diferentes Cortes cristianas nos enviaban informes sobre los movimientos militares, y las posibles repercusiones que éstos podían tener respecto a nuestras fronteras.

Pero en aquellos años turbulentos, los tiempos de sosiego eran fugaces. No había transcurrido ni un año desde que se firmó la paz con Enrique de Trastamara, cuando nos llegó la noticia de que don Pedro junto al Príncipe Negro, al mando de tropas inglesas, habían cruzado los Pirineos. Al príncipe de Gales, le acompañaban el duque de Lancaster, el condestable de Aquitania, el conde de Armagnac y varios nobles

ingleses. Aquella fuerza imponente ocupó el país de los vascones y cruzó el río Ebro. Sin encontrar resistencia, acamparon cerca de Nájera, donde se encontraba Enrique de Trastamara con fuerzas francesas y castellanas.

Al anochecer, llegó al campamento de don Pedro un fraile pidiendo ver urgentemente al rey. Éste se encontraba a la puerta de su tienda jugando con sus perros. El clérigo, un hombre enjuto, de mediana edad, fue conducido a presencia del rey. Cuando don Pedro le preguntó qué tenía que contarle. El fraile se mantuvo en silencio, con la frente baja y las manos ocultas en las mangas del hábito. El rey impaciente le urgió a hablar:

—¡Vamos, habla de una vez!

El monje miraba a derecha e izquierda, para cerciorarse de que nadie escuchaba.

—Mi señor, no debéis enfrentaros a vuestro hermano —balbució el fraile—. Anoche tuve una visión, en la que pude ver que vuestro hermano os mataba con sus propias manos.

Al escuchar aquella predicción, don Pedro palideció y dirigiéndose a su ayudante de campo preguntó:

—¿De dónde ha salido éste pájaro de mal agüero?

El ayudante se encogió de hombros. En el rostro del rey se dibujó una mueca de desagrado y sus ojos se encendieron de ira. Alrededor del pabellón real, unos soldados jugaban a los dados en torno a una hoguera.

—¡Echad a la hoguera a este desgraciado! —bramó el rey a sus oficiales.

Seguidamente, don Pedro ordenó que le sirvieran la cena.

Los cocineros colocaron una tabla de pino sobre dos caballetes y pusieron delante del rey un cochinillo dorado y crujiente.

Los espías me contaron cómo el rey Cruel, rodeado de sus perros, comía con infernal deleite, mientras el fraile ardía a pocos pasos de la tienda, entre gritos espeluznantes.

Al día siguiente, a las puertas de Nájera, los ejércitos de ambos hermanos se enfrentaron en una batalla feroz. Los dos bandos se acometieron con ardor salvaje y el combate resultó extremadamente sangriento. El campo se cubrió de cadáveres de uno y otro bando. El resultado de la batalla era incierto.

Finalmente, las fuerzas de don Pedro se alzaron con la victoria. Enrique de Trastamara logró escapar a caballo y se refugió en Aragón, pero el desastre que sufrieron sus tropas fue terrible, no sólo por el número de bajas, sino porque cayeron prisioneros muchos nobles y generales franceses, entre ellos el capitán de las Compañías Blancas, Beltrán Du Guesclín. Sobre el campo de batalla, don Pedro comenzó a satisfacer sus anhelos de venganza y ordenó degollar a todos los nobles del ejército de su hermanastro, pero el Príncipe Negro convenció a don Pedro de que los nobles valían más vivos que muertos. Merced al Príncipe de Gales, Beltran Du

Guesclín salvó la vida. Dos años más tarde, don Pedro lamentaría no haber matado a aquel perro vil. Un joven alférez, llamado Pero López de Ayala, que había servido a don Pedro y se había pasado al bando del Bastardo proclamando: «Por matar ornes non llaman justiciero, ca sería nombre falso: más propio es carnicero», se salvó de la muerte al caer prisionero en manos de los ingleses.

—Mi Señor, la carta que hemos interceptado está fechada en la ciudad francesa de Libourne. En ella, don Pedro otorga al príncipe de Gales la prerrogativa de marchar, al frente de sus tropas, en un lugar de honor en la guerra contra los musulmanes.

Así hablaba el espía toledano que había llegado, a uña de caballo, esa misma mañana. Nos encontrábamos en la camarilla privada del sultán. Eran los últimos días del verano y los rayos del sol se filtraban con violencia por las celosías de la cámara, iluminando los estucos dorados y las inscripciones coránicas de oro y lapislázuli sobre las paredes. El emir, recostado sobre un diván, situado entre dos tacas que albergaban preciosas lámparas de aceite, escuchaba atentamente al espía, que se expresaba en un árabe vulgar. Se trataba de un mudéjar de unos treinta años, vestía una sencilla camisa de algodón y unos zaragüelles ajustados a la cintura por un grueso cinturón de cuero.

—Majestad —prosiguió el espía—, las tropas del rey Pedro y el príncipe inglés han entrado en Toledo, y se proponen llegar a Sevilla y atacar Granada. En Toledo, el rey de Castilla ha impuesto grandes castigos y terribles muertes a los que le traicionaron. Ha tenido muy presente que los toledanos se levantaron contra él, en defensa de su primera esposa, doña Blanca, cuando fue encerrada en el Alcázar, y se ha tomado cumplida venganza.

El rey acusa a doña Blanca de adulterio, y por Castilla se ha extendido el rumor de que la reina ha tenido unión carnal con don Fadrique, un hermanastro de don Pedro. Y que del fruto de aquella unión, ha dado a luz un niño. En Toledo se dice, que un secretario, del tal don Fadrique, sacó a la criatura del Alcázar para que lo criara una judía llamada Paloma, y por las calles toledanas se oían unas coplillas que decían:

Entre las gentes se suena,
y no por cosa sabida,
que de ese buen maestre,
don Fadrique de Castilla,
la reina estaba preñada,
otros dicen que parida.
No se sabe por de cierto,
mas el vulgo lo decía

Muhammad, con gesto preocupado, preguntó al mudéjar:

—¿Y cómo reaccionó el rey ante aquella afrenta?

—Mi Señor, todo el mundo sabía que la acusación de adulterio era una treta de don Pedro para deshacerse de la reina.

Al enterarse Don Fadrique, envió un emisario a su hermano, el rey, jurando por Dios y su honor, que aquella acusación era una calumnia infame. Don Pedro fingió creer en la inocencia de su hermanastro y le pidió que le visitase en Sevilla, con el fin de desmentir públicamente su implicación en aquel enojoso asunto.

Don Fadrique acudió presto a la llamada de su hermano. Don Pedro lo recibió en el salón del Trono. El rey aparecía sentado en un enorme sillón de madera de roble cuyos brazos terminaban en cabezas de leones. Vestía un jubón de terciopelo negro con mangas abullonadas, sin ningún adorno; ceñía su cintura un cinturón ancho con hebilla dorada y calzaba botas altas de cuero. Sus ojos azules desprendían una frialdad gélida. Dos sargentos maceros permanecían en pie detrás de él y un par de mastines dormitaban a sus pies.

Para escuchar la confesión de Don Fadrique, el rey había convocado a gran parte de la nobleza y a todos sus hombres de confianza que, erguidos y con rostro grave, se agrupaban a ambos lados del salón.

Un enano deforme, feo como un pecado, se abrió paso gateando entre las botas de los nobles que asistían al acto y se colocó en primera fila. El tintineo de los cascabeles que colgaban del cuello del enano, atrajo todas las miradas hacia aquella figura grotesca, vestida de colores chillones. El gnomo se sentó en el suelo, sus ojos oscuros y diminutos, siempre inquietos, se movían nerviosos y en su mirada había un halo perverso y cruel.

Un introductor anunció la llegada de Don Fradrique, que se presentó ante su hermano vistiendo el hábito de Maestre de la Orden de Santiago: cota de malla con capucha, túnica color marfil con la cruz carmesí en forma de espada sobre el pecho y capa abierta blanca con la cruz bordada con hilos rojos en ambos lados. La capucha colgaba a su espalda, dejando ver su abundante cabellera castaña. Con paso apresurado, entró en la sala, sus botas resonaban sobre el pavimento y su capa ribeteada de rojo parecía flotar tras él.

El hermano del rey se acercó hasta el trono y don Pedro se levantó. Don Fadrique hincó la rodilla en tierra e inclinó la cabeza de forma reverencial. En ese momento, el rey giró el rostro hacia los maceros, y uno de los sargentos descargó la maza sobre don Fadrique, pero el golpe no fue certero y don Fadrique viéndose atacado desenvainó la espada, que no pudo utilizar al recibir un golpe en la cabeza por parte del otro macero. El cráneo crujió y don Fadrique soltó la espada; el acero resonó sobre el pavimento y el Maestre de Santiago se derrumbó. Los dos sargentos continuaron descargando golpes hasta rematar a su víctima. Los mastines se

revolvieron tensos y comenzaron a lanzar furiosos ladridos. La sangre salpicó los vestidos del rey y sus botas se mancharon con la masa encefálica de su hermano.

Don Pedro contempló el asesinato de su hermanastro sin mover un solo músculo y, una vez consumado el crimen, en medio de un silencio sobrecogedor, con gesto adusto, abandonó el salón del Trono seguido de sus perros y el enano, que corría a cuatro patas como un mono y con voz desagradable, como el chirrido de una puerta vieja, iba cantando:

Entre las gentes se suena,
y no por cosa sabida,
que de ese buen maestre,
don Fadrique de Castilla,
la reina estaba preñada…

Cuantos estábamos en el Mexuar, enmudecimos ante aquel relato atroz. En la sala reinaba un silencio denso, mientras el espía seguía relatando los hechos:

Don Pedro no se dio por satisfecho. Y poco después, ordenó a un ballestero asesinar a la reina, que se encontraba prisionera en el castillo de Medina Sidonia.

El torreón de ese castillo domina la ciudad, erguido sobre un paraje desolador, batido por el viento helado del invierno y del ardiente del verano. Los cuervos graznan en las almenas durante todo el día y, al anochecer, llegan los aullidos de los lobos. Doña Blanca ocupaba en la torre una fría celda con paredes de piedra desnuda, una pequeña ventana dejaba entrar la luz del día y para dormir disponía de un jergón de paja. Un recipiente de agua descansaba a los pies del camastro. El único adorno consistía en una pequeña cruz de madera colgada de la pared.

Dispuesto a cumplir la orden de don Pedro, el ballestero, precedido por un guardián de la torre, subió la empinada escalera de caracol, que conducía a la celda de la reina. Ante la puerta, el carcelero introdujo una gruesa llave en la cerradura, y antes de abrir le indicó al ballestero que entrara sin hablar a la prisionera.

El emisario del rey se encontró frente una joven vestida como una aldeana, que se cubría la cabeza con una cofia de paño blanco, dejando escapar pequeños bucles de cabello dorado sobre su cuello. Cuando doña Blanca vio al ballestero, que lucía en la sobreveste las armas del rey, preguntó con los ojos brillando de ilusión: «¿Venís a liberarme?». Al ballestero le flaquearon las fuerzas, y le faltó valor para disparar su arma contra aquella doncella de rostro angelical. Incapaz de resistir la mirada inocente de la joven, de apenas 25 años, el emisario del rey escondió la ballesta y salió de la celda. Pero como temía la ira de don Pedro, optó por visitar a una hechicera.

Al día siguiente, a primera hora, la cerradura de la puerta de la prisión de Blanca

de Borbón volvió a chirrear. Entró un carcelero y depositó sobre el alféizar del ventanuco un tazón lleno de una humeante papilla. La joven prisionera, sentada sobre un escabel, siguió con la mirada al carcelero que, sin pronunciar palabra, como era habitual, salió de la estancia. A la hora del almuerzo, el carcelero ascendió de nuevo, por la estrecha escalera de caracol, portando una escudilla conteniendo gachas de harina de almortas. Las órdenes eran, que la reina comiera el mismo rancho que el cuerpo de guardia del castillo. Al abrir la puerta de la celda, el carcelero encontró a la joven reina tendida sobre el suelo, su rostro mostraba un color azulado y los ojos en blanco; la boca permanecía abierta, los labios y parte del cuello estaban cubiertos de papilla reseca y agria. En las almenas, los cuervos graznaban al olor de la muerte.

Al oír aquella narración estremecedora, el sultán entrecruzó los dedos con gesto preocupado. La crueldad que empleaba don Pedro, con quienes lo traicionaban, le hacía temer la reacción del rey cristiano con respecto a Granada.

Como el espía no parecía haber concluido su informe, el sultán le exhortó a continuar:

Hace seis días, don Pedro llegó a las puertas de Toledo y se asentó en la Vega, rumiando su venganza. Recordaba que aquella ciudad había recibido a su hermanastro con todos los honores y que los nobles toledanos, los mismos que se habían destacado en jurarle fidelidad, habían corrido cobardemente a prestar acatamiento al Bastardo.

Mientras hablaba el espía, observé cómo el rostro del sultán palidecía.

Al llegar la noche, en Toledo se produjeron alborotos entre los partidarios de cada uno de los bandos. Unos querían impedir la entrada de don Pedro y otros, principalmente mudéjares y judíos, estábamos a favor de entregar la ciudad al rey.

Al amanecer, los mudéjares subimos desde el Arrabal y ocupamos el puente de San Martín. Los judíos abrieron Bab al Yahud [Puerta de la Judería] facilitando el paso a las tropas de don Pedro.

En la lucha callejera, los lanceros reales causaron un gran quebranto a los partidarios del Bastardo, que dominaban el puente de Alcántara. Al frente de trescientos jinetes, don Pedro entró en Toledo por el puente de San Martín; desde allí oyó las campanas de la catedral, que tocaban a rebato. Aquel sonido endiablado enfureció al rey; eran las mismas campanas que repicaron cuando el representante del Papa lanzó anatema y excomunión contra don Pedro e hizo público reconocimiento, como rey legítimo de Castilla, a Enrique de Trastamara.

Sin poder contener la ira, don Pedro gritó a su guardia: «¡Por todos los santos! ¡Haced silenciar esas campanas!».

Las huestes del rey ocuparon la ciudad a sangre y hierro; cerraron todas las puertas para evitar la fuga de los enriqueños y presos de furia atacaron los bastiones rebeldes. Una vez que la ciudad quedó sometida, don Pedro, lleno de odio y sed de

venganza, tomó posesión de Toledo.

Las tropas reales se entregaron al pillaje y al asesinato. Los sospechosos de haber ofrecido resistencia a las tropas del rey fueron pasados a cuchillo. Forzaban las puertas de las casas y las abandonaban dejando dentro los cadáveres de sus dueños.

Montando un precioso alazán, don Pedro llegó hasta las puertas de la catedral, donde los ballesteros mantenían apresados al arzobispo y a varios clérigos y sacristanes. El monarca fijó su fría mirada azul en los presos, que permanecían atados con las manos a la espalda. El arzobispo levantó la voz, exigiendo un trato correspondiente a su dignidad, pero el rey le hizo callar y ordenó que fuese desterrado a Portugal y sus bienes confiscados.

Todos los sirvientes del arzobispo, tanto clérigos como laicos, fueron sometidos a un bárbaro suplicio. El rey alzó su mirada hacia las campanas y con la voz ronca de ira les preguntó: «¿Qué pretendíais llamando a rebato? ¿Que acudiese en vuestro auxilio ese Bastardo que se hace llamar rey?». Los prisioneros permanecían mudos, con la cabeza humillada en medio de un silencio sepulcral.

Los ballesteros preguntaron:

—Majestad, ¿qué hacemos con ellos?

Don Pedro, con una frialdad heladora, ordenó:

—Que hagan fundir el badajo de la campana mayor y en el líquido metéis las manos de los campaneros. Y a los que dieron la orden de tocar las campanas, se lo echáis en la boca.

En la plaza del Zoco, el rey siguió impartiendo justicia. Y éste decidió que los rebeldes eran merecedores de severos castigos, que en la mente del rey Justiciero significaba ajusticiar a los culpables.

El rey cristiano no ponía tasa a la clemencia, nunca se mostraba satisfecho de venganza. Los primeros en ser ejecutados fueron los prohombres más significados en la defensa de la causa de su hermanastro. Algunos de estos nobles, puestos de rodillas, levantaban su mirada implorando clemencia, pero el rey permanecía impertérrito y altivo, revestido de una bruñida coraza de acero sobre la cota de malla y coronado con un yelmo dorado, mostrando a sus súbditos que sus vidas, fueran nobles o plebeyos, estaban sometidas a su voluntad y a su ley.

Después, comenzaron las delaciones y los ajustes de cuentas. Los jefes de las aljamas judías pedían castigo para los autores de la matanza de mil doscientos judíos asesinados, cuando Enrique de Trastamara se apoderó de Toledo.

Cientos de vecinos fueron degollados; el pavimento de la plaza se tiñó de rojo, la sangre se desbordó por los peldaños de Bab-al-jayl [Puerta de los Caballos] y los perros del rey husmeaban y lamían los regueros de sangre que corrían entre el empedrado.

Antes de abandonar Toledo, don Pedro exigió rehenes para asegurar la fidelidad

de la ciudad. Nombró como alcalde mayor y recaudador de impuestos a Tel Ferrandes. Y firmó un edicto, con la orden de prender y castigar a quienes propalasen rumores contrarios al rey, y la prohibición de usar la moneda acuñada por Enrique de Trastamara.

Agobiado por las deudas, don Pedro aumentó los impuestos en el cobro de las tasas por la expedición de documentos de propiedad; estas tasas eran tan altas, que muchos ciudadanos renunciaban a la propiedad de tierras e inmuebles por no poder pagar dichas tasas; pertenencias que, inmediatamente, pasaban a ser propiedad del rey.

Esto es cuanto os puedo decir, Majestad.

El emir despidió al espía, ordenando que se le diera de comer y se le pagara a razón de lo establecido.

Me quedé a solas con el sultán, en medio de un silencio denso. Muhammad me miró como un halcón que ha descubierto a una paloma. De pronto, la voz del monarca explotó de forma airada:

—¿Y ahora qué…? —los tendones de su cuello parecían a punto de reventar. Con los ojos llameantes de furia y señalándome con el dedo, me reprochó—: ¡Creías que don Pedro no regresaría a Castilla, y me hiciste reconocer como rey al Bastardo! ¡He traicionado a un amigo y a un aliado fiel!

—Majestad, de no haberlo hecho, las fuerzas del Papa nos habrían invadido —dije tratando de calmarle.

—¡Eso ahora no importa! —la voz del sultán rebotaba en la bóveda de la sala como un eco estremecedor, que hizo temblar las llamas de las velas—. Ahora, lo que importa es saber cómo va a reaccionar el rey de Castilla. Ya hemos oído al espía: Don Pedro no perdona a quien le traiciona. Y yo ¡lo he traicionado! —exclamó con voz dolida—. ¡Por Dios, cómo me desagrada esto! Hemos cometido un error y una felonía, y tenemos que subsanarlo de alguna manera.

El sultán me clavó su mirada preñada de ira, esperando mi respuesta.

—Mi Señor, deberíamos adelantarnos a la reacción del rey de Castilla con una señal que demuestre que estamos de su parte.

—¿Cómo? ¿Pretendes, acaso, que le escriba una carta, pidiendo humildemente perdón?

—Con todo mi respeto, Majestad. He pensado en algo más convincente —el sultán aguardó expectante—. Creo, mi Señor, que podríamos tomar una ciudad que aún permanece fiel a Enrique de Trastamara; una ciudad que ha causado tanto mal a los musulmanes, que enciende la cólera de los creyentes.

—¿Y qué ciudad es esa? —preguntó el emir impaciente.

—Se trata de Utrera, una plaza importante, que dista media jornada de posta de Sevilla. Una ciudad donde se levantan los pendones del Bastardo. Una villa cuyos

habitantes son los más perros entre los infieles, de colmillo voraz y carácter perverso, que maltratan con tal crueldad a los musulmanes que justifica una venganza y merecen un castigo ejemplar.

—¿Disponemos ahora de hombres suficientes para eso?

—Majestad, después de vuestro triunfo en Iznájar y Sahla se ha licenciado a algunos hombres, pero el grueso del ejército se mantiene movilizado. Disponemos de siete mil jinetes y diez mil ballesteros prestos para entrar en combate.

—Bien, seguiré tu consejo, pero no toleraré un error más.

Ya me disponía a abandonar la camarilla real, cuando el ayudante de cámara entró precipitadamente en la sala y anunció la llegada de un emisario del rey de Castilla. Me volví hacia el sultán y ambos cruzamos miradas de sorpresa. Teniendo en cuenta el carácter rencoroso de don Pedro, nos temíamos lo peor.

Pero Lisan al-Din interrumpió su relato, porque las estrellas se habían apagado y la aurora se vestía con la túnica perlada del amanecer.

19

LISAN al-Din contempló a través del angosto respiradero cómo la tarde daba paso a un anochecer rojo como la sangre. Pronto, la noche desplegó sus alas y se abatió como un halcón sobre la débil claridad del crepúsculo.

¡Cuántas noches de cautivad y de insomnio! —suspiró—. ¿Será ésta mi última noche?

Jalid se hacía esperar y el prisionero se consumía de impaciencia, a la espera de que el carcelero le trajera alguna noticia.

Al fin, la enjuta silueta de Jalid apareció recortada al trasluz endeble de la antorcha.

Lisan al-Din buscó en los ojos de su carcelero un atisbo, que delatase alguna información. Pero Jalid no tenía nada nuevo que comunicarle. Lo que se estuviera tramando en la Corte, no trascendía fuera del palacio del sultán.

El carcelero, intrigado por la historia interrumpida la noche anterior, esperó a que el prisionero calmara su ansiedad y cuando lo vio más apaciguado le pidió que le desvelase qué ocurrió con el emisario del rey cristiano.

Lisan al-Din accedió a los deseos del carcelero y reanudó el relato:

Tras el anuncio de la llegada del emisario del rey de Castilla, el sultán me pidió que permaneciese en la sala, y ordenó a un ayudante que, antes de hacer pasar al cristiano, llamara al intérprete Ibn al-Hayy al-Muhandis.

Mientras tanto, yo apenas podía dominar mis nervios. Un sudor frío me recorría la espalda. Si el emisario era portador de una declaración de guerra, mi caída en desgracia era inevitable y mi destino sería la cárcel o el destierro, incluso la muerte. Entrelacé mis manos heladas por el miedo.

El emisario de don Pedro era un joven rubicundo, de unos veintitantos años, alto y fornido. El muchacho no hablaba árabe y se limitó a entregar una carta de su señor al sultán de Granada.

El intérprete tomó la carta y el sultán le apremió a que rompiera el sello y leyera su contenido. Muhammad ibn Yusuf se giró hacia mí y me lanzó una mirada severa.

Al-Muhandis desdobló el papel, carraspeó un par de veces y con desesperante lentitud comenzó a traducir:

> *«Yo, Pedro I, por la gracia de Dios, rey de Castilla, de Toledo, de León, de Galicia, y de la Molina.*

»Al muy alto y muy noble rey de Granada, don Muhammad, a quien dirijo esta mi carta, con el fin de remozar de nuevo la antigua amistad entre nuestros reinos…»

Al oír aquellas palabras del traductor no pude evitar respirar profundamente, y percibí cómo mis manos heladas recuperaban el calor habitual.

El rey cristiano hacía, en su misiva, un detallado relato de cómo había vencido a sus enemigos, hasta recuperar todo el territorio que su hermano bastardo le había arrebatado.

También exponía la difícil situación en la que se encontraba su reino. Castilla, señalaba, estaba próxima a la ruina. No podía hacer frente a las desmedidas exigencias de sus aliados. Los tesoreros ingleses tasaban la deuda de Castilla con Inglaterra, en torno a los dos millones y medio de florines de oro; y la deuda seguía aumentando por cada día que las tropas del Príncipe Negro permanecían en territorio castellano. El impago de las cantidades, prometidas al príncipe de Gales, habían enturbiado las relaciones personales entre éste y el rey Pedro, evolucionando a posiciones muy tensas y críticas. Los soldados ingleses, a falta de salario, se entregaban al saqueo. Los habitantes de las aldeas huían despavoridos con sus hijos en brazos gritando: ¡Los ingleses, los ingleses! La soldadesca saqueaba a placer.

Deshonran a las doncellas. Se lamentaba el rey cristiano. Se comen el ganado, aves, ovejas o vacas; perforan las barricas de vino y lo que no pueden comer o beber lo destruyen. Roban las caballerías y degüellan o queman todo lo que encuentran, mientras ríen y bailan entre el fuego que devora molinos y granjas.

El rey de Castilla se mostraba desesperado, no encontraba la manera de que los ingleses salieran de sus territorios. Y para ello, nos pedía consejo.

Don Pedro deseaba prescindir de su asociación con los ingleses y buscaba la amistad de Granada, para asegurarse un aliado fiel contra las posibles represalias de Inglaterra, ante su falta de recursos para pagar su deuda.

El emir, con el rostro distendido, me ordenó escribir una carta al rey de Castilla aceptando su alianza y mostrando su alegría por la victoria sobre su hermanastro. Asimismo, le informaríamos de nuestra inminente incursión en tierras de Utrera, con el propósito de liberar a los cautivos granadinos apresados por las fuerzas del Bastardo.

Por mandato de mi señor, así lo hice, y además le pedí autorización para dar respuesta a los consejos que el rey de Castilla demandaba.

En una extensa carta, recomendé al cristiano practicar la humildad y no pecar de codicia. Ser cauto y mantenerse alerta contra las intrigas de los partidarios de su hermano. En los castigos, no deleitarse en la crueldad y comprimir las pasiones en el fornicio, pues quien puede dominar el vicio, puede dominar a sus enemigos.

Sin traspasar los límites del respeto, le aconsejé sosegar a los nobles que se sentían amedrantados, acercarse a ellos con espíritu de concordia y ellos, agradecidos, levantarían un muro para proteger a su soberano.

En cuanto a las deudas con sus aliados extranjeros, le sugerí no desahuciar sus pretensiones, ni expulsarles por la fuerza, pues eso desataría el odio de su nación y estimularía su codicia para tomar con violencia lo que tanto ambicionaban. Lo más conveniente era mostrarse apesadumbrado por no poder satisfacer la deuda, debido al enorme coste de la contienda y la imposibilidad de cargar con más impuestos a un pueblo empobrecido, que tenía abiertas las heridas de una guerra tan costosa en vidas y dinero. Le recomendé dar largas a las exigencias de sus acreedores, hasta que el transcurrir del tiempo les debilitara en su empeño de permanecer en un territorio que comenzaba a serles hostil.

Poco tiempo después, el rey cristiano me contestó agradecido. En su carta me informaba de que había seguido mis consejos, y el príncipe inglés, cansado de esperar el cumplimiento de las promesas, agraviado y enfermo, había salido de Castilla.

En Granada todo estaba presto para emprender la expedición de castigo a la ciudad de Utrera. Recuerdo aquella mañana calurosa de primavera, cuando Muhammad ibnYusuf, al frente de cinco mil jinetes, diez mil peones y mil doscientos ballesteros, salió por la puerta de Ilbira a la conquista de Utrera.

Pese a la distancia y al duro camino, los soldados del Islam mantenían el espíritu de venganza contra los habitantes de aquella ciudad, que de forma cobarde asaltaron a los granadinos cautivos, que don Pedro liberó en Sevilla. Cuando desarmados y pacíficos regresaban a Granada, aquellos perros les asaltaron y les infligieron toda clase de humillaciones, les arrastraron por el suelo y agotaron la fuerza de sus brazos y piernas con el peso de las cadenas.

Mientras el sultán emprendía la expedición contra los infieles, yo quedé en la Alhambra gobernando la nave del Estado. Una semana más tarde, recibí una misiva del sultán, escrita de su propio puño, en la que me informaba de la toma de Utrera:

«Allah ha tomado venganza sobre los habitantes de la ciudad que maltrató a los musulmanes y una vez que nuestras espadas se empaparon en su sangre, hemos liberado a más de mil cautivos, que enflaquecidos salieron de su prisión libres de los hierros que aferraban sus tibias y con las marcas de los yugos que oprimían sus cuellos. Utrera ha sido presa de la ruina. Y el fuego se hizo dueño de sus templos. El humo eclipsó el sol y las casas blancas se desvanecieron como la luna nueva».

Con enorme gozo me dirigí a las gentes de Granada y les comuniqué la buena noticia: «Allah había otorgado a nuestro afortunado sultán la victoria sobre los idólatras de Utrera».

Muhammad ibn Yusuf se sentía fuerte. Regresó a Granada triunfante, cargado con un inmenso botín de guerra y se dejó seducir por la gloria de las conquistas. Tenía un

ejército pode roso con moral de victoria. Contaba con dos generales de prestigio, Alí ibn Badr que mandaba a setecientos jinetes, los legendarios «Voluntarios de la Fe», guerreros temibles del norte de África. Y el aguerrido arráez Faray ibn Ridwan, que estaba al mando de mil doscientos ballesteros granadinos, considerados los mejores del mundo.

Por el contrario, a don Pedro no le iban tan bien las cosas; su hermano bastardo había conseguido reunir nuevas fuerzas con la ayuda del rey de Francia y había entrado en Calahorra.

El sultán de Granada puso sus ojos, cual halcón, sobre la fecunda ciudad de Jaén. Una plaza de máxima importancia, rodeada de una dilatada campiña recamada de plateados olivares; un paraíso cuyos moradores están destinados al fuego eterno; sus templos son antros de serpientes venenosas, donde se levantan efigies que son adoradas entre ruidos de campanas.

Jaén era una de las ciudades que se negó a rendir tributo a don Pedro, y se mantenía fiel a Enrique de Trastamara. Muhammad aprovechó tan excelente pretexto para lanzar a los guerreros del Profeta, ¡el que conduce al Paraíso! contra la ciudad idólatra, agitando las hojas de sus espadas, izando el hierro de sus soberbias lanzas por el poder de Allah.

A las puertas de Jaén, el rugido de los fieles de Allah y el retumbar de sus tambores sembraron el miedo en los corazones de sus enemigos, y las murallas de la ciudad fueron abatidas por asalto. Las flechas volaban sobre las cabezas de los combatientes como bandas de cuervos. Oleadas de polvo cubrían a los soldados en una lucha violenta y despiadada. Nuestros jinetes atravesaron en tropel las defensas cristianas y las espadas rasgaban los cuerpos de los infieles, sembrando el pavor en un campo ensangrentado. El viento de la victoria agitó los estandartes de Al-Ándalus. La ciudad fue conquistada y se extendieron por ella la muerte y el saqueo; las casas fueron incendiadas y sus moradores hechos cautivos.

Antes de abandonar la ciudad en llamas, el sultán recompensó a sus hombres repartiendo entre ellos el botín; se aumentaron las provisiones, se facilitó montura a aquellos que la habían perdido, y después de pedir el auxilio de Allah, el Poderoso, las banderas del Islam se dirigieron a la ciudad de Úbeda.

Esta ciudad, plaza fuerte de la frontera oriental, se asienta sobre una planicie defendida por altas murallas y un imponente alcázar. Al anochecer, a pocas millas de la urbe cristiana, los musulmanes izaron sus tiendas. Y cuando los albores de la madrugada levantaron el velo de la noche, los fieles de Allah cargaron contra el enemigo. A su paso, los campos fueron arrasados, la hierba devastada, las murallas temblaron y los edificios fueron pasto del fuego. La medina fue tomada a viva fuerza de las lanzas. Las flechas rasgaron el aire con el silbido de la muerte y los alfanjes cortaban cabezas sin cesar. La ciudad tomó el aspecto del día del juicio final y la

muerte se enseñoreó de aquella espaciosa villa. Sus bravos defensores lucharon, sin excluir a las mujeres, defendiendo calles y plazas, resolviendo morir en medio de la devastación.

La inexpugnable Alcazaba brindaba seguridad a sus ocupantes, que resistían los embates de los granadinos. Los mandos militares consideraron que la toma del Alcázar costaría demasiada sangre a nuestras tropas y ordenaron la retirada. Los soldados de Allah gritaron al viento la profesión de fe y profiriendo alabanzas a Dios, iniciaron el retorno a nuestras tierras, dejando atrás a los infieles abatidos y humillados. Los adalides se adelantaron con la buena nueva, proclamando por zocos y plazas la victoria del Islam.

Las tropas de Muhammad ibn Yusuf entraron triunfantes en Granada, exhibiendo un inmenso botín y seis mil cautivos. El sufrido pueblo granadino, que no estaba acostumbrado a tantos triunfos militares, recibió a su soberano con entusiasmado fervor. Se declararon cinco días de fiesta y en el campo de la al-Musara se celebraron justas y torneos en los que participó el sultán.

El último día de los festejos, coincidiendo con el trigésimo aniversario del emir, se celebró un acto institucional en el Salón del Trono, donde el sultán tomó el sobrenombre de: alGani bi-lláh [el que se contenta con la ayuda de Dios].

El sultán mostró el deseo de que, con este apelativo, se le conociera en la posteridad y desde entonces, en todos los documentos, cartas, decretos y monedas aparecía este título junto a su nombre.

El gran adulador de la Corte, Ibn Zamrak, se ocupó de adornar puertas, fuentes, muros y zócalos del palacio con sus poemas, haciendo mención al apelativo que al sultán tanto agradaba.

Eran días de gloria, pero yo me sentía cansado. En una audiencia privada le recordé al sultán que ya se habían cumplido con creces los dos años de plazo al frente del gobierno, y puesto que el reino gozaba de estabilidad política y financiera, le mostré mi deseo de abandonar mis cargos en la Corte para realizar la peregrinación a la Meca, antes de que la edad me lo impidiera. Pero Muhammad se negaba a prescindir de mis servicios y me encargó redactar varias cartas relatando sus hazañas bélicas, para darlas a conocer al jeque de la Meca y a los sultanes de Fez y Túnez.

Las obras de la Alhambra avanzaban a buen ritmo y se culminaron las del Maristán u Hospital en el barrio Ajsáris, al otro lado del río Darro, en la colina del Albaycín.

Fue ésta la gran obra caritativa y de piedad que Muhammad al-Gani bi-lláh ordenó construir en beneficio de su pueblo. El sultán asignó cuantiosos bienes para su sostenimiento, con el fin de que, de forma gratuita, fueran acogidos toda clase de enfermos, tanto granadinos como extranjeros, hasta su restablecimiento o su muerte.

El Maristán, además de hospital, es un centro donde se realizan valiosos estudios

sobre las enfermedades y los remedios para curarlas. Se experimenta la extracción por reducción de las cataratas. Se desarrollan nuevas formas curativas, con dietética e hidroterapia. Se tratan las fiebres tifoideas aplicando baños de agua fría. Se hacen profundos estudios sobre la lepra, la viruela, las parálisis o las inflamaciones del hígado. Se utiliza el torniquete contra las hemorragias y se practica el cauterio de fuego en las heridas infectadas.

Se han descubierto nuevos diagnósticos en la orina y la apreciación de la calentura por el pulso. Se han publicado tratados para extraer piedras en la vejiga y el riñón; también la curación de luxaciones y rotura de huesos, extracción de flechas y asistencia a partos difíciles. Se ha perfeccionado la cirugía con anestesia. Y se han dado a conocer recomendaciones a propósito de la higiene en las relaciones carnales y las enfermedades que se derivan de ellas.

Este gran hospital se levantó sobre un solar en el barrio Ajsáris, cercano a la margen derecha del río que cruza la ciudad. Los alarifes ejecutaron las obras en un periodo de veinte meses. A mediados del mes de Sawwal del año 768 [1367] se celebró la fiesta de la inauguración.

El edificio consta de dos plantas en forma rectangular. Y, por expreso deseo del sultán, fue embellecido con toda clase de ornamentos de brillante policromía y riqueza decorativa, que alegraran la vista y levantaran el ánimo de los enfermos.

El centro del edificio alberga un gran patio ceñido por galerías con cuatro accesos a la planta superior por escaleras simétricamente colocadas; las naves están divididas en celdas que rodean el atrio central. La superior dedicada a las mujeres y la inferior a los hombres. Ambas plantas descansan sobre pilares de ladrillos bordeando el patio, cuyo centro lo ocupa una extensa alberca con surtidores, rodeada de árboles frutales y hierbas aromáticas, que componen un idílico escenario para los enfermos. La techumbre del edificio está cubierta con tejas de barro esmaltado, alternando las de color blanco con las azules.

Sobre el dintel de la puerta principal, cuyas hojas de madera de cedro están enriquecidas con alguazas plateadas, anillas de bronce y clavos dorados, figura la lápida conmemorativa de la construcción en forma de arco de herradura aguda, rodeada por una franja de azulejos blancos y azules moldeados en ángulos rectos. A los lados de las puertas, se extiende una decoración de traza geométrica y una inscripción en relieve, con el lema de la divisa Nasrí: «Sólo Dios es vencedor» que puede leerse hacia arriba o hacia abajo.

La lápida conmemorativa contiene un epígrafe en caracteres cúficos andalusíes con loas a Allah y al Emir de los Creyentes: al-Gani bi-lláh Abu Abd Allah Muhammad ibn al-Hayyay Yusuf constructor del Maristán, figurando también las fechas de comienzo y finalización de la obra.

En la ceremonia de inauguración, el sultán dirigió a los médicos las siguientes

palabras:

> *«Es mi deseo que aquí sean recogidos los enfermos pobres y desahuciados; y que vosotros los atendáis en todas sus necesidades, procurando que, cuanto antes, recobren la salud perdida; también debéis acoger a los locos que han sido abandonados por sus familiares, lo cual es un oprobio impropio de un creyente».*

Mientras tanto, el rey de Castilla había sentado sus reales en Sevilla, su ciudad favorita; pero don Pedro estaba lejos de mantenerse estable en el trono. La ciudad de Córdoba le negaba su obediencia y se declaró en rebeldía. Enrique de Trastamara, al frente de un nutrido ejército integrado por fuerzas aragonesas y francesas, con los temibles mercenarios de Beltrán Du Guesclín, avanzó triunfante desde Calahorra hasta Toledo, a la que puso cerco. Así pues, la guerra entre los dos hermanos continuaba, con la diferencia de que el Bastardo contaba con aliados muy poderosos, por lo que don Pedro tuvo que recurrir, de nuevo, a la ayuda de Granada.

En la Alhambra, un emisario del rey de Castilla fue recibido con especial deferencia y mucha expectación. Esta vez, don Pedro no utilizó una misiva, como era costumbre. Para darnos a conocer su plan bélico, se sirvió de un mudéjar, que nos trasmitió el mensaje de forma oral.

El rey cristiano proponía al sultán unir sus fuerzas formando un gran ejército para atacar Córdoba. Si el Bastardo no quería perder esta importante plaza, tendría que retirar las tropas que asediaban Toledo.

Era tal la inquina que don Pedro sentía contra la capital cordobesa, que se la ofreció al sultán como trofeo, si era conquistada.

Al emir le brillaron los ojos como el león hambriento acecha a la gacela.

Córdoba, madre de las ciudades, la de poderosas murallas y elevados alminares, desde los cuales, entre el quejido de las norias, los almuédanos llamaban a la oración, cuando esta famosa urbe brillaba como una perla bajo el ala protectora de los califas. Ciudad venerada del Islam, lugar de peregrinación de los musulmanes, cuya incomparable mezquita aljama ha sido profanada por los adoradores de la Cruz. ¡Quiera Allah, el Omnipotente, que torne a ella el Islam!

Los alfaquíes llamaron a los granadinos a la lucha contra el infiel. El sonido de los tambores de la Guerra Santa llegó hasta los rincones más alejados del reino; y hombres de todas las comarcas se presentaron en la capital con sus monturas y los aprestos necesarios para el combate. Era tal el número de voluntarios, que la ciudad se quedó pequeña para albergarlos, y la gran mayoría tuvo que acomodarse en los terrenos circundantes. La Vega se vio invadida de hombres armados y caballos de toda condición; en torno a las hogueras se congregaban rudos campesinos o hábiles

artesanos, todos convertidos en soldados dispuestos a la lucha. Los capitanes les agruparon en la explanada de la al-Musara y el sultán presidió una revista militar.

Cuando todo estuvo dispuesto, un ejército de sesenta mil hombres, encabezados por su monarca, se puso en marcha hacia la villa de Qasira [Casariche], cerca del río Yeguas, donde el rey de Castilla esperaba a sus aliados granadinos.

Los cristianos habían acampado en el exterior de aquella población, y al oír el sonido de los tambores que precedía a un ejército inmenso, quedaron asombrados al contemplar aquella muchedumbre de guerreros enardecidos, que agitaban sus armas y hacían brillar sus espadas bajo un sol radiante de primavera.

Don Pedro salió al encuentro del sultán y ambos monarcas se abrazaron, entre el clamor de sus respectivas tropas. Se plantaron las tiendas, manteniéndose ambos ejércitos unidos, bajo la disciplina y la autoridad de sus mandos.

Al rayar el día, una marea humana, que cubría toda la llanura hasta perderse en el horizonte, se puso en marcha hacia Córdoba. A una parasanga del río Guadalquivir, las tropas se detuvieron, teniendo a la vista a la gran urbe. Un enorme puente conducía a la ciudad protegida por gruesas murallas guarnecidas con hombres y erizadas de lanzas. El sol de la mañana, transformaba el color gris de sus muros en un rojo refulgente. Se avanzaron las torres hasta situarlas cerca de las murallas. Los infieles a la vista de nuestros planes, ya estaban preparados para recibirnos con piedras y flechas. Los escaladores se encontraron con un torrente de fuego ardiente. A lo largo de las murallas, los defensores de la ciudad, protegidos con mallas y corazas, y armados de espadas, lanzas y ballestas, aparecían desafiantes y no paraban de aullar y de maldecirnos. Desde las almenas los arqueros disparaban flechas incendiarias contra las torres, consiguiendo que una de las estructuras fuera pasto de las llamas. Los escaladores que manejaban la torre, se lanzaban al río envueltos en llamas, ardiendo como teas.

Nuestras tropas habían comenzado a ordenarse en posición de ataque, cuando una milicia de adoradores de la Cruz, salió de las murallas y nos atacó por sorpresa con teas encendidas. La caballería ligera cargó contra ellos, dispersando a los infieles; pero una multitud, bien armada, apareció sobre el puente, que salva el Gran Río, y arremetió con furia contra nuestros peones. Las espadas enrojecieron, las lanzas entrechocaron y sobrevino una lucha feroz cuerpo a cuerpo. Los jinetes bereberes realizaron una maniobra envolvente que encerró en un círculo mortal a los atacantes. La muerte visitó a nuestros enemigos y nuestras banderas ondearon victoriosas. Castellanos y granadinos se precipitaron al río, cuyo caudal infundía pavor, persiguiendo a los cordobeses. Se luchaba a espada y lanza sobre las aguas turbulentas y los cadáveres flotaban a la deriva. Los escaladores lograron asaltar las murallas y la victoria parecía segura, cuando la noche infiel protegió a los impíos.

Durante la noche, varios hombres talaron un árbol y construyeron un ariete. El

tronco iba suspendido de cadenas y la punta provista de un pico de hierro.

Al día siguiente amaneció con un cielo oscuro y amenazador.

Los cristianos se mostraban desafiantes, al pie de las murallas, prestos para la batalla. Nuestras tropas embistieron con determinación, como las olas de un mar de acero. Los voluntarios de la fe, portando en la punta de sus lanzas estopa encendida, abrieron brecha en los parapetos. Los ejércitos se desbordaron. Lenguas de fuego sembraban la desesperación y el terror. El ángel de la muerte extendió sus alas sobre el campo de batalla y un velo de horror cubrió a los combatientes. Los cuerpos decapitados de los adoradores de la Cruz fueron pisoteados y sus cabezas humilladas por los cascos de las bestias. El ariete golpeaba las puertas de la ciudad y los cerrojos cedieron. Nuestros soldados se disponían a penetrar en la villa, cuando el cielo se abrió y sobrevino el diluvio. La lluvia caía torrencial formando una cortina de agua que impedía divisar al enemigo. Al otro lado del río, los cordobeses apoyados por su pueblo, cerca de sus abastecimientos, combatían en mejores condiciones. El terreno se convirtió en un lodazal, donde los hombres de a pie se hundían y los jinetes se veían impotentes para sacar del barro a sus cabalgaduras.

El ejército cordobés se encerró en la ciudad y los nuestros, cubiertos de lodo sobre un pavimento resbaladizo, se esforzaban en sostener sus armas bajo un torrente que manaba del cielo. Durante cinco días, las tormentas nos castigaron con su furia; la incesante lluvia desbordó el río, anegando el campamento. Los víveres se corrompieron.

Ante el peligro de que nuestros hombres fueran arrastrados por las corrientes de agua. El rey de Castilla y el sultán dieron la orden de retirada. Con el espíritu sereno y la promesa de volver sobre Córdoba, cuando la estación venidera nos fuera más propicia, ambos ejércitos regresaron a sus cuarteles.

Pero aquella promesa nunca se cumpliría. Algún tiempo después de la retirada de Córdoba, un funesto suceso cambiaría el rumbo de la guerra y las relaciones entre Granada y Castilla.

Cuando las estrellas se desvanecieron y la luna huyó por occidente, Lisan al-Din interrumpió su relato.

20

LA NOCHE transcurría oscura como la punta de un cálamo de plata mojado en tinta negra.

Por más que Jalid indagó, no consiguió averiguar nada acerca de la suerte del prisionero andalusí.

Lisan al-Din, resignado a su destino, decidió reanudar el relato de la noche anterior.

La importante ciudad de Toledo, a duras penas conseguía resistir el largo asedio del Bastardo. El impulsivo don Pedro reunió tres mil lanceros y, de forma un tanto precipitada, decidió acudir en su auxilio. El sultán de Granada contribuyó a la expedición del rey de Castilla, enviando mil doscientos jinetes al mando del prestigioso arráez Faray ibn Ridwan.

Don Pedro partió de Sevilla al frente de su tropa con dirección a Toledo. A medio camino, acampó en tierras de Calatrava. Enterado el de Trastamara, tomó las tropas que sitiaban Toledo y salió al encuentro de su hermanastro.

Al pie del castillo de Montiel, tuvo lugar un combate feroz entre las fuerzas de los dos hermanos. Enrique, con una tropa superior, se alzó con el triunfo y don Pedro se vio obligado a refugiarse en el castillo de Montiel, que fue cercado por los hombres del Bastardo para impedir su huida.

Sin ejército y sitiado en el castillo, don Pedro se reunió con sus generales, entre los que se encontraba Ibn Ridwan, con el fin de encontrar una salida a aquella situación crítica. Uno de sus hombres de confianza, Men Rodríguez de Sanabria, propuso sobornar al jefe de las Compañías Blancas, Beltrán du Guesclin.

Para comprar al francés, el rey ofrecía al mercenario las villas de Soria, Almazán y Atienza, y doscientas mil doblas castellanas si le aseguraba la huida y se pasaba a su bando.

Men Rodríguez logró entrevistarse en secreto con Du Guesclin y éste, después de escuchar la oferta, le pidió un tiempo para consultar con sus hombres. Pero en lugar de ello, el francés informó a Enrique de Trastamara de los planes de su hermano; y el Bastardo, mostrando su reconocimiento por la lealtad del jefe de las Compañías Blancas, le prometió las mismas doblas y villas ofrecidas por su enemigo.

Ese mismo día, ambos urdieron un plan para apresar a don Pedro: Du Guesclin convencería a Men Rodríguez de que aceptaba la oferta; para ello, al llegar la noche, el rey de Castilla se acercaría hasta la tienda del mercenario, situada fuera del

campamento de los enriqueños, con la promesa de ponerlo a salvo al amparo del novilunio.

Nunca debió el rey confiar en la palabra de un mercenario. Envuelto en la oscuridad de la noche, don Pedro montó en su caballo y, acompañado de Men Rogríguez y otros nobles, salió del castillo presto para escapar. Al llegar a la tienda del francés, éste salió a su encuentro y el rey castellano descabalgó. En ese momento, emergió de la penumbra una figura con coraza y casco. Ante aquel desconocido, don Pedro receló, pero era noche cerrada y no descubrió que se trataba de su hermanastro. Los dos hermanos quedaron frente a frente, pero hacía más de diez años que no se veían y en medio de la oscuridad no se reconocían. Alguien, detrás de don Enrique, gritó: «¡Ata cad!» Y don Pedro exclamó: «¡Guardia al rey!» Entonces el Bastardo se abalanzó sobre su hermano empuñando una daga, produciéndole un corte en el rostro. Ambos se trabaron en un cuerpo a cuerpo y don Pedro, que superaba en estatura a su hermano, le sujetó del brazo y forcejeando rodaron sobre el suelo. Los nobles de los dos bandos, que presenciaban el duelo entre los dos hermanos, no se atrevían a intervenir. Ya en tierra, don Pedro quedó encima de su enemigo, apoyó su rodilla sobre el brazo armado de Enrique, quedando éste inmovilizado. Con su mano izquierda, el rey se aferró a la garganta de su oponente e izando un puñal con su mano derecha, se dispuso a descargar el golpe. En ese instante, Du Guesclin sujetó el brazo ejecutor de don Pedro y, farfullando algo en francés, empujó el cuerpo de don Pedro hasta dar con él en tierra, lo que aprovechó Enrique para asir su daga y clavarla en el corazón de su hermano.

Faray ibn Ridwan, testigo del duelo entre los dos hermanos, nos trajo la noticia del fratricidio. El sultán lamentó la muerte de su amigo y aliado. De nuevo Granada se encontraba en una encrucijada difícil a la que había que hacer frente.

Ahora que el Bastardo era el dueño y señor de Castilla y, además, contaba con la ayuda de Aragón y Francia, la situación para el reino de Granada se tornó crítica. Muhammad volvió sus ojos al sultán de Fez pidiendo auxilio.

La eficaz actividad de los espías mudéjares nos tenía al corriente de los planes de nuestros enemigos. Pronto supimos que, una vez, Enrique se coronó rey de Castilla, el rey de Aragón le exigió el cumplimiento de todas las promesas, entre otras la entrega de las ciudades de Murcia y La Molina, que el de Trastamara le había ofrecido por su ayuda. Ante la negativa de Enrique de cumplir lo prometido, el aragonés, enfurecido, rompió sus relaciones con el castellano.

Por otra parte, Portugal e Inglaterra no reconocían como rey legítimo a Enrique. El rey luso alegaba derechos al trono como tataranieto del rey Fernando el Santo. También el rey de Inglaterra pretendía el trono de Castilla para uno de sus hijos, por estar casado con una hija, del que ellos consideraban rey legítimo: don Pedro.

A Enrique de Trastamara sólo le quedaba como aliado, el rey de Francia.

Ante aquellas noticias, nuestra diplomacia se puso en marcha y el sultán, sin perder tiempo, envió a su embajador Abú-lHasan Abi Zakariya a Barcelona, solicitando un tratado de paz y amistad con Aragón. Pedro el Ceremonioso, ahora enemigo del Bastardo, aceptó la proposición y envió a Granada a su embajador Juan de Vilaregut con instrucciones para crear una gran alianza con Portugal, Fez y Granada y entrar en guerra contra el reino de Castilla.

La suerte, una vez más, se le puso de cara a Muhammad. La gran alianza entre los tres reinos se consolidó y Portugal declaró la guerra a Castilla e invadió Galicia. A su vez, Muhammad se apoderaba de Algeciras.

El Bastardo vio cómo el viento viraba en su contra. Descubrió que se encontraba solo para hacer frente a una fuerza formidable, pues su aliado, el rey de Francia, no estaba en condiciones de socorrerle por tener a sus hombres y a sus barcos luchando contra los ingleses, en una guerra interminable.

El nuevo rey de Castilla temía que el de Aragón, con ayuda del sultán de Granada, se apoderase de Murcia. Y con su ejército se dirigió a la frontera granadina. Desde allí, envió a los maestres de Santiago y Calatrava a tratar un armisticio con Granada.

Muhammad no estaba dispuesto a firmar la paz con el Bastardo. Movido por el resentimiento, pretendía vengar la muerte de su amigo Pedro.

Por aquel tiempo, yo planeaba abandonar Granada, pero no quería dejar a mi país en una situación tan difícil. Convencí al sultán de la conveniencia de negociar, desde una posición de dominio, una tregua beneficiosa para nuestros intereses. El rey de Castilla, acorralado, sin aliados y en guerra contra Portugal, firmaría la paz con Granada sin condiciones.

Y así fue, Enrique de Trastamara firmó la paz con Granada por un periodo de ocho años.

Por fin, Granada estaba en paz con los reinos cristianos y en estas circunstancias, pensé, me sería más fácil dejar la política. A mis cincuenta y seis años me pesaba demasiado la responsabilidad del gobierno; me sentía cansado y acosado en la Corte. Todo esto me provocaba estallidos de cólera. Perdí el apetito y mi salud se resentía. Las tareas del gobierno, la edad y el cansancio me impedían disfrutar de los manjares de la vida. Hacía tiempo que no llamaba a mi lecho a mis concubinas, ni mi estómago me permitía el deleite de saborear un sabroso asado de cabrito con salsa de vinagre y cilantro. Para mantener las fuerzas y evitar el decaimiento, me alimentaba con panecillos de almendras, miel y sésamo.

Tampoco me gustaba la deriva por la que se deslizaba el Estado, con un sultán rodeado de cortesanos serviles que le incitaban al lujo y la molicie mientras el país entraba en una imparable decadencia.

Mi intuición me decía que, lenta pero inexorable, el fin de Al-Ándalus se

aproximaba. Decidí pedir audiencia al sultán y rogarle la concesión de un salvoconducto para viajar a la Meca. Estaba seguro que, esta vez, accedería a mis deseos.

Muhammad ibn Yusuf me recibió en su camarilla, con el gesto adusto que solía adoptar cuando me presentaba ante él. Le hice ver que mi vida estaba en declive. Que, como un viejo árbol, había perdido el vigor y los años acortaban mis pasos y mi mente ya no era capaz de atajar los problemas del Estado. Le supliqué que me liberase de la carga del visirato. Le comuniqué, que mi deseo más ferviente era despojarme del ropaje del poder y el lucro; cubrirme con las humildes vestiduras del peregrino, purificar mi espíritu y realizar la peregrinación a la Casa del Señor de los Mundos.

Muhammad torció el gesto, y en un tono displicente me propuso hablar del asunto más adelante.

Conmocionado por la impotencia, me quedé mudo, con la mirada perdida, sin saber qué hacer.

El sultán me preguntó:

—¿Hay algo más que me quieras decir?

—No, mi señor —y cargado con el pesado manto de la frustración, abandoné la sala, sintiendo la fría mirada del sultán clavada en mi espalda. Lo más doloroso era asumir que todo el tesón y esfuerzo que había empleado en ayudar y aconsejar a mi señor, sólo había servido para acabar en un total menosprecio.

Tres días más tarde, con motivo del cumpleaños del príncipe heredero, Yusuf, se celebró una fiesta en los jardines de la Alhambra, concretamente, en el patio de los Arrayanes.

En aquella noche templada de otoño, los hachones que iluminaban los jardines del palacio producían un efecto mágico de inusitada belleza. La superficie de la alberca aparecía cubierta por nenúfares, sobre los que lucían lamparillas flotantes. Diseminadas por todos los rincones, señalando las veredas del jardín, cientos de bujías brillaban como luciérnagas en la oscuridad. La fragancia de los arrayanes se mezclaba con los aromas del almizcle y el jazmín, que emanaban de los braseros.

No recuerdo qué circunstancia o tarea domésticas me impidió llegar a primera hora a la fiesta. Cuando me presenté, el sultán, recostado sobre un gran almadraque de seda, presidía el banquete. A su derecha, el príncipe Yusuf glotoneaba ante una bandeja de dulces; el joven príncipe levantó su mirada limpia y me saludó con una sonrisa cálida. Los comensales, sentados sobre almohadones de cuero, reían y charlaban tras las mesas bajas repletas de frutas y pasteles.

Al primer golpe de vista, me percaté de la ofensa intencionada que mostraba la disposición de los puestos asignados junto al sultán. A la izquierda del monarca, el sitio reservado al visir, lo ocupaba Ibn Zamraq, luciendo su llamativo atuendo de

colores. El untoso secretario se había convertido en instructor del príncipe. A su lado, el juez supremo al-Nubahí se esforzaba en disimular sus defectos físicos con estudiadas poses de dignatario, pero perdía la compostura engullendo higos con avaricia.

Me quedé parado frente al sultán.

—Majestad, os ruego disculpéis mi… —guardé silencio al observar que el sultán no se dignaba mirarme. Sentí la punzada del insulto.

Durante un tiempo que me pareció una eternidad, quedé en silencio, mientras el emir, sosteniendo en su mano una copa de cristal con zumo de granada, seguía departiendo amistosamente con Ibn Zamrak, sin mostrar el más mínimo interés por mi persona. Percibí la mirada torva de al-Nubahí y la risita burlona del que se hacía llamar «el poeta de la Alhambra». No sabía cómo reaccionar ante aquel inesperado ultraje. Enrojecí de ira, pero tuve fuerzas para reprimir el impulso de salir de allí. Abandonar una fiesta, presidida por el sultán, suponía una grave ofensa al emir, que me podía acarrear serios problemas.

Nadie parecía reparar en mi presencia; allí estaba yo, de pie, en medio de un banquete, entre el murmullo y las risas de los invitados, sin saber qué hacer. La mano de un sirviente me tocó en el brazo, y me indicó un almohadón situado en la parte más alejada de los huéspedes de honor. Rojo de vergüenza y rabia tomé asiento. Las carcajadas y las muestras de júbilo de los asistentes a la fiesta me irritaban aún más, me sentía vejado y traicionado. De pronto, entendí la negativa del sultán a dejarme marchar; lo que pretendía era mortificarme, reteniéndome en una Corte hostil dominada por una camarilla de envidiosos que me odiaban. Un castigo refinado y cruel que amargaba mi vida.

La noche transcurría lenta, soportando las miradas cómplices del sultán con su poeta áulico y los cuchicheos maliciosos de algunos cortesanos. Todos disfrutaban de la dulce música de las flautas, ante una mesa repleta de manjares; mientras yo permanecía cabizbajo sin probar bocado, con un nudo en el estómago y ganas de vomitar.

Allah ¡ensalzado sea! vino en mi ayuda, y un imprevisto aguacero puso fin a la fiesta.

De camino a mi casa, juré por Dios que no habría una nueva ocasión para humillarme. No estaba dispuesto a soportar por más tiempo la envidia de los mediocres, las intrigas de los ambiciosos y la mala fe de los incapaces; la cobardía de los altos funcionarios y la mezquindad del emir.

Si Muhammad ibn Yusuf no me permitía abandonar Granada, lo haría sin su permiso. Pero ¿cómo? Yo era el visir y mi ausencia se echaría en falta y despertaría sospechas, antes de que pudiera salir del país.

Fue mi hijo Alí, quien me sugirió la idea de proponer al sultán, realizar un viaje

de inspección a la frontera occidental, emulando la que llevó a cabo su padre Abu-l-Hayyay Yusuf en la oriental. En el itinerario se incluiría una visita a la ciudad costera de Algeciras, recientemente conquistada. Mi hijo Alí contrataría una embarcación que, durante la noche, nos llevaría a la orilla africana.

La idea era buena. Cuando lo tuvimos todo planificado, me decidí a pedir audiencia al sultán.

Recuerdo que era un día ventoso y desapacible. A lomos de un semental árabe me dirigí a la Alhambra. Un sol moribundo se hundía tras la colina del Albaycín y las sombras comenzaban a cubrir las afiladas copas de los cipreses de la Sabika. El viento helado arrastraba nubarrones negros, alargados como cuchillos, que cortaron por la mitad a la luna en cuarto menguante. Aquello era un mal presagio. Encogido por el frío, apreté con las rodillas los costillares del caballo y le obligué a trotar camino del palacio.

Mientras esperaba en la antesala para ser recibido, no paraba de darle vueltas a la cabeza. Me preguntaba, qué respuesta daría el sultán a mi proposición. Muhammad, al comienzo de su reinado, siempre siguió los pasos de su padre, por lo que no era probable que se negara a realizar el viaje; pero ya había entrado el invierno y tal vez lo aplazara a la primavera. Y yo no estaba dispuesto a esperar tanto tiempo.

El sultán me recibió en su camarilla privada. Un secretario me abrió la puerta y el emir permaneció inclinado sobre una mesa, donde un grueso candelabro de plata, coronado con cinco velas, alumbraba los pergaminos que el sultán examinaba atentamente.

Enseguida percibí un cambio en su trato, me saludó con una sonrisa afable y me invitó amablemente a tomar asiento. Probablemente, pensé, quería reparar el agravio de la fiesta del cumpleaños del príncipe.

Animado por la buena acogida del monarca, cuando éste me preguntó el motivo de mi visita, le expuse la conveniencia de realizar un viaje a la frontera occidental con el fin de inspeccionar el estado de las defensas de aquellas ciudades más expuestas al filo de las espadas de nuestros enemigos.

El sultán comentó en un tono socarrón:

—¿Nuestros enemigos? Ya no tenemos enemigos. Hemos firmado la paz con los cristianos.

—Majestad, al igual que hizo vuestro padre, ¡que Allah lo tenga a su lado!, se trata de llevar la confianza y el consuelo a aquellas gentes de la frontera, que han sufrido la pérdida de sus familias, de sus hogares y de sus tierras.

El sultán se llevó la mano al mentón y permaneció pensativo durante un tiempo. Me temí lo peor. No parecía muy dispuesto a aceptar mi proposición.

—Bueno —dijo al fin—, haremos una cosa. Como tengo numerosos asuntos que debo resolver sin demora; serás tú, en mi nombre, quien realice ese viaje. Tienes mi

consentimiento para organizarlo como creas conveniente —y me dio a besar la mano a modo de despedida.

Fue la última vez que vi a Muhammad ibn Yusu£ Dos días más tarde, acompañado de mi hijo Alí y un reducido séquito de soldados, emprendí un camino sin retorno.

Avivando el paso de nuestras cabalgaduras llegamos a Yazirat al-Hadrá [Algeciras], tan codiciada por su importancia estratégica, puerta de Al-Ándalus, punto de unión de los dos mares, donde los infieles, durante años acrecentaron su poder y, con la ayuda de Allah, rescatada del dominio de los adoradores de la Cruz. Sus murallas, revestidas con pieles de onagro, no pudieron resistir a las máquinas de batir, ni a las cargas de la caballería andalusí; donde los sables quedaron satisfechos del degüello y las manos del pillaje.

La ciudad purificada apareció ante nosotros con sus altos alminares llamando a la oración. Al frente de su guarnición, salió a recibirnos el gobernador y fuimos alojados en su palacio. Pero los hombres del valí nos vigilaban día y noche, y nuestra huida se vio frustrada. Tendríamos que idear un nuevo plan.

Había pasado la noche cavilando cómo burlar a nuestros vigías. Al amanecer, subí a la muralla oriental. En el lejano horizonte, el cielo se teñía de rosa y oro. La luna cabalgaba sobre nubes púrpuras. Con la mano apoyada sobre la tronera de piedra, contemplé cómo el mar se iba transformando de gris a un azul añil y luego en verde turquesa a medida que el sol se elevaba majestuoso sobre el enorme peñón de Gibraltar. Esta plaza, a tan sólo cuatro leguas, pertenecía al sultanato de Fez.

De pronto me surgió la idea: ¡Gibraltar! ¡Claro! En Gibraltar los granadinos no tienen jurisdicción, allí estaríamos a salvo de la vigilancia de los hombres del gobernador. Ese mismo día, informé al sahib de Algeciras, de mi intención de hacer una visita de cortesía a nuestros hermanos meriníes de Gibraltar.

Sin tiempo que perder, tomé a mi hijo Alí y a dos escoltas, y partimos raudos hacia la ciudad de Tariq, que nos abrió sus puertas y el caíd nos proporcionó una embarcación para cruzar el Estrecho.

En Gibraltar, poco antes de embarcar, escribí una carta al sultán de Granada disculpándome por mi huida:

> *«… si me retiro es con la noble finalidad de cumplir con la obligación del Hajj [peregrinación]. Jamás a lo largo de mi vida a vuestro servicio, he cometido la menor falta en la gestión del dinero público, ni he violado los secretos de Estado. Ahora que os dejo, no os pido bienes ni para mis hijos, ni mis mujeres, que son vuestros sirvientes. Sólo os pido comprensión y que tengáis para mí el mismo trato que yo tuve para Vos».*

Cuando terminé la carta, me sentí aliviado. Ansiaba abandonar aquella tierra convertida en nido de serpientes.

Una calleja oscura y angosta conducía al puerto y al desembocar en el embarcadero, un fogonazo de luz me dejó ciego por un instante. Respiré hondo, dejando que la brisa del mar llenase mis pulmones.

Abordé la nave que se balanceaba al pie de la imponente roca que, desde el principio de los tiempos, vigila el Estrecho. Al poner mis pies sobre la crujiente madera de la embarcación, se apoderó de mí un sentimiento de profunda tristeza. No sólo abandonaba mi tierra, también dejaba una tarea apasionante. Emprendía una nueva etapa de mi vida y fui consciente de que ya nada volvería a ser igual.

Los marineros comenzaron a estirar las cuerdas, la vela ascendió por el mástil, se agitó con la brisa y se desplegó completamente. La nave tomó impulso. Las olas chocaban contra la proa y la embarcación puso rumbo a África. Me embargó una gran euforia cuando el barco adquirió velocidad a impulso del viento. El agua saltaba sobre la cubierta mojando mis ojos y haciéndome sentir el gusto de la sal en los labios.

Durante la travesía, no quise echar la vista atrás. Fijé mis ojos en el azulado horizonte y observé la costa africana, velada por una tenue niebla. Percibí un sentimiento inmenso de liberación. Una sensación etérea de libertad, como el viento que empujaba las velas de nuestra nave.

Desembarcamos en Ceuta con un regusto amargo en la garganta y el corazón lleno de sentimientos encontrados. Al día siguiente, nos dirigimos a Tánger. Atrás quedaba la tierra de mis padres, mi hogar, mi amada Granada. Por otro lado, me reconfortaba la certeza de contar con el amparo del sultán Abd-l-Aziz, señor del Magreb, que me esperaba en Tremecén.

Durante el largo camino hasta Fez, me deleité imaginando cómo mi vida transcurriría a la sombra de la tranquilidad, disfrutando de un bienestar perfecto.

Cuando la noche parecía eterna, surgió la aurora envuelta en un halo dorado y el rostro cubierto con un velo de sangre. Entonces, Lisan al-Din interrumpió su relato.

21

CAÍA la noche y antes de que la oscuridad invadiera las calles de la medina, Jalid se dirigió por la concurrida avenida que conducía al palacio del sultán, con la idea de recabar alguna información, que pudiese interesar a Lisan al-Din.

A las puertas del Alcázar, Jalid encontró al hombre del turbante verde, Abd-l-Salam, que se mostraba eufórico; allí estaban, también, los hijos del prisionero granadino, Abd Allah, Alí y Muhammad. Todos festejaban la inminente liberación del visir.

Lisan al-Din había sido sometido a juicio y el consejo de los ulemas pronto sospechó que el proceso estaba amañado. Las inculpaciones eran confusas, las pruebas acusatorias poco sólidas y un tanto manipuladas. El veredicto emitido, a pesar del empeño del juez en pedir la pena de muerte, no fue concluyente y los miembros del jurado se negaron a firmar una sentencia condenatoria.

Jalid se sintió embargado por la alegría contagiosa que emanaba de los familiares y amigos de Lisan al-Din. Por primera vez, el nefasto presentimiento, que tanta amargura le causaba, había fallado. El visir andalusí no iba a morir. Con todas las fuerzas que podía imprimir a sus piernas, corrió camino de las mazmorras. En su mente repetía una y otra vez: ¡Lisan al Din no va a morir! ¡Lisan al-Din no va a morir! ¡Gracias Dios mío, por haberme liberado del maldito presagio!

Sin apenas resuello, pero con el corazón palpitando de júbilo, el carcelero se dirigió a la celda del prisionero. Quería ser testigo del momento en que se abriera la verja y dejasen libre a Lisan al-Din.

Cuando sus ojos se habituaron a la oscuridad del calabozo, advirtió que el prisionero yacía sobre el suelo. Jalid sintió un latigazo frío en la nuca, al percibir unos gemidos que procedían del rostro magullado de Lisan al-Din. El andalusí permanecía inmóvil. De no ser por el movimiento, apenas perceptible, de sus labios tumefactos recitando suras del Corán, parecería que estaba muerto; sus ojos, entrecerrados aparecían acuosos en un rostro desfigurado. De la comisura de sus labios, corrían hilillos de sangre manchando su barba.

—¡Dios mío! ¿Qué ha pasado aquí? —exclamó Jalid sin creer lo que estaba viendo.

Contraído de espanto, preguntó:

—¿Qué te han hecho, señor?

El preso le miró de soslayo y con un gesto de sufrimiento en el rostro se incorporó, sentándose junto a la verja.

Con voz débil y entrecortada susurró:

—Temo ser víctima de un ajuste de cuentas. Sólo así se explica que me hayan torturado para que me declarase culpable de unas acusaciones falsas —hizo una pausa para recuperar el aliento antes de continuar—. Pero no lo han conseguido. Los que hoy se han erigido en mis jueces, están envenenados por el rencor.

Lisan al-Din había pasado toda la mañana escribiendo un opúsculo poético, aprovechando la claridad del angosto tragaluz por donde se colaba el latido de la ciudad: el grito de los aguadores, las voces de los campesinos arreando a sus caballerías cargadas de frutas y verduras camino del zoco, el rebuzno de los burros, rumores, risas de niños. De pronto, un cuervo de plumaje reluciente se posó sobre el tragaluz, su pico de acero golpeó en el agujero y sus ojos pequeños y redondos penetraron por la abertura. A Lisan al-Din le invadió la trágica superstición, que acompaña a estas aves necrófagas. El cuervo miró fijamente al prisionero, emitió un ronco graznido y desapareció. La voz del almuédano le llegó desde un lejano alminar y el prisionero depositó el cálamo en el estuche de madera, tapó el tintero y se dispuso a orar. Al terminar la plegaria, se sintió cansado, se recostó sobre el muro de la celda apoyando la cabeza sobre un saliente rocoso de la ajada pared, cerró los ojos e intentó soñar. Una luz deslumbrante le atrajo hasta la nieve que coronan las cumbres de las montañas que custodian Granada. Recordó su infancia en Loja, las calles tortuosas. Los ancianos tejiendo esparto a las puertas de sus casas y las muchachas que subían airosas desde el río, cargadas con cestos de ropa recién lavada. Saboreó el aroma de las alacenas, donde se almacenaban los odres llenos de aceite de oliva y la miel que se desparramaba de los tarros. Evocó los atardeceres, entre álamos y fresnos, los racimos de uvas doradas que mordía cuando era niño. Las noches con olor a menta. Rememoró la torre sobre la colina en el camino de Loja, donde su abuelo Said, el Predicador, recitaba el Corán con tanta vehemencia y solemnidad, que los viajeros se detenían a escucharle hasta el anochecer; recordó la sonrisa altiva de su padre, sus bromas y su rostro desenfadado guiñándole un ojo; la voz arrulladora de su madre cantando junto a su cama.

De pronto, el chirrido de unos cerrojos perturbó el placentero sosiego del que estaba disfrutando. Abrió los ojos, y vio al otro lado de la verja a cuatro hombres. Uno de ellos, un carcelero, descorría los cerrojos, mientras a su espalda observaban la maniobra un alguacil y dos soldados armados con lanzas. Era la primera vez que se abría la puerta de su celda, desde que fuera encerrado. El carcelero se echó a un lado para dejar pasar a los lanceros y al alguacil, que con voz áspera le ordenó ponerse en pie. A continuación, le informó de que por orden del sultán Abu-l-Abbas Ahmed, era llamado a juicio ante el gran jurado.

Lisan al-Din pidió permiso para asearse, pero el alguacil se lo denegó y le conminó a dirigirse a la sala de juicio cuanto antes.

La insolencia de aquel funcionario insignificante, le hizo sentir la humillante condición en la que se hallaba. Se inclinó sobre la orza de barro y se refrescó el rostro. Después que al agua se aquietara, observó la imagen de un anciano reflejada en el líquido oscuro de la vasija. En aquel rostro impreciso, no quedaba nada de su acostumbrado aspecto. Lo que captó en el oscilante espejo, fue una barba hirsuta, unos párpados inflamados sobre unos ojos hundidos y una nariz afilada. La suciedad, la humedad y la escasez de alimentos habían construido aquella máscara atroz. Lisan al-Din ajustó a sus hombros el envejecido taylasán, y se puso en marcha.

A lo largo de un lúgubre pasillo, el reo seguía los pasos del alguacil y, flanqueado por los dos soldados con lanzas, accedió al Mexuar. Un agradable aroma de jazmín se repartía por toda la sala, en contraste con el olor que desprendían sus ropas impregnadas de humedad y el hedor de su cuerpo, falto de higiene. Sus ojos acostumbrados a la penumbra de la celda, perdieron momentáneamente la visión, cegados por la luz que inundaba la sala. Sentados sobre almohadones de cuero a lo largo de las paredes laterales, aparecían los miembros del jurado, compuesto por algunos consejeros de palacio, y un buen número de alfaquíes y ulemas, todos ellos jurisconsultos de prestigio. El preso paseó su mirada sobre aquel grupo de hombres que clavaban sus miradas sobre él. Eran rostros severos, algunos sombríos. Lisan al-Din oyó algún comentario de reprobación por su aspecto desaliñado y sucio. De pronto, entre aquella marea de rostros extraños, descubrió la mirada afable de un hombre, algo más joven que los demás, que le saludó con una inclinación de cabeza; entonces reconoció a Abu Yahya ibn Midyan, el emisario que, su protector, el sultán Abd-l-Aziz ya fallecido, envió a Granada para traer a su familia y reunirse con él en el exilio. Fue un soplo reconfortante, en aquella asamblea de gente extraña. Pero pronto descubriría unos rostros, que él bien conocía y que nunca hubiera deseado ver.

En una esquina, detrás de una mesa baja, un escribano deslizaba el cálamo sobre un folio blanco. Al fondo de la sala, ocupando una tarima cubierta por una alfombra roja, presidía el juicio el hombre que Lisan al-Din calificaba de enano obsceno, el juez supremo de Granada, Abu-l-Hasan al-Nubahí. A la derecha de éste, el personaje más odiado por el reo, el despreciable visir granadino Ibn Zamrak, mostrando una sonrisa triunfal. Al enfrentarse a su mirada, Lisan al-Din no pudo evitar un ligero temblor en sus labios, producto de la ira que ardía en su pecho. Completando el tribunal y sentado a la izquierda del juez, se encontraba el violento ministro meriní, Sulayman ibn Dawud.

Custodiado por los dos lanceros, Lisan al-Din permanecía en pie en el centro de la sala, esperando enfrentarse a los jueces. Los alfaquíes y ulemas cuchicheaban entre sí. El cadí alNubahí, inclinado sobre una mesa, repasaba los legajos en los que había fundamentado el proceso, mientras que el visir Ibn Zamrak susurraba algo a Ibn Dawud y éste miraba al reo mostrando una sonrisa burlona.

Lisan al-Din tuvo la percepción de que no asistía a un acto de justicia, sino a un simulacro de juicio con una sentencia ya dictada.

Un secretario alzó la voz, pidiendo silencio para comenzar el juicio.

El juez al-Nubahí levantó la mirada de los legajos. En aquellos ojos había algo irritante y turbio. Con voz enérgica inició la sesión:

—En el nombre de Allah, el Clemente, el Misericordioso y Justo. ¡Que la paz y la bendición sean sobre el más dignificado de los Enviados, sobre su familia y compañeros, hasta el día del juicio final!

Con un rictus agrio en sus labios gruesos y babeantes, y la mirada emponzoñada de odio, el juez, sin más preámbulos, proclamó:

—Abu Abd Allah Muhammad ibn al Jatib, se os acusa de herejía y proselitismo, de divulgar una corriente de misticismo esotérico y teosófico; de traición a la patria y a vuestro señor, el Emir de los Creyentes, al-Gani bi-llah Muhammad ibn Abu-l-Hayyay Yusuf ibn al-Ahmar; de huir a otro país con la intención de revelar secretos de Estado y de enriquecimiento ilícito. ¿Tenéis algo que alegar?

—Niego que durante todas mis actividades, tanto académicas, como gubernamentales, haber incurrido en herejía. Y debo recordaros que el Enviado, con él sea la paz, siempre suscitó la reconciliación de todas las corrientes desgajadas del tronco de Abraham, Allah esté satisfecho de él. Es verdad que recibí conocimientos sufíes de mi maestro Ibn Marzuq, que, por cierto… —forzó una pausa—, también compartí con el visir, aquí presente, Ibn Zamrak.

Ibn Zamrak se retorció en su asiento y pretextó con evidentes signos de nerviosismo:

—Os aprovechasteis de mi inocencia y juventud; cuando a mí sólo me guiaba la búsqueda de la virtud.

En la sala se hizo el silencio. Lisan al-Din mantuvo la mirada del aludido, arqueó una ceja y sus labios mostraron una media sonrisa irónica, mientras el rostro de Ibn Zamrak enrojecía.

Lisan al-Din continuó:

—Juro que tengo la conciencia tranquila. Si la acusación de herejía se fundamenta en la práctica del sufismo, tengo que decir que no me arrepiento en absoluto de haber formado parte de una corriente, que busca el camino de la perfección a través de la humildad. El sufismo, como bien sabéis, es la expresión del hombre justo y asceta, que no siente vanidad por su origen, ni por ninguna otra causa, que se preocupa por las acciones nobles, no piensa en el mañana, ni en el ayer; que tiene como amiga a la ciencia y al noble Corán como guía.

El juez replicó:

—Pero en vuestra obra blasfema, titulada «El jardín del conocimiento sobre el Amor Divino» se propugna una constante argumental, como es que: el Amor Divino

y la unión filial son comunes a la Divinidad —y con voz crispada recalcó—: Y esa es una teoría herética.

Un ligero murmullo surgió entre los alfaquíes.

Lisan al-Din no se inmutó ante aquella acusación tan grave y con voz serena, argumentó:

—Mi obra sobre el amor divino es una respuesta a los que sólo ensalzan el amor profano. El mundo se compone de diversas formas y criaturas, que emanan belleza y perfección. Si amamos la belleza de la Creación, nos estamos acercando al Ser Supremo que las originó.

El juez al-Nubahí, con los ojos encendidos de ira y señalando con el dedo índice al acusado, exclamó:

—¡Os advierto que el contenido de ese libro es contrario a la ley islámica! En él os declaráis cercano a la doctrina que siguen los discípulos de al-Gazali, opuesta a la jurisprudencia ortodoxa islámica de Malik ibn Anás. Alcanzar la unión con Allah a través de las criaturas es herejía.

—En mis libros —respondió Lisan al-Din con calma—, sólo hay alegatos que invitan al conocimiento y a la verdad. Con ellos he buscado el camino de la virtud y he encontrado la satisfacción, que ha dado sentido a mi vida.

—Vuestros libros —respondió el juez con desprecio—, al menos los que hemos encontrado en vuestras numerosas y lujosas casas, han sido declarados heréticos y fueron quemados. Presumís de misticismo y de prodigar favores, pero toda vuestra vida la habéis dedicado a adquirir bienes terrenales. Os habéis enriquecido de forma ilícita, a costa de gravar con altos tributos al pueblo, de recaudar de forma abusiva los impuestos de las cosechas de los campesinos, y habéis cometido la bajeza de apropiaros de los impuestos sobre los carneros degollados en la fiesta de los Sacrificios. Habéis exprimido al pueblo con el afán de acumular riquezas y costear el lujo de vuestras mansiones, donde lucen las maderas nobles, los paneles de lapislázuli y el cristal de roca.

—Reconozco que nunca he sido un maestro en el arte del disimulo, y no me he preocupado de ocultar mi bienestar ni el de mi familia, porque no tenía nada de qué avergonzarme, pues todo lo conseguido fue de forma lícita, tras muchos años de servicio en las más altas instituciones del Estado. Todo lo recaudado en los impuestos, lo puse a disposición del sultán, y se empleó en reforzar las defensas de la Alhambra, las fortalezas fronterizas y en pertrechar al ejército. No es justo que se me acuse de haberme apropiado de lo ajeno. Pero tengo enemigos —dijo recorriendo con la mirada a los miembros del jurado— que, cegados por la envidia y el odio, han propagado toda clase de difamaciones sobre mí, sin aportar ni una sola prueba.

Un silencio denso se extendió por la sala; tan sólo se oía el rasgueo del cálamo del escribano sobre el papel.

El visir, Ibn Zamrak, rompió el mutismo:

—¡Abu Abd Allah Muhammad ibn al Jatib, habéis cometido un gran pecado! Habéis traicionado la confianza de quien os concedió el poder y todo cuanto poseéis. Habéis sido desleal con quien depositó toda su confianza en Vos, y eso es imperdonable.

Al oír al que fuera su amigo y discípulo hablar de traición, Lisan al-Din apretó los puños, tragó saliva e intentó calmar su ira, pero no pudo evitar que su voz sonara ronca de irritación:

—Vos sabéis mejor que nadie cómo todos mis conocimientos los puse al servicio del sultán, cuando él requería de mis consejos. Al contrario de otros, siempre huí de los halagos. Mi lealtad consistió en declarar la verdad, aunque, a veces, fuese incómoda. Nunca busqué beneficios para mí, y mi prioridad fue la búsqueda honesta y sincera del bien de mi país y la monarquía.

Ibn Dawud tomó la palabra:

—Tenemos constancia de que os trasladasteis al Magreb movido por ambiciones económicas. Reunisteis el dinero para, luego, huir de Granada, trasladando vuestras riquezas a otros países, donde adquiristeis fincas rústicas e inmuebles. Os ganasteis la confianza del fallecido sultán Abd-l-Aziz, Dios se apiade de él, desvelando secretos de Estado, y le hicisteis concebir la idea de apoderarse de Al-Ándalus.

Vuestras palabras están envenenadas por el rencor. De todos los que me conocen es sabido que, en estos últimos años, mis ahorros los destiné a la construcción y mantenimiento de una *zawiya* [casa de oración]. Mi marcha de Granada la motivó el deseo de apartarme de la política y huir del mundo, como el león retorna a su guarida. Tenía la firme determinación de aislarme para purificar mi espíritu. Allah ¡loado sea! limpió mi corazón de toda ambición y, desde entonces, he practicado la abstinencia de todos mis bienes, destinando mi fortuna a las limosnas.

El gran cadí al-Nubahí continuó con el pliego de cargos:

—Abu Abd Allah Muhammad ibn alJatib, os acuso de traición y engaño a vuestro rey. Os pusisteis al frente de una delegación para inspeccionar las ciudades fronterizas, con la idea premeditada de abandonar Granada, sin tener en cuenta que vuestro país os necesitaba, pero vuestros ojos miraban con deleite hacia otros lugares donde creíais alcanzar la gloria.

—Mi único deleite —arguyó Lisan al-Din— habría sido poder realizar mi anhelada peregrinación a los Santos Lugares. Así se lo pedí a mi señor, el sultán, en repetidas ocasiones; pero él siempre me denegó el permiso para cumplir ese derecho que tiene todo musulmán.

Con voz agria, el juez replicó:

—¡Mentís! Vuestra huida fue una deserción despreciable y un acto de ingratitud a vuestro soberano. Bien claro ha quedado que vuestra intención de huir, nunca fue la

de peregrinar a La Meca. Han pasado más de tres años desde vuestra fuga, y aquí estáis.

—La demora, en el viaje, fue motivada por una petición que me hizo el sultán Abd-l-Aziz ¡Que Allah lo tenga en su morada!, porque había prometido enviar unos regalos al jeque de La Meca, entre ellos, un Corán escrito de su puño y letra, y que aún no había concluido.

—¡Seguís mintiendo! Decidme de una vez por todas: ¿por qué abandonasteis Granada?

Ya os lo he dicho. Vine al Magreb buscando un retiro piadoso. A quien entienda mis razones, Allah le premiará y a quien me calumnie, Dios le pedirá cuentas, porque Él conoce la verdad. Él conoce todos los secretos de la vida de los hombres, incluso los más ocultos. Él nos…

—¡Basta! —gritó el juez—. No estamos aquí para escuchar vuestra palabrería. ¿Sabéis lo que yo creo? —hizo una deliberada pausa que a Lisan al-Din se le hizo excesivamente larga—. Que tras la máscara de piedad y el fervor religioso que os empeñáis en mostrar, se esconde un ser egoísta y ambicioso, que acumula riquezas y huye con ellas a donde cree que nadie le alcanzará. Pero, como se ve, y estaba escrito, allá donde hubieseis ido, la justicia os atraparía.

El juez al-Nubahí se puso en pie, y dirigiéndose a los miembros del jurado proclamó:

—¡Como representante del sultán de Granada, considero que este hombre es reo de Estado. Y pido para él la pena de muerte!

Entre los ulemas había diversidad de opiniones. Los alfaquíes aprobaban la condena. Pero ni un solo miembro del Consejo de palacio apoyó la demanda del juez.

Al-Nubahí tomó asiento en medio de un gran alboroto. Al comprobar que el jurado no se ponía de acuerdo para emitir una sentencia definitiva, pidió silencio. Pero nadie le hacía caso. Empuñó un mazo y descargó varios golpes sobre la mesa. Poco a poco se fueron calmando los asistentes al juicio.

Cuando se impuso el silencio, el juez se dirigió al acusado e inquirió:

—¿Os reconocéis culpable de herejía y traición a vuestra patria?

Lisan al-Din contestó rotundo:

—Nunca conseguiréis que me confiese culpable. Porque nada de lo que me acusáis, pesa en mi conciencia.

El juez, con gesto displicente, rugió:

—¡Llevaos al reo!

Cuando Lisan al-Din abandonaba la sala flanqueado por los lanceros. Al-Nubahí susurró al oído de Sulayman ibn Dawud:

—Sometedlo a tortura hasta que confiese.

Era ya de noche, cuando los verdugos, arrastrando de las axilas el cuerpo

torturado de Lisan al-Din, lo devolvieron a la celda.

El prisionero, incapaz de permanecer en pie, cayó como un fardo sobre el pavimento de la mazmorra.

Así encontró Jalid al hombre con el que durante tantas noches compartió confidencias y afecto.

El carcelero se alejó de la celda y dejó a Lisan al-Din, con el cuerpo magullado, para que pudiera descansar.

Jalid notó una cierta agitación en el cuerpo de guardia. Su amigo Marwan le informó de que esa noche se esperaba la visita de un alto funcionario de la Corte.

De repente, las puertas de las mazmorras se abrieron violentamente produciendo un golpe seco. Un grupo de hombres bajó por las escaleras en tropel. Jalid los vio enfilar el pasillo y dirigirse a la celda del martirizado prisionero. Eran cinco, y al frente de ellos iba un hombre corpulento envuelto en una capa negra que le cubría el rostro, y al que todos obedecían. Jalid quiso seguirlos, pero Marwan le sujetó por el brazo, ordenándole que se quedara quieto. Jalid miró a su amigo, pidiendo una explicación; y éste, señalando al hombre que ocultaba su rostro, le susurró: «Es el ministro Sulayman ibn Dawud».

Los herrumbrosos cerrojos sonaron como el chillido de una rapaz.

—¿Qué queréis de mí? —oyó Jalid que preguntaba el prisionero andalusí.

No hubo respuesta. Después, unos golpes sordos retumbaron en la bóveda de la celda, seguidos de un forcejeo.

Jalid vio a través de los barrotes las anchas espaldas del hombre de la capa negra, que le impedía atisbar lo que sucedía.

Sin poder dominar su ansiedad, se acercó hasta la cancela y pudo observar, horrorizado, cómo enrollaban una cuerda al cuello del preso, y dos de los sicarios tiraban de los extremos del cordel. Un grito gutural salió tras las rejas y aquel grito se fue transformando en un gemido angustioso, que se fue debilitando hasta el silencio absoluto.

Jalid esperó a que los intrusos desaparecieran, para entrar en la celda, donde yacía el cuerpo sin vida de Lisan al-Din.

—El ministro Ibn Dawud ha ordenado que lo saquemos de aquí —oyó a sus espaldas la voz del jefe de guardia.

Jalid no podía apartar los ojos del cuerpo inerte del prisionero. Se arrodilló y palpó el rostro desfigurado del hombre, de quien él supo que iba a morir. Y con el dolor de quien ha perdido a un amigo, cerró la boca desencajada y selló los párpados sobre los ojos desorbitados del cadáver.

Los hijos de Lisan al-Din se habían trasladado a las puertas de la prisión, a la espera de que Jalid les diera la noticia de la liberación de su padre. Pero cuando las puertas se abrieron, contemplaron, con espanto, cómo dos carceleros transportaban en unas parihuelas a un hombre.

Jalid se acercó a los hijos de Lisan al-Din y, con gran dolor, les informó de que su padre había muerto.

Todos se abalanzaron sobre el cadáver y sus gritos de dolor atravesaron la noche.

El mayor de ellos, Abd Allah, preguntó a Jalid:

—¿Cómo ha muerto mi padre? —su mirada exigía sinceridad.

El carcelero, tras un pequeño silencio, respondió:

—Unos sicarios le han estrangulado.

Abd Allah rasgó sus vestiduras con desesperación y el joven Alí se laceraba el rostro con sus uñas, mientras gemía como un animal herido.

La luz de la luna se derramaba sobre las tumbas que se extendían desordenadas en las laderas del cementerio. Envolvieron el cuerpo en un sudario y, esa misma noche lo enterraron sobre la colina de Bab al-Mahruq.

Jalid pasó toda la velada sentado ante la celda que ocupara Lisan al-Din. Ya no habría más historias que escuchar, pensó el carcelero; sintió un enorme vacío y cómo le asaltaba una honda aflicción. Se había apagado la luz que iluminaba las largas noches en las mazmorras. Había conocido a un hombre extraordinario, poderoso y sabio que le había revelado secretos y le había mostrado un mundo que él jamás hubiera imaginado. Por primera vez en su vida, se encontró con un hombre que, pese a su alta condición, le mostró respeto y le trató con el afecto de un padre.

Con los ojos húmedos, Jalid descubrió, en un rincón de la celda, unas hojas de papel junto al tintero y el estuche de madera donde Lisan al-Din guardaba el cálamo. Jalid no recordaba la última vez que había llorado, pero al recoger aquellos utensilios, tan apreciados, por el prisionero andalusí, no pudo contener el llanto. Sus lágrimas rodaron por su rostro y cayeron sobre el folio, diluyendo la tinta del manuscrito.

Cuando el sol aún no había despejado las sombras de los callejones, Jalid se encaminó hacia el cementerio de Bab alMahruq. Quería depositar el cálamo sobre el sepulcro de Lisan al-Din, pero cuando subía por la ladera de la colina, vio a tres hombres que corrían por el otro lado del cerro. Al llegar donde habían enterrado al andalusí, descubrió con horror que la tumba había sido profanada. La tierra removida formaba un montículo y al lado yacía el cuerpo de Lisan al-Din medio quemado, la piel ennegrecida y el pelo chamuscado.

Jalid envió a un niño harapiento, que deambulaba por el cementerio, en busca del

predicador de la mezquita Yami Al-Ándalus. Y al poco tiempo, acudió Abd-l-Salam, junto con los hijos del desdichado visir andalusí.

Con los rostros descompuestos maldecían a quien hubiera cometido semejante escarnio. Alí se arrodilló junto al cadáver y derramó un perfume sobre el cuerpo de su padre; después lo envolvieron en un lienzo blanco y fue introducido en otra sepultura más profunda. Decidieron que se turnarían haciendo guardia día y noche, para evitar una nueva profanación.

Abd-l-Salam pronunció la Salat al-Yanaza [oración funeraria]: «Recordad a menudo la muerte, redimíos de los pecados y despegaos de las cosas materiales. Dijo el Profeta ¡la paz sea con él!».

En ese momento, se oyeron ruidos de voces y cascos de caballos. Una caravana de jinetes salía de la ciudad. Al frente de ellos, ondeaba al viento el pendón rojo de los al-Ahmar. Entre los componentes de la comitiva sobresalía un turbante de colores chillones. Cumplida su misión, la embajada de Al-Ándalus abandonaba Fez.

Con la mirada fija en aquellos jinetes y un llanto amargo en los labios, Alí ibn alJatib gritó con rabia: ¡Allah colme de afrentas y lo trate como se merece a ese necio de Ibn Zamrak, criatura despreciable y vil, secretario endemoniado; el causante de la muerte de mi padre, a quien debe cuanto es y que nos paga con todo género de maldades! ¡Maldito seas mil veces!

Abd Allah y Muhammad abrazaron a su hermano, que lloraba desconsoladamente sobre la sepultura de su padre.

Todos se agruparon alrededor de la tumba del Du-l-Wizaratyn [el de los dos Visiratos]. También Du-l-Umrayn [El de las dos vidas] por su insomnio permanente. Y, por las circunstancias de su enterramiento, Du-l-Qabrayn [El de las dos tumbas].

Sobre el cielo de Bab al-Mahruq, un rayo de luz rasgó las nubes púrpuras y en el horizonte aparecieron franjas luminosas de oro y lapislázuli.

Agradecimientos

Mi esfuerzo por recrear fielmente la vida y obra del visir, poeta e historiador granadino Ibn alJatib, cuyo 700 aniversario de su nacimiento se cumple en 2013, se ha visto compensado por la admirable labor de los arabistas y traductores que me han proporcionado la valiosa información sin la cual esta novela nunca se habría escrito.

Quiero expresar mi agradecimiento a Mujtar al-Abbadi, Emilio Molina López, M. Gaspar Remiro, J. Bosch Vilá, Ana Ramos y a cuantos se mencionan en la bibliografía de esta obra.

Deseo citar, especialmente, a Emilio García Gómez por su magnífica traducción de las obras del gran polígrafo granadino. Y a María jesús Viguera por su traducción y análisis minucioso del periplo viajero de Ibn alJatib al Monte de los Hintata.

Índice onomástico

Para facilitar la lectura, ofrecemos una relación por orden alfabético de los personajes históricos más representativos de esta novela.

ABU ABD ALLAH «EL BERMEJO». Primo y cuñado de Ismail II y verdadero instigador de la sublevación de 1632. Mandó asesinar a su primo y a su pequeño hermano para proclamarse sultán. Cuando fue derrotado, huyó a Sevilla y pidió asilo a Pedro I.
ABD-L-AZIZ. SULTÁN MERINÍ. Reinó de 1366 a 1372. Dio asilo a Lisan al-Din ibn alJatib.
ABU HAMMU. SULTÁN DE TREMECEN. Nacido y educado en Granada. Amigo de Lisan al-Din.
ABU INAN. SULTÁN MERINÍ. Reinó de 1348 a 1358. Murió envenenado.
ABU-L-ABBAS. SULTÁN MERINÍ. Ordenó apresar a Lisan al-Din.
ABU-L-WALID ISMAIL. SULTÁN DE GRANADA. Padre de Muhammad IV y Yusuf I.
ABU SALIM. SULTÁN MERINÍ. Sucedió a su hermano Abu Inan. Protegió a Lisan al-Din y a Muhammad V cuando éste fue destronado.
AL-NUBAHI. Juez granadino, enemigo de Lisan al-Din. Conspiró para conseguir su condena.
IBN AL-YAYYAB. Poeta de la Alhambra. Gran visir de Yusuf I y maestro de Lisan al Din.
IBN JALDÚN. Historiador. Amigo de Lisan al-Din.
IBN MARZUQ. Maestro y amigo de Lisan al-Din.
IBN ZAMRAQ. Discípulo de Lisan al-Din, pero su más enconado enemigo. Tras conspirar contra su maestro, ocupó su puesto.
ISMAIL II. Hermano de Muhammad V. Se sublevó contra su hermano y se proclamó sultán de Granada en 1362.
MUHAMMAD V. SULTÁN DE GRANADA. Sucedió a su padre Yusuf I. En 1362 fue destronado; recuperó el trono un año más tarde.
PEDRO I. LLAMADO «EL CRUEL». Rey de Castilla y de León. Amigo y aliado de Muhammad V.
PEDRO IV. LLAMADO «EL CEREMONIOSO». Rey de Aragón. Ridwan (Abu-l-Nuaym). Hayib o gran visir de Yusuf I y Muhammad V. Fue asesinado por los partidarios del usurpador Ismail II.
SULAYMAN IBN DAWUD. Ministro meriní, enemigo de Lisan al-Din.
UTMAN IBN ABI-L-ULLÁ. General de las milicias africanas en Granada y jefe del clan Abi-l-Ullá.

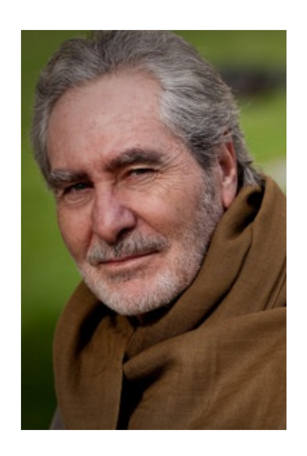
Yusuf I (Abu-l-Hayyay). Sultán de Granada. Padre de Muhammad V e Ismail II. Reinó de 1337 a 1350.

Bibliografía

NOTA del autor: con el fin de evitar al lector las continuas referencias bibliográficas a terminologías o citas textuales de la narración, se han omitido a pie de página; están recogidas en la bibliografía que se detalla a continuación:

AL-ABBDI, Ahmad Mujtar. El Reino de Granada en la época de Muhammad V. Madrid, 1973.
—Muhammad Val-Gani bi-llah. M.E.A.H. XII (1960-66).
—Los Móviles Económicos en la Vida de Ibn alJatib. Al-Andalus XX.
ARJONA A. Peste Bubónica en Andalucía en el S. XIV. Biblioteca Islámica. Madrid, 1985.
BOSCH VILA, J. Un viaje oficial de la Corte Granadina. Andalucía Islámica, 11-111 (1981-82).
CASCIARO J. M. Historia de los Reyes de la Alhambra. Trad. Al-Lamha al-Badriyya de Ibn al-Jatib. Granada, 1998.
CASTRILLO, R. Yahyá ibn Hudayl. Iniciador de Ibn alJatib en el conocimiento de la ciencia médica. Al-Qantara, VII (1986).
CHABANA M. K. Miyar al-Ijtiyar fi dikr al-Maahid wal-l-Diyar de Ibn aljatib. Rabat, 1977.
—Historia política del reinado del sultán nasrí: Yusuf I M.E.A.H. 1967-68.
CONTINENTE J. MANUEL. Libro de la Magia y de la Poesía de Lisan al-Din Ibn al-jatib. Madrid, 1981.
DE SANTIAGO SIMÓN E. El Polígrafo Granadino Ibn al-jatib y el Sufismo. Excma. Diputación de Granada (1983).
FERRER DEL RÍO P. Examen Crítico de D. Pedro de Castilla. Madrid, 1851.
GARCÍA GÓMEZ, E. Foco de la antigua luz sobre la Alhambra. Madrid, 1988.
—Parangón entre Málaga y Salé de Ibn alJatib. Barcelona, 1976.
—Sepulcro de Mutamid de Sevilla en Agmat. Al-Andalus, XVIII.
GASPAR Y REMIRO, M. Correspondencia diplomática entre Granada y Fez. Extractos de la Rayhanat Alcuttab de Lisan al-Din Abenaljatib. Trad. Revista del Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino.
GIBERT SOLEDAD. Abu-l-Barakat al-Balafigí, Historiador y Poeta. AlAndalus, XXVIII (1963).
MOLINA LÓPEZ, E. Ibn al-jatib. Granada 2001.
—Estudio Preliminar a Historia de los reyes de la Alhambra. Granada, 1998.
MUJTAR AL-ABBADI H. Las Artes del Libro en Al-Ándalus. Madrid 2005.

PUENTE GONZÁLEZ C. DE LA. Médicos de Al-Ándalus. Perfumes, Unguentos y Jarabes. Madrid, 2003.
RAMOS A. Tub/at al-Albab (El Regalo de los Espíritus) de Abu Hamid al-Garnatí. Madrid, 1990.
RIUS M. Pedro I y las Intrigas de la Casa de Trastamara. El Legado Andalusí, N°24 (2005).
VÁZQUEZ DE BENITO M. C. Libro de la Higiene de Ibn al-jatib. Salamanca, 1984.
VIGUERA MOLINS, Ma. J. Ibn alJatib visita el monte de los Hintata (Homenaje al Prof. José M. Fórneas Besteiro. Granada, 1994.
Ibn Marzuq según Ibn alJatib. Coord. Historia de España, Menéndez Pidal vols. VIII-3 y VIII-4, sobre el Reino de Granada.



MARCELIANO GALIANO (Toledo, 1942). Es un escritor español. Emigró muy joven a Wiesbaden, Alemania, donde comenzó a trabajar en las Líneas Aéreas de Francfort como tripulante de cabina. Tras trasladarse junto con su mujer e hijos a Madrid, su empleo como auxiliar de vuelo le permitirá viajar y conocer las más diversas ciudades del mundo: Nueva York, Chicago, El Cairo, Buenos Aires, Nairobi, Lima… Muchas de sus crónicas fueron publicadas en la revista Ronda Iberia, distribuida a los pasajeros durante el vuelo. Lector y escritor impenitente, resulta finalista de diversos certámenes literarios, especializándose en novela histórica. Es autor de *El aroma del arrayán*, publicada en 2009 con gran acogida de crítica y público. Le ha seguido en 2013, *El cautivo de Granada*.